PERDERNOS PARA ENCONTRARNOS

SILVIA C. CARPALLO

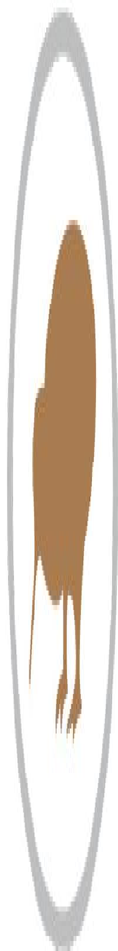
NOVELA GANADORA VI PREMIO ROMÁNTICA KIWI RA



ROMÁNTICA

Copyright

EDICIONES KIWI, 2019
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES KIWI

Primera edición, abril 2019

Corrección: Irene Muñoz Serrulla

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

Copyright
- Nota del Editor

1: Ansiedad
2: Noticias
3: Una fiesta
4: Fantasías
5: Despedida de soltera
6: Decisiones
7: New York, New York
8: Hogar
9: El faro
10: Lois Lane
11: Mamá
12: No
13: Mar
Epílogo
Agradecimientos

A mis padres, por dejarme hacer las cosas diferentes, por estar a mi lado cuando lo necesito, aunque no siempre entiendan todas mis decisiones.

A mi madre, por darme ejemplo para ser una mujer libre, feliz y valiente.

Nos conformamos con vivir infelices porque nos da miedo el cambio y que todo quede reducido a ruinas.
Muchas veces perder el equilibrio por amor es parte de vivir una vida con equilibrio.

Elizabeth Gilbert,
Come, reza, ama

1
Ansiedad

Intento cerrar los ojos y dormir, al menos media hora más. Como si esa media hora de sueño en el autobús fuera a equilibrar las horas de sueño que me robo a mí misma cada semana. Pero hay una pregunta incesante en mi cabeza que no me deja dormir. ¿Voy a ser feliz así? ¿Soy feliz ahora?

Hace tiempo que esa pregunta me despierta cada mañana, me persigue cuando apago la tele para irme sin sueño a la cama, cuando me levanto zombi a desayunar aguacate con pan integral en vez de un dulce, cuando me despido de Carlos con un beso en la mejilla, cuando monto cada mañana en este autobús.

Observo a la gente que se monta y se baja, con las mismas caras de cansancio, y pienso que, si estamos todos aquí a las ocho de la mañana, es porque todos hemos vendido en parte nuestra libertad. Que todos lo hacemos a cambio de tener un dinero con el que poder salir dos de los siete días de la semana. Con el que irnos de vacaciones a lugares lejanos que nunca vieron nuestros abuelos. Con el que vivir pequeños ratos de placer a cambio de largas horas de desidia.

O a lo mejor no. A lo mejor el resto de la gente es feliz con lo que hace cada día, ha hecho una elección consciente que le compensa y le llena, y la que no encaja en este autobús soy solo yo. Supongo que esa es la idea que de verdad me atormenta. Que el problema no sea el mundo en general, sino que sea yo en particular.

El autobús se para y todo el mundo se amontona para salir. Por la ventana, veo a la gente dirigiéndose a sus oficinas, cada cual a su edificio. El mío es el que parece inacabado, porque siempre hay alguna obra.

Comencé a trabajar aquí a principios de año y hoy se cumplen tres meses desde que firmé el contrato. Un contrato que mis amigas, mi padre y, sobre todo, mi novio celebraron por todo lo alto, porque por fin dejaba de ser periodista *freelance* y de mal vivir, para pasar a tener un trabajo estable. Un contrato que me ha permitido mudarme con mi novio a una pequeña casa de alquiler, por la que pagamos un precio escandaloso al vivir en Madrid. Un contrato que ha supuesto un antes y un después en mi vida, pero no el que yo me esperaba.

Se supone que sigo siendo periodista. O algo así. Porque el

marketing y la comunicación tienen algo de periodismo, sí, pero los que hemos trabajado en medios siempre decimos que es pasarse al lado oscuro, a cambio de la seguridad de que vas a seguir teniendo trabajo y un sueldo más o menos decente a final de mes.

La planta en la que trabajo es casi diáfana, con una moqueta gris, paredes de color gris y mesas y sillas de color gris. Quizás sea un efecto óptico, pero la gente que trabaja aquí también me parece un poco gris. A lo mejor no eran así cuando llegaron y lo que ocurre es que con el tiempo se han ido mimetizando con el ambiente. Me miro a mí misma. No puede ser coincidencia que hoy lleve una americana gris.

Saludo todo lo enérgica que puedo, para estar a mitad de semana, y solo un par de compañeros contestan. Enciendo el ordenador, el teléfono móvil de la empresa y activo el correo electrónico. La bandeja de entrada se va llenando rápidamente de correos que están sin abrir. En serio, ¿alguien sabe cuántos correos mandamos al día? ¿Cuántos recibimos? O mejor aún, ¿cuántos de esos correos son realmente necesarios?

Suspiro. Tengo un par de reuniones con la directora de *marketing*, una mujer que entiende que ser jefe es ser cruel y no ser líder y que sabe de comunicación lo mismo que yo sobre la vida del ornitorrinco. Lo que ha visto en la tele.

No llevo aquí ni diez minutos y ya tengo ganas de llorar. Me pasa todas las mañanas. Recuerdo cuando iba a la universidad y al llegar a la placa de hormigón de la Facultad de Ciencias de la Información de la Complutense siempre me salía sola una sonrisa. Pese al madrugón, a los exámenes, a los profesores gilipollas y a todo. Me seguía saliendo una sonrisa. Pero tengo la sensación de que en estos últimos tres meses solo he sonreído para las fotos de Instagram y de Facebook. Y ni siquiera eran sonrisas de verdad, de esas en las que se enseñan los dientes.

Voy a la máquina del café, que hace un café malísimo, pero que me ayuda a despertarme, además de sentarme fatal al estómago y disparar, aún más si cabe, mis niveles de ansiedad.

Cuando vuelvo a mi escritorio el teléfono empieza a sonar y me llevo la primera bronca del día, precisamente por un trabajo por el que pensaba que me iban a felicitar. Los latidos de mi corazón empiezan a aumentar de velocidad. La boca se me seca y el pecho empieza a dolerme. Espiro, inspiro, me pongo los cascos, e intento centrarme en algo que pueda escribir.

Escribir… Ese es el motivo por el que me hice periodista. El de contar cosas. Mi padre me regaló un diario cuando cumplí ocho años.

Supongo que lo hizo porque sabía que había cosas que necesitaba contar y que no podía contarle a él. Algo así como una vía de escape donde pudiera desahogarme sobre qué chicos me gustaban, me dejaban de gustar y me volvían a gustar otra vez, porque ese año parecían un poco más altos. O sobre las peleas con las amigas por cosas tontas, como quién es más amiga de quién. Esas cosas «de chicas» con las que mi padre no sabía muy bien qué hacer. Nunca le conté que, para mí, ese regalo supuso un antes y un después. Porque ese diario fue uno de los motivos por los que empecé a inventarme historias. Historias donde vivía grandes e increíbles aventuras.

Por eso, cuando mis amigas decidieron hacerse maestras, enfermeras o cualquier otra cosa que tuviera que ver con cuidar a los demás, yo me sentí un poco egoísta, porque yo no sentía esa necesidad. Me quería dedicar a mí, a vivir de verdad alguna de esas aventuras que siempre me había imaginado. De nuevo, mi padre tuvo parte de culpa. Como él era muy fan de Superman, nos enganchamos juntos a una serie a la hora de la merienda: *Lois & Clark*. Claro, él la veía por Superman, pero yo me quedé totalmente fascinada con el personaje de Lois Lane. Esa mujer intrépida, inteligente y a la vez seductora, que desentrañaba cada día un nuevo caso y que, además, se llevaba a todos los protas de calle.

Lo tuve claro: de mayor quería ser periodista. Vivir cada día de forma diferente al anterior. Conocer mucha gente, hacer muchos viajes, aprender cosas interesantes. Esas eran las nuevas aventuras que escribía en mi diario de adolescente, con la firme esperanza de que algún día se hicieran realidad. Y que después pasaron a ser relatos en otros cuadernos fuera de mi diario.

Mis primeras historias las leían solo mis amigas del instituto. Después, mis relatos empezaron a salir publicados en la revista de la universidad. Pero no fue hasta el año pasado cuando realmente pude ver cumplido mi sueño. Publicar una novela. Una novela, no sé si buena o mala, pero escrita desde el corazón. Algo que no debió de ser suficiente, porque las ventas resultaron un fiasco. Un sí pero no, como todo lo demás.

Así me vi con treinta años, viviendo con mi padre, sin un trabajo que me permitiera llegar a final de mes y con la oportunidad de dedicarme a mis sueños truncada antes de despegar. Carlos, mi novio, pidió el favor a unos amigos y me ofrecieron este trabajo. ¿Había algún motivo para decir que no?

Cuando salgo de la oficina es de noche. Entre diario nunca veo la

luz del día. Al menos, no lo he hecho en estos meses de invierno, en los que anochece temprano o en los que yo salgo cada día más tarde. Me duele la cabeza y me siento como abotargada. Lo único que quiero en el mundo es tumbarme en el sofá, ver alguna cosa en la tele y quedarme dormida para dejar que pase un día más. Pero hoy es *juernes* y he prometido ver a las chicas. Hago el esfuerzo no solo por ellas, también por mí. Necesito que algún día sea diferente, en algo, del anterior. Además, ha surgido una situación de emergencia que requiere toda nuestra atención. A Lidia le han puesto los cuernos.

Toda chica sabe que hay momentos en la vida en los que una necesita a sus amigas más que nunca. Uno de esos momentos es cuando tu pareja te ha sido infiel y necesitas todo el apoyo moral, para despotricar primero y pensar con racionalidad después.

La infidelidad es un tema que me revuelve especialmente, por eso, de camino, voy pensando qué es lo que puedo decirle a Lidia. Al fin y al cabo, yo también pasé en su momento por algo parecido. Una parte de mí, la racional, entiende que el amor no dura siempre, que es posible enamorarse de otras personas. La otra, la visceral, me hace sentirme revuelta solo de pensar cómo estará Lidia.

Hemos quedado en el sitio de siempre, en el bar al que íbamos en el instituto. Al que dejamos de ir porque nos creíamos muy guais en la universidad. Al que volvimos cuando tuvimos nuestros primeros novios y quisimos hacer esas típicas quedadas de parejas. Y al que, al final, vamos para hacer nuestras reuniones de chicas, que al principio eran una vez por semana y acabaron siendo una vez al mes. En el que empezamos quedando todas las del insti, las siete, pero que por riñas entre chicas, novios posesivos o embarazos a destiempo del resto de relojes biológicos se ha convertido en el refugio de las cuatro supervivientes.

Miriam, como siempre, está la primera en la puerta. Va vestida impecable. Con un vestido verde a juego con sus ojos y unas botas negras, quizás a juego con su pelo, siempre perfectamente alisado. Tiene un estilo que yo soy incapaz de imitar. Como si fuera algo innato. O como si se gastara gran parte de su sueldo en ropa. Ella puede hacerlo. Sara, en cambio, siempre ha ido más tradicional, como si nos sacara siempre unos años. O como si su madre le prestara parte de la ropa y, de paso, la forma de pensar. Incluso sigue conservando ese castaño de toda la vida, que ahora solo tiñe de un color similar para intentar camuflar las primeras canas, las que más traumatizan. Lidia, en cambio, lleva esa mezcla entre *sexy* y sencilla. Es una rubia potente. Llama la atención por sí sola, con su manera de

andar, de mirar. No hace falta que se vista provocativa, derrocha sensualidad con cualquier vaquero. Llevamos siendo amigas tanto tiempo que ya hemos olvidado por qué lo somos. No nos parecemos en nada, la verdad. A veces pienso que ya no tenemos nada en común, solo los recuerdos y las anécdotas. Pero, luego, recuerdo que quizás sean las personas que mejor me conocen, porque me han visto y vivido en más situaciones que cualquier otra persona. Y yo a ellas.

—¿Qué tal cariño? —Miro a Lidia mientras la cojo de la mano—. ¿Alguna novedad?

—Sí, bueno, pero vamos a pedir antes, ¿no? ¿Unos vinitos?

—Yo casi mejor una Coca-Cola, que tengo que conducir hasta casa. —Sonríe Sara.

—Sí, yo también, pero que sea *light* —contesta Miriam, mientras no deja de mirar su teléfono móvil.

—Venga, pues yo me tomo otro vinito contigo.

Lidia suspira. Supongo que piensa lo mismo que yo, que cada día nos separan más cosas que las que nos unen, pero que hoy necesita a las personas en las que más confía.

—A ver, empecemos por el principio. ¿Desde cuándo están juntas? ¿Cómo te enteraste? ¿Habéis hablado?

—Ais, Paula, no empieces a bombardearme en plan periodista.

—Bueno, nena, serénate, no nos pongamos nerviosas desde el principio. Mira, ya traen las bebidas. —Miriam coloca cada vaso en su sitio, porque el camarero no ha dado ni una—. Pega un trago, respira, y empieza a contarnos.

—No sé bien por dónde empezar… La notaba rara hace ya tiempo. No sé, más distante, discutíamos más por tonterías, y bueno… ya no lo hacíamos tanto. Y sabéis que nosotras somos de follar como locas todo el día.

—Tampoco hace falta tanto detalle… —Todas acribillamos a Sara con la mirada. Es la única que se sigue sintiendo incómoda cuando hablamos de sexo abiertamente.

—El caso es que no sé. Tampoco me quería rayar más de la cuenta. A lo mejor no quería verlo. Porque sí, ahora que lo pienso había señales, pero yo estaba tan bien con ella que… no quería que nada cambiara. Pensaba que sería una racha. Empezamos muy bien la convivencia y en algún momento algo se tenía que torcer. También ella estaba muy agobiada por su nuevo curro. Yo que sé. Me puse mil excusas y al final la que se tuvo que sentar a hablar conmigo fue ella.

—¿Te lo ha dicho ella entonces? ¿Así en toda la cara? ¿Me estoy follando a otra? Cómo somos las tías a veces… —Miriam, por fin,

suelta el teléfono.

—No… No se está follando a otra.

—¿Entonces?

—A otro.

—¿Cómo? —Sara casi se atraganta con la Coca-Cola.

—Pues eso, que dice que es que no lo tiene claro. Que se volvió a encontrar con un ex que tuvo hace mucho tiempo, que estuvieron hablando, que al final él la besó y que sintió cosas.

—Pero a lo mejor es solo eso, la melancolía de un antiguo amor… —Intento tranquilizarla.

—El caso es que me dijo que prefería tomarse un tiempo para aclararse. Pero, al final, empecé a bombardearla a preguntas, estilo tú, y me confesó que se lo había tirado. Peor, que le había gustado. Mucho. Que estaba hecha un lío.

—¿Y qué le dijiste? —A Sara apenas le sale la voz.

—Pues hombre, lo de «¿qué tiene él que no tenga yo?» no tenía mucho sentido preguntárselo. Creo que queda bastante claro.

—Malditos penes… ¡Siempre complicándolo todo! —Miriam suelta un bufido.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer?

—No lo sé… Yo… —Lidia pega un trago. Es la primera vez en toda la charla que veo que se le empañan los ojos. Todas sabemos que como abra esas compuertas va a ser difícil cerrarlas. Pero necesita sacar esa angustia que la está matando por dentro—. Soy idiota, ¿sabéis? Había pensado que con Cristina iba a ser diferente. Nos iba todo tan bien que pensé que, a lo mejor, lo que necesitaba era una muestra de que lo nuestro iba en serio.

—¿Qué quieres decir?

—Que había comprado un anillo… Que iba a pedirle que se casara conmigo… —Las compuertas se han abierto, Lidia se echa a llorar tan disimuladamente como puede, pero aun así nos mira todo el bar. Yo me lanzo a abrazarla.

—Pero sí tú siempre decías que no querías casarte. —Todas volvemos a mirar fijamente a Sara—. Quiero decir, que alguna vez habías hablado de la idea de ser madres juntas y eso, más adelante si la cosa iba bien, pero que lo de la boda era todo un paripé, un gasto innecesario y todo eso.

—Ya… pero no sé. Sabía que a Cris, en el fondo, le hacía ilusión. Eso de vestirnos las dos de blanco, pasar un día bonito, hacernos fotos, leernos algo romántico delante de nuestros amigos. Yo que sé. Supongo que, aunque siga pensando que las bodas son un gasto enorme para un solo día, también era un poco reticente por mi

padre, ya sabéis cómo es. Pero quería hacerla feliz, joder. Ya eso me daba igual. Me daba igual todo. Solo quería que nos volviéramos a ilusionar juntas. Quería…

Todas nos miramos angustiadas. Al final, parece que no nos conocemos tanto como pensamos, porque estoy segura de que ninguna sospechaba de las intenciones de Lidia. Ninguna sabemos muy bien qué decir ante sus palabras y vuelve a ser Sara la que rompe el momento de tensión.

—Cariño, lo siento mucho. Pero es mejor así. Mejor que haya pasado ahora. No puedes comprometerte con alguien que no tiene claro ni sus sentimientos ni su proyecto de vida. No hubiera tenido sentido y te hubiera acabado haciendo más daño. Sé que no ha sido de la mejor manera, pero a veces las cosas pasan por algo. Tenía que ser así.

—Pero yo la quería…

—Pero no puedes obligarla a quererte por eso. Es una de las lecciones más difíciles. Aprender que querer mucho a alguien no hace que esa persona te quiera más a ti.

Lidia se corrige el maquillaje y se sorbe los mocos. Mientras, un poco todas, asimilamos las palabras de Sara.

—¿Y en qué habéis quedado?

—En nada. Ella me dijo de darse un tiempo, pero sé, por amigas en común, que se está viendo con él. Creo que ya ha hecho su elección y que simplemente no es capaz de decírmelo. Al principio estaba enfadada, con mucha ira, luego decepcionada y ahora… Ahora creo que solo estoy triste.

—Pasará Li, ya lo verás. —Miriam pide con la mano otra ronda al camarero—. Yo sigo soltera y estoy tan divina. No tienes que aguantar que nadie te controle, puedes disfrutar de tu dinero y de tu tiempo como quieres. Salir lo que te apetezca, comer donde te apetezca. Y ver más a tus amigas. Podemos salir por ahí las dos, a lo *Thelma y Louise*.

—Podemos salir todas juntas. Que Sara y yo tenemos pareja, pero no la peste. Nos tienes aquí a todas, cariño. Dolerá cada día un poquito menos. Todas hemos pasado por alguna ruptura, ya sabes lo que es. Solo te harás un poco más fuerte.

—Ya, pero seamos realistas, ya no tenemos veinte años. Antes no pensabas en el futuro. Salías con alguien, si funcionaba, bien, si no pues a otra cosa. Pero ya tenemos treinta y no sé. Quiero ser madre. No ahora, pero algún día no muy lejano. Quiero tener una familia. Quiero empezar a tener por fin mi vida.

—Todo llega, los treinta son los nuevos veinte, ya lo sabes. Ese

sigue siendo mi lema.

—Ya, eso díselo al reloj biológico. Cuéntale a tu reserva ovárica, cuando tengas treinta y cinco, que es que seguimos siendo muy jóvenes de espíritu. Yo que sé. Es más fácil casarse ahora, tener tu familia y divorciarse a los cuarenta y pico, ¡como todo el mundo! Cuando ya los niños son grandes y sabes que has cumplido. Es la edad perfecta, porque todo el mundo vuelve a estar en el mercado y tienes una estabilidad económica para hacer lo que te dé la gana. ¿Pero ahora? Ahora es como si no fuera solo perder a Cristina, sino la posibilidad de la vida que ya pensaba que tendría.

—No sabes lo que va a pasar, Lidia. La vida da muchas vueltas. Lo mismo hasta Miriam se casa antes que nosotras, que llevamos años con nuestros novios.

—Hombre, gracias por la confianza bonita.

—Lo que quiero decir es que planear las cosas es absurdo. A ver, todas lo hacemos, pero, al final, pasa cualquier cosa y todo se va la mierda. ¡Estoy harta de hacer planes! Es verdad. Puede que Miriam pierda el trabajo y ya no pueda comprase más modelitos o que le toque la lotería y no volvamos a verle el pelo. Puede que Sara tenga dos pares de gemelos con Ernesto o que también se acabe haciendo lesbiana. ¡Yo que sé! ¡Lo mismo yo también me quedo soltera y decidimos tener bebés juntas! ¡Los adoptamos y mandamos a la mierda a la reserva ovárica! —Lidia, por fin, esboza una sonrisa—. El caso es que hay que vivir el momento, pensando que la vida todavía puede sorprendernos. Que no por cumplir treinta tenemos que tener todo hecho. Eso era antes, hay que asumirlo. Nuestra generación ya no tiene nada que ver con las anteriores. Vivimos siempre en la incertidumbre, pero también disfrutando más del presente, que es lo que nos queda.

—¿*Carpe diem*? —Lidia vuelve a sonarse los mocos—. Sí, bueno, supongo que ese puede ser el nuevo tatuaje que me haga para superar esta crisis.

—Pues eso, por el *carpe diem* chicas. —Miriam alza su coca *light*.

—Por el *carpe diem*.

Al final, conseguimos que Lidia se calme un poco cambiando de tema. Nos ponemos un poco al día con el trabajo de cada una, esas nimiedades que hacen que todo parezca estable, normal. Yo disimulo y les cuento que poco a poco voy cogiendo ritmo. Todas me dicen que la adaptación a un sitio nuevo es dura, que además yo estaba acostumbrada a ser *freelance* y no es lo mismo. Siempre he tenido la sensación de que mis amigas no se tomaban mi trabajo en serio. Eso de teletrabajar, ser autónoma, lo veían como si fuera un *hobby*. En

cambio, ahora que cumplo un horario y que me paso horas y horas en la misma silla, parece que por fin me han aceptado en el grupo de los adultos. Lidia es enfermera y siempre se queja de los turnos de noche, del exceso de pacientes, del trato despectivo de algunos médicos que se creen superiores y de todas las cosas que podrían funcionar mucho mejor si a las enfermeras se las dejara ser parte más activa del hospital. Miriam es psicóloga infantil, cosa que nos sorprende, porque cuando vamos a ver a los hijos de antiguas compañeras de clase, no es muy de interactuar con niños. Tuvo un par de novios hace tiempo, pero no le duraron demasiado. Le encantan los hombres, pero como ella dice, en pequeñas dosis. Sara trabaja de contable en una empresa, y aunque a mí me parece un trabajo aburrido, lo cierto es que a ella le apasionan los números y es la que menos se queja de su trabajo. Cada una es como es.

Cuando vemos que Lidia se encuentra un poco mejor, decidimos recoger. Por mucho que queramos, los jueves ya no son lo mismo que antes, porque ahora estamos mucho más cansadas de toda la semana. Sara, extrañamente, se empeña en llevarme a casa, aunque podría ir en metro como siempre, así que nos despedimos del resto, prometiendo fijar fecha para una cena de chicas pronto.

Me monto en el coche de Sara pensando un poco en mis cosas. En si tendríamos que sacar más tiempo para vernos ahora que Lidia pasa por un mal momento, en por qué no soy capaz de sincerarme con mis amigas respecto a que estoy pasando un momento un poco raro, en si a ellas a veces les pasará lo mismo.

—¿Paula? ¿Me escuchas?

—¿Eh? Ah, sí, perdona. Qué fuerte lo de Lidia, ¿eh? En fin, era una pareja de esas por las que apostaba. No sé, ¡como Ernesto y tú!

—Ya, la verdad es que es un palo. Yo reconozco que ahora mismo lo pasaría fatal. Pero hay que aceptar las cosas como vienen.

—Pero vosotros estáis bien, ¿no? ¡No me des más sustos!

—Sí, bueno, de hecho por eso quería que nos quedásemos un rato a solas. —Sara aparca el coche y me mira fijamente.

—Ais, ¿qué pasa?

—¡No, tranquila! ¡Es bueno!

—Madre mía, ¿estás embarazada?

—¡No, no! No es eso.

—¿Entonces? ¿Qué pasa? ¡Me estás poniendo nerviosa! —Sara me mira y de pronto saca a relucir una enorme sonrisa. Una como hace mucho tiempo que no le veía. Abre el bolso, saca algo y se lo pone en la mano. Es una sortija con un precioso solitario. Me quedo mirando ese anillo unos segundos más de lo necesario antes de reaccionar. No

sé por qué, pero me cuesta reaccionar—. ¡Que me caso Pau! ¡Que me caso!

—¡Tía! ¡Enhorabuena! —Por fin, mi cuerpo reacciona y le doy un abrazo enorme a Sara. Sé que para ella esto es realmente importante. Y también lo es para mí. Lo es. Entonces ¿por qué de pronto me siento tan rara? Como si de nuevo sintiera un peso enorme en el pecho—. Pero ¿cuándo ha sido?

—Eres la primera a la que se lo cuento. Bueno, aparte de a mi familia y eso. Os lo quería contar a todas juntas, pero claro, con lo de Lidia, pues no me ha parecido lo más adecuado. Puedo esperar a que esté un poco mejor, a que tenga lo suyo más asimilado. ¡Pero necesitaba contárselo a alguien!

—Claro, pequeña, ¡qué ilusión! —Vuelvo a abrazarla pensando si quizás lo que siento es envidia. Aunque hasta ahora no había pensado en si quiero que Carlos también me lo pida—. Pero ¡cuéntamelo todo!

—Jo, Pau, ¡fue tan bonito!

—¿Te llevó a cenar a un sitio especial?

—No, no. Aún mejor. Fue un poco cursi, pero bonito. Sabes que a nosotros nos gusta hacer senderismo, ¿verdad?

—Ajá…

—Pues, el fin de semana pasado, se empeñó en que fuéramos a hacer una ruta, que a mí la verdad no me apetecía nada. Bueno, iba rarísimo todo el camino, en plan pesado como se pone él, reflexionando sobre el ciclo de la vida y esas cosas. Ya sabes cómo se pone en plan técnico de medio ambiente cuando quiere. El caso es que llegamos a un pico muy chulo, donde había una desembocadura muy bonita. Me empezó a decir, bueno, trabándose y todo, un rollo sobre que este era el inicio de la aventura del río, que era el comienzo de todo, de un ciclo nuevo y entonces…

—¿Te lo pidió?

—Entonces se puso de rodillas, que casi se cae él de la postura y yo del susto, y me dijo que si quería comenzar una nueva aventura con él. ¡Fue tan romántico!

—Jo, Sara, ¡cuánto me alegro por vosotros! ¡Os lo merecéis!

—No sé, fue especial, ¿sabes? A veces digo que es un poco pesado y eso. Pero me gustó que hiciera algo así. Que no fuera lo típico ni lo esperable, sino que pensase en algo que pudiera ser especial para nosotros. Algo que fuera un momento único que no tendría cualquier otra pareja. No sé, cuando me lo pidió allí, así, tuve claro que sí, que realmente Ernesto era la persona que me podía hacer más feliz. Que era mi compañero. No tuve dudas. No tuve miedo. Fue un sí que me

salió del corazón, te lo juro.

Sara se emociona un poco contándomelo y yo vuelvo a abrazarla. Hoy he abrazado a dos de mis mejores amigas en medio de un llanto por motivos muy diferentes. También son demasiadas emociones para mí.

—No sé cómo se lo voy a contar a las chicas, con lo de Lidia y eso. Pero os necesito conmigo. No sé, para elegir vestido, los regalitos, ¡la despedida!

—Va a ser genial Sara. Lo vamos a disfrutar todas muchísimo, ¡eres la primera en casarse! Madre mía, y pensar que nos conocimos cuando apenas teníamos doce años y ahora, ¡míranos! ¡Nos hacemos mayores!

—Bueno, van a ser unos meses de estrés, de elegir y pensar muchas cosas, ¡espero que me aguantéis!

—Tendrás tooodo nuestro apoyo. ¡Estoy deseando contárselo a Carlos!

—De hecho, como sois de nuestros mejores amigos, había pensado que podríais ser los testigos de la boda. ¿Os haría ilusión?

—¡Claro que sí, amor! Jo, mil gracias por pensar en nosotros. —Quiero mostrar emoción, porque siento emoción. ¿Entonces por qué me sale todo tan fingido?

—Ya iremos hablándolo todo, hay muchas cosas y aún no sé nada, pero no sé, ¡necesitaba contarlo o reventaba! Pero eso, cuando todo esté mejor, ya lo hablaremos entre todas, pero me gustaría poder cenar un día los cuatro y así ver ideas, si os parece.

—Eso por descontado. Este sábado, por ejemplo, ¿te parece?

Me bajo del coche dándole un último achuchón, no sé si porque le hace falta a ella o porque me hacía falta a mí. Me siento un poco sobrepasada. La primera que se casa. No sé por qué me ha impactado tanto. Al fin y al cabo, estamos todas en esa edad, alguna tenía que ser la primera. Rebusco las llaves en el bolso y abro el portal.

Subo las escaleras hasta el tercer piso, nuestro presupuesto no nos daba para un piso con ascensor. Cuando abro la puerta escucho el sonido de la tele en el salón, pero no veo luces encendidas.

—¿Carlos? ¿Estás despierto?

Nuestra casa no es precisamente grande, así que lo encuentro en seguida, tirado en el sofá, con los platos de la cena aun sin recoger, viendo una película de miedo. Ha aprovechado para tener noche para él, sabe que conmigo es imposible ver esas películas, porque lo pasó fatal, por mucho que a él le guste que me agarre.

—¿Qué tal con las chicas? ¿Cómo está Lidia?

Dejo las cosas en la mesa y apenas se inmuta. Suspiro y, sin poder

evitarlo, voy directa a recoger los platos. Entonces él me mira con sus ojos azules, como intentando disimular. Me cabrea que lo deje para cuando yo llegue, porque sabe que se lo voy a recoger.

—¿Lidia?

—Sí… ¿No lo ha dejado con su novia porque le ha puesto los cuernos?

—Ah, sí, sí, claro… Un poco dramón, pero estará bien. Es que Sara me acaba de soltar otro bombazo.

—¡No me jodas! ¿También le ha puesto los cuernos Ernesto? —Me hace un sitio a su lado. Luego dicen que las chicas somos unas chismosas y unas cotillas sin remedio.

—¡No! No, hombre, no.

—¿Entonces?

—Le ha pedido matrimonio.

—Pff… ¡Otra boda para pagar! —Se vuelve a tirar en el sofá, al ver que sigo al otro lado de la barra americana.

—Hombre, qué romántico.

—Era broma mujer. A ver, no es que yo sea muy pro bodas, pero sabes que a Sara y a Ernesto los aprecio mucho. ¡Se hará el esfuerzo!

—Pues me ha dicho que quiere que seamos los testigos de su boda —le suelto, un poco molesta por el comentario.

—Ah, ¿sí? Entonces será que ellos también nos tienen aprecio a nosotros.

—Sí, será eso. ¿Nos vamos a la cama? Estoy rota…

No me acoplo con él en el sofá. Voy directa al baño a quitarme el maquillaje y a lavarme los dientes. Vuelvo a suspirar cuando veo que Carlos ha vuelto a apretar mal el tubo de pasta de dientes. Respiro hondo. Pero cuando voy a hacer pis y veo que la taza vuelve a estar manchada de gotitas, algo me sube desde dentro. Como si yo fuera un dragón y notara que llevo suficiente fuego dentro como para arrasar una ciudad entera. Aunque me siento tan cansada que no tengo ganas de pelear.

Limpio la taza y me siento. La idea me viene sola a la cabeza. Que tal vez ese comecome que tengo, pueda ser por eso. Porque yo ahora me siento más insegura de mi relación de pareja por este tipo de cosas. Supongo que Sara y Ernesto tendrán sus peleas, como todas las parejas, que al final en Facebook vemos lo bonito, pero no mostramos lo feo. Esas pequeñas cosas que a veces se nos hacen enormes. Porque al final una boda, ¿qué es? Solo una fiesta. Lo que me da envidia es cómo me ha contado la pedida. Lo mucho que se conocen, que se complementan. Lo segura que estaba ella de dar el sí quiero. Ojalá yo me sintiera así de serena y no viviera siempre en un

sube y baja emocional.

Paso a la habitación, Carlos ya está en la cama, así que yo me desnudo en silencio, me pongo una camiseta suya, de esas que me acabo apropiando sin permiso, y me meto en la cama. Sin embargo, cuando cojo postura me doy cuenta de que no está dormido, porque me abraza por la espalda y me da besos por el cuello. Sé que no es solo una muestra de cariño, ni su forma de darme las buenas noches. Sé que quiere sexo.

Cuando nos mudamos pensé que los roces de la convivencia los compensaría una mejorada y reavivada vida sexual. Carlos siempre ha sido algo más tradicional para estas cosas y yo tampoco me he visto lo suficientemente segura para explicarle que había algunas cosas que echaba de menos. Sin embargo, lejos de mejorar, la cosa se ha apalancado bastante. Entre semana llegas cansada, estás estresada y el fin de semana se acumulan tantos planes con amigos y familia que parece imposible tener un momento para tomarse la intimidad, pues eso, con un poco de calma.

Carlos, al ver que no me quito, ni le digo nada, comienza a meter su mano entre mis piernas. Empieza a presionar mi vulva con una mano, mientras la otra busca a tientas mis pechos. Me los estruja y me hace un poco de daño. No sé si me apetece. Yo siempre he sido una persona muy sexual, pero últimamente estoy que no estoy. Pero no me apetece pelear otra vez por esto, así que al final me doy la vuelta y pego mi boca a su boca, en un juego de labios que ya nos es conocido a ambos.

Su mano ahora se mete en mis bragas. Juguetea con sus dedos en mi clítoris, un rato no demasiado largo, porque cuando intenta meter los dedos en mi vagina, sigo un poco seca. Tengo que concentrarme, dejarme llevar. Comienzo a bajar mis manos a su entrepierna. Él tampoco termina de estar excitado. Comienzo a presionar fuertemente su tronco hasta que noto como crece en mi mano y como el glande surge húmedo e hinchado. Entonces me escondo entre las sábanas y bajo la cabeza para hacer que su sexo se encuentre con mis labios.

Lo lamo suavemente. Primero solo la punta con mis labios y después el tronco con la lengua. No tarda en estar totalmente excitado, pero por si hubiera duda, me lo hace saber con sus gemidos. Por un momento, comienzo a excitarme lamiéndolo. Me encanta su sabor conocido y, pese a lo que muchas mujeres opinan, a mí me encanta hacer sexo oral. Tanto, que por fin comienzo a estar húmeda. Puedo notar como mi vagina comienza a sentir los primeros espasmos de placer y cómo lubrico lo suficiente para humedecer mi

ropa interior. Pero entonces, mi subconsciente relaciona ese placer que es una mamada, con las gotitas de orina en la taza del baño. Y la cosa me deja de gustar tanto. Ya no me siento una diosa del sexo sino un poco gilipollas por estar dándole placer al enemigo. Pero no quiero desconcentrarme, no quiero estropearlo.

Me levanto, me quito las bragas y, sin previo aviso, me pongo encima de Carlos, a horcajadas. Agarro la base de su pene lo suficiente como para introducírmelo dentro. Comienzo a contonearme y Carlos se deja hacer. Me siento cansada, pero hago un esfuerzo para buscar por un momento mi propio placer. Muevo las caderas de forma que lo que más se roce sea mi clítoris, mientras pongo las manos de Carlos en mis pechos, para que me los masajee. Ahora, que sí que estoy excitada, ya no me es molesto. Comienzo a aumentar el ritmo, veo la cara de Carlos, extasiado de placer y por fin me siento relajada de nuevo. Me muevo un poco más deprisa, intentando sacar todo de mi cabeza. Lo poco que me gusta mi trabajo, el distanciamiento con mis amigas, el hecho de que Sara se case y yo no, los roces de convivencia con Carlos, el fracaso de mi libro, mi fracaso en casi todos los aspectos de mi vida. Quiero correrme. Quiero hacer que todo explote, que mi mente estalle en un montón de colores y se quede en un blanco puro. Quiero quedar tan extenuada que no tenga la capacidad de sentir nada más que el placer que comienza a subir por mi vagina. Quiero dejar de ser yo por un rato y ser solo un cuerpo que goza, como un animal. Quiero dejar de sentir ese peso en el pecho que me ahoga un poco más cada día. Comienzo a moverme casi con violencia, casi con desesperación, pero entonces Carlos comienza a gemir y sé que lo he estimulado demasiado. Puedo sentir la sensación de su semen derramándose y en vez de sentir placer me siento increíblemente frustrada. Pero no digo nada, solo finjo, finjo que todo está bien.

Me echo sobre el otro lado de la cama. Carlos me da un beso en la frente y me susurra un «buenas noches, princesa». Pero yo ahora no me puedo dormir.

—Voy un momento al baño para limpiarme, ¿vale?

Carlos solo asiente, mientras vuelve a coger su postura. Yo me levanto, salgo de la habitación y cierro la puerta con cerrojo.

Pienso en masturbarme para conseguir calmar un poco la tensión acumulada. Total, ya estaba casi a punto. Comienzo a tocarme a mí misma, empotrada en la puerta. Aprieto mi vulva con una mano primero, después hago pinza con mis dedos para pajear el glande de mi clítoris, como si fuera el de un pene, a la vez que contraigo los músculos de mi vagina, como aprendí a hacer con las bolas chinas,

para conseguir liberar toda la tensión sexual acumulada. Pero no puedo, no soy capaz. Lejos de relajarme, de liberarme, me desborda ese sentimiento de angustia que me lleva amenazando todo el día. Me vence. Me atrapa el pecho, la garganta, el alma. Los ojos se me llenan de lágrimas sin previo aviso y un grito de angustia se me escapa desde lo más profundo. Me tapo la boca para que Carlos no me escuche, asustada de mí misma.

Tengo que ser fuerte, no pasa nada. Solo es un mal día. O una mala racha. No pasa nada. Pero un montón de pensamientos oscuros, tristes, desoladores se me acumulan sin permiso en la cabeza. Me fallan las piernas y me deslizo por la puerta hasta verme arrodillada en el suelo.

Comienzo a respirar muy deprisa, como si me ahogara. De hecho, casi me ahogo entre sollozo y sollozo. Intento empezar a respirar normal y relajarme, porque me está empezando a doler el pecho. Pero solo consigo llorar. No puedo parar de llorar. Cojo una toalla y me quedo ahí tumbada, llorando lo más bajito que puedo. Quizás no pueda soltar todo lo que necesito en un orgasmo, pero puedo llorarlo. Necesito llorarlo.

No sé cuánto tiempo pasa hasta que me quedo más tranquila, respiro hondo y me meto en la cama, como si no hubiera pasado nada. No ha pasado nada.

2
Noticias

El despertador suena con el mismo pitido terrible de cada mañana. Al principio le puse una canción, pero también terminé odiándola. Me incorporo en la cama, Carlos ya se ha ido a trabajar. Hoy entraba más temprano. Me desperezo y me voy al baño para empezar con la misma rutina de cada día. Me parece que el día de ayer fue un poco como un sueño.

Me miro al espejo. Las mechas rubias ya me llegan casi a la punta del pelo, y ya se ve casi todo castaño, pero no me queda mal. Son unas californianas de toda la vida, las que quedan cuando has dejado crecer la raíz sin tinte. Me paso el peine y pienso en hacerme un recogido, pero al final me lo dejo como siempre, largo y ondulado, a la altura de los hombros. Hoy necesito sentirme guapa. Busco en el cajón del maquillaje, que está todo revuelto y remezclado, una sombra de ojos bonita, que realce mis ojos marrones. Me gustan mucho mis ojos y mis labios. Son lo que más destaca de mí. Lo sé y me gusta lucirlos. Me pongo una sombra marrón oscura y me perfilo la raya del ojo. Lo justo para realzar mi mirada, pero para que parezca natural. Lo termino con un brillo un poco rosado de labios y hago un esfuerzo por sonreír al espejo.

Cuando me quiero dar cuenta es muy tarde, voy a perder el autobús y el siguiente tarda mucho en llegar. Echo a correr cuando lo veo venir de lejos y, casi sin aliento, empiezo a mover la mano para que me espere. El conductor abre la puerta y casi ahogada, susurro un «gracias». Lo miro y me sonríe. No es la primera vez que me espera un poco más, ya me conoce. Cojo asiento tambaleándome y hoy no me duermo. Saco directamente mi libro y me sumerjo en la historia para no darme tiempo a pensar.

Llego a la oficina con determinación. Soy yo la primera en dar los buenos días y en intentar dar algo más de conversación. Sonrío y pienso que hoy voy a currarme mucho la nota de prensa que tengo preparada. Que voy a pensar temas que sean chulos y que voy a poner al día la base de datos que llevo días dejando sin actualizar. No voy a caer. No puedo caer. Justo cuando más concentrada estoy, suena mi teléfono móvil. Lo miro, es mi editor. Qué raro. Me voy corriendo al baño, buscando un poco de privacidad para hablar.

—¿Sí? ¿Manuel?

—Hola, Paula, ¿qué tal? —Se me encoje el estómago, ¿qué mala noticia o qué problema me va a contar?

—Bien, bien… ¿y tú?

—Bien, un poco agobiado, no paro, de verdad, no terminas de solucionar una cosa cuando te llaman con otra. La gente a veces es muy poco resolutiva.

—Ya, claro… —Un problema, seguro, algo malo ha pasado con mi novela.

—Pero bueno, no te llamaba para eso. Verás, es que me han llamado de Italia.

—¿De Italia? —Me quedo totalmente descuadrada.

—Sí mujer. ¿No te acuerdas… hace meses que te conté que había mandado tu novela a una editorial de Italia?

—Ah, sí, es verdad, lo había olvidado. Y qué, no les ha gustado, ¿verdad?

—¡Qué va! ¡Les ha encantado! Estamos negociando.

—¿De verdad? —¿Será posible que por fin esté cambiando mi suerte?

—Sí, pero hay un pero. —Sabía yo, siempre tiene que haber un pero—. Dicen que, antes de decidir si publican o no, quieren conocerte. Van a dar una fiesta en Roma, con algunos de sus autores internacionales y quieren que vayamos, los dos claro. Quieren entrevistarse contigo para ver si les encaja tu perfil y después que ellos y yo hablemos de números y de derechos, ya sabes. De editorial a editorial.

—¿Una fiesta? ¿En Roma?

—Sí, en un par de semanas. Es un viernes, si quieres te podemos atrasar el vuelo de vuelta y que te quedes el fin de semana. Bueno, los detalles ya los hablaríamos, pero para saber si me pongo con ello o no.

—¡Claro! ¡Claro que sí! —Menos mal que estoy en el baño y nadie me ve, porque estoy dando saltitos como una niña pequeña.

—Bueno, pues me pongo con ello y te paso por *mail* la info, ¿vale? Estamos en contacto.

—Mil gracias, Manuel, de verdad, mil gracias.

—A ti. Un abrazo.

Manuel cuelga antes de que pueda contestarle. ¿Ha pasado de verdad? Sigo trabajando, pero estoy como en una nube y, al final, no me cunde tanto como pensaba. ¿Será posible que ser positiva atraiga de verdad las cosas buenas? Como una tonta, me paso toda la mañana con una sonrisa nerviosa en la cara.

Los viernes tenemos jornada intensiva. Es el único día de la

semana en el que no paso el día en mi cubículo de sol a sol. Siempre aprovecho para comer con alguien antes de ir a casa, pero hoy con quien he quedado a comer es con mi padre. Dice que se apaña perfectamente pero, desde que me fui y lo dejé solo, me siento un poco en la responsabilidad de ver si está bien y de mimarlo un poco.

Siempre hemos estado solos los dos. Él ha tenido alguna que otra relación, pero nunca las metió en casa y ahora que yo me he ido y él se ha quedado solo, me siento un poco culpable por eso. Su respuesta es que es un hombre complejo y que ninguna mujer lo ha aguantado como lo hizo mi madre. También porque mi madre no estuvo con él mucho tiempo. Pero lo cierto es que siempre me antepuso a mí a cualquier cosa. Quizás ese también es uno de los motivos por los que me costó tanto irme de casa.

De hecho, aún tengo las llaves. Mi padre dice que sigue siendo mi hogar. Que lo que pasa es que ahora soy multipropietaria.

Me lo encuentro como siempre arreglando algo. Es un manitas. La verdad es que me hubiera gustado heredar esa capacidad suya para arreglar todo lo que está roto, para ver no un problema, sino una solución. Yo soy más de dramatizarlo todo y de pensar que la única solución está en comprar algo nuevo.

—¡Hola, papá!

—Hola, pequeña. ¿Qué tal ha ido el día hoy?

—¡Fenomenal!

—Vaya, qué novedad… —Mi padre deja las herramientas en la mesa y por fin me mira—. ¿Mejor por fin en el trabajo? Si ya te decía yo que era cuestión de hacerse.

—No, no es eso.

—Vaya, ¿entonces?

—¡Algo mucho mejor! Me han llamado de la editorial. —Me moría de ganas por compartirlo con alguien. Tanto que hablo hasta más deprisa de lo que ya suelo hablar por norma. Le cuento que a veces uno no es bien recibido en su tierra y que a lo mejor Italia es mi oportunidad de triunfar. Que, además, seguro que en la fiesta de Roma conozco gente interesante, que tengo muchas ganas de volver a viajar, de salir de la oficina, de sentirme un poco yo de nuevo. Mi padre me escucha con atención y cuando por fin guardo silencio, para beber un poco de agua, seca del *speech* que le he soltado en un momento, me mira.

—Bueno, si te dejan cambiar el vuelo a lo mejor puedes ir con Carlos a Roma, os vendrá bien una escapada.

—Hombre, voy con mi editor y, la verdad, a Carlos esos mundos no le gustan nada, no pegaría nada allí. No había pensado en que se

viniera. Pero ¿eso es todo lo que me tienes que decir?

—No quiero que te vuelvas a hacer ilusiones. A ver qué pasa, ya se irá viendo.

—Ya, sí, ya lo sé, pero es una buena noticia, ¿no?

—Sí, claro. Pero, y en el trabajo ¿cómo van las cosas?

Suspiro. Le digo que mejor, como le digo a todo el mundo y me meto en la cocina a hacer una ensalada de pasta para los dos. Al final, decido no volver a sacar el tema, ya lo hablaré con Carlos y las chicas. Entiendo que a mi padre le preocupe que ya tenga cierta edad y que no me vea con mucha estabilidad. Desde su punto de vista, yo ya debería estar casada, con un crío y, si me apuras, esperando el siguiente.

Mis padres se casaron jóvenes, a los veintipocos. Como todo el mundo. No tenían mucho dinero y la hipoteca y los gastos de la casa eran la prioridad. Sé, por lo que me ha contado mi padre, que mi madre era igual de soñadora que yo. Que siempre hablaba de que cuando tuvieran un poco más de dinero harían viajes, irían a ver mundo. Pero se quedó embarazada al poco de casarse y, además, perdió el trabajo, por lo que mi padre pasaba horas trabajando para mantenernos, mientras que ella se dedicaba en cuerpo y alma al bebé. Murió cuando yo tenía tres años, en un accidente de coche. Mi padre dice que como yo ya podía ir al colegio volvió a moverse para buscar trabajo. Así, la última vez que la vio con vida fue una mañana, mientras ella se montaba en el coche. Nunca hablamos mucho de ese tema. De cómo murió. De cómo él se tuvo que hacer cargo de todo, tan joven. No hablamos de ese tema como no hablamos de muchos otros. Comemos charlando de las noticias, de política, de algún libro que hemos leído. Eso sí tengo que agradecérselo a mi padre, él fue el que me aficionó a leer. Creo que lo hizo un poco sin querer. Yo lo imitaba en todo y mi padre siempre ha leído mucho. Me gustaba sentarme a su lado en el sofá, mientras él leía uno de sus enormes libros y yo hacía lo propio con uno de mis cuentos. Hasta que al final mis libros empezaron a ser igual de grandes que los suyos.

Después de comer, mi padre se pone uno de esos documentales de animales con un buen café. Yo me quedo a su lado, y antes de que me dé cuenta, mi cuerpo se acopla en mi sofá de toda la vida, y ahí, viendo como los leones se comen las gacelas, me olvido un poco de todo y me quedo dormida con ese sonido de la infancia de fondo.

Me despierto sobresaltada con el politono de mi teléfono móvil. Miro a mi alrededor, mi padre no está en el salón, pero me ha puesto una manta por encima para que no cogiera frío. Miro el móvil, es

Carlos.

—¿Sí…? —contesto con una voz un poco de ultratumba.

—¿Dónde estás?

—En mi casa. Bueno, en casa de mi padre. Si te lo dije, ¿no?

—Ah, sí, sí, ¿pero cuándo vienes a casa?

—Pues no sé, en un rato, ¿pasa algo?

—No, no, que se me había ocurrido salir esta noche a cenar a un sitio bonito. No sé, has estado así, un poco alicaída con todo y había pensado organizar una noche chula para los dos, ¿te apetece?

—¡Ais, sí! ¡Mucho! —Me extraña este ofrecimiento de Carlos, teniendo en cuenta que sus noches especiales suelen traducirse por hacer maratón de alguna serie, eso sí, con una buena botella de vino —. Además, tengo novedades que contarte, me parece genial, me apetece mucho de verdad.

—¿Novedades? Bueno, luego lo hablamos. Pero vente pronto para que te dé tiempo a ponerte guapa y eso.

—¡Oye! Que yo siempre estoy guapa.

—Sí mujer, a arreglarte y esas cosas, ya me entiendes.

—Vale, me desperezo y voy para casa, ¿vale?

—*Ok*, yo voy reservando. Un beso, cielo.

—Un beso.

Voy al baño a echarme un poco de agua por la cara y encuentro a mi padre fumando a escondidas en la ventana de la cocina. Lo regaño como siempre, pero desde que no vivo con él sé que ya no puedo vigilarlo. A veces, los hijos también tenemos que dejar que nuestros padres se equivoquen y asumir que no podemos cuidarlos todo el tiempo. Salgo de casa un poco adormilada todavía, así que, en vez de coger el autobús, decido darme un paseo hasta el metro para despejarme un poco.

El restaurante al que Carlos me lleva está, desde luego, muy por encima de nuestras posibilidades. Lo miro extrañada y le echo un poco la bronca. Yo soy feliz con ir a cenar a cualquier parte, sabe que me encanta ir a cualquier sitito que suponga probar una comida nueva y que, aunque ahora que yo tengo mejor sueldo y vayamos mejor económicamente, tampoco estamos para derrochar en tonterías. Pero él me dice que un día es un día y me agarra fuerte por la cintura, haciendo bromas tontas de machito, que terminan por ponerme un poco nerviosa.

Cuando se acerca el camarero y le dice nuestro nombre, para que nos indique cuál es nuestra mesa, le guiña el ojo y yo suspiro. Ya que

me va a llevar a restaurantes buenos, por lo menos que mantenga las formas.

Carlos y yo llevamos cinco años juntos. Los suficientes para conocernos mucho. Las manías de cada uno, sus puntos fuertes y esos defectos que cuando te conociste te parecían adorables, pero que con el paso del tiempo pasan a ser un poquito exasperantes. También es verdad que cuando empezamos a salir ya nos conocíamos bastante. De hecho, era uno de mis mejores amigos. Esa persona que siempre estaba ahí para sacarte una sonrisa, para hablar de tonterías cada noche, para darte su visión de chico en algunas cosas.

Nos conocíamos por amigos comunes. Una de mis amigas de la universidad empezó a salir con un chico y, como suele pasar, al final acabamos haciendo un grupito entre las amigas de ella y los amigos de él. Así nos conocimos Carlos y yo. He de reconocer que cuando lo conocí me pareció un chico mono, gracioso, pero no era mi tipo. Era demasiado formal, demasiado tradicional. Incluso físicamente, rubio y de ojos azules, se alejaba de mi hombre ideal, el moreno con mirada oscura y pasional. Nos caímos bien desde el principio y él siempre me tiraba los trastos medio en broma, medio en serio. Pero yo entonces no quería saber nada de novios. Me gustaba estar por ahí con mis amigas y picotear de vez en cuando. Algún rollito pasajero que otro, nada serio. ¿Para qué?

Claro, hasta que me enamoré. Pero no de Carlos, sino de un chico de mi clase. Suele pasar, las cosas llegan cuando menos las necesitas. El caso es que perdí la cabeza totalmente, sobre todo porque Jorge y yo teníamos mucha afinidad sexual. Vamos, que era un no parar. Por supuesto, Jorge me acabó rompiendo el corazón. Como suele pasar en este tipo de historias. Y ahí estaba Carlos. El amigo fiel, el paño de lágrimas, el «te mereces a alguien a mejor». Desde luego, Carlos lo era. Solo que me costó un tiempo darme cuenta. Al final, el cariño hizo el roce, más que al revés. A base de insistir, me fui dejando querer y cuando me quise dar cuenta Carlos se había convertido en mi relación más seria.

Carlos era la paz que me faltaba. De hecho, si por algo me he estresado estos últimos meses es porque es la primera vez que discutimos. Porque con Carlos, realmente, es muy difícil discutir. No tiene la necesidad de llevar la razón, cosa que yo creo que va un poco en contra de la propia naturaleza humana. Es un hombre de placeres sencillos, ve todo fácil y cuando yo me estoy ahogando en un vaso de agua, él me mira, me abraza y me convence de que no pasa nada. Aunque a veces puede llegar a ser desquiciante que siempre seas tú la que parezca la loca histérica. Pero, en general, mi

relación con Carlos siempre ha sido como una especie de calma, un momento de serenidad en mi vida. A lo mejor por eso ahora me siento tan perdida. Porque Carlos también pelea conmigo por las cosas tontas de la convivencia y porque por mucho que me diga que no pasa nada, cuando yo le cuento que me siento un poco agobiada con todo, para mí sí que pasa. Así que más que serena, me siento incomprendida.

Carlos me observa pensativo. Quizás él también esté pensando en eso. En que estamos más distanciados. Quizás esta cena sea su forma de decirme que él también se ha dado cuenta y que quiere ponerle remedio. Le sonrío, le cojo la mano por encima de la mesa y me quedo mirándolo en silencio.

—¿Qué pasa? —me dice ahora cohibido, escondiéndose bajo la carta de vinos.

—Nada, pensaba…

—¿En lo de Sara?

—¿Lo de Sara? —Me quedo totalmente descuadrada. Está claro que sigo sin saber bien cómo funciona la mente masculina.

—Sí, lo de la boda, te vi ayer así un poco tocadilla. Como que quisiste cortar rápido el tema.

—No, bueno, no sé.

—¿Envidia?

—Puede, a lo mejor. No lo sé, la verdad. Es solo que esperaba poder hablarlo contigo mejor. Ya no hablamos las cosas como antes…

—Ya, bueno, es que me pillaste un poco medio dormido. ¿Y qué tal hoy con tu padre? —Me vuelvo a quedar bloqueada con el cambio de tema.

—Pues bien, como siempre…

—¿Prefieres blanco o tinto?

Carlos no para de hablar en toda la cena. Salta de un tema a otro y acabo un poco cansada de intentar seguirle el ritmo. Ha sido una semana dura y los viernes estoy con las pilas descargadas. Parece que él, sin embargo, estuviera lleno de energía. Intento seguirle el ritmo, porque de verdad que quiero pasar una noche agradable y distendida juntos, pero me cuesta conectar con él. Quizás tendríamos que haberlo dejado para mañana. O quizás sea yo. Quizás todo lo que nos pase estos últimos meses solo sea yo y mis neuras. Aprovecho que está callado mirando la carta de postres, para sacar el tema.

—Carlos, ¿tú me notas bien últimamente?

—¿Que si te noto bien? ¿Y eso, cielo? —Sigo sin acostumbrarme a ciertos apelativos cariñosos.

—No sé, estoy que no estoy últimamente. A lo mejor han sido muchos cambios.

—Ya, bueno. Estás un poco más irascible, sí. Más decaidilla. Pero no creo que sea por los cambios, en casa estamos bien, ¿no?

—Sí, bueno, discutimos más…

—¡Pero eso es la convivencia! ¡Nosotros estamos mejor que nunca! —Me aprieta la mano y asiento de forma mecánica—. Yo creo que estás así por lo del libro. Te hace falta una nueva ilusión…

—¡Lo del libro! —Estaba tan cansada, que por un momento me había olvidado totalmente—. Pues quizás esa nueva ilusión haya llegado. Hoy me ha llamado mi editor, resulta que están interesados en publicar mi novela en Italia.

—¿En serio? ¡Qué buena noticia!

—Sí, lo único es que tendré que ir a Roma a una fiesta que hace la editorial de allí, porque quieren conocerme.

—Pues, pinta bien, ¿no?

—¿Verdad que sí? Yo creo que… —Carlos me deja con la palabra en la boca y se pone a hacer señas al camarero.

—Pero yo me refería a otra cosa.

—¿A otra cosa?

—Sí, yo creo que te hace falta ilusionarte con un proyecto más a largo plazo. No sé, avanzar.

—Avanzar…

—Sí, bueno, lo del libro es algo que ya has hecho, ¿no? Como lo de plantar un árbol…

—¿Y ahora me vas a decir que me falta tener el hijo? —Creo que voy a sufrir un corte de digestión.

—¡No mujer! Todo a su tiempo… —El camarero vuelve a interrumpirnos al traer el postre. Una tarta de chocolate que ni siquiera recuerdo haber pedido. Carlos me cede la cuchara para que la pruebe yo primero mientras él sigue hablando—. Lo que quiero decir es que tú y yo ya llevamos un tiempo juntos, que cada uno ya ha desarrollado sus proyectos propios y eso, y que a lo mejor es hora de empezar un proyecto juntos. De volver a ilusionarnos con algo como pareja.

Entonces lo noto. En la segunda cucharada. Hay algo en la tarta. Algo duro. Y entonces todo empieza a encajar en mi mente. La pregunta sobre la boda, sobre mi padre, esta charla sobre el proyecto de vida en común, las ilusiones. No puede ser verdad. Por favor, que no sea verdad. Pero en cuanto vuelvo a clavar la cuchara veo su cara de ilusión y solo puedo rogar que esto no sea lo que creo que es. Pero lo es. El anillo aparece en medio de la tarta, brillante y cuando estoy

intentando asimilar que me han escondido un anillo de pedida en una tarta, como si fuera una película mala americana, Carlos se levanta de la mesa, se arrodilla a mi lado, mientras todo el restaurante nos mira y yo intento no sufrir un ataque de histeria.

—Paula, te quiero, te quiero desde el primer día en que te vi y me harías el hombre más feliz del mundo si te casaras conmigo.

Dios mío. Dios mío. No puedo respirar. Simplemente no puedo moverme, ni gesticular, ni hablar. Creo que estoy sufriendo un ataque de pánico. Me agarro el pecho y los ojos se me ponen vidriosos, lo que Carlos debe interpretar como emoción, porque se levanta, me levanta, me coge por la cintura y me da uno de los besos más intensos que me ha dado en toda nuestra vida juntos. Sonríe. Sonríe como si fuera inmensamente feliz, coge el anillo de la tarta, se lo mete en la boca para limpiarlo, en un gesto que rompe un poco todo el encanto, y me lo pone en el dedo, tras lo cual, todo el restaurante empieza a aplaudir.

No entiendo lo que está pasando. La gente nos hace fotos con el móvil, los camareros traen una botella de champán para brindar. Carlos me abraza y yo ya no sé si estoy feliz o enajenada. Creo que me acabo de prometer a Carlos, aunque ni siquiera recuerdo que me hayan hecho la pregunta o que yo haya dado una respuesta.

Salimos del restaurante un poco embotados, como borrachos no de muchos licores, sino de muchas emociones. Carlos propone dar un paseo antes de coger el coche, en el que me recuerda la primera vez que me vio, la primera vez que yo lo besé tras todo el tiempo que él estuvo tratando de conquistarme, la primera vez que lo hicimos. Y ahora vamos a casarnos. O eso parece.

Cuando montamos en el coche ya soy un poco menos zombi y un poco más una persona racional. El paseo me ha ayudado a coger un poco de aire.

—Pero ¿va en serio?

—¿Cómo que si va en serio?

—Quiero decir que, ¡no sé! ¡No hemos hablado de esto antes! Me pilla un poco de sorpresa. Ni siquiera sé si nos lo podemos permitir…

—Bueno, verás. Ya sabes que a mis padres les hacía mucha ilusión lo de la boda y me dijeron que nos podían prestar unos ahorrillos como adelanto.

—No quiero que tus padres paguen nuestra boda…

—No toda, parte se recupera, luego se lo devolvemos. Pero vamos, tu padre también me ha dicho que él quería ayudarnos.

—¿Mi padre? ¿Has hablado con mi padre de nuestra boda antes que conmigo?

—A ver, no así, que le das a todo la vuelta. Solo que alguna vez hablando de cómo nos iban las cosas y eso, le comenté, así de pasada, que me gustaría pedirte que te casaras conmigo, pero que no sabía, que qué opinaba él…

—¿Le pediste mi mano? —Ahora mismo he pasado de estar abotargada a muy enfadada—. ¿Es que ahora soy una propiedad de mi padre que tiene que cederte? ¿En qué siglo estamos?

—¡No! ¡No empieces a sacar tu vena feminista!

—¿Mi vena feminista…?

—¡Para! ¡No lo estropeemos! Hoy es un día especial, no nos vamos a dejar llevar por los nervios, ¿vale? —Carlos respira hondo y yo también—. No, no le pedí tu mano, sé que eso te habría cabreado. Solo salió el tema, sin ninguna intención, y él comentó que si yo me decidía algún día él también nos ayudaría. Ya está. Lo que quiero decir es que por ese lado no hay problema, que no te angusties. Lo que te he dicho esta noche te lo he dicho muy pensado, ¡claro que va muy en serio!

—Lo siento… Es que… ¡Es demasiado!

—Pero estás feliz, ¿no?

—Sí… sí… ¡Claro que sí! Entonces, ¿vamos a casarnos?

—¡Vamos a casarnos!

Carlos vuelve a besarme, arranca el coche y no deja de cogerme la mano en todo el camino. Al llegar a casa volvemos a hacer el amor, pero yo sigo tan en *shock*, que vuelvo a ser incapaz de correrme.

Me despierto en medio de la noche, sobresaltada. Como si algo me hubiera impactado directamente en el pecho. Miro el reloj, son las cuatro de la mañana. Intento volver a dormir, pero no puedo, estoy demasiado nerviosa. Miro a Carlos mientras duerme como un bendito, sin que nada lo perturbe. Sin que nada le dé vueltas como un tiovivo en la cabeza.

Carlos es guapo. Lo miro así, dormido, y no puedo evitar hacerle una foto con el móvil. Como si al verlo en una foto y no a mi lado pudiera apreciarlo con más perspectiva. Todas mis amigas siempre me preguntaban por mi amigo el guapo, por si estaba soltero. Incluso una vez le apañé un par de citas con una de ellas. Yo también lo veía guapo, pero por alguna razón no me parecía sexualmente atractivo. Como si todo en él fuera armonioso, pero le faltase ese no sé qué. De hecho, la primera vez que nos acostamos, también lo pensé. Que todo era correcto, es decir, que Carlos sabía lo que hacía y lo hacía bien. Pero faltaba ese no sé qué. Aunque lo cierto es que casi siempre consigo llegar con él al orgasmo. Carlos puede ser muchas cosas,

pero no es nada egoísta. Siempre ha mirado por mí, como yo intento mirar por él. Me pregunto cómo sería mi vida si, por ejemplo, hubiera seguido con Jorge. Jorge, desde luego, sí que era egoísta. Además de una forma absurda, porque no es que se quisiera mucho a sí mismo, ya que tenía mucha tendencia a machacarse comparándose con todo el mundo. Claro, que tampoco me quería mucho a mí. Si no, no me hubiera hecho lo que me hizo. Si yo hubiera seguido con Jorge sé que hubiera sido desgraciada, nunca se habría esforzado por hacerme feliz, como lo hace Carlos cada día.

Definitivamente estoy desvelada, así que me levanto a la cocina a por un vaso de leche. Aunque a mí, en vez de caliente me gusta tomármela bien fría y con cacao. Me ayuda a dormir igualmente. Me siento en el sofá y bebo lentamente. Es entonces cuando me fijo en que aún llevo el anillo de pedida en la mano. Suspiro. Todo ha sido tan repentino que ni siquiera me he parado a mirarlo. Es bonito, adecuado. Es de color oro, con un brillante algo más grande en el medio. Elegante, pero discreto. Vamos, tradicional, muy del tipo de Carlos. No sé si es mi tipo de anillo, ni siquiera sé si tengo un tipo de anillo. Nunca suelo llevarlos. Pero me queda bien. Me queda bonito. Lo miro y es la primera vez que siento que significa algo. Algo que me ancla, que me sujeta a este mundo. Carlos me conoce mucho. Puede que tenga razón, que esto sea lo que nos haga falta. Lo que me hace falta.

Vuelvo a coger el móvil para hacerle una foto también al anillo y veo que tengo un mensaje. Es de Lidia. Dice que ya lo leeré mañana, pero que estaba despierta, que no podía dormir. Que la casa se le cae encima. Que tiene miedo de quedarse sola. Que tiene pánico a que la vida siga y que Cristina acabe con este chico, que se case, que tenga hijos, que tenga la vida que quería tener con ella, pero con otra persona. Y que ella acabe sola. Depresiva. Que tiene miedo de ser esa chica triste que pudo tener una vida, pero que no la tuvo.

No sé qué contestarle. ¿Qué todo va a ir bien? ¿Qué ya conocerá a alguien mejor para ella? No puedo decirle eso, porque realmente no lo sé. No sé si Lidia va a volver a ser feliz o si va a ser desdichada. Puedo escribirle palabras de consuelo, pero ambas sabremos que solo son eso. Suspiro de nuevo. Me termino el vaso de leche y apago el wifi del móvil.

Cuando vuelvo a la cama, soy yo la que empieza a besar a Carlos en el cuello, la que comienza a acariciar su sexo. Me deleito en el sabor conocido de sus besos, en la seguridad de su abrazo. Me excito con las caricias aprendidas a lo largo de los años, que son esperadas, pero efectivas. Dejo que su boca se pierda en los pliegues de mi

vulva y que su lengua me ofrezca la humedad que a veces me falta. Dejo que su pene crezca en el hueco que le reservan mis pechos. Abro con mis manos la entrada de mi vagina para dejar entrar su erección y que así sea el cuerpo de Carlos el que llene todos los vacíos que a veces siento. La noche pasa entre movimientos lentos, palabras susurradas, jadeos contenidos y orgasmos modestos.

Despierto de buen humor. O al menos con mejor humor que estos últimos meses. También porque Carlos me ha preparado tortitas con chocolate y zumo de naranja recién exprimido y encima me lo lleva a la cama, acompañado de una rosa amarilla, mi flor favorita. Desde luego, Carlos tiene madera de buen marido.

—¿Qué vamos a hacer hoy? —le pregunto con la boca llena de chocolate, a lo que él sonríe y me da un beso para quitármelo.

—No sé, ¿te apetece hacer algo especial esta noche para celebrarlo? Algo más barato, lo prometo.

—¿Esta noche? —Entonces lo recuerdo—. Mierda, ¡Sara! Le prometí que esta noche quedábamos los cuatro para que nos contasen todo lo de su boda.

—Ah, pues mira, así nos podemos dar ideas los unos a los otros. O ellos a nosotros, que seguro que van más adelantados.

—Puf… No creo. A Sara le va a sentar fatal la noticia. Está ilusionada siendo la primera que se casa, no le va a hacer gracia que se junten las bodas.

—¡Qué bobada mujer! Además, aún tenemos que mirar fechas.

—¿Bobada? A ti te sentó mal que te contase lo de su boda porque te quitaba protagonismo, ¡atrévete a negarlo! —le exijo, dándole con la rosa en la nariz.

—No lo niego, pero coño, ¡tenía hecha la reserva hace un montón y va justo Sara y te cuenta lo de su boda el día antes! Pero bueno, me animó.

—¿Ah sí?

—Sí, porque me di cuenta de que de verdad tenías muchas ganas de casarte.

Lo miro y sonrío. A lo mejor es verdad. Yo no estaba pensando mucho en lo de casarme hasta que me sentí tan rara con la noticia de Sara. Pero es verdad que esto va a ser un problema. Encima con lo de la ruptura de Lidia. De nuevo siento que me cuesta compartir las cosas que me importan con mis amigas. Aunque a lo mejor es más lo que yo me monto en la cabeza, que sus reacciones de verdad. Quizás debería confiar más en ellas. Así que me animo y les digo a Sara y

Ernesto que sí que quedamos. La suerte está echada.

Carlos y yo pasamos el día sin discutir. Supongo que todo es proponérselo. Él hoy está más pendiente de los detalles y yo, como estoy de mejor humor, intento no enfadarme por todo. No sé si es que el saber que tenemos un proyecto nuevo juntos nos ha unido un poco más o, simplemente, que lo que nos hacía falta era una buena sesión de sexo. Me inclino un poco más por lo segundo.

Hemos quedado para cenar en un italiano. Una opción segura. Con Sara y Ernesto es mejor no arriesgar con nada exótico. Sabiendo que ellos llegarán puntuales y no nos quitarán la mesa, nos permitimos retrasarnos un poco más. Nunca salimos con el tiempo suficiente para aparcar.

Cuando llegamos, Sara está sonriente y Ernesto exultante de felicidad. Nos saludan efusivos y antes de que podamos coger los menús para elegir, Sara ya le está enseñando el anillo a Carlos. Sé que Carlos no va a poder aguantarse, lo sé. Me meto debajo de la carta y espero a que salte la liebre.

—¡Enhorabuena pareja! El anillo es muy bonito, Ernesto. Has tenido muy buen gusto. Pues el caso es que nosotros también tenemos algo que contaros…

—¿Vais a ser papás? —Ernesto y Sara lo dicen de una forma tan sincronizada que se me eriza el pelo de la nuca y todo.

—¿Papás? ¿Qué? No, no. Nada de papás —contesto buscando con la mirada al camarero.

—No, que Ernesto se me ha adelantado por poco. Enséñaselo, cielo.

No me deja esconderme detrás de la carta, me hace sacar la mano y enseñar a mis amigos, así, de frente, sin más defensa que la mesa que nos separa, el anillo en mi mano izquierda. Como dice Carlos, la más cercana a mi corazón. Contengo la respiración. La cara de Sara pasa de la sorpresa… a la confusión… a la indignación. Se hace un silencio incómodo, hasta que por fin Ernesto se atreve a hablar.

—¡Vaya! ¡Al final la sorpresa nos la dais a nosotros!

—Bueno, ¡es que parece que nos hemos puesto de acuerdo! Tenía reserva anoche, en ese restaurante tan de moda del centro, desde hace un mes. Sé que a lo mejor era pronto, pero no sé, nos vi tan bien viviendo juntos que me dije, ¡para qué esperar más! Total, ¡con todo el tiempo que se tarda en organizar la boda ya teníamos margen de sobra!

—Claro, claro… Pues, ¡enhorabuena! ¿Ya habéis mirado algo? —Extrañamente la conversación sobre bodas fluye mano a mano entre los chicos, mientras Sara y yo bebemos de nuestras copas,

contenidas.

—No la verdad es que no, ¿por qué? ¿Os hace una boda doble? —Carlos se empieza a reír él solo, como suele hacer con sus bromas tontas y yo casi me atraganto al ver como a Sara se le salen los ojos de las órbitas con la pregunta.

—¡Anda, anda, Carlos! ¡No digas tonterías! —Reacciono, por fin—. Vosotros ya lo tendréis todo pensando y mirado. ¡Nosotros somos totalmente nuevos en esto! Así que supongo que tardaremos un tiempo en mirarlo todo y ponernos al día, ¡vosotros seréis sin duda los pioneros! Más bien nos podéis servir de inspiración.

Sara por fin se relaja al oír mis palabras. Casi puedo escuchar los pequeños mecanismos de su mente: «sigo siendo la primera en casarme, no pasa nada». Suspiro. Odio que hasta esto tenga que ser así de complicado. Pero por otra parte, me alegro de tener la crisis superada, al menos de momento.

—¡Enhorabuena, cariño! —Sara vuelve a mostrar su sonrisa—. La verdad es que no me lo esperaba para nada. ¡Me ha sorprendido! Pero me alegro mucho por vosotros. Os lo merecéis mucho.

—Venga, pues, ¿un brindis? —Ernesto sube su copa de lambrusco—. Por los cuatro, porque seamos felices y comamos muchas perdices.

Los cuatro reímos y brindamos. Mucho más relajados, pedimos por fin la comida, aunque apenas consigo comer algo. Pese a que el ambiente se ha relajado, la charla sobre banquetes, menús, presupuestos, regalos, invitaciones, salones, fincas, hoteles, vestidos, peinados, fotomatón, mesas *candy*, mesas de mojito, jamoneros y demás cosas, que ni siquiera sabía que existieran, me quita el apetito. No sé qué me pasa. Esta mañana estaba bien. Estaba incluso feliz. Pero vuelvo a sentir esa sensación en el pecho. Como si algo me punzara en lo más profundo y el aire entrara con dificultad. La extraña sensación de que mis pulmones son de cartón y al respirar me duele cada bocanada. Intento evadirme, disfrutar de mis *gnocchi* con parmesano, pero al final no hago sino ahogarlos en más y más lambrusco.

—Entonces de momento vais a seguir de alquiler, ¿no? —pregunta Ernesto, que ya está mirando la carta de postres.

—Bueno, no sé, supongo que no puede ser todo a la vez. Muchos gastos. Pero claro, después de casarnos, si todo va bien, lo suyo sería mirar para comprar algo.

—¿Ah sí? —Me quedo mirando a Carlos—. ¡Pues a mí no me has dicho nada!

—Hombre, mujer, lo del alquiler es un poco para probar, pero

ahora los pisos están más baratos, si durante este año vemos que el curro va bien, lo suyo es invertir en una propiedad, al final la hipoteca te sale mejor que el alquiler con lo que ha subido…

—Ya, bueno, pero no sé… Tendremos que hablarlo. Comprar supone establecerse fijo en un sitio, tener una obligación en el trabajo, quiero decir, que limita las posibilidades…

—Ya, cielo, pero a ver, al poco de casarnos vendrán los niños, y todo eso va en *pack*.

Me quedo blanca. Niños, ¿ha dicho niños? ¿Me está diciendo que en un año vamos a comprarnos una casa para poder tener hijos?

—Para un poco, ¿no? Tener hijos lo cambia todo… No sé, es para toda la vida. Dejas de ser tú para convertirte en la madre de otra persona. Para siempre. Así de simple, un hijo te quita una parte de tu identidad.

—¡Qué tremendista eres, cielo!

—Bueno, tremendista no, realista. Un hijo supone tiempo, energía, cambiar tu forma de vida…

—Lo que pasa es que nos hemos vuelto unos egoístas. Solo pensamos en ser unos ególatras, en dedicar el dinero a cosas absurdas y en no crecer nunca. Mis padres no se plantearon tantas cosas cuando nos tuvieron. Lo hicieron y punto.

—Ya, pero yo no soy tu madre y no tengo por qué ser la madre de nadie si no quiero.

—Bueno, ¡pero no os agobiéis que todo llega! Bastante tenemos con los preparativos de la boda, punto por punto, ¿verdad, Pau? —Sara me hace un guiño. Ella sabe que, cuando alguna vez entre chicas hemos hablado de tener niños, yo nunca me he mostrado muy maternal. No lo sé. A lo mejor algún día querré tener hijos, pero hoy no es ese día. Y, desde luego, no me había planteado sacar el tema de mi futura maternidad en un italiano, tomando lambrusco con unos amigos.

—Sí, bueno…

—Pero a ver, son cosas que hay que plantearse, ¿no? —Carlos no parece haber aprovechado el capote que le acaba de echar Sara y busca revancha—. Al fin y al cabo, tenemos una edad y no pueden dejarse mucho más las cosas.

—Todavía tengo margen. Hace nada que he cumplido los treinta, tengo cinco años hasta que mi reserva ovárica se resienta.

—Bueno, pero si queremos tener un par…

—¿De niños? —Lo noto, voy a empezar a hiperventilar.

—Sí. No va a ser de perros. ¡Aunque también podríamos mirar lo del perro! —Carlos se sirve otra copa y entonces lo miro a los ojos.

Los tiene un poco rojos. Está un poco bebido, animado y se ha venido arriba. Es eso. Solo eso. Aunque dicen que los niños y los borrachos nunca mienten. ¿Miente un borracho que está loco por tener niños? Me empiezo a poner muy nerviosa. No quiero seguir hablando de esto aquí. No quiero pensar en nada de esto ahora.

—Bueno, ya lo hablaremos cuando hayas bebido menos, ¿vale? —Me limpio la boca para intentar disimular cómo me tiembla la voz—. Voy un momento al baño.

Me levanto lo más digna que puedo y camino lo más normal que puedo aparentar. Según entro en el baño, me meto en uno de los cubículos y, pese al mal olor y al poco espacio, me siento por fin refugiada. Echo el pestillo, me tapo la boca y ahogo un grito. Lloro en seco. Intento echar, como puedo, la ansiedad y la angustia en ese momento para mí, como hago a veces en el trabajo, y vuelvo a intentar respirar con tranquilidad. Cuando abro la puerta, Sara está apoyada en el lavabo, mirándome con cara de preocupación.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, es solo que he bebido un poco de más. Ya sabes las ganas que me entran de ir al baño.

—Pau…

—¿Qué?

—No pasa nada. Puedes estar un poco nerviosa, es normal. —Me quedo mirando a mi amiga. Es mi amiga, está ahí, preocupada por mí y yo necesito una amiga, necesito dejar de decirle a todo el mundo que estoy bien.

—Es solo que son muchos cambios… Muchas cosas. No sé, estoy un poco desorientada. Tampoco era el mejor momento para hablar de estas cosas. Carlos es un poco bocazas a veces.

—Ya… ¿Seguro que es solo eso?

—¿Qué otra cosa va a ser? —Sara me mira en silencio, como sopesando.

—No lo sé, la verdad es que… lo de la boda me ha sorprendido.

—No quería fastidiarte tu sorpresa Sara, de verdad, lo siento.

—No, no es eso. A ver, sí, también me ha sorprendido por eso pero… no esperaba que tú dijeras de casarte. Al menos… no con Carlos…

—¿Y con quién si no? ¿Le pasa algo a Carlos? Carlos es una persona maravillosa, me quiere con locura y siempre cuida de mí.

—Lo sé, Carlos es un amor, pero eso no lo es todo, lo sabes, ¿no?

—¿Qué es lo que me estás queriendo decir?

—Pues que a veces todas comentamos que… Ya sabes. Que no tenéis nada en común. Carlos es más centrado, más serio y tú… estás

más a otras cosas. A ver, a las cosas que a ti te gustan. Yo que sé, a ti te gustan mucho los libros, el arte… y Carlos es más de su partido de los domingos y de los placeres sencillos, no de grandes aventuras. Que sabemos que después de lo de Jorge, pues el bueno de Carlos estaba ahí. Pero casarse…

—¿A dónde quieres ir a parar?

—A que si estás segura de que Carlos y tú estáis hechos el uno para el otro.

—¡Esto es lo último! ¿Qué pasa? ¿Qué como Carlos no me ha pedido matrimonio en una ruta de senderismo, como Ernesto a ti, es que no somos almas gemelas como vosotros?

—¿Qué? ¡No! Es que Carlos quiere tener hijos y tú nunca has mostrado mucho interés por la maternidad, por ejemplo.

—Claro, porque yo soy la rara, ¿no? Tú eres doña perfecta. Tú eres todo lo que se espera de ti. Y de mí no se esperaba que también quisiera el «fueron felices y comieron perdices», ¿no? No se esperaba que yo también fuera a casarme y que eso te arruine el protagonismo de tu boda. ¿Es eso? ¿Me estás echando toda la charla por eso? ¿Porque tú eres la de las bodas y yo no? ¿No puedes solo alegrarte por mí, Sara? ¿No puede alguien alegrarse por mí por una puñetera vez?

—Me alegro, Paula, me alegro. —Nos quedamos mirándonos la una a la otra en silencio—. En fin, ya es tarde y nosotros estamos cansados. Le voy a decir a Ernesto que vaya pagando la cuenta.

Sara se da media vuelta y yo me quedo allí, en ese baño con olor a mierda, sintiendo como las palabras de Sara se me clavan como dardos en el pecho. Esta vez lloro de verdad, con lagrimones de los gordos, y cuando salgo después de haberme intentado arreglar el maquillaje como he podido, Sara y Ernesto ya se han ido.

—Pero ¿qué ha pasado? —me pregunta Carlos, con cara de susto, solo en nuestra mesa para cuatro.

—Nada, lo que ya te dije. Sara no soporta que le roben el protagonismo y hemos discutido. ¿Podemos irnos?

Esta vez no vamos cogidos de la mano por el camino. Tampoco hablamos. Cuando me monto en el coche, me siento aliviada. Agradezco que Carlos tampoco pronuncie palabra. La cabeza me va a mil por hora, son tantas las ideas que ni siquiera soy capaz de ordenarlas, de entenderlas. Cuando llegamos a casa y me pongo el pijama para meterme en la cama, Carlos me mira preocupado.

—Siento haber sacado ese tema en la cena. No era el momento.

—No, no lo era. —Me arropo y me hago un ovillo dándole la espalda.

—Paula… No te enfades. No lo estropeemos, por favor. Solo me he emocionado un poco. Pero, ya sabes, es un tema que tendremos que hablar, ¿no?

—Sí, pero no así, no ahora. —Carlos se arropa por su lado, suspira y cuando creo que lo va a dejar estar, contrataca.

—Estoy pensando en lo que me dijiste. En lo del viaje ese a Roma. Podemos ir juntos. A lo mejor nos venía bien para coger fuerzas para el estrés de la boda.

¿Es posible que Carlos y mi padre tengan la mente sincronizada? Aunque lo medito un momento. Puede que tenga razón, que lo que nos haga falta sea desconectar de todo un poco. Roma es una ciudad maravillosa para ir en pareja. Pero lo cierto es que no me apetece. Es mi viaje. Roma es mi momento, para mí, solo para mí. Al fin y al cabo es un poco mi despedida de lo que hasta ahora ha sido mi vida. Es el último capricho que me voy a permitir, antes de renunciar a muchas cosas, para tener una vida en común con él. Me giro un momento para mirarlo de frente.

—No creo que sea buena idea. Voy a estar todo el rato con mi editor y a ti esas fiestas no te gustan… Además… tal vez me venga bien. Ya sabes, han sido muchas cosas. Pueden ser un par de días para relajarme y luego venir más tranquila, para verlo y hablarlo todo juntos. Lo de la boda, lo del piso y… todo lo demás, ¿te parece?

—*Ok*, cielo, como quieras.

Carlos me da un beso en la frente y los dos volvemos a girarnos cada uno para nuestro lado. Esta noche no hacemos el amor. Esta noche no siento amor ni por mí misma.

3
Una fiesta

No me da miedo viajar en avión, incluso lo disfruto. Vale, a lo mejor no toda la parte de desarmarme de arriba abajo cuando tengo que pasar el control, pero sí pasear entre las tiendas, encontrar mi puerta de embarque y aprovechar ese tiempo para leer con los pies apoyados en mi maleta, mientras veo de reojo a los aviones despegar.

Hoy, en cambio, me siento más nerviosa que de costumbre. Han sido días movidos, y aunque este viaje me apetece mucho, no deja de ser un viaje en el que hay muchas cosas en juego. Publicar en Italia, para empezar. Decidir qué hago con mi vida, para terminar. Aunque tampoco tengo mucho tiempo para pensarlo, porque mi editor no para de hablar. Me va contando cosas sobre cómo está el mundillo, sobre algunos títulos que podría publicar, sobre los que cree que nunca se deberían haber publicado y sobre lo importante que es expandirse por el mercado internacional, porque la cosa cada vez está más complicada. Más cosas sobre las que reflexionar.

—Bueno, ya sabes. El mundo editorial no pasa por su mejor momento, no se venden tantos libros como antes y el tema del pirateo…

—Ya…

—Pero aun así yo sigo viendo sus ventajas al *ebook*. No sé, estoy pensando en editar más novelas en formato digital, ¿sabes? Al fin y al cabo, no todo tiene por qué estar en papel. Quiero decir, que sí, que sigue gustando más el publicar en papel, pero lo cierto es que ahora ya nada es físico, todo son datos en la red, pero eso también tiene sus ventajas. Abarata costes, permite llegar a cualquier persona, es más cómodo…

—Yo es que soy de las románticas del papel. No sé, me gusta sentir el tacto de un libro, sus páginas…

—Ya, pero también eres periodista y sabes que ahora el futuro del periodismo está en lo digital.

—Bueno, sí y no. Quiero decir, que las noticias, por así decirlo, ahora son inmediatas. No puedes publicarlas en papel al día siguiente, porque al minuto están en Twitter. Ahí sí que tiene valor la parte digital. Pero un reportaje o una entrevista de fondo, te apetece leerlo el domingo, con calma, con tu café de la mañana. Yo

no creo que el papel vaya a desaparecer, sino que ambos mundos van a tener que converger. ¿No crees?

—Puede ser. Pero a lo mejor también tienen que converger en el mundo de los libros.

—Puede ser también…

Me quedo pensativa. Quizás publicar este libro en Italia sea mi última oportunidad de publicar en papel. O quizás, si todo va bien con Carlos y tengo que trabajar diez horas al día en la oficina para pagar las facturas, sea simplemente mi última oportunidad de publicar en general. Supongo que todo cambia, hasta el material con el que están hechos los sueños.

Según aterrizamos en Roma, vamos a dejar las cosas al hotel para asearnos un poco. Nos han reservado habitación en el mismo hotel en el que esta noche será el encuentro entre todos los escritores de la editorial y la verdad es que es un lugar precioso. Miro la cama grande y pienso que es una pena que sea para dormir sola. Pero después me tiro sobre ella, tan enorme, tan cómoda, y pienso que también me puedo dar el capricho de disfrutar de una cama enorme, solo para mí. No me entretengo mucho más porque tenemos que ir a la reunión esta misma mañana. Me pongo algo elegante, pero no demasiado formal. Quiero causar una buena impresión. No sé exactamente qué es lo que están buscando, así que solo me queda ser yo misma y cruzar los dedos para que haya suerte.

No es habitual reunirse con la editorial que te publica en el extranjero, normalmente todo se arregla a distancia entre las propias editoriales y el autor solo da su conformidad, así que no sé muy bien qué debo esperar. Sin embargo, la reunión transcurre mejor de lo que pensaba. Distendida, ya que por suerte parte de su equipo hablaba en español y podemos charlar de muchas cosas, por lo que resulta más un encuentro creativo que una reunión de negocios. Mi editor no hace más que sonreírme, como queriéndome decir que todo va bien, que me relaje. Al final, nos confirman que encajo perfectamente en el perfil de autora que estaban buscando, que solamente querían conocerme en persona, y que estarán encantados de sacar el libro en italiano. ¡Qué bonito poder leerme a mí misma en italiano!

Mi editor y el editor italiano deciden comer juntos para hablar de negocios y me citan directamente para la fiesta de esta noche, así que me queda por delante una tarde de hacer turisteo yo sola. Por suerte, el hotel está cerca del Coliseo romano, así que salgo escopetada para ver si es posible conseguir una entrada.

Como sospechaba, la cola para entrar en el Coliseo es inmensa. Si me quedo esperando, perderé todo el día. Doy un vistazo por la zona

para ver qué se me ocurre y al final acabo consultado a una guía turística, que me recomienda que saque la entrada de dos días para hacer la visita mañana, y que aproveche para ver hoy el Foro Romano. No me parece mala idea así que sonrío y dejo que me lo gestione todo.

El Foro Romano tiene una belleza melancólica. Desde el Arco de Tito hasta el Arco de Septimio Severo, caminas en una especie de parque, que ahora parece solo un lugar en el que pasear, pero que en un momento fue uno de los lugares clave de la historia de la humanidad. Las ruinas de esculturas y columnas crean una extraña sintonía, entre el césped verde que acompaña los caminos, las vallas hechas para el turismo y los restos de los edificios que aún quedan en pie, reclamando a la memoria colectiva su olvido. Pienso en todo lo que fue y en lo que es. Un lugar que permanece para recordar otro tiempo, pero alrededor del cual ha crecido una civilización nueva. Es algo así como lo que comentaba mi editor, una convergencia entre el papel y lo digital, la historia y la modernidad. Pero me gusta esa mezcla. La memoria me parece algo indispensable, porque nada parte desde cero, sino que siempre tiene sus propias ruinas. Aunque también es necesario evolucionar. Los romanos tenían mucho que admirar, aunque como mujer, sé también que tenían mucho que era necesario cambiar.

Pero no sé por qué esa sensación de belleza se pierde según sigo paseando. Según voy dejando a mis pensamientos volar. Siento como si este lugar no dejara solo al descubierto las ruinas de una antigua civilización, sino las mías propias. Todo lo que he sido y ya no seré. Todo lo que queda atrás y da paso a algo nuevo, ¿pero algo mejor? Es como si la ciudad me hablase de todo aquello que he decidido callarme.

Se me quitan las ganas de seguir haciendo turismo. El cansancio del viaje me vence de golpe. El madrugón, los nervios, las esperas. Decido volver al hotel y descansar un poco antes de la fiesta. Al fin y al cabo, tengo un par de días para hacer todo el turismo que quiera. Cuando entro en mi habitación, me echo sobre la colcha, para hacerme un ovillo pequeño en mi cama enorme hasta quedarme dormida.

Me despierto sobresaltada. Abro los ojos para mirar la hora. Aún es pronto, no he dormido tanto. Sin embargo, tengo una extraña sensación de pesadez, como cuando te echas una siesta demasiado larga. Tengo el cuerpo dolorido, la mente abotargada, me cuesta hasta moverme demasiado deprisa. Y aunque no tengo ningún motivo, tengo unas ganas enormes de llorar. No sé muy bien qué me

pasa. Miro el calendario, ¿será algo hormonal?

Me voy al baño a lavarme un poco la cara y me miro en el espejo. Voy a intentar ser objetiva. Realista. Soy una mujer de treinta años, atractiva, no un pibón, pero atractiva. Tengo un padre que me adora y nunca me ha faltado de nada. He podido estudiar una carrera, he trabajado de lo que he querido, vale, sin un gran sueldo, pero lo he hecho. He podido incluso cumplir el sueño de publicar un libro, sin mucho éxito, vale, pero lo he hecho. Tengo salud, no tengo nada que me limite mi vida realmente. Tengo un trabajo que, bueno, me permite vivir y tengo un lugar en el que vivir. Tengo un novio que es una maravillosa persona y que me quiere un montón. Tengo amigas que me quieren. Lo tengo todo. Así de simple, soy una mujer enormemente afortunada a la que todo le va bien. ¿Entonces por qué me siento tan desgraciada?

Me doy una ducha caliente para intentar templarme un poco. Las duchas siempre son reconfortantes. Esto es una tontería. Debo de estar ovulando o algo así. No pasa nada. Me pongo el albornoz del hotel y me siento mejor, más cómoda. Busco en el armario el vestido que me voy a poner esta noche. Es un vestido rojo largo, sencillo, pero que me queda muy bonito. Me gusta decir que es mi Valentino. Claro que no me ha costado más de cincuenta euros. Lo cojo de la percha y lo pongo sobre la silla. Todavía es pronto para ponérmelo. Así que me quedo ahí, sentada en la cama, con mi albornoz y sin que pueda hacer nada por evitarlo, las lágrimas empiezan a salir solas. Y ya no paran. Me hago un ovillo mientras intento controlar un llanto nervioso, en medio de una respiración atragantada.

¿Qué me pasa? ¿Qué me está pasando? Estoy aquí, en una habitación preciosa, en una ciudad preciosa. Y entonces lo que me siento es una persona horrible. Porque hay mucha gente que lo está pasando realmente mal y yo solo soy una puñetera niña mimada, débil, que no sabe lo que quiere y que cuando se lo dan todo, no se le ocurre nada más que lloriquear por sueños tontos. Todo el mundo tiene razón. Me cuesta crecer, me cuesta llevar la vida que todo el mundo lleva, que todo el mundo quiere que lleve. Y les estoy haciendo daño. Tengo a mi padre preocupado, a mis amigas preocupadas. Tengo preocupado a Carlos. Lo ha dado todo por mí y yo solo soy capaz de enrabietarme porque no me ha pedido la mano como yo quería, cuando ni siquiera sé cómo lo quería. Soy una mala persona, soy egoísta, soy vaga. Quizás es eso. Que sea una vaga, que lo quiera todo fácil y que no sea capaz de pelear por lo que quiero como lo hacen los demás. Porque quiero a Carlos, claro que lo quiero.

Me limpio los ojos y busco a tientas el teléfono móvil, aun hipeando. Escribo un mensaje a Carlos, le digo que Roma es muy bonita, pero que tenemos que volver aquí juntos. Pero no me contesta. Miro el reloj, él todavía está trabajando a estas horas. Necesito hablar con alguien, pero no sé con quién. Entonces busco en la agenda el número de Miriam y la mando un WhatsApp para decirle que ha ido todo bien, lo de la editorial, y que qué tal ella por allí. Miriam, que siempre está pegada al móvil, me contesta en seguida. Pero no me hace mucho caso a lo de Roma. En vez de eso, empieza a contarme que se ha ido de compras y se ha gastado más dinero del que debería en una chaqueta, pero es que se la ha visto a una chica en Instagram y estaba muy de moda. Pero que se siente mal porque debería ahorrar. Dice que es que quiere mudarse a una nueva casa que ha visto, que es mejor que la suya y además tiene pista de pádel. Entonces, me explica que ahora ella juega mucho al pádel con los del trabajo, antes de irse de *gin-tonic*, y ahí ha conocido a un tío que le gusta, pero que necesita la pista de pádel, para poder tener una excusa para verlo más a menudo.

Me quedo mirando el móvil. ¿En serio? ¿En serio estoy hecha una mierda porque no encajo en ese modelo de vida? ¿Soy yo la que está mal? Me estoy convenciendo de que hay algo malo en mí por no querer que mi vida se pase encerrada todos los días en una oficina, vendiendo mierda a gente que no lo necesita. No creo que esté obligada a gastar mi dinero en ropa de marca que alguien ha decidido que esté de moda. Ni quiero estar hipotecada hasta el cuello con el banco, para poder tener una casa con una pista de pádel, solo para aparentar, porque ahora todo el mundo juega al pádel. Dios, ¡ni siquiera sé si me gusta el sabor del *gin-tonic*! No sé si realmente quiero sacrificarme por todo eso. No sé si quiero quedarme a vivir aquí o quiero probar cómo es vivir en cualquier otra parte. Ni sé si quiero sacrificar mi libertad como mujer para ser madre. Ni sé si quiero casarme. O no sé si lo que no quiero es casarme con Carlos.

Ya está. Lo he dicho. Aunque sea para mí, aunque nadie más lo haya escuchado. Pero es el clic que termina de romperme. Me empiezan a temblar las manos, me duele el pecho, me cuesta respirar. Es solo una crisis nerviosa, pasará, lo sé. Solo me tengo que tranquilizar. Pero me pone muy nerviosa verme así. Verme como un despojo, tocando fondo.

Busco en los cajones y encuentro una bolsa en la que respirar. Me siento en el suelo con la cabeza entre las piernas para intentar no marearme. La cabeza me da vueltas y siento que me voy metiendo en medio de un pozo negro. Porque si pienso en que tengo a mi padre,

pienso que siempre me ha faltado una madre. Si pienso que he trabajado de lo que he querido, también pienso que he fracasado porque no he podido vivir de ello. Si recuerdo a mis amigas, me siento aún más sola, porque sé que ya solo compartimos pasado y que nada nos une en el presente. Si pienso en Carlos, pienso que en realidad no tenemos nada en común, que llevo años dejándome querer por mi mejor amigo. Pienso que tengo muchas cosas, pero que ninguna de las cosas que tengo, es la que quiero. ¿Y ahora qué?

Nunca me he sentido tan perdida. Porque, ¿qué voy a hacer? ¿Dejar a Carlos? ¿Para acabar de cabrón en cabrón? ¿O para acabar sola? A lo mejor antes no tenía tanto miedo a estar sola, pero entonces pienso en Lidia y me doy cuenta de que tiene razón, no es lo mismo dejarlo con tu novio a los veinte que a los treinta. También puedo dejar el trabajo, pero no puedo seguir eternamente viviendo con mi padre ¿Qué es lo que pienso hacer? ¿Qué es lo que voy a hacer? Empiezo a verlo todo de forma pesimista. Como si estuviera en medio de un agujero negro y simplemente no hubiera salida. Porque no puedo vivir la vida como querría. Pero si sigo fingiendo, si sigo haciendo todo lo que odio, sonriendo de mentira, corriéndome de mentira, no estaré viviendo, solo estaré muriendo cada día un poco más.

Voy cayendo en el pozo de mis miedos, y vuelvo a sentirme esa adolescente desvalida que no tiene una madre que la cuide, que se siente sola e incomprendida. Vuelvo a sentirme como cuando pensaba que para acabar con el dolor solo había una única salida.

Miro el escritorio. Hay un abrecartas precioso. Me levanto del suelo, como si fuera una sonámbula, y me acerco para acariciar el abrecartas dorado. Me pasan muchas cosas por la cabeza, pero intento desecharlas. A su lado hay papel para cartas y un bolígrafo. Sonrío. Yo siempre he sido más de escribir las cosas, que de hacerlas. Me siento en el escritorio. Escribir mis miedos siempre me ayuda a sacarlos, a distanciarme de ellos.

A veces quiero dejar de existir. Quiero dejar de vivir, porque ya no sé cómo hacerlo. Todo me parece pesado, complicado. Me parece una lucha continua, un nadar a contracorriente que no tiene fin. Quizás no sea tan fuerte como los demás. Los demás parecen tener un camino claro, saben a dónde van. Yo no sé nada. Solo que me siento cansada, muy cansada. Que me gustaría escapar. Escapar de todo. Volar.

Miro el papel, con manchas de tinta a causa de las lágrimas y todo. Más que un cuaderno de ideas, parece una carta de suicidio. Y entonces me pongo a imaginar qué pasaría si me encontrasen muerta en esta bonita habitación de hotel. Seguro que saldría en los

periódicos, que la gente especularía sobre mi vida y que se venderían miles de mis libros. Sonrío para mí misma. A lo mejor es eso lo que me pasa. Que soy una adicta al drama.

Hago una bola de papel con el folio y lo dejo encima de la mesa. Suspiro de nuevo. Poco a poco comienzo a recomponerme, a dejar de llorar. Solo ha sido una crisis, nada más. Solo un momento de debilidad. Ya empiezo a respirar con normalidad.

Me levanto de la silla, necesito sentirme con energía de nuevo. Necesito centrarme en el presente y no agobiarme con lo que no sé si va a pasar. Ahora solo tengo que preocuparme de disfrutar de esta noche. Mi noche. Nada más. Busco de nuevo el móvil y encuentro en YouTube una canción que me anime para empezar a arreglarme. Entonces recuerdo a Satine, en *Moulin Rouge* y vuelvo a sonreír. En la habitación resuena *The show must go on* a todo volumen mientras el maquillaje tapa todas las tristezas que, esta noche, se quedan en esta habitación de hotel.

El salón está lleno de gente. Es un sitio muy bonito, con paredes malvas, techos llenos de escayola, lámparas enormes y muebles de diseño. La gente tiene un toque entre elegante y bohemio, aunque hay un poco de todo. Incluso gente de diferentes países. Han puesto varias mesas para que la gente se apoye, pero la mayoría está en grupitos, persiguiendo a los camareros y a los canapés de sus bandejas. Algo así como el cóctel de una boda. Yo, de momento, estoy al lado de mi editor, con miedo de separarme, porque no conozco a nadie. Sé que esta noche tendría que relacionarme un poco, pero es una reunión internacional y la verdad es que me siento un poco cohibida por mi inglés. Por mi trabajo, me ha tocado hacer muchas entrevistas en inglés, pero las suelo llevar preparadas. Solo conozco una forma de desinhibirme y de dejar de hacer de perro faldero. Lanzarme a por los camareros que llevan las copas de vino blanco.

Al acabar la segunda copa, empiezo a notar el efecto. Pierdo poco a poco la vergüenza y empiezo con mi verborrea habitual. Mezclo los verbos, equivoco palabras, pero empiezo a hablar sin parar. Aunque también a escuchar. Me meto en las conversaciones de forma sutil, intentando disimular mi total ignorancia en algunas cosas, y contestando emocionada cuando por fin salen temas de conversación en los que, gracias en parte a mi anterior trabajo, soy una experta. La gente escucha lo que digo con interés y no como si dijera cosas raras y aburridas. Me contestan, me dan su opinión y aportan ideas que

me parecen la mar de interesantes. Siento algo nuevo burbujeando por dentro. Y no sé si es porque ya me he pasado a las copas de champán o si porque, por primera vez, me siento un poco en mi sitio. Me siento comprendida, respetada. Parte de algo.

Las conversaciones transcurren entre la evolución de la sociedad actual, la alienación del hombre, y la crisis de la generación *millennial*. Esa idea de que pensábamos que lo íbamos a tener todo, para al final no tener nada. La angustia de tener tantas posibilidades que te paralizan como para ser capaz de elegir alguna. Sobre los temas universales como el amor, la muerte y el dinero. Sobre el poder. Se preguntan sobre por qué siempre han resonado más los escritores masculinos, cuando ahora las principales lectoras son las mujeres. Se habla del sexo, de la importancia de excitar al lector no solo en la novela erótica, sino en cualquiera. Y así me siento yo, excitada. Puede que sean las copas de más. Puede que sea que estos días soy más inestable emocionalmente que nunca.

Cuando estoy dando mi propio *speech* sobre el papel de la mujer en la literatura actual, mitad en inglés, mitad vaya usted a saber, veo que todo el mundo comienza a girarse y a cuchichear entre sí. Empiezo a otear extrañada, parece que ha llegado un nuevo invitado, pero desde aquí no consigo verlo.

—¿Qué pasa? ¿Quién ha venido?

—Ah, es ese escritor americano. El nuevo autor de moda. No recuerdo cómo se llama… Pero se está forrando con una trilogía de novela negra. Ya sabes, un golpe de suerte. —Y entonces lo distingo, a lo lejos. Alto, joven, atractivo, con un traje muy elegante.

—Harper… James Harper… O así firma, por lo menos. Yo también he caído, me he estado leyendo sus novelas últimamente, no están mal —contesta una de las mujeres que, de forma automática, saca de su bolso un pintalabios para retocarse.

Pierdo el interés por la conversación. Me intento asomar un poco más. Ese autor del libro que me tenía tan enganchada. Con el que, aunque no lo confesaría nunca a nadie, me he permitido fantasear en mi intimidad, porque me parecía muy interesante y atractivo en la fotografía. Me pongo nerviosa cuando veo que apenas lo tengo a unos metros de distancia. Parece mucho más guapo en persona. Me siento un poco imbécil, como si fuera una fan adolescente intentando acercarse a su grupo de música favorito. Pero no soy la única. La gente empieza a revolotear a su alrededor. Al fin y al cabo, la fama es como un imán para los simples mortales.

Aprovechando que nadie me mira en este momento, me permito observar a Harper un poco más a placer. Es alto, tampoco algo

exagerado, pero debe sacarme como una cabeza. También es delgado, quizás un poco demasiado, no es el típico hombre ancho y corpulento. Sin embargo, ese traje le queda de maravilla, debe tener un cuerpo atlético. Me regaño a mí misma, le estoy haciendo todo un repaso, y yo a esta fiesta no he venido a eso. Además, ni me gusta nada el mundo del famoseo ni tampoco que todo el mundo critique los *best sellers* y después vayan como locos a adular a la estrella de turno. He visto mucho de eso en mi trabajo y yo no soy de esas. O eso creo, porque el caso es que me sigo acercando, como una polilla a la luz que más brilla.

Me escondo en mi copa de champán para mirarlo un poco más de cerca el rostro. Tiene el pelo castaño, como yo, así como desmelenado. Yo creo que para ocultar unas incipientes entradas, porque, ¿qué tendrá? ¿Treinta y algo? Por ahí, poco más que yo. Pues eso, disimulando entradas como todos. Aunque, a lo mejor, lo hace para que tampoco llamen demasiado la atención sus orejas, porque desde aquí se le ven un poco de soplillo. Tiene que ser un vanidoso seguro. Solo es un hombre, un hombre como los demás, con sus virtudes y sus defectos. Solo uno más. ¿Por qué tanto jaleo? Entonces se gira y puedo ver mejor su cara. Sus labios gruesos. Tentadores. Joder, pero que muy tentadores. Unos ojos grandes, marrones. Sencillos, pero profundos. Lo siento como un impulso incontrolable de mi cuerpo. ¿Qué ha sido eso? Me quedo asombrada de mí misma, ¿de verdad se me acaba de contraer la vagina por sí sola de pura excitación? Nunca me había pasado eso. No puedo evitar reírme yo sola, cuando pienso que por fin entiendo la expresión «me da palmas la vagina». Pero he debido reírme demasiado alto, porque James Harper se gira y fija esa mirada que quema en mis ojos, con descaro. Ahora ya no son solo mis genitales los que reciben una gran cantidad de flujo sanguíneo. Me he debido de poner tan roja como mi vestido rojo Valentino. ¡Seré ridícula! Me hago la disimulada buscando unos canapés e intento huir de la escena del crimen. Vaya impresión de niñata habré dado.

Intento calmarme. Son las copas de más. Pero en vez de dejar de beber, de la vergüenza que tengo, cojo una copa de champán más para meterme en un nuevo grupo a hablar y disimular. Intento concentrarme, están hablando de publicar con pseudónimos, sobre como muchas veces el nombre también es relevante para las ventas, y como algunos autores nacionales se hacen pasar por extranjeros para resultar más llamativos. O como hay mujeres que firman como hombres. Asiento, me parece un tema interesante.

—Son muchas las mujeres que firmaron como si fueran hombres,

desde Charlotte Brontë la primera vez que publicó Jane Eyre, o Cecilia Böhl de Faber como Fernán Caballero —comenta una mujer de pelo corto.

—Ya bueno, eran otros tiempos, eso ahora no pasaría —le responde un hombre más mayor.

—¿Ah no? —respondo indignada—. ¿Y por qué J. K. Rowlling puso un nombre en siglas para ocultar su género y luego eligió como seudónimo Robert Galbraith para sus nuevas novelas? ¿Por qué un nombre masculino y no uno femenino?

—Porque quería probarse a sí misma que podía vender por su obra y no por su nombre, lo cual es una idiotez —me responde una voz grave a mi espalda. Me giro, es James Harper, que sonríe satisfecho de sí mismo. Genial, no había hecho ya bastante el ridículo que ahora viene a ponerme en un apuro, en un momento en el que mi inglés cada vez se atropella más con las burbujas del champán.

—¿Y por qué le parece una idiotez?

—Si sabes que tu nombre vende, úsalo.

—A lo mejor no solo escribes para vender —le contesto desafiante sin saber por qué.

—Escribes para que te lean, si no, en vez de publicar, lo guardarías en un cajón. Todos los escritores somos vanidosos y queremos hablar de nosotros mismos a los demás.

—¿Y su vanidad no querría probar si sigue vendiendo porque sus libros son buenos? Hay que distinguir la identidad del autor de la marca. No sé, saber si vendes por lo que haces, o por el producto en el que la industria te ha convertido.

—¿Me está llamando producto?

—No… No a usted. Me refería en general. —Me he querido resarcir de la humillación y me he pasado de agresiva. Hoy no doy una.

—¿Entonces me sugiere que mi próximo libro lo firme como una mujer?

—Sería un experimento interesante…

—¿Y usted cómo firma?

—Como Paula Daroca… Pero es mi nombre. No sé por qué tendría que cambiarlo.

—Entonces yo seguiré firmando como James Harper, porque también es mi nombre, y tampoco sé por qué tendría que cambiarlo.

Voy a hacer un amago de disculpa, cuando alguien llama a Harper por detrás y se va de nuestro corrillo. No sé por qué me he puesto tan tensa y tan estupidilla. De hecho, cuando me giro todo el

mundo me mira un poco extrañado por mi reacción.

Como si fuera el niño con el que nadie juega en el cole, en busca de las faldas protectoras de la profesora, voy en busca de mi editor. Él se alegra mucho de verme, dice que lleva media noche buscándome, pero que cada vez que me veía, me perdía en seguida. Me empieza a contar que ha conocido a varios autores a los que es posible que también edite en España. Me relajo al poder hablar por fin en español, porque tengo la cabeza cansada y abotargada. Sin embargo, mientras hablamos no dejo de buscar con la mirada a Harper. Podría haberle dicho que me estaba leyendo su libro y que me está gustando mucho, como le habrán dicho todos los demás. Podría, no sé, haberme puesto en plan periodista y haberle preguntando por sus próximos proyectos. Podría incluso haber intentado sacarle una entrevista que, sin duda, iba a poder vender a algún medio. Pero no, he tenido que ponerme borde. Por fin, lo encuentro, rodeado de dos rubias despampanantes. Riéndose en plan pomposo. A lo mejor no he hecho tan mal porque es solo un gilipollas y le he dicho lo que todo el mundo piensa, pero no se atreve a decir. Entonces, se gira y se me queda mirando. Desvío la mirada, pero lo vuelvo a pillar mirándome otra vez. ¿Me mira con odio quizás? ¿O es curiosidad?

Empiezo a sentirme agotada. Ha sido un día muy largo. Demasiadas emociones. Demasiado alcohol. Demasiado sube y baja. Me despido de mi editor, que intenta retenerme un poco más, pero que en seguida se enfrasca en una nueva conversación. Él se vuelve a casa mañana y querrá aprovechar. Yo voy a estar aquí sola todo el fin de semana y por hoy ya he tenido suficiente.

Salgo del salón aprovechando que todo el mundo está entretenido y que no tengo que despedirme de nadie más. He cogido unas cuantas tarjetas, los contactos nunca están de más, pero ahora mismo me alegro de retirarme de nuevo a la soledad de mi habitación. El hotel, más allá de la sala de la fiesta, está silencioso. Es de madrugada, por lo que estoy esperando sola el ascensor. Solo se ve a lo lejos a un recepcionista, que tiene pinta de estar tan cansado como yo. Para ser tan tarde, el ascensor tarda una eternidad en llegar. Oigo unos pasos tras de mí y en cuanto se abren las puertas, entro rápido, no me apetece tener ninguna otra conversación sobre ningún otro tema intenso. Solo me quiero ir a dormir. Pero alguien más entra conmigo en el ascensor. Es Harper.

Me tenso según se cierran las puertas. No nos decimos nada, solo nos miramos, como de reojo. Casi puedo sentir el tacto de su presencia. Está tan cerca… Y huele tan bien. ¿Por qué narices huele

tan bien? Sigue sin mirarme directamente, solo carraspea, como si él también estuviera nervioso. No sé por qué, pero necesito que me mire. Necesito volver a sentir su mirada atravesándome. Pero no lo hace. Solo se acerca a dar al botón de su planta, así que yo, resignada, hago lo mismo.

Entonces algo ocurre. Ambos vamos a darle al mismo número y sin querer nuestros dedos se rozan… Saltan chispas, literalmente, casi puedo verlas. Es como si nuestros cuerpos estuvieran cargados de electricidad, aunque algo me dice que lo que nos recorre es otro tipo de tensión. Levanto la mirada y me encuentro con sus ojos. Por fin me está mirando y cuando lo hace, me deja sin aliento. Me queman, sus ojos me queman hasta tal punto que me siento arder entera. Se me acelera la respiración, puedo sentir como se tensa el aire que nos separa. El ascensor sigue subiendo. Nos miramos suplicantes el uno al otro, sin decirnos nada.

No sé lo que pasa a continuación. No soy yo misma cuando mi cuerpo da un paso para hacer que se esfume la distancia y mi boca busca la suya desesperada. Mi cuerpo empotra al suyo con una fuerza desconocida. Nunca he empotrado a un hombre. A lo mejor porque nunca lo he deseado tanto. Quizás porque nunca había necesitado tanto sentir algo. Él, al principio, parece sorprendido, como si no se lo esperase, pero sus brazos me abarcan rápido, fuertes y decididos, y su boca comienza a devorarme hasta el alma. Podría deducir su excitación sin notarla, pero me siento satisfecha cuando su erección se me clava en el ombligo. Casi dejo los ojos en blanco cuando todo mi ser cede al deseo.

Todo se precipita. Veo como aprieta el botón de *stop*, como si estuviéramos en una película, y el ascensor se para. Entonces es él quién me empotra a mí. Me aprisiona en una de las paredes del ascensor, mientras lame mi cuello y yo me siento derretir entera de puro placer. Estoy gimiendo, jadeando de puro goce, cuando sus manos se pierden en el tejido suave de mi vestido rojo y sacian la urgencia de mi entrepierna. Estoy tan empapada que puedo sentir como sus dedos resbalan. Joder, sus manos, como se mueven dentro de mí sus manos. Lo hace tan bien que estoy a punto de dejarme ir, cuando sus ojos vuelven a encontrarse con los míos. Entonces para. Lo miro y lo entiendo. Siente la misma hambre voraz que yo. Desabrocho sus pantalones, mientras él levanta mi vestido y, ahí mismo, sin buscarlo, sin pensarlo, me sube a su cintura y me embiste como si nos fuera la vida en ello. Me penetra con fuerza, mientras no deja de comerme la boca, de mirarme fijamente a los ojos, mientras mi espalda y mi cabeza golpean la pared del ascensor. Me siento

renacer, como si a cada embestida me llenase no solo de él, sino de vida. Como si cada vez que me la metiera, me hiciera despertar de un pesado letargo y cada poro de mi piel rogase de nuevo por sentirse vivo. O solo por sentir. Todo mi cuerpo reacciona a su abrazo y vuelvo a percibir las contracciones de mi vagina, esta vez alrededor de su erección. Ocurre rápido. Él se deja ir dentro de mí, y yo, al sentir derramarse su semen caliente en mi sexo, me termino de derretir. Todo mi cuerpo se desliza por el suyo, mientras mi boca exhala gemidos sin sentido y mi mente se libera de la angustia de meses en un solo orgasmo, breve pero infinito.

Ha pasado. Nos quedamos mirando, apoyando nuestras frentes el uno en el otro. Sofocados, casi asustados por la intensidad del momento. Nunca había sentido algo parecido. Nunca había hecho algo así en toda mi vida.

Porque… ¿qué es lo que acabo de hacer? No solo me acabo de tirar a un desconocido en un ascensor. Acabo de tirar toda mi vida a la basura en menos de cinco minutos.

4
Fantasías

La situación se vuelve rara. Incómoda. James me baja de sus caderas y comienza a subirse los pantalones, mientras yo me recoloco el vestido y busco un pañuelo en el bolso, con el que limpiarme la entrepierna. Esto no es *sexy*, sino más bien surrealista. ¿Y ahora qué? Estoy confusa, estoy borracha y a decir verdad, lo que todavía estoy es cachonda.

Harper vuelve a carraspear y presiona de nuevo el botón del ascensor, que vuelve a funcionar y llega en seguida a la séptima planta, que parece ser el piso de ambos. Me cede el paso, como si fuera todo un caballero, que no me acabara de follar a pelo. Encima eso. ¿Me he tomado bien la píldora estos días, verdad? Salgo del ascensor sin saber muy bien qué decir. Tampoco él. Así que empezamos a andar por el pasillo. Uno al lado del otro, mirándonos cada dos por tres como dos adolescentes en su primera cita. Cada uno haciendo su propia elucubración. Entonces pienso en lo que he hecho. ¿Cómo he podido hacer algo así? Pienso en qué tipo de persona me convierte eso y en lo que todo esto va a suponer. Y después… Después, solo puedo pensar que lo hecho, hecho está. Ya no lo puedo remediar, no lo puedo borrar. Si me lo callo, tendré que callarlo todo. Si lo cuento, nadie va a creerse que cada uno se fue a su habitación a dormir. En cuanto lo decido, es como si apartara el resto de ideas de mi mente. Nos aproximamos a la puerta de mi habitación. ¿Qué más puedo perder?

—¿Quieres pasar? —le pregunto mirándole directamente a los ojos y pensando que mi habitación será mucho más discreta que la suya.

—Sí… Claro que quiero…

Intento abrir la puerta con la tarjeta, pero falla. Me pongo tensa porque oigo voces por el pasillo y no quiero que nadie nos vea entrar juntos. Consigo que la tarjeta vaya al tercer intento y abro la puerta, un poco atropellada. Entro tan de sopetón que casi me caigo en la cama, pero intento mantener la compostura. Esta es mi noche, mi secreto, nadie sabrá nunca que me he tomado una noche para hacer todas mis fantasías realidad. Lo necesito y me lo merezco. Harper está detrás de mí. Vuelvo a sentir un cosquilleo en la entrepierna. Entonces me giro, tras el polvo atropellado, ahora podemos

tomárnoslo con más calma. No puedo pensar en nada que vaya más allá de las próximas horas.

—¿Cómo quieres que te llame?

—¿Otra vez con los pseudónimos? —Empieza a reírse, mientras me aparta un mechón de pelo.

—No… Es que quiero saber qué gritar cuando vuelvas a hacer que me corra…

Lo veo en sus ojos. Acabo de enloquecerlo. Me coge de la barbilla y vuelve a besarme, mientras con el otro brazo me abraza con fuerza. Entonces para y me susurra en la oreja.

—James… Tú puedes llamarme James, Paula…

Consigue que me sienta increíblemente *sexy*. De hecho, me siento la mujer más *sexy* de todo el planeta. Porque ese hombre, el hombre que deseaba toda la fiesta, hombres incluidos, me desea a mí. Si voy a jugarme todo por una noche, esta noche ha de ser inolvidable. Necesito liberarme de todo, ser lo que siempre he sido o, al menos, lo que siempre he querido ser.

Me aparto un poco y busco mi teléfono en el bolso para poner un poco de música de fondo. La necesito para soltarme un poco y dejar de pensar. Tecleo *I put a spell on you*, y la voz de Annie Lennox empieza a llenar la habitación. James me mira expectante. Me acerco y lo empujo para que quede sentado sobre mi enorme cama. Me pongo frente a él y empiezo a contonearme al ritmo de la canción. Soy una bruja preparando su hechizo.

Primero, le muestro mi espalda, moviendo mis caderas, mientras destrozo mi recogido y me dejo el pelo suelto. Comienzo a bajar la cremallera de mi vestido, hasta que lo dejo caer, deslizándose por mi cuerpo, hasta mis pies. Me giro. ¿Puede haber algo más erótico que este hombre mirándome así? Me olvido de cualquier complejo que creía tener con mi cuerpo. Porque esos ojos marrones me dicen que cada una de mis curvas, para él, es puro sexo. Me toco. Siempre me ha dado vergüenza tocarme delante de otra persona. Pero sé que él desea que lo haga y eso hace que yo también lo desee. Primero pongo las manos en mi boca, las humedezco. Las paso por mi cuello, y bajo hacia el encaje de mi sujetador para pasar la saliva por los pezones, que se erizan a mi contacto. Lo oigo suspirar. Echo la cabeza hacia atrás. Ahora mis manos recorren mi cintura, mi ombligo y después llegan al monte de Venus. Lo presionan sobre mis bragas de encaje negro. Lo oigo suplicar. Voy bajando lentamente mis bragas hasta dejarlas enredadas en mis tobillos, mientras lo miro, como él me mira a mí. Como si fuéramos dos hogueras a punto de descontrolarse. Meto primero un solo dedo, luego dos, mientras él se

empieza a desabrochar sus pantalones de nuevo. Después, los saco y, para mi propia sorpresa, me acerco para metérselos en su boca. Él los lame en medio de un jadeo. No puede más.

Coge mi muñeca y de un movimiento me tumba en la cama, pero no se me echa encima. Se arrodilla en el suelo, sujeta mis piernas con sus manos y se sumerge en mi sexo como si fuera lo más delicioso que hubiera probado nunca. Su lengua sí que es lo mejor que yo he probado en la vida. Sabe perfectamente lo que hace, cómo lo hace. Sus manos suben a mis pechos, que ya he dejado desnudos. Las mías bajan para tirar de su pelo. Siento que llega, otra vez, y que va a volver a pasar más veces esta noche. Tengo la mente en blanco, no puedo pensar en nada que no sean sus labios gruesos absorbiendo los míos.

—James… —Mi cuerpo se echa hacia delante en una convulsión de placer, que no sé si es un orgasmo, pero que tira de mí como si yo fuera una marioneta, mientras el quehacer de su boca mueve mis hilos.

Quiero volver a sentirlo dentro. Le tiro de nuevo del pelo.

—Métemela… Métemela otra vez.

Como si fuera mi esclavo sexual, el hombre más poderoso de toda la fiesta acata mis órdenes, sin tan siquiera meditarlas. Se pone de pie y termina de quitarse la ropa. Su pecho es fuerte, no especialmente corpulento, solo marcado lo justo, con apenas pelo. No solo es *sexy*, es tan bello verlo desnudo, que casi siento que duele. Sube a la cama, pero para mi sorpresa, no se recuesta sobre mí, como casi esperaba por inercia. Se sienta con las piernas abiertas y me hace un gesto para que me suba encima. Quiere mirarme bien mientras me lo hace. Me encanta.

Me pongo sobre él, también con las piernas abiertas, para que no queden pegados solo nuestros sexos, sino también nuestros cuerpos. Así, ambos podemos movernos. Me sujeta de las caderas y deja que sea yo la que se coloque, para volver a sentirlo dentro. Esta vez no es todo tan precipitado, y puedo sentir como entra poco a poco, como se va deslizando dentro, como me llega hasta el fondo. Me estremezco. Solo es sexo, he tenido sexo otras muchas veces, ¿pero por qué no lo he sentido así antes?

Lo miro a los ojos. A la boca. A cada parte de su cuerpo perfecta y a todas las imperfectas. Porque es más real precisamente por sus imperfecciones. Me muevo despacio al principio, como si quisiera sentir cada segundo que estamos piel con piel. Pero él está ansioso y me reclama más. Comienza a moverme con violencia, como si no pudiera contenerse. Abandono el confort de su abrazo. Echo los

brazos atrás e inclino mi espalda, para que los movimientos tengan más recorrido, para poder golpearnos el uno al otro, mientras seguimos mirándonos a los ojos. Esta vez no me da tiempo a terminar, estoy tan extasiada con el momento que no siento que él esté a punto de estallar.

—Paula… Paula… —Me abraza. Me abraza fuerte mientras se vacía en mí y yo vuelvo a sentir una nueva sacudida, cuando él se derrama susurrándome al oído mi nombre.

Caemos exhaustos sobre la cama. Me siento un poco mareada, casi como enajenada. Me cuesta recobrar el aliento, no estoy acostumbrada a estos trotes. James está tumbado al otro lado, con la cabeza echada hacía atrás, sobre la almohada. También intenta recomponer su respiración. Tiene el gesto relajado. Ya no tiene esa cara de hacerse el interesante, ni esa mirada de seductor. Tiene una expresión feliz en la cara. Me gusta, es como descubrir algo privado suyo, algo que no todo el mundo ha visto. Aunque claro, supongo que todo lo que acabo de ver ahora mismo, tampoco lo ha visto todo el mundo. Por algún motivo absurdo, me tapo un poco con la sábana mientras lo miro, como si de pronto me sintiera demasiado desnuda a su lado.

—No, no te tapes. Estás preciosa, así… —Se acerca y sonríe mientras me acaricia el pelo—. Así toda despeinada… ¿Se puede saber de dónde has salido Paula?

—Soy el genio de las fantasías eróticas.

—¿En serio? ¿Y qué se supone que es eso?

—Mmm… Es algo así como el genio de la lámpara. Pero en vez de cumplir tres deseos, como los de erradicar el hambre del mundo y eso, solo concedo cosas porno. Estilo hacer *striptease* y tal. —James me mira y se empieza a reír con ganas.

—Pues pareces más bien el ángel de las fantasías eróticas, ¿has concedido muchos deseos?

—No, yo… —Ahora me siento cohibida, no quiero hablar de mí —. Yo no suelo hacer estas cosas.

—Pues es una pena, porque se te da muy, pero que muy bien. —Vuelve a darme un beso rápido en los labios—. Pero me haces sentir afortunado.

—¿Tú? ¡Venga ya! ¿El tío *sexy*? ¿Cuántas veces has hecho tú esto?

—¿Lo del sexo oral o lo de la postura? —Vuelve a reírse.

—¡No seas idiota! ¡Lo del ascensor!

—¿Lo del ascensor…? Lo del ascensor lo has empezado tú. —Me quedo callada. Es cierto, si todo esto ha pasado ha sido porque yo me

he abalanzado sobre él, no al revés. No puedo escudarme en que ha sido culpa suya—. Pero si te soy sincero, yo me estaba muriendo de ganas.

—Ya… Y por cierto, deberíamos hablar sobre el tema del preservativo y las infecciones de transmisión sexual, aunque que sepas que me tomo la píldora.

—Lo suponía.

James se queda mirando mi cuarto por un momento y yo intento no aprovechar el KitKat para pensar demasiado. Me tiraría toda la noche devorando su cuerpo y dejando las decisiones para mañana. Pero no tenemos dieciocho años y nuestro cuerpo necesita un descanso.

—¿Quieres algo de beber? ¿O de comer? —Me pongo su camisa blanca por encima, para no perder el halo de seducción, como hacen las de la tele, y me levanto para buscar algo en el minibar.

—Sí, nos vendrá bien, porque… ¿quieres irte a dormir ya?

—No… Un escritor subidito me ha desvelado.

—¿Un escritor subidito? —Me mira de reojo, mitad desafiándome, mitad volviéndome a desnudar con la mirada.

—Es broma. O no. No lo sé. No te conozco en realidad.

—Supongo que puedo dar esa impresión, sí…

—¿Te sorprenderías si te dijera que me estoy leyendo tus libros? —Encuentro unas chocolatinas y una botella de agua con gas y vuelvo a acercarme a la cama, supongo que servirá.

—No, no hablemos de mis libros, por favor… Además, no sería justo, yo no me he leído los tuyos, exijo igualdad de condiciones.

—El mío. Solo he escrito uno.

—¿Y por qué solo uno?

—No lo sé. A veces creo que ya está todo contado, que no hay nada nuevo que aportar, que todo está dicho y solo hacemos refritos de las ideas de otros. O a lo mejor solo soy yo la que no tiene nada más que contar. —Me mira de nuevo a los ojos, pero esta vez no pone la mirada de seductor, me mira como si de verdad quisiera saber qué pienso.

—Lo dudo, la verdad.

—No me conoces…

—No, pero hay cosas que se saben si te molestas en mirar de verdad, y no solo en poner los ojos encima de la gente. Además, soy escritor, si no sé algo siempre podría inventar un personaje para ti. —Coge la botella de agua y me mira mientras bebe.

—Podrías, pero no sería real.

—Pero podemos jugar. Estoy aburrido de ser yo, ¿a ti no te pasa?

—Sí… —Me rio, mientras le quito la botella de agua y le tiro una chocolatina—. A menudo, a decir verdad.

—Tú no me conoces. Yo no te conozco. Y los dos tenemos mucha imaginación. Imaginemos esta noche.

—Pero yo he leído tus libros, juego con ventaja.

—Pues no la uses. Venga, puede ser divertido.

Me quedo mirándolo. Ya no parece el hombre *sexy* y poderoso cuya presencia llenaba la sala. Ahora parece un niño que solo quiere jugar. Yo también tengo ganas de ser solo una niña, al menos por un rato.

—Venga, vale. ¿Empiezo yo?

—Está claro que se te da bien lo de tener la iniciativa así que… —Vuelve a reírse, y yo cojo la almohada que tengo más cercana y le arreo con ella en la cara, mientras me río. Es verdad, no lo conozco de nada, ¿entonces por qué me siento tan cómoda en una situación tan rara?

—Mmm. Eres un comerciante que tiene que viajar mucho. Algo así como un pirata del siglo XXI. Siempre moviéndote entre gente peligrosa que quiere arrebatarte tus tesoros. Pero te sientes solo. Sueles tener una mujer esperando en cada puerto. No te cuesta seducirlas, al fin y al cabo, sabes vender tu producto. Sin embargo, a veces piensas cómo sería tener algo más. Algo más sencillo. Algo más de verdad… —James se queda callado, mirándome en silencio por un momento—. ¿Qué pasa? ¿He dicho algo que no…?

—No, no es eso. Es que… ¿sabes que tendrías que mejorar tu inglés?

—¡Oh venga! ¡Hago lo que puedo!

—Vale, te contaré un secreto. —Se acerca a mí de nuevo y me susurra en la oreja, haciendo que me entren cosquillas de los pies a la cabeza, pero lo que me sorprende, es que las siguientes palabras las dice en español—. Eres una escritora muy lista…

—¿Hablas español? —Suelto, aliviada, en mi idioma.

—*Spanglish*, más bien. Mi nana era latina, así que intenté no olvidar el español que aprendí de niño y lo he seguido practicando.

—¡Serás cabrón! ¡Y llevas toda la noche dejándome hablar en inglés!

—No hemos hablado mucho hasta ahora, la verdad… Pero me toca. Y por cierto, después tú me debes un secreto.

—Está bien, pero no te lo mereces, ¿sabes?

—Si quieres luego me lo intento ganar. Pero calla, me toca pensar. A ver… eres… Eres una mujer de éxito que siempre tiene lo que quiere y… —Empiezo a reírme, no podría ser todo más irónico

—. ¿De qué te ríes? ¿Es que he acertado?

—¡Frío! No creo ser una mujer de éxito para nada…

—Depende de lo que sea el éxito para ti. Hay gene que confunde el éxito con la fama. Pero créeme, ahora he podido a conocer a mucha gente que goza de la fama anestesiándose cada día entre copas y porros. Yo creo que el éxito, más bien, es tener lo que se quiere.

—Tenerlo todo, ¿no?

—Mmm… Tampoco. Cuando se tiene todo se pierde una cosa. Los sueños. El éxito es ser feliz con lo que se tiene, pero sin perder la capacidad de ilusionarse por vivir cosas nuevas, supongo. Pero para eso primero hay que saber qué es lo que se quiere, y la mayoría se pasa la vida sin saberlo. —Esta vez soy yo la que me quedo callada, mirándolo fijamente y sintiéndome mucho más desnuda que antes.

—Creo que… Creo que debería ir a darme una ducha para despejarme un poco. —Me levanto precipitadamente de la cama. Tiene razón, no sé lo que quiero. Y como no lo sé, voy a acabar haciendo daño a todo el mundo.

La ducha es enorme, de esas con hidromasaje que más que un plato de ducha, parece un pasillo de lavado. Necesito distanciarme un momento. Abro el grifo del agua caliente y me meto dentro, como si el agua pudiera limpiarme de todos mis pecados. Porque no solo he hecho algo horrible, sino que he disfrutado mucho haciéndolo. He disfrutado como hace tiempo que no lo hacía, y no solo sexualmente. Siento como se me caen algunas lágrimas que se confunden con las gotas de agua. Entonces él aparece en el baño. No dice nada. Se me queda mirando un momento, pensativo, mientras el agua caliente resbala por mi cuerpo. Es extraño. Siento deseo, pero no un deseo físico generalizado, sino deseo por su cuerpo en concreto, por su abrazo.

Parece leerme la mente, porque entra en la ducha, me coge por la nuca y aprieta su boca contra la mía. Como si él también sintiera algo parecido. Pero no tiene sentido. No lo conozco. Nada de esto tiene ningún sentido. Sin embargo, todo lo que puedo hacer es rodearle el cuello con mis brazos, ponerme de puntillas y fundirme con él todo lo posible, mientras me abraza por la cintura. El agua caliente se mete entre nuestro abrazo, para acariciarnos, para apaciguarnos.

Me vuelvo a dejar llevar. Me deleito en sus caricias. Me hacen sentir tan bien… Vuelvo a sentir el cosquilleo, las ganas, la vida. Comienzo entonces a acariciarlo, como si quisiera responder a su placer. Agarro su eminente erección, y por primera vez me doy

cuenta de que está circuncidado, algo nuevo para mí, aunque me parece el miembro más bonito y apetecible que he visto nunca. Comienzo no a masturbarlo, sino a acariciarlo, lentamente, mientras lo miro a los ojos. Me gusta lo que veo en ellos. Entonces observo algo en la repisa de la pared y se me ocurre una idea. Cojo el aceite que tengo para el cuerpo y lo froto en mis manos. Le sonrío y él me mira expectante. Deslizo mis dedos por el tronco de su pene y encuentro su glande hinchado. Comienzo a frotarlo, ahuecando la mano, como si exprimiera zumo. James pone una mano en la pared del baño y cierra los ojos. Está totalmente a mi merced. Cojo más aceite y me ayudo de las dos manos. Una tira de su glande hacia arriba, otra de sus testículos hacia abajo. Le gusta, su respiración alterada me dice lo que él ahora calla. Paso uno de mis dedos por su frenillo, como si se lo rodeara una serpiente, mientras con la otra aprieto fuertemente su tronco. Se muerde el labio, tanto que creo que se está haciendo daño. Jugueteo con él, hago todos esos movimientos que sé que en seco nunca podría hacer. Pienso que quizás nunca nadie le ha hecho esto. Pienso que yo también le hago sentir cosas que nunca ha sentido. Quiero más. Me acabo poniendo de rodillas en la ducha y comienzo a devorarlo. No le hago una mamada, hago el amor a su sexo. Lo devoro a lametones, como si fuera el dulce más exquisito que nunca hubiera probado. No sé por qué estoy haciendo esto, pero me excita sobremanera darle placer. Lamo su glande, lo paso por mis carrillos y acabo dejando que su pene acaricie mi cara, mis labios. Lo idolatro, lo exprimo, lo beso, lo succiono, hago todo lo que quiero con él. No puedo parar, no puedo dejar de sentir su sabor en mi boca hasta que noto que James no puede más y esta vez se derrama fuera de mi cuerpo. El agua hace el resto.

Se me queda mirando, extasiado, hipnotizado. Vuelve a besarme con ganas.

—¿Está todo esto pasando de verdad?

—A lo mejor solo es un sueño… —contesto, con la respiración alterada.

—Pues ojalá no despertemos todavía…

Sé que ahora no va a poder corresponderme. Él también lo sabe y su mirada en seguida se vuelve ardiente. Ya ha encontrado la forma de seguir con el juego. Coge la alcachofa de la ducha y la pone en modo presión. No hace falta que me diga nada más, abro las piernas y dejo que el agua caliente siga formando parte del momento. Siento el cosquilleo de la presión entre mis pliegues, que provocado por él es mucho más excitante que cuando lo hago yo sola. Mientras él deja la ducha entre mis piernas me besa todo el cuerpo. Todo. El cuello,

mis clavículas, los pechos, el ombligo. La presión del agua hace que sienta más y más cada vez. Como si se me fueran abriendo compuertas. Como si se me fuera escapando todo lo malo por la vagina. Apunta a mi clítoris directamente y la sensación es simplemente demasiado. Intento apartarlo, pero él me mira desafiante y me obliga a aguantarlo. Es muy intenso, como si sintiera que el clítoris fuera el corazón que bombease la sangre a todo mi cuerpo. Siento un cosquilleo por todo el cuerpo, me tiemblan las piernas. James me sostiene, me mira como si se muriera de placer solo con observar el mío. No lo puedo soportar. Es más. Empiezo a temblar entera, a gemir sin parar. Siento una energía increíble en el centro de mí, que crece, que se expande, que se convierte en algo deliciosamente imparable. Se va abriendo paso hasta que explota. James tiene que agarrarme mientras cierro los ojos y grito con la espalda arqueada. Jo-der.

Nos miramos casi asustados. Sobrepasados. James apaga la ducha, me da un beso, suave, casi cariñoso y sale él primero para tenderme una toalla. Nos secamos, y así, desnudos, uno junto al otro, sin decir nada más, nos metemos en la cama. Estoy agotada. Cuando empiezo a sentir el sueño apoderándose de mí, oigo su voz susurrándome de nuevo.

—Me debes un secreto, Paula…

—¿Un secreto? —Entonces, digo las palabras que se me llevan atragantando toda la noche—. Voy a casarme… O iba… O debería… —James se queda en silencio, pensativo. Me siento triste de nuevo—. ¿Y tú? ¿Estás casado?

—Ya no… Ahora ya no… Descansa, Paula.

—James… —Me acomodo en su piel desnuda y aspiro profundamente su olor, me da calma. Parece lo más real que me haya pasado en mucho tiempo—. ¿Entonces ha sido un sueño?

—Te lo diré mañana…

Intento decir algo más, pero estoy tan cansada, tan agotada, que el sueño se apodera de mí antes de que pueda volver a preguntar nada.

5
Despedida de soltera

Me despierto pensando que dormiría otras ocho horas más. El sol entra por la ventana de la habitación y le da un aspecto muy acogedor. Me cuesta abrir los ojos, volver a la realidad. Esta noche he tenido un sueño fantástico. Me toco la cara, tengo una jaqueca horrible. Mi cuerpo empieza también a despertarse. Lo siento pesado, dolorido. No me quiero despertar, pero hoy tengo que aprovechar el día.

Me incorporo un poco y entonces lo noto. Hay alguien a mi lado. No… No, no, no. Me giro para observarlo y un montón de imágenes me vienen a la cabeza. Mi cuerpo empotrado con el suyo en el ascensor. Yo desnudándome para él. Hacer el amor cara a cara. La ducha… No ha sido un sueño. Ha sido real. Muy real.

Empiezo a ponerme muy nerviosa. La luz del día desvanece la magia de la noche, cuando todo parecía irreal, una deliciosa mentira que me contaba a mí misma. Pero esto es de verdad. He pasado la noche con otro hombre. Y qué noche. ¿En serio esa era yo? Vuelvo a sentir la ansiedad golpeándome en el pecho y no hay nada que pueda hacer para que desaparezca.

Miro el móvil, tengo varias llamadas y mensajes de Carlos preguntándome cómo fue la noche. ¿Qué le voy a decir? Tengo que contárselo, Carlos no se merece que le mienta. Pero lo voy a destrozar. ¿Cómo he podido ser tan egoísta? ¡Tan hija de puta!

Me giro para mirar a James mientras duerme y es como si mi mente se dividiera. La culpa y el remordimiento por un lado. Una sensación de felicidad y de adrenalina por el otro. Lo de anoche fue lo peor que he hecho y lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

Me levanto en silencio, me pongo el albornoz y me meto en el cuarto de baño. Madre mía, tengo un montón de agujetas, incluso algún que otro moratón, supongo que del ascensor. Mi cuerpo no está acostumbrado a estos trotes.

Necesito un momento para mí antes de que James despierte. ¿Qué voy a hacer? Nada, James se despertará y se irá. Seguro que ha hecho esto con muchas mujeres. Para él no habrá significado nada, solo sexo. Y él no contará nada. Nadie me ha visto, nadie sabe nada. Y tengo dos días por delante en Roma, para pasear sola y ordenar mis pensamientos antes de volver a Madrid. Tengo dos días para

decidir qué voy a hacer con esto. No tengo que decidirlo ahora. No pasa nada. Ahora solo tengo que volver a respirar. Inspirar y espirar. Inspirar y espirar una vez más.

Cojo el móvil, Carlos estará preocupado y me volverá a llamar. Pero ahora mismo solo necesito un poco más de tiempo, antes de saber cómo lo voy a afrontar. Le mando un mensaje, eso puedo hacerlo. Aunque sé que de momento tengo que contarle una mentira. ¿Puedo ser peor persona? No, las autoflagelaciones luego. Le digo que anoche caí como un tronco en la cama, que todo bien, que hoy pasaré el día por Roma y no tendré wifi, que hablamos a la noche. ¿Puedo despreciarme más a mí misma? Inspira, espira. Me lavo un poco la cara, me peino un poco el pelo y me enjuago la boca. Abro la puerta del baño.

James está sentado en la cama, con el teléfono de la habitación en la mano. Con esta luz, su cuerpo aun semidesnudo, me parece aún más bello. Cuando me ve, sonríe y cuelga. ¿Por qué tiene que tener una sonrisa tan bonita?

—Estaba pidiendo algo de desayunar, si te parece bien. Yo invito.

—Ah, claro, sí. Muchas gracias.

—He pensado que era mejor tomarlo aquí… Ya sabes, por no hacer el paripé de bajar separados y eso.

—Sí… Bien pensado. Gracias.

Me acerco a la cama, un poco cohibida. Anoche me metí los dedos en mi vagina y se los di a probar. Esta mañana me cuesta simplemente mirarlo a los ojos. Pero cuando lo hago vuelvo a sentir las mismas sensaciones en el estómago. Vuelve a darme palmas la vagina. Debe haber algo mal en mí, porque, pese a todo, volvería a hacer el amor con él ahora mismo.

—¿Qué tal has dormido…? —pregunto para intentar distraer mi cabeza de las imágenes de la noche que vuelven a mi cabeza.

—Bien… bien… —Él también parece nervioso. Recuerdo que anoche le pregunté si estaba casado y me dijo que ya no. Él no tiene nada de lo que arrepentirse, ¿no?

—Y… ¿vuelves hoy a casa?

—No, no… Es un vuelo largo y pensé en tomarme el fin de semana para mí. No sé, me apetecía perderme por las calles de Roma yo solo. —No puedo evitar reírme—. ¿Qué pasa? ¿Por qué te ríes?

—Nada, es solo que yo había pensado en hacer exactamente lo mismo.

Nos quedamos mirándonos. Me he despertado más veces con tíos a los que conocía de solo una noche. Bueno, no muchas, pero sí alguna entre Jorge y Carlos. El caso es que solía ser incómodo, un

poco asqueante. Siempre estaba deseando largarme. Pero cuando miro a James es diferente. Me apetece estar aquí con él, saber más de él. Y él no parece que tenga intención de salir corriendo. En vez de eso, me mira, así, sin mi vestido rojo, con el maquillaje corrido y sin copas de más de por medio y sonríe. Sonríe como si él también se sintiera feliz.

Justo en ese momento llaman a la puerta, es el servicio de habitaciones. ¡Qué rapidez! James me mira, carraspea y se mete en el baño, supongo que es mejor, a él podrían reconocerlo. Abro yo la puerta resignada, pero cuando dejan el desayuno en la mesa, soy la que sonríe. Ha pedido un desayuno a lo grande, con tortitas incluidas, y entonces me doy cuenta de que tengo muchísima hambre. Casi me siento tentada a no esperarlo. No puedo evitar meterme una fresa en la boca y saborearla con gusto. Para hacer tiempo, descorro la cortina de la terraza y me quedo ensimismada viendo los tejados de la ciudad de Roma. Pese a lo extraño de la situación, esa visión hace que me sienta bien.

—Siempre he pensado que Roma es la ciudad del amor… —James ha terminado de asearse en el baño y está detrás de mí, mirando la ciudad. En sus ojos puedo ver que a él también lo emociona.

—¿Y qué pasa con Paris?

—No sé. Paris es… Elegante, distinguida, imponente. Pero demasiado ordenada, con todas las casas iguales. El amor no es así para nada. El amor es como Roma, un bello desastre. Lleno de ruinas, de recovecos, incluso de suciedad. Pero con rincones únicos, de esos que emocionan de verdad.

—Nunca lo había visto así. —Claro, que nunca nadie me había descrito una ciudad así.

—Además, piénsalo. ¿Qué es la Torre Eiffel, histórica y arquitectónicamente, comparada con el Coliseo, el Vaticano, las fuentes de Bernini…?

—Si te va mal como escritor podrías dedicarte a ser guía turístico.

—Puede… Nunca se sabe. ¿No te gustaría a veces poder reinventarte? Saber que no todo tiene que estar hecho, que siempre se puede volver a vivir algo nuevo.

—Puede… —¿De dónde ha sacado este tío el lector de mentes? Por alguna razón me siento cómoda hablando con él—. La verdad es que últimamente es un tema que me obsesiona un poco.

—¿A ti también? Entonces, debe de ser cosa de escritores. —James me guiña un ojo y coge, como yo, una fresa del plato—. ¿Y por qué, si puede saberse?

—Mmm… —¿De verdad voy a contarle a él lo que no he sido capaz de contarle a nadie? Total, con él ya he hecho lo que nunca creí que fuera a hacer con nadie—. Me da un poco de angustia la vida. Cuando era pequeña tenía un objetivo en mente. El colegio, luego el instituto, luego la universidad, poder trabajar de lo que quería. ¿Y ahora? Se supone que casarse, tener hijos, comprarse una casa, ¿y luego? ¿Luego va a ser cada día ya igual? Es… no sé. Me siento un poco timada. Como si no me creyera que no haya nada más.

—Bueno, para eso eres escritora, ¿no? Para que haya algo más.

James no dice nada más, como si con solo una frase ya me hubiera dado material para pensar. Simplemente se aproxima a la mesa del desayuno y se sienta como si él también estuviera hambriento. Sin embargo, yo me quedo pensando en sus palabras y mi vena periodística, la cotilla, me hace como siempre hablar de más.

—Anoche… Anoche dijiste que estabas casado, pero ya no… ¿Querías que hubiera algo más? —James bebe el zumo de naranja, como dándose un margen para responder.

—No… No fue eso.

—¿Y puedo preguntar qué pasó?

—¿En serio me estás preguntando eso? ¿En este momento?

—Sí… ¿Por qué no? —Pues porque está totalmente fuera de lugar, lo sé, pero por alguna razón necesito saberlo.

—Pues… No tiene mucho misterio. Es lo que pasa siempre, supongo. El amor de las películas acaba cuando deciden estar juntos, ¿pero qué pasa luego? Pues que os conocéis demasiado. Lo bueno, sí, pero también lo malo. Todo acaba llenándose de reproches, de exigencias, de promesas no cumplidas, de miradas acusadoras, de peleas, de llantos, de penas… Y… —James se queda callado, con la mirada triste. No me gusta esa mirada.

—¿Y?

—No lo sé. Te planteas si es por tu culpa. Si es algo que hiciste mal, que hicisteis mal. O si simplemente es que todas las relaciones están abocadas al desastre.

—Un poco pesimista, ¿no? No todas las relaciones acaban mal.

—Casi todas… Más ahora. Antes era diferente. Había un proyecto común, un espacio común. Ahora son dos personas intentando conservar su espacio, sin que el otro se lo coma. Y supongo que es mejor así, solo que es más difícil.

—Ya. Antes la mujer cedía su espacio al hombre. Al final él tenía una vida fuera del hogar y ella no. Ahora que ella también la tiene y

reivindica lo suyo en vez de ceder, las cosas se han puesto difíciles.

—¿Eres siempre así de intensa por las mañanas? —James vuelve a reírse y yo lo miro un poco avergonzada, negando con la cabeza, porque tengo la boca llena de tortitas con sirope—. Tú también dijiste algo anoche. Dijiste que ibas a casarte, o que deberías… Me llamó la atención eso.

—¿El que me acostase contigo y confesase que estaba siendo infiel? —Es la primera vez que lo digo así. He sido infiel.

—No… Bueno, obviamente también, pero… me llamó más la atención el «debería» —dice, haciendo el gesto de comillas con las manos, soltando la taza de café.

—No quiero hablar de eso…

—No he sido yo quien ha empezado con las preguntas incómodas. —Suspiro, tiene razón. Al final, es alguien que ya sabe lo peor de mí y que aun así desayuna tranquilamente a mi lado.

—Supongo que no lo tengo claro. Es como si fuera una elección que han hecho por mí, no que haya hecho yo.

—Ya… Pues me parece que tú deberías tener algo que decir al respecto.

—A lo mejor ya no hay nada que decir. Después de lo de anoche…

—Yo no voy a decir nada. Puedo ser algo así como el típico boy con el que la novia pierde los papeles en la despedida de soltera. —James se vuelve a reír, pero lo peor es que creo que lo dice en serio.

—Así que, ¿eres mi despedida de soltera?

—Podría ser una forma de verlo.

—Eso no me hace sentir mejor.

—No te estoy juzgando Paula. No todo es siempre blanco o negro. Lo sabré yo… —Se hace de nuevo un silencio incómodo, James deja la mirada perdida tras la ventana por un momento y yo siento que daría lo que fuera por saber lo que está pensando—. En fin, si voy a ser tu despedida de soltera, hay que tener en cuenta una cosa.

—¿El qué?

—Que las despedidas de soltera ya no duran una noche, ahora son escapadas de un fin de semana.

—¿Qué quieres decir?

—Que, yo voy a hacer turismo solo por Roma, tú también. Vamos a ir exactamente a los mismos sitios. Va a ser un poco absurdo encontrarnos en todos los monumentos y saludarnos con la mano como tontos.

—¿Me estás diciendo que pasemos el fin de semana juntos? —Sé que es una idea terrible, totalmente descabellada. Pero no me lo

parece tanto.

—Se me acaba de ocurrir. Quizás te parezca raro, pero últimamente me muevo más por impulsos. Por alguna razón, me va mejor que cuando pensaba demasiado… —Lo miro desconfiada, y él lo nota—. ¡Vale! Pues entonces piénsalo. Estamos a gusto y, la verdad, estoy un poco cansado de hablar solo conmigo mismo, me tengo un poco harto. Me parece que puede ser un paseo más interesante si voy contigo.

—No sé… Yo debería… Debería pensar en todo esto. Pensar qué voy a hacer y todo eso.

—A veces para pensar viene bien hablar con alguien más.

—¿Con el tío desconocido con el que me acabo de acostar?

—¿Por qué no? Los desconocidos juzgan menos que los amigos y guardan mejor los secretos.

He perdido la cabeza. Esa es la única explicación. Porque no hay otra forma de justificar que esté paseando por Roma, en una Vespa, creyéndome Audrey Hepburn, agarrada a un tío que más o menos acabo de conocer. Y no un tío cualquiera, James Harper, el nuevo autor superventas y guaperas que leía en el sofá de mi casa. ¿Es posible que anoche con tanto alcohol me golpease la cabeza y esté inconsciente en algún hospital, teniendo el sueño más extraño de mi vida?

Pero esto parece real, muy real. El cuerpo cálido de James, la vibración de la Vespa entre mis piernas, el ruido de las calles concurridas de Roma. El tráfico en Roma es una locura, nunca he visto a la gente conducir de forma tan impulsiva. Pero James parece estar en su salsa, pegando giros en cualquier parte. Aunque no creo que tenga claro a dónde va.

Lo de la Vespa ha sido idea suya. Al salir del hotel, por separado claro, justo había un sitio de esos donde las alquilan y se ha presentado en el punto donde habíamos quedado con ella. Dice que no se ha podido resistir a pasear en Vespa por Roma, aprovechando que la primavera ha empezado con sol. Otro de esos impulsos suyos. Me pregunto si yo también seré eso. Solo un impulso.

Al final, parece que James deja los callejones llenos de fachadas sucias, casi en ruinas, pero enormemente bellas, y se ubica, cuando vislumbra la Piazza del Popolo, con su gran obelisco y sus dos iglesias gemelas. Me grita que desde ahí podemos coger la Via del Corso, o eso le entiendo con el casco puesto. Pasamos por los edificios marcados por el tiempo, con sus marquesinas de madera

abiertas. Las fachadas tienen colores cálidos, ocres, acompañados de almohadillados que les dan un toque distinguido. Las calles están llenas de turistas de todas las nacionalidades, que se entretienen en los escaparates de las tiendas. Las puertas de las iglesias, que aquí aparecen en cualquier parte, se mezclan con los letreros de tiendas, de esas que ya también encuentras en cualquier lugar. Me deleito observando como todo pasa deprisa a mi lado. Aunque yo no tengo ninguna prisa, no hoy.

James pega un frenazo y me asusto pensando que hemos atropellado a algún turista, pero entonces veo que solo está parado, observando un monumento.

—¡Estás loco! —Todavía sigo aferrada fuerte a él tras el frenazo.

—¿Has visto qué bonito? ¿Seguimos? —Me guiña el ojo y vuelve a acelerar. No he conocido a nadie tan impulsivo en mi vida.

Continuamos hasta que empiezo a ver a lo lejos la Piazza Venezia, flanqueada por el naranja de los ladrillos del palacio a un lado e iluminada por el mármol blanco del imponente Monumento Nazionale a Vittorio Emanuele de frente. James lo bordea y deja la moto a un lado.

—¿Lo vemos más de cerca?

—Bueno, parece que hoy no hay nada a lo que te pueda decir que no.

—¿Ah sí? Está bien saber eso…

Esta vez soy yo la que me río. Me bajo de la moto, me quito el caso y me quedo mirando al frente, embobada. Siempre he dicho que el arte no es solo belleza, sino también una forma de mostrar poder. Es algo obvio, por ejemplo, en las catedrales, también en los palacios. Sin embargo, lo de este monumento es el sumun del exceso. Con sus tres alturas, su gran estatua en el centro y la columnata uno siente casi la necesidad de arrodillarse. Aun así, tiene una armonía perfecta. James me saca de mi ensimismamiento cuando, al bajarse, me coge de la mano como si tal cosa y echa andar para acercarnos un poco más. Yo carraspeo, pero no parece oírme, así que agacho la cabeza, como si me diera vergüenza. ¿Después de lo de anoche me escandalizo porque me coja de la mano? Por algún motivo, me parece algo más íntimo, pero no le digo nada. Parece estar disfrutando como un niño.

—Ven, vamos a ver si podemos subir a los ascensores panorámicos. Nunca he podido hacerlo y dicen que las vistas son increíbles.

Hacemos cola con los demás turistas. Solo somos eso. Dos personas haciendo turismo juntas. Lo he hecho más veces. Cuando

viajaba como periodista, no siempre lo hacía sola. En ocasiones, coincidías con algún compañero, al que nunca había visto, y tras ir a cubrir lo que tocase, nos pasábamos el día haciendo turismo juntos. Al principio, era raro, solía hablar de otros viajes para romper el hielo, pero al final nos acabábamos contando la vida. Siempre viene bien conocer la opinión de alguien a quien no le has contado mil veces la misma historia. Intento pensar que solo se trata de eso. De un compañero, otro escritor como yo, con el que me ha surgido pasar el día. Si alguien nos viera, podría decir eso y sería cierto. Pero mi cuerpo me dice otra cosa cada vez que nos rozamos accidentalmente, cada vez que me quedo mirando como tonta su boca, o cuando lo siento demasiado cerca y su olor hace que tiemble por dentro.

Cuando subimos a la terraza mirador, tengo que darle la razón. La espera valía la pena. Puede verse el Palatino desde atrás, pero sobre todo, hay una vista preciosa del Coliseo. Cuando estoy sacando mi cámara de fotos, para aprovechar la vista, lo recuerdo. Tengo entradas para visitarlo hoy. Miro a James mordiéndome la boca y con mirada de niña buena, antes de contárselo.

Volvemos a coger la Vespa, no estamos lejos, pero cuando llegamos la cola es enorme de nuevo. No sé cómo, pero James usa sus encantos para conseguir que nos dejen pasar en el mismo pase. Está claro que sabe seducir, que sabe conseguir todo lo que quiere. Lo que no sé aún es si anoche me consiguió él a mí o a yo a él.

Según entramos en el Coliseo, James empieza a hablar sin parar. Por lo visto, sabe mucho de historia y me gusta escucharlo. Me empieza a contar detalles que desconocía del Imperio romano y me hace verlo todo con nuevos ojos. Mucha gente se decepciona al ver el Coliseo por dentro, porque no es capaz de ver más allá. Se esperan ver una película de romanos y no entienden que hay que mirar con los ojos de la imaginación. Los efectos especiales nos están volviendo un poco tontos. A mí, desde luego, me impresiona. Pero cuando James empieza a contarme cómo eran los combates de gladiadores, más que un lugar mágico me parece un poco siniestro. Supongo que, en cierta parte, esto también era un templo, pero dedicado a la diosa violencia.

—Se me hace extraño, ¿sabes? —James escucha a mi lado, observando lo que era el ruedo, desde una de las barandillas—. Que este lugar, que me parece bello, fuera un lugar tan horrible. Tan lleno de muerte.

—La muerte también es bella… Además, se utilizaba para más cosas.

—Casi todas violentas. No sé, ¿realmente el ser humano es así?

Porque esto se llenaba de gente, no puede ser por qué sí.

—Todos tenemos una parte violenta. Una parte animal supongo. La vida es una lucha constante entre los instintos y la parte racional.

—¿Entre ser impulsivo y pararse a pensar?

—Algo así, sí.

—Ya, bueno. Sé que todos tenemos una parte animal pero… Yo no creo que haya algo así en mí. —James se está riendo de nuevo. Siempre tengo la sensación de que se ríe de mí, de que va un paso por delante de mis pensamientos.

—Tú también la tienes Paula. —Entonces se mueve, y se sitúa justo detrás de mí, como para hacer que nuestra conversación sea más privada.

—Yo no soy violenta.

—Puede que no me refiera a esos instintos, precisamente… —Siento cómo acerca su entrepierna a mi culo. Está empezando a excitarse—. Pero tú también sientes esa lucha en tu interior.

No ha vuelto a hacer nada así, no desde esta noche. Y estaba tranquila engañándome a mí misma con la versión de los compañeros turistas. Pero entonces lo noto, su mano acariciando la cinturilla de mis pantalones, tentándome. Contengo la respiración. Esto no puede volver a pasar. No debe pasar. Pero algo en mí necesita que vuelva a pasar.

—Estamos en medio del Coliseo…

—Precisamente. Todo el mundo mira a otro lado, nadie se fijara en que mis manos, ahora mismo, se acercan a ese punto entre tus piernas…

—No deberías hacer eso.

—No debería… Pero puedo.

Su cuerpo me aprisiona contra la valla del mirador. Noto el tacto de la yema de sus dedos en mi cintura. No logro distinguir si están fríos o si simplemente me producen escalofríos. Contengo la respiración, sus dedos avanzan, mientras su cuerpo, excesivamente cerca, me da calor. Me cubre por completo, nadie puede ver que sus manos no me abrazan, sino que se pierden presionando mi vulva. Por alguna razón, saber que esto es inadecuado, se mire como se mire, me excita mucho más. Noto como su respiración también se acelera cuando su mano coge mi sexo con violencia, lo aprieta y, sin que dependa de mí para nada, se humedece. De forma también casi instintiva, acerco un poco más mi trasero a su ya más que eminente erección, quiero notar que él también se humedece por mí. Contengo un gemido de placer mordiéndome los labios, hasta que noto un sabor como a metálico. Me he mordido tan fuerte que me he hecho

sangre. No me importa. Ni siquiera cierro los ojos. Normalmente lo habría hecho, como si al no ver yo a nadie, nadie pudiera verme a mí. No sé por qué, ahora, los mantengo bien abiertos, mirando el Coliseo a mis pies, escuchando los *flashes* de los turistas, el jaleo de la gente, sintiendo su mano incansable, provocándome. Entonces lo entiendo. Me giro y, antes de que tenga tiempo de decirme nada, me aferro a su cuello, me pongo de puntillas y lo beso hambrienta. No es un beso tierno ni bonito ni romántico. Es un beso animal, que todo el mundo se queda mirando, como si fuéramos uno de los espectáculos que daban los romanos. Me separo cuando me doy cuenta de que la boca me vuelve a saber a sangre. Sin querer, le he mordido también. Él me mira con los ojos muy abiertos.

—Vaya, pues resulta que también soy violenta. Y que además estoy hambrienta.

Vamos a buscar un sitio para comer unas pizzas, de esas romanas, que no llevan carne ni mil salsas y que están mucho más ricas que las americanas, aunque le sienta mal que se lo diga. Antes de que atardezca, volvemos a coger la Vespa. Hoy luce el sol, y aunque en la moto corre un poco más de aire, hace un día muy agradable para pasear. Quiero disfrutar de mi día y de Roma. O quizás lo que quiero es seguir disfrutando de James. Le pido que vayamos a ver el Castillo de Sant'Angelo. Más que el castillo y su singular forma circular, lo que me acaban encantando son las vistas desde el Puente de Sant'Angelo. Lo recorro sorteando a otros turistas, dejándome intimidar por las estatuas aladas. Después, me apoyo en el puente y cierro los ojos para escuchar el río Tíber. Sonrío. Cuando los abro, frente a mí tengo un precioso atardecer. Con otros de los puentes, las iglesias, la vegetación y la cúpula del Vaticano de fondo. Es una composición perfecta. Mi mente empieza a funcionar sola. Como un clic que hace mucho tiempo que no se producía, se va de mi cuerpo y empieza a imaginar todas las historias que han podido empezar en este mismo puente. Todos los personajes que habrán visto o que podrían ver este mismo atardecer. Si pudiera, ahora mismo, cogería lápiz y papel y me pondría a escribir.

—¿Estás aquí? —James debe de llevar un rato mirándome.

—Imaginaba cosas… Es un atardecer muy inspirador.

—Eso está bien. Los viajes ayudan mucho a inspirarse. Uno nunca sabe de dónde va a venir la siguiente historia. A veces nacen en momentos como este.

—Puede ser.

James se queda en silencio, como si me estuviera dejando disfrutar de mi momento. Como si entendiera la importancia de dejar

la mente en silencio para llenarla de nuestro propio ruido. Pero me sigue mirando de reojo y al final acabo por ponerme nerviosa.

—¿Y tú? ¿Cuál será tu siguiente historia?

—No lo sé. Tengo cosas en mente, pero nada claro…

—¿Te puedo preguntar una cosa?

—¿Ahora me pides permiso para hacer preguntas?

—Te la iba a hacer igualmente…

—¿A qué te dedicas Paula? A parte de a escribir, claro. —Sube la ceja derecha cuando lo pregunta.

—Soy periodista. O al menos lo era. —A lo mejor esa es, ahora, una pregunta difícil de responder.

—Eso explica muchas cosas.

—Claro, como por qué me he liado contigo. Soy como Lois Lane con Superman, lo hago todo por tener la exclusiva.

—¿Así que tu pregunta formará parte de una entrevista?—Pienso en la idea que tuve de entrevistarle, ahora me parece del todo estúpida.

—No… Esta es personal.

—Como todas, entonces. Dispara.

—Pues precisamente hablando de disparar, ¿por qué escribes novela negra? Quiero decir… uno escribe de sí mismo, al fin y al cabo.

—¿Me preguntas si soy un asesino en serie o algo parecido? Te has tomado demasiado en serio mi demostración sobre la violencia y los instintos…

—No, ¡espero que no! Si no tendría que pensar que todo esto lo has pensado para que sea tu próxima víctima. No, en serio, algo habrá de ti en tus historias.

—A lo mejor solo me gusta desentrañar misterios.

—¿A qué te dedicabas tú, señor Harper? Antes de poder vivir de la escritura.

—Abogado. Era abogado.

—Entiendo. Eres un morboso del crimen, es eso.

—¡No! Era abogado en una empresa, temas comerciales, muy aburrido. Quizás por eso necesité poner un poco de imaginación en mi vida.

—¿Escribías antes? —Ahora me mira con sorpresa.

—¿Conoces a algún escritor que se ponga a escribir de un día para otro? Para mí, escribir es como respirar. No es algo que decidas hacer, es algo que naces necesitando hacer. Somos todos una panda de locos, pero necesitamos que la gente comparta nuestras locuras.

El sol comienza a descender y todo toma un aspecto anaranjado.

Pero ya no miro el atardecer. Ahora lo miro a él. Miro sus ojos. Ya no me transmiten solo ganas de sexo. Simplemente me entran ganas de perderme en ellos. Entonces me doy cuenta de algo que no había visto antes.

—Tienes un lunar.

—Sí, tengo unos cuantos.

—No, en el ojo, justo debajo de tu ojo. No me había fijado. ¿Sabes? Me gustan los lunares, dan personalidad.

—Pues lleva ahí todo el rato.

—Sí, pero es que ahora te veo mejor.

Nos quedamos mirándonos el uno al otro. James acaricia mi cara con su dedo gordo, en un gesto amable, y no sé si es mi imaginación, pero juraría que lo he oído suspirar. Me acerco, tengo muchas ganas de besarlo. Pero no como antes. No es deseo lo que me acerca a su boca. Porque de lo que realmente tengo ganas es de que me abrace y de que no me suelte. Pero cuando parece que él también va a besarme, por alguna razón, se detiene.

—Se está haciendo tarde, será mejor que vayamos a buscar dónde cenar.

Asiento mirando como las luces se encienden y se reflejan en el río, mostrando una realidad paralela a nuestros pies.

Volvemos a coger la Vespa para ir al centro. Ahora hace más fresco y agradezco no solo la chaqueta, sino más aún el calor de su cuerpo. Aparcamos cerca de la Piazza Navona, que es lo que más cerca nos queda. Aun a estas horas, la plaza está llena de artistas pintando cuadros y retratos y de turistas comiendo helados paseando o de parejas sentadas en los bancos, disfrutando de las tres fuentes que hacen de esta plaza una de las más bonitas del mundo. Nos perdemos entre las callejuelas y comienzo a paladear Roma solo con la vista. Hay un montón de restaurantes y terracitas con manteles de cuadros blancos y rojos, con velas y con deliciosos platos de pasta y *pizza*. No me puedo resistir a cenar en una.

Dejo que James elija, no porque controle más que yo el italiano, sino porque todo me parece tan apetecible, que no soy capaz de elegir. James, se entiende con el camarero para que nos traiga algo especial.

—Me siento como si tú fueras el perro callejero y yo la perrita pija de *La Dama y el Vagabundo*. ¿Has pedido espaguetis con albóndigas y planeas darme un beso?

—Mis métodos de seducción son más sutiles. Además, no creo que te parezcas mucho a ese personaje. ¿Cuál es tu princesa Disney favorita?

—¿En serio? ¿Qué tengo, cinco años? Hace tiempo que superé la etapa Disney.

—Disney siempre deja mella y lo sabes. Más en vosotras. Si no, tu mente no habría ido sola a esa escena, al estar cenando en un italiano. —Esta vez me río yo, ¿por qué tiene que ser tan listo?

—Vaaale. Pues… supongo que las de mi época. Yasmín, Bella y Pocahontas.

—Curiosa elección.

—A ver, ¿por qué?

—Porque fueron las primeras princesas que ansiaban buscar algo más, aventura, independencia, libertad…

—Sí, y al final lo acabaron olvidando todo por el hombre de sus sueños.

El camarero corta nuestra conversación metafísica sobre dibujos animados. Pero en cuanto veo la pinta de la comida, no lo lamento. Comienzo a paladear la *mozzarella* y el tomate de la ensalada, con el sabor fuerte del aceite de oliva y del orégano mezclándose entre sí. James baja la intensidad de la conversación, tenemos una cena normal. Hablando de donde vivimos, a qué nos dedicamos, qué familia tenemos, qué hacemos en nuestro tiempo libre. Lo que viene siendo una cita clásica. Una cita que al señor Harper no le pega nada. Siento que está intentando relajar las cosas.

Después de cenar, me siento tan llena que necesito andar un poco. El empedrado no me molesta cuando observo lo bonita que es Roma de noche. Vamos a ver el Panteón iluminado y seguimos andando y charlando de todo y de nada hasta que encontramos la Fontana di Trevi. Es mucho más bonita que en las películas. Una fuente que es una fachada. Busco un hueco entre los turistas para sentarme y quedarme un rato observándola, pero al final James me convence de que cumplamos la tradición y echemos una moneda de espaldas, para que se cumpla nuestro deseo y para que podamos volver. James me dice que está cansado, pero yo me empeño en seguir andando entre las calles, hasta que, tras otro agradable paseo, llegamos a Piazza Spagna. Mi favorita. Como si fuera una chiquilla, voy hasta el centro corriendo, hasta la fuente y me cuelo dentro, para meter los pies en la plataforma que hay justo al lado de la barca, desgastada por todos los pies que la han pisado y acerco la mano para mojarme con los chorros de agua que salen de la fuente. James se ríe de mí y después me suplica que vayamos a sentarnos a la escalinata. A lo tonto, hemos andado mucho y ahora tendremos que ir en busca de la Vespa. Pero estoy a gusto aquí. Hay más parejas, grupos de amigos e incluso alguna familia en las escalinatas

y en los poyetes alrededor de la fuente. Hace muy buena noche para estar en marzo y se respira cierta magia en el ambiente. Entonces, un vendedor ambulante deja una rosa en mis piernas. Intento devolvérsela, pero veo que lo hace con todo el mundo, es su forma de intentar vendértela. Al final, James me dice que no me moleste en devolverla, y cuando el hombre vuelve a pasar, se la paga y me la regala.

—¿Haces esto con todas? —le digo mientras huelo, contenta, mi rosa.

—¿Pegarme enormes caminatas después de cenar? Me gustan las mujeres con curvas, si anduviera con todas así, estarían demasiado delgadas…

—Deja de decir idioteces. Hablaba en serio.

—A ver, ¿qué es lo que quieres saber ahora? —Se revuelve un poco y se sienta más recto.

—Que si… bueno, supongo que tendrás muchas aventuras como esta. —Me mira callado, tampoco sé por qué se lo estoy preguntando. Sé la respuesta.

—Bueno, cuando alguien se divorcia no busca precisamente volver a casarse corriendo.

—Hay gente que sí lo hace. —Y es algo que nunca he entendido, no puedes sustituir a las personas como si fueran muebles. Si cambias tan rápido de una a otra es porque no estabas enamorado, está claro.

—Pues yo no soy de esa gente.

—Supongo que ahora que eres famosillo y eso, ayudará.

—Gracias por confiar en mis encantos naturales, hombre.

—Vale, sí, eso también ayuda, no tengo dudas. —Sigue mirando de frente, hacia la fuente, pero ahora sonríe y ha relajado los hombros.

—Sí, es verdad que ahora voy a más fiestas, conozco más gente y vale, con lo de los libros puede que también se me acerquen más mujeres y sí, lo aprovecho, ¿hay algo de malo?

—No… claro que no. Haces bien.

—Entonces ¿qué es lo que realmente quieres preguntarme?

—Que si con todas haces la despedida de soltera completa. —No sé por qué me molesta pensarlo. No es nada mío. Esto es solo una aventura, ¿por qué me importa si lo hace más veces o si lo volverá a hacer? Ahora soy yo la que desvía la mirada, confusa, pero él me coge de la barbilla y me obliga a mirarlo a los ojos.

—Sí, me he acostado así con otras mujeres. Sí, a veces he hecho algo más que tener sexo con ellas, no soy tan frío. Pero si lo que me

estás preguntando es si las otras veces había sido como contigo, la respuesta es no, Paula. Nunca me había pasado nada parecido, nunca ninguna mujer me había abordado en un ascensor, habíamos hecho así el amor y después había hablado conmigo de muchas de las cosas que nunca soy capaz de hablar con nadie. ¿Satisfecha?

—Yo… sí. Supongo… —Me quedo totalmente embobada.

—Bueno, ¿y tú? —me dice, poniéndose un poco tenso de nuevo.

—Ya te dije que yo no hacía estas cosas. Solo se tiene una despedida de soltera, así que date por satisfecho por haber sido el elegido —intento decir a modo de broma, aunque sueno un poco presuntuosa, sobre todo después de lo que él me ha dicho.

—Bueno, según se vea. Las mujeres que se acuestan con otros hombres en la despedida de soltera, lo hacen, en parte, para estar seguras de que eso ya no es lo que quieren. Por eso, al día siguiente se casan más serenas, porque saben que se quedan con algo mejor.

—Eso no…

—Era broma, Paula. Solo una broma. —James coge la rosa de mi mano, me da con ella en la nariz y me sonríe de nuevo. Pero la sonrisa no le llega a los ojos.

—No me gusta hacer bromas con esto… ¿Te puedo hacer otra pregunta?

—Vale, pero te aviso que en mi próximo libro la víctima será una periodista que hacía demasiadas preguntas.

—Esta es más fácil, lo prometo.

—La vas a hacer igual, así que…

—¿Por qué viniste detrás de mí? En el ascensor, ¿ya sabías lo que iba a pasar?

—No sé. Me llamaste la atención en la fiesta. Desde el principio, con tu vestido rojo, hablando sin parar con todo el mundo, con los ojos tan abiertos, tan viva. Por eso me acerqué y resultó que me tocaste las narices. Me picaste la curiosidad. Además, de cerca me pareciste aún más *sexy*. Así que cuando te fuiste… no sé, solo fui detrás. No tenía un plan pensado, la verdad. Pero, al final, no hizo falta…

—Vale, yo te confesaré otro secreto. Me gustabas. Bueno, estaba leyendo tu libro y en la foto me parecías muy *sexy*. Incluso, alguna vez, tuve alguna fantasía contigo.

—¿En serio? Espera, ¿me estás diciendo que te habías masturbado conmigo antes de conocerme?

—Eso ha sonado muy raro.

—¡Es que es raro! ¿Eres algún tipo de pervertida sexual o algo parecido?

—¡Oh venga! Solo digo que me parecías un tío *sexy*, ¿vale? Que tampoco se te suba tanto. Tampoco eres Brad Pitt, ¿eh? Pero bueno, el caso es que cuando te vi en la fiesta, pues…

—Ahora lo del ascensor tiene mucho más sentido. —Se tumba un poco entre los escalones y sin darse cuenta, empieza a jugar con los dedos de mi mano. Sonrío.

—Bueno, supongo que se juntaron muchos factores, sí… Uno no comete una infidelidad si no es por muchas cosas, ¿no?

—Vale, te contaré yo también otro secreto. Fui infiel una vez. Antes de casarme. Solo una vez. Pero se lo conté a mi mujer y entonces su solución fue que nos casáramos, que así se arreglaría todo.

—Pero no se arregló.

—No… Supongo que no.

—Ya… —Intento no ir por aguas turbulentas—. Vaya, vaya, señor Harper… Así que no soy la única infiel por aquí.

—¿Vas a juzgarme?

—¡No! ¡Claro que no! ¡Sería enormemente hipócrita! Tú me dijiste que no todo era blanco o negro. Así que supongo que tú también tendrás tu historia.

—Te obsesiona mucho el tema de la fidelidad, ¿no?

—No creas. —Me siento a gusto al poder hablar sin tapujos con él de lo que me atormenta. Por alguna razón, me hago una bola y me acomodo a su lado, mientras él empieza a jugar con mi pelo—. Mi parte racional entiende que una cosa es el amor y otra el sexo. Que no podemos tener una pareja sexual toda la vida, que sería mucho más sano poder tener sexo con más personas. El problema es que la línea entre el amor y el sexo no está tan clara, a veces las cosas se mezclan y alguien sale herido.

—Y… ¿alguien te hirió? ¿Me equivoco? —Vuelvo a esquivar su mirada, hace mucho que no hablo de eso. Pero supongo que es parte de lo que me concome ahora mismo.

—Se llamaba Jorge. Era mi novio antes de Carlos. Estaba loca por él, realmente enamorada. Estudiábamos juntos en la facultad, teníamos mucho en común, demasiado. Él era muy… competitivo. Yo destacaba mucho en clase y creo que eso le quemaba bastante, era como que se sentía menos estando conmigo o algo así. Me dejó diciéndome que llevaba meses tirándose a la camarera del bar al que solíamos ir, todo el mundo lo sabía menos yo. Ni siquiera era más guapa ni más lista ni más nada. De hecho llegó a decirme que ni siquiera follaba mejor que yo. Solo que ella le hacía sentirse más hombre, eso me dijo.

—Hay tíos así. Necesitan hacer de menos a alguien para sentirse más ellos.

—No es que quisiera que yo fuera menos, es solo que no quería que brillase más que él.

—Bueno, entonces yo soy tu hombre perfecto, ¡yo ya tengo todo el brillo que quiero!

—Así es fácil decirlo. ¿Y si no lo tuvieras? ¿Dejarías que tu pareja destacase más que tú? No todos los hombres lo harían… Me empezó a atormentar esa idea. Como si el hecho de ser una mujer fuerte supusiera también estar destinada a la soledad. Me parecía algo tan injusto… Supongo que eso me gustó de Carlos. Con él todo era más sencillo, no tenía problemas con eso y por eso me sentía segura con él.

—Claro, el tío que, según me has contado, quiere que dejes de escribir y te dediques a pagar la hipoteca y a tener tiempo para tener hijos, que ni te ha preguntado si quieres… Te deja brillar todo lo que quieras, claro que sí.

—No lo conoces… —No me gusta que se meta con Carlos, aunque la verdad es que lo ha clavado.

—Tienes razón, perdona. —James suspira, como intentando tranquilizarse, creo que el tema lo ha alterado casi lo mismo que a mí—. Dejemos los temas truculentos y centrémonos en los importantes. Por ejemplo, eso de las fantasías sexuales que tenías conmigo. A ver, ¿cómo eran?

—¡Lo de sexuales lo has dicho tú! ¡Eres un creído!

—Vale, pues entonces… Podemos hablar de fantasías sexuales en general. Si te confieso una cosa, ese *striptease* de anoche era un poco una de las mías, quizás yo pueda hacer alguna tuya realidad.

—A lo mejor no está a tu alcance cumplir mis fantasías sexuales.

—Hombre, me puedes dejar probar.

Me pongo colorada. ¿Por qué estoy hablando de todo esto con él? Creo que nunca he hablado de mis fantasías sexuales con nadie. Ni siquiera con el propio Jorge, con el que innovaba bastante en la cama. Mucho menos con Carlos, que debe seguir pensando que el misionero es mi postura favorita.

—Pues el caso es que una de mis fantasías, que nunca he cumplido… es hacerlo con una mujer.

—Eso me gusta. —La voz de James se vuelve un susurro escalofriante en mi oreja.

—Sí, no sé, pero es solo una fantasía, supongo que no me atrevería a hacerlo realidad.

—No es tan difícil, algo me dice que tú también atraes a las

mujeres.

—Ya, bueno.

—De hecho, hay una chica allí abajo que lleva mirándote sin parar desde que llegamos aquí.

—¡No seas idiota!

—¡En serio! Fíjate. —Miro por callarle la boca y lo cierto es que tiene razón, hay una chica, una extranjera, una rubia menuda, que me mira todo el rato y que cuando cruzo mi mirada con ella, se pone colorada. Más que guapa es atractiva y me sorprendo a mí misma observándola con curiosidad—. Puedes acercarte a hablar con ella.

—¿Pero qué dices? Claro y me la follo ahí mismo y tú te vienes a mirar. ¡Tú sí que tienes fantasías!

—No, pero ¿nunca has querido saber cómo es besar a una mujer? Es una noche perfecta, es Roma y, total, ya has hecho muchas cosas que no pensaste qué harías.

—¿Qué eres? ¿Cómo el muñeco ese del diablo, que se aparece a un lado de tu hombro, para decirte que hagas cosas malas?

—No, soy el genio de las fantasías eróticas.

Asiento, ahí me la ha colado. Y tengo ganas de devolvérsela. Seguro que no cree que sea capaz de acercarme a ligar con esa chica. ¿Pero soy capaz de acercarme a ligar con una chica? A lo mejor he vuelto a beber mucho vino en la cena, pero me observo a mí misma, como si viera la escena desde fuera, levantándome, yendo a buscar al hombre de las rosas, comprándole una y acercarme a la desconocida para regalársela.

Para mi sorpresa ella no me toma por una loca, sino que me sonríe y, en inglés, me invita a sentarme con ella. Me pregunta que por qué se la he regalado. Le digo, sin saber muy bien por qué, que porque me ha parecido muy atractiva y que Roma es la ciudad del amor, que a veces hay que dejarse llevar por los impulsos y a mí me ha apetecido hacerle ese regalo. Ella me mira divertida y me dice que si puede ella dejarse llevar por los impulsos también. Yo sonrío y le dijo que claro que sí. Así de sencillo y de poco rebuscado, la desconocida se acerca a mí y comienza a rozar ligeramente sus labios con los míos. Me pongo tensa, pero sus labios saben a fresa del *gloss* de labios y su beso es realmente agradable. Abro los ojos, veo que James está al fondo, mirándonos, mordiéndose el labio, como si él también pudiera besarnos. Cojo a la desconocida por la barbilla y le devuelvo el beso con más ganas, dejo que sus labios gruesos jueguen con los míos, meto mi lengua en su boca, para acariciar la suya. Me gusta. Le acaricio la mejilla, le aparto el pelo para acariciar su cuello y dejo que el beso suba de intensidad, mientras miro de reojo como

James no deja de mirarnos. Entonces paro, la desconocida me mira desconcertada. Le doy un beso en la mejilla y le deseo una feliz noche en Roma y ella me mira sin entender nada.

Bajo la escalinata hasta el final de la plaza y al poco, James me sigue. Lo espero en una de las esquinas y, cuando llega, él me coge del brazo. Sin mediar palabra, me mete en uno de los callejones más cercanos y me empotra contra la pared para saborear el *gloss* de fresa de la mujer a la que, ahora, ambos hemos besado. Entonces mira de un lado a otro, no viene nadie. Comienza a susurrarme al oído lo loca que estoy. Lo loco que lo vuelvo. Lo mucho que lo enloquezco. Y ya no dice nada más. Mete su mano en mis pantalones como puede y comienza a masturbarme con violencia.

Yo estoy tan excitada, tan revolucionada por todas las emociones del día y tan mojada por el beso con la desconocida, que casi me dejo ir en cuanto noto sus dedos dentro de mí, como si al entrar en mí hubiera accionado una corriente eléctrica y mi sentido racional se hubiera chamuscado. Me tiene que tapar la boca, para que nadie me oiga gritar. Entonces oímos unos pasos y antes de que termine mi orgasmo, saca la mano de mi entrepierna y hace por disimular. Es una pareja de ancianos, que nos mira con cara de pocos amigos. Cuando pasan de largo, nos echamos a reír. James me coge de la cintura y con la respiración aún alterada, me vuelve a besar. Pero esta vez lo hace casi con ternura. Como si me besara con una sonrisa.

—Será mejor que vayamos a por la Vespa, genio de las fantasías.

De camino, empieza a refrescar aún más y James me pasa el brazo por encima, guareciéndome con su calor. Me siento bien. Vuelvo a sentir como si algo se me encogiera en el pecho, pero es una sensación totalmente diferente. No es angustiosa, sino reconfortante. Cogemos la Vespa de vuelta al hotel. Yo paso un poco antes, él entra después, para aparcar. No hace falta que digamos nada, sé que él vendrá directo a mi habitación.

Cuando entro la habitación me parece diferente. Todavía huele a él. Siento que no ha pasado solo un día. No puedo haber sentido más en un día que en todos estos años. Veo mi teléfono móvil en la mesilla. Tiene muchas llamadas perdidas y muchos mensajes. No quiero leerlos. Sé lo que ponen, sé lo que tendré que contestar. Ya sé lo que tengo que hacer, pero puede esperar a mañana. Todo puede esperar a mañana. Solo escribo un mensaje a mi padre, para decirle que no se preocupe y que todo va bien. Después lo apago. Respiro hondo y me abrazo a mí misma, en busca de algo de consuelo.

Justo en ese momento llaman a la puerta. Cuando abro y me encuentro con su mirada, apoyada en el quicio de la puerta, el

corazón se me descabalga. Sonrío. Él se acerca, me pone la mano en la parte baja de mi espalda y de un solo gesto, me acerca a él para besarme, mientras cierra la puerta a nuestras espaldas.

No me desnuda. No se precipita a embestirme en cualquier lugar y de cualquier forma. Solo se me queda mirando fijamente, a los ojos, mientras acaricia mi cara, mis labios. Como si se estuviera aprendiendo mi rostro de memoria. Entonces pierde su cara en mi cuello, me lo besa, sin soltar mi cuerpo y se acerca a mi oreja para susurrar mi nombre. No sé por qué, pero algo que no quiero se acciona en mí y mis ojos dejan derramar alguna lágrima. James se da cuenta, pero no dice nada. No hay nada que pueda decirme, porque ni yo misma sé si lloro por mí, por Carlos, por él, o porque esta es nuestra última noche y yo no quiero que se acabe. No quiero dejar de sentir lo que estoy sintiendo. No quiero. James aprieta los labios, como si mis lágrimas le dolieran y después me las besa una a una, como si no pasara nada, para después seguir besándome la cara.

Me levanta la camiseta, solo para seguir besando mi cuerpo. Mis clavículas, mis hombros, el espacio entre mis pechos, mientras yo acaricio su pelo, aferro mis manos a él, como si quisiera decirle sin palabras que no quiero dejarlo ir. Vuelve a subir su cabeza y yo le devuelvo el beso con ganas. Comienzo a desabrochar su camisa, yo también quiero adorar su cuerpo. Le beso el cuello, le muerdo la oreja y dejo que mi cara se sumerja en el calor de su pecho. Pero entonces él me para, me levanta y me da la vuelta. Una vez de espaldas a él, me abraza fuerte por la cintura, sumerge su cara entre mi pelo. Empieza a bailar alguna canción que solo suena en nuestras cabezas. Nos quedamos así un rato, semidesnudos, acariciándonos, besándonos, bailando… Hasta que la ropa sigue cayendo, hasta que nuestras fuerzas se van rindiendo.

Caemos en la cama jadeando suspiros, tragando lágrimas, lamiéndonos las heridas a besos. No hay una parte de él que no quiera recorrer. No hay nada que me quiera perder. Lo muerdo, lo lamo, lo beso, lo acaricio y llega un momento en el que solo lo siento, sin saber muy bien lo que estoy haciendo. No sé en qué momento entra en mí, no lo distingo. Solo sé que todo mi cuerpo se enreda en el suyo, que cada poro de mi piel busca la suya. Nos acoplamos el uno en el otro, en un sinfín de formas. Solo quiero que siga en mí, que siga dentro de mí. Lo retengo, con mi boca, con mis manos, con mi sexo. Necesito sentirlo por todo mi ser, fundirme hasta el infinito con él. El orgasmo llega y cuando acaba, vuelve a llegar, pero solo como una súplica más.

6
Decisiones

No hemos dormido mucho esta noche. Al menos tengo la sensación de no haberlo hecho. De haberme despertado entre sueños para abrazarlo y haber vuelto a hacer el amor. Es posible que solo fuera un sueño más, me es difícil distinguirlo. Ahora es de día de nuevo. Ya es «mañana».

Cuando despierto, James no está en la cama. Oigo la ducha abierta en el cuarto de baño. Hoy no está a mi lado, relajado, pidiendo el desayuno. Porque hoy todo ha terminado. Me incorporo y me restriego la cara para despejarme. No tengo ninguna gana de salir de la cama. De salir del hotel. De salir de Roma. Pero tengo que hacerlo.

No sé qué hora es. Parece temprano, pero de todas formas tengo que recoger todo para ir al aeropuerto. No tengo hambre, lo que tengo son ganas de vomitar.

James sale del baño, secándose el pelo, con una toalla tapándole todo aquello que ya he amado. No me sonríe, solo me mira como si le costase sostenerme la mirada.

—Buenos días.

—Buenos días. ¿Hoy no desayunamos?

—Bueno, he pensado que hoy íbamos con prisa de dejar las habitaciones y eso… Para llegar bien al aeropuerto.

—Ah, claro. Sí, has hecho bien.

Yo me levanto por fin de la cama, con sensación de mareo y James se pone a buscar su ropa; está por toda la habitación y le cuesta recopilarla. Yo me meto en el baño a hacer pis y lavarme un poco la cara. Me miro al espejo, me recojo el pelo en una coleta. No llores Paula. Llora luego, cuando estés sola, pero no llores ahora. Inspira, espira. Eso es. Una vez más.

Cuando salgo del baño James ya está vestido. Está sentado sobre la cama, en una esquina, esperándome, pero como si tuviera prisa.

—Supongo que iré a recoger mis cosas a la habitación y eso.

—Sí, claro. Yo recogeré aquí y también iré al aeropuerto. Mi avión sale en unas horas así que…

—Bien, bien. No te quiero entretener.

—No, no. —Me gustaría decirle muchas cosas, pero son tantas que siento como si las palabras se atascasen en una especie de

embudo en mi garganta.

—En fin. Ha estado bien la despedida de soltera. Gracias por invitarme. —James no me mira, mira el suelo y yo solo siento que me quiero morir ahora mismo. Intento disimular, al menos, tan bien como él.

—Ha sido un placer.

—Paula…

—¿Sí…?

—Nada, que… vaya bien, la vuelta y eso.

—Sí, sí, que tengas buen viaje tú también. Y sigue escribiendo por favor. No te lo dije, pero estoy un poco enganchada a tus libros. —Solo puedo decirle que estoy enganchada a los libros. No puedo decirle la verdad, que a lo que estoy enganchada, terriblemente, es a él.

—Escribiré si tú también escribes.

—Ya…

—¿Vas a casarte?

Lo suelta así, de sopetón. Como si llevara un rato pensando cómo hacer suavemente la gran pregunta y no hubiera encontrado la forma. Aunque yo tampoco encuentro la forma de responderle, y eso que sé la respuesta desde hace mucho tiempo. La sé incluso antes de conocerlo. Porque la respuesta no tiene que ver con él, tiene que ver conmigo, pero puede que no lo entendiera hasta anoche. Me siento en la otra esquina de la cama. Yo también miro al suelo.

—No… No puedo.

—Pero…

—No es por ti, pero tenías razón. A veces hablar con un desconocido ayuda.

—¿Y qué vas a hacer? —Por fin, me mira a los ojos, aunque sigue pareciendo nervioso.

—Pues supongo que ir a casa, hablar con Carlos, volver a casa de mi padre y después… Después no lo sé.

—Vente conmigo.

—¿Qué?

—A Nueva York. Vente conmigo.

Se hace un silencio en el que mi cabeza intenta asimilar esa frase. No existe la posibilidad de que acabe de decir lo que ha dicho. Porque no, esa no es una posibilidad. No puede serlo.

—Estás loco.

—Sí, pero no por esto. Piénsalo. —James se acerca a mí, para que podamos mirarnos y me coge de la mano. Sigue pareciendo nervioso, pero a la vez, incluso entusiasmado—. Yo conozco editores, podría

ayudarte a buscar algo relacionado con lo tuyo y mientras te podrías quedar en mi casa. Empezar algo nuevo.

—Empezar algo nuevo… ¿contigo?

—Bueno… No lo sé, no puedo decirte si sí o si no a eso. Sabes que yo no quiero nada serio… —Todo me da vueltas, no entiendo nada de lo que está pasando.

—Entonces ¿qué se supone que me estás diciendo? ¿Que abandone todo y me vaya contigo, aunque no me ofrezcas nada? ¿Que deje mi vida para ser tu rollito un rato más?

—No sé qué es lo que puede pasar o no con nosotros. Joder, ¿quién sabe eso? Pero sí puedo ofrecerte la posibilidad de reinventarte. De volver a querer vivir, por lo menos.

—¿Y cuándo se supone que dejé de querer vivir? —James se vuelve a morder los labios, como cuando le duele decir o hacer algo. Se contiene un rato, me suelta la mano y al final confiesa.

—La primera noche, cuando fuiste a ducharte… Vi una nota en tu escritorio. Arrugada. Yo también soy un cotilla por naturaleza y la leí. Leí lo que decías sobre ti. —Casi lo había olvidado. La crisis, mi ataque de pánico, esas líneas que escribí entre lágrimas. Ese momento que era tan horrible y tan íntimo.

—¿Cómo? ¿Lo leíste? ¡Era privado! ¡No tenías derecho a leerlo! No…

—Lo sé, pero lo hice y… —La pena empieza a convertirse en rabia, en ira. Porque ahora me encajan todas las piezas y no podrían hacer un peor puzle.

—¿Y entonces esto lo haces por pena? ¿Me ofreces irme contigo porque te doy pena? ¿Por qué crees que soy una suicida en potencia y quieres rescatarme o algo así? ¡Quién coño te crees que eres! —Me levanto y le doy la espalda para que no me vea llorar. No quiero darle más pena aún. Soy una idiota, una idiota total.

—¡No! Joder, Paula, no es eso. Es que… te he conocido. Cuando leí eso no te conocía, y no te conozco del todo, pero lo que sé de ti… Lo único que me da pena es que alguien tan especial como tú se sienta así, porque yo me he sentido así y sé lo que es. Y lo que me seguiría dando pena es que vuelvas a esa vida que no quieres, cuando hay alternativa. Te ofrezco esa alternativa y lo hago porque soy egoísta, porque quiero estar ahí viendo la persona que vas a llegar a ser.

—No lo sabes. No sabes eso.

—Lo intuyo. Igual que tampoco sé qué puede ser de nosotros, aunque también intuyo que puede ser algo más que un fin de semana que recordar, que merece la pena arriesgarse.

—¿Arriesgarse? No puedo ser uno de tus impulsos James. No puedo mandar mi vida a la mierda por un impulso. ¡Coger un avión a Nueva York no es alquilar una Vespa!

—Tu vida será una mierda si te quedas. ¡Venga Paula! ¿Qué puedes perder? ¿Qué te retiene? —Vuelvo a mirarlo. Es tentador. Todo es muy tentador. No despedirme de él. No despedirme de mí.

—Nada, realmente nada. Pero… Ya lo he hecho todo mal. Ya es todo un desastre. Necesito hacer bien las cosas ahora. Ir a Madrid y hablar todo bien con Carlos.

—Sabes que si vuelves acabarás claudicando y casándote con él.

—No.

—Lo harás y lo sabes. Ya le has sido infiel a Carlos, no te seas infiel a ti misma.

Me falta el aire. Me siento como si estuviera en un avión, decidiendo si salto o no, porque nadie puede prometerme que este paracaídas se vaya a abrir. Que no vaya a lastimarme mucho al final. Pero por alguna razón, lo sé, quiero saltar. Necesito saltar.

—¿Y qué pretendes? ¿Que rompa una relación de cinco años por teléfono?

—No será lo mejor que hagas, es cierto. Pero no le hará menos daño que vayas a decírselo. No hará mejor las cosas.

—No puedo hacer eso.

—Lo que no puedes es volver a sentirte asfixiada cada día de tu vida.

—Yo…

—Voy a irme a mi habitación, Paula. Voy a dejarte un momento sola, para pensar. Y me gustaría dejarte más tiempo, porque es una decisión importante, pero no lo tenemos. Llámame en media hora, si quieres venirte conmigo, intentaré arreglar los vuelos. Si no… Si no, puedes romper conmigo por teléfono, no voy a enfadarme por eso.

Seguidamente me mira, me mira profundamente y me besa como si sus labios gruesos fueran capaces de absorber hasta mi alma. No mira atrás, coge las cosas y cierra las puertas, dejándome como empezó todo. Sola en esta habitación con una crisis de ansiedad. La diferencia es que entonces estaba angustiada porque no sabía que era lo que debía hacer. Ahora lo estoy porque lo sé. Intento dejar de sollozar y enciendo el teléfono móvil. Marco el +34 y el resto del teléfono lo hago de memoria.

—¿Sí…? —Su voz suena angustiada solo en una sílaba.

—Hola, Carlos.

—¿Paula? ¡Paula, joder, me tenías muy preocupado! ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no has llamado? ¿Estás bien?

—Yo… Lo siento, no quería preocuparte, es solo que… Necesitaba pensar. —Se escucha su respiración alterada en silencio al otro lado. No se esperaba esa respuesta.

—¿Pensar? ¿En qué? ¿Qué está pasando Paula?

—Carlos, yo no… No puedo casarme contigo. —Más silencio, casi puedo oír como le acabo de romper el corazón y como el mío va a acarrear con esa culpa para siempre—. ¿Carlos?

—Paula, estás nerviosa, lo sé. No tenía que haberte dejado ir sola a Roma. Solo has pasado sola mucho tiempo, dándole muchas vueltas a la cabeza y te has agobiado. No pasa nada, son solo los agobios normales de la boda. Yo también estoy nervioso, no te creas. Es algo importante.

—Lo es, claro que lo es. Por eso no puedo, no… no es que no pueda es que yo… no quiero, Carlos. No quiero casarme. —Todas las palabras que llevo conteniendo tanto tiempo, ahora salen a borbotones—. No quiero comprarme un piso, no quiero renunciar a todo por tener lo que la gente llama estabilidad, ¡ni siquiera sé si voy a querer tener hijos algún día! Pero ahora no quiero, ¡no quiero…!

—No entiendo nada, Paula, ¿qué estás diciendo?

—Que yo no soy así, Carlos. Yo no quiero esa vida. No soy Sara. No soy tú.

—Ya sé que no eres yo. Eres la mujer que me complementa.

—¡No! No es cierto. No nos complementamos, Carlos. Es una mentira que nos contamos. Simplemente no estamos hechos el uno para el otro. Todo el mundo lo sabe, nosotros también lo sabemos. Es solo que no queríamos saberlo.

—¿Pero por qué dices eso? —Me da pena, porque sé que él lo sabe tan bien como yo. La diferencia es que él aún necesita autoengañarse, yo ya no.

—Porque es la verdad, Carlos. Lo sabes tan bien como yo. Yo me he dejado querer, y tú te has inventado a una mujer que no soy. Y el tiempo ha pasado, pero… no soy la mujer que necesitas, no lo soy ni lo seré nunca.

—Pero eres la mujer que quiero.

—Eso tampoco es verdad. A veces… A veces creo que no me conoces. Que te enamoraste de la idea que tenías de mí, de lo que querías que fuera, no de lo que soy. Porque no me dejas ser quien quiero ser y si de verdad me quisieras, me querrías así.

—No me creo que me estés diciendo nada de esto, Paula.

—Lo tenía que haber dicho hace mucho tiempo, pero no… No era valiente. No me atrevía siquiera a pensarlo. Llevo meses siendo incapaz de respirar, de dormir bien, solo porque tenía miedo a

pensarlo. Pero ahora lo veo todo tan claro… —Vuelve a haber silencio al otro lado, son muchas ideas como para poder asimilarlo, pero necesito dejar que fluyan todas, dejarlo todo claro. Al final, reacciona.

—No quiero hablar esto por teléfono, cuando estés en Madrid, hablaremos bien las cosas, con calma. Todo tiene una solución, la acabaremos encontrando. Todo es hablarlo.

—Solo hay una solución para esto y lo sabes tan bien como yo.

—A lo mejor no estás preparada para casarnos, lo puedo entender, podemos ir un poco más despacio, ir viendo. No sé, esperar a que estés más segura.

—Es que nunca voy a estarlo. Es que… —Tengo que decirle la razón por la que le he llamado—. También hay algo más.

—¿Más?

—Ha pasado algo… —Y estoy a punto de decírselo. ¿Decirle qué? ¿Qué a él en tantos años no le he amado de verdad pero que me he enamorado de un desconocido en un par de días? No puedo decirle eso. Porque sería egoísta, sería liberar mi culpa para aumentar su dolor. No necesita saberlo, no en este momento—. Me han ofrecido trabajo. He conocido a gente en la fiesta, y hablando de que estaba mal con mi trabajo en España me han ofrecido algo nuevo.

—Eso es bueno. Si todo esto es por el trabajo, Paula, bueno, podemos verlo…

—Es que es en Nueva York.

—¿En Nueva York? ¿Qué pintas tú en Nueva York?

—Es una buena oportunidad. Es la oportunidad que estaba esperando. Es lo que realmente quiero y me arrepentiría toda la vida si no lo hago.

—Pero ¿y entonces? ¿Qué me estás diciendo?

—Tenía que decidirlo ahora. Sé que es una locura, que nada de lo que te digo tiene sentido para ti ahora mismo. Sé que tendría que ir a Madrid y hablar bien las cosas contigo, que esto no se hace así, que estoy siendo egoísta. Pero… Pero es ahora o nunca… y tengo que decir que sí. Necesito tiempo para mí, para sentirme bien, ¡sentirme yo de nuevo! Alejarme de todo, aclararme y puede que esta sea la mejor solución, que haya pasado así por algún motivo.

—Entonces, me estás diciendo que te vas a Nueva York. Así, sin más. ¿Y nosotros?

—Quizás sea lo mejor. Poner tierra de por medio, dejar que se apacigüen las cosas… No sé. Si voy allí no voy a decirte nada diferente de lo que te estoy diciendo ahora.

—No puedes estar cortando conmigo por teléfono desde Roma.

Nada de esto me parece real…

—Es horrible. Lo sé. Lo siento. Yo… —Me echo a llorar. No quiero hacerle daño, me mata hacerle daño, pero no puedo sacrificarme más por su felicidad, porque no lo hago feliz, solo lo engaño, no puedo engañarle más—. No planeaba nada de esto, de verdad que no, pero… las cosas han pasado así y no sé cómo hacerlo mejor.

—Vuelve… Hazlo mejor. No te vayas a Nueva York y ven a casa a arreglar las cosas.

—No, Carlos, esto ya no tiene arreglo. Lo siento… Lo siento… —No puedo dejar de llorar y de moquear.

—Ha pasado algo más, ¿verdad? Hay algo que no me estás contando. Tiene que haber algo más.

—Eso no importa, Carlos. No importa lo que haya pasado o no en Roma. Lo que importa es lo que no pasa entre nosotros. Nos hemos dejado llevar, nos hemos acomodado y simplemente hemos dejado la vida pasar. Pero no estamos enamorados.

—¡Madura, Paula! El amor no es ese sube y baja. ¡Eso es lo que te pasa! ¡Qué sigues siendo una cría con muchas mariposas en la cabeza! ¡Tú lo sabes! Pensaba que todo iba mejor, que ya lo entendías. El amor es la estabilidad que tenemos, la tranquilidad de contar el uno con el otro, de saber que vamos a estar ahí siempre. Eso es lo que tenemos.

—No… El amor no es algo estable, ordenado, colocado… El amor es un bello desastre. El amor es Roma, Carlos. —Pero no lo entiende, alguien como él nunca lo entendería.

—¿Lo ves? Paula, por favor, estás diciendo locuras. Tienes que recapacitar. ¡Tienes que crecer de una puñetera vez!

—Carlos… está decidido. Lo siento. Siento haberte hecho daño. Siento no haber sido valiente antes. Lo siento todo. Eres la mejor persona que conozco. Y yo soy la peor que tú habrás conocido… Conocerás a alguien que quiera lo mismo que tú, serás feliz, lo sé, tú también lo sabes. Esto es lo mejor para los dos.

—No hagas esto… No lo hagas… Vas a arrepentirte.

—Me arrepentiría siempre, pero si volviera.

—Paula, no te atrevas, ¿me oyes? ¡No te atrevas a dejarme!

—Adiós, Carlos.

Cuelgo el teléfono. Esta conversación podría ser infinita, pero ya no hay más que decir. Porque en este punto solo queda hacerse daño y yo ya le he hecho bastante. Tampoco quiero que él me lo haga, no quiero recordarlo así. Cojo la almohada y me la pongo en la cara para tapar mis gritos de dolor. Porque duele. Duele mucho. Pero es

lo que tenía que ser. Intento calmarme. Hay otra llamada que tengo que hacer. Cojo el teléfono del hotel. Esta vez me contestan en inglés.

—¿Aún puedes arreglar lo del billete de avión? —Aun sin verlo, puedo visualizar su sonrisa.

Todo pasa muy deprisa. Primero comprobamos que siga teniendo vigente el ESTA y el pasaporte. Después, James se pelea con las líneas aéreas en busca de un vuelo para ambos, mientras yo llamo a mi padre. Él tampoco me entiende, pero una vez más, me apoya en silencio. Solo le importa que esté bien, aunque sé que se queda preocupado. Debo parecerle una loca. Tal vez lo sea. Sin embargo, hay algo que me intriga, una frase suya justo antes de colgar: «Sabía que algo así acabaría por pasar, siempre te has parecido mucho a tu madre». Me hubiera gustado averiguar qué significaba pero ahora mismo no tengo tiempo para eso. Así que cuelgo y no vuelvo a pensar en ello. Después, mando un mail a las chicas aprovechando que aún tengo wifi, no soportaría llamarlas una a una. Tampoco van a entenderme. Al fin y al cabo, ¿cuándo lo han hecho? Pienso en escribir también al trabajo, pero no sé cómo se debe proceder en este caso. Entonces recuerdo que James trabajaba de abogado en una empresa, seguro que puedo esperarme a que él vuelva. Todo me parece una locura. Me estoy precipitando. Una cosa es parar mi boda con Carlos y otra largarme con un desconocido a Nueva York. ¿De verdad estoy segura de lo que estoy haciendo?

Tengo las maletas hechas, todo recogido y James aún no me ha dicho si ha arreglado lo de los billetes, quizás aún esté a tiempo de echarme a atrás. Puedo volver a casa, puedo decirle que si quiere que venga a verme alguna vez. ¿Lo haría? ¿O él también pasa solo por una locura transitoria? No tengo por qué hacer esto, nadie me obliga. Puedo ir a casa de mi padre, meterme debajo de la cama y no salir en una semana. Puedo hacer eso.

Llaman a la puerta, me tiembla la mano al abrir. Lo veo. Sus ojos, su boca, su sonrisa, su cabeza de nuevo apoyada en el quicio de la puerta. Mi sonrisa que se asoma sola. Y entonces lo sé. Siempre puedo volver a casa de mi padre. Siempre puedo volver a esconderme de todo y de todos. Pero esto solo puedo hacerlo ahora.

Todo pasa como en una nebulosa. El taxi, el aeropuerto, los controles, la puerta de embarque. Ni siquiera estoy segura de cómo he llegado a estar sentada en un avión con destino a Nueva York. Yo nunca he estado en Nueva York, solo estuve en Boston en un viaje de trabajo y me quedé con las ganas. James me coge de la mano y mientras el avión despega, ambos nos despedimos de Roma mirando

por la ventanilla.

El viaje va a ser largo y yo me siento cansada. Agotada de tantas emociones en tan poco tiempo. Me recuesto en el hombro de James y él me acaricia mientras me mira cerrar los ojos. Entonces recuerdo algo, algo que quería decirle.

—James, la carta, la carta que leíste…

—¿Sí?

—No iba a hacerlo. No era una carta de suicidio, ni nada de eso. Solo me sentía perdida y necesitaba, no sé, escribirlo…

—Lo sé.

—¿Lo sabes?

—Sí, yo también he escrito muchas de esas. —Me quedo mirándolo. Hay tanto que aún no sé de él. En cambio, él ya sabe de mí más que mucha gente—. Échate un rato, te vendrá bien, el viaje es largo.

—James. —Vuelve a mirarme y yo sonrío—. ¿Entonces no ha sido un sueño?

—Te lo diré mañana…

7
New York, New York

Me duelen mucho los pies. Parece que, vaya a donde vaya, nunca avanzo, porque las distancias son enormes. Pero no me importa recorrerlas cuando voy a su lado. Ya no paseamos por los callejones romanos, sino por largas avenidas, aunque también son una explosión para los sentidos. La vista se pierde entre la diversidad de la gente que puedes encontrar paseando en tu misma acerca, el oído se altera con multitud de ruidos y sonidos y el olfato te da hambre, porque aquí siempre huele a frito. En cuanto al tacto, para mí, esta ciudad se define por la sensación de su mano sobre mi mano.

Entiendo que la gente se sienta fascinada al llegar a Nueva York. Si hubiera que buscar una palabra para definir la ciudad, sería fácil: grande. Porque en realidad, para mí eso es lo que la diferencia de Madrid. Llevo toda una vida disfrutando de una ciudad que nunca duerme, eso desde luego no me sorprende. Tampoco la oferta cultural, ni las tiendas, ni la gente corriendo, los cafés que te tomas corriendo o el tráfico. Ni siquiera los parques que hacen de pulmones a la ciudad. Todo eso siempre ha sido parte de mí desde que tengo uso de razón. Nueva York es como elevar todo eso al cuadrado. Bueno, vale, quizás al cubo. Algo así como, «si vamos a hacerlo, vamos a hacerlo bien». En Madrid, tenemos las Cuatro Torres, que no son sino cuatro rascacielos que se pueden ver desde todas partes. En Nueva York, sufres de tortícolis al verte siempre rodeada de enormes gigantes vayas donde vayas, pero especialmente en Wall Street. En Madrid, tenemos carteles con luces para los musicales de Gran Vía; en Nueva York, Broadway está solo dedicado a eso. En Madrid, tenemos grandes centros comerciales; en Nueva York, el mismísimo Times Square es un centro comercial, con macrotiendas en las que encuentras hasta juguetes gigantes. No es que sea mejor ni peor, es simplemente «más».

A lo mejor es que ahora es exactamente como me siento. Como si viviera en un «más» constante.

No eres consciente de lo mal que has estado, hasta que vuelves a estar bien. Cuando todo se relaja y empieza a fluir, es cuando te das cuenta de hasta qué punto se había atascado. Al llegar aquí me dio

un ataque de llanto. Sin saber por qué, era como si hubiera dejado salir todo lo que tenía retenido, como si necesitara limpiarme de toda la mierda, antes de volver a respirar con normalidad. Había perdido la cuenta de los días, las semanas, los meses, creo que incluso los años en los que vivía como en una especie de mal sueño. Todo era triste, rutinario, era como si me dejara llevar, pero hubiera perdido las ganas de nadar. No soy capaz de ponerle una fecha. Quizás desde que lo dejé con Jorge y me di cuenta de que el periodismo era un amante cruel, aún más en mitad de una crisis económica. A lo mejor, con Carlos y el poder ir picoteando trabajos, me volví a ilusionar o puede que me volviera a perder cuando fui consciente de que nunca iba a estar realmente enamorada de él y de que mi trabajo nunca me iba a dar estabilidad. Era como si hubiera dejado de pensar en que algo bueno podía pasar, en que todo podía cambiar y empezar a ir a mejor. Como si me hubiera resignado a la tristeza.

Pero la vida te sorprende, cuando piensas que todo ha tomado un camino y que simplemente debes dedicarte a seguirlo, algo pasa que desbarata, por suerte, todos esos planes. Ese algo, en mi caso, se llama James Harper.

Es absurdo. Puedo hacer un cálculo de las horas que hace que lo conozco y, sin embargo, se ha convertido en una de las personas claves de mi vida. No sé cuál va a ser su papel, pero sé que va a ser una de esas personas que recuerde en la breve película de mi existencia, cuando cierre los ojos antes de morir. Sin embargo, tengo presente que no sé cuánto tiempo voy a disfrutar de él. Quizás esa sea la parte positiva, que he dejado de pensar tanto en el futuro, porque no puedo preverlo y estoy disfrutando, por primera vez desde hace mucho tiempo, de mi presente. Eso es lo que él me recuerda cada instante. No sé qué tipo de relación tenemos, pero James me enseña cada día a disfrutar de las pequeñas cosas, a no plantearme todo el rato el porqué de todo, a juzgarme por todo lo que hago, a agobiarme con todo lo que puede ir mal. Sí, esto puede salir mal, pero de momento, está siendo lo mejor que me ha pasado en la vida.

Llegar a Nueva York fue todo un impacto. Sin tener tiempo para apaciguar el torbellino de emociones que supuso mi marcha precipitada de Roma y de lo que había sido toda mi vida hasta ese momento, entrar en casa de James y dejar allí mi maleta fue un acto extraño.

La casa de James no es enorme, ni lujosa, pero está cerca de Central Park, tiene uno de esos toldos pasillo para entrar, un portero que te da los buenos días en la puerta y es una casa con tres

habitaciones. Y todo eso ya es un lujo en esta ciudad. Lo más original es su despacho, un pequeño cuarto, que debió de hacer robando espacio al salón, cuyo protagonista es un escritorio antiguo, con una de esas lamparitas verdes, como las de las bibliotecas americanas, iluminando montañas de papeles. Dice que ese tipo de escritorios están diseñados precisamente para escribir grandes historias, por eso tiene una pluma y tinta, pero de adorno, porque escribe en un Mac. Apenas se ven las paredes, las tapan unas enormes estanterías llenas de libros, además de una pizarra blanca, que se parece a las que hay en las series de policías y en la que de hecho, dibuja sus tramas. Su dormitorio es más sencillo, tiene una cama muy ancha y un armario con espejos, de los que tardo poco en descubrir su uso fetichista, pero lo más bonito de la casa es el salón. Más que grande, la palabra es amplio, teniendo en cuenta que incluye una cocina con barra americana, como no. Todo está decorado con muebles de madera claros y con mucha luz, muy bohemio. Tiene una repisa con tres máquinas de escribir antiguas y una de esas máquinas de discos antiguas, que ya no tiene solo los singles de los años 50, sino un puerto USB para que puedas escuchar lo que quieras. Las paredes las tiene decoradas con fotografías en blanco y negro, que bien podrían estar en la exposición de una galería de arte pero que, según dice, son algunas de las que ha ido haciendo él en sus viajes. Yo me río cuando se pone presumido e interesante, pero lo cierto es que una parte de mí no puede dejar de verlo apasionante. Desde luego, no se parece en nada a mi casa con Carlos, que era nuestro piso, pero podría haber sido el de cualquier otra pareja. Muebles de IKEA, detallitos comprados en Primark y fotos nuestras que salían de cerca, porque de lejos no había lugares maravillosos que mostrar.

Sin embargo, pese al esmero con el que ha decorado su casa, la tercera habitación solo tiene un sofá cama y un escritorio de madera de pino. Nada más, ni un solo objeto de decoración.

—Es la habitación de invitados, lo que pasa es que no he tenido ningún invitado todavía.

—Quizás es porque no les ha parecido muy acogedora y se han ido corriendo.

James se sienta en el sofá cama y se queda mirando el vacío, mientras yo dejo que me envuelva el extraño eco de mi risa tonta.

—Mi divorcio coincidió con el momento en el que escribí los libros, como no podía ser de otra manera. Así que me fui a casa de mis padres una temporada a refugiarme de todo, a Montauk. Las cosas parecieron colocarse solas, así que con el dinero de las ventas pude comprarme este apartamento y empezar a hacer con él lo que a

mí me diera la gana, para variar. Pero nunca pensé en que hubiera nadie más aquí.

—Ya… —Me siento a su lado. No puedo dejar de pensar que esto va un poco deprisa y que quizás esté invadiendo su espacio, que va a agobiarse y que esta habitación vacía no es sino el prefacio de nuestro fracaso. Sin embargo, una vez más, James me sorprende.

—A lo mejor la habitación estaba vacía porque tenías que venir tú a llenarla. —Su sonrisa me acaricia el alma—. Puede ser tu estudio, un sitio para volver a escribir. Haz con ella lo que quieras, quiero que sea un espacio para ti.

—¿Estás seguro? Ni siquiera sabemos cuánto tiempo me quedaré aquí… Quiero decir, que estar en tu casa es algo temporal, mientras veo si puedo buscarme la vida por aquí.

—Pensemos en presente. Hoy estás aquí, y mientras estés aquí necesitas un lugar que sentir un poco tuyo, ¿no? Pues ese lugar puede ser esta habitación. *Una habitación propia*, al más puro estilo Virginia Woolf.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

Lo miro y la sonrisa, esa que hace tanto que creía perdida, vuelve a florecerme en medio de la cara. Lo abrazo, lo beso y al final, acabamos estrenando su sofá cama de la mejor forma posible.

Los días pasan serenos, tranquilos. La primavera no es tan cálida como en Madrid, pero hace suficiente buen tiempo para pasear por Central Park y sentarnos en el césped para leer cada uno algún libro, haciéndonos compañía en silencio, hasta que nos interrumpen las ganas de comernos a besos. Parecemos dos adolescentes. Me siento tan viva que a veces canturreo sola por la calle y me entra una risa nerviosa cuando me levanto por las mañanas a su lado, con ganas de saber qué me deparará ese día.

James se ha tomado unos días libres después de su gira promocional, así que aprovecha para hacerme no solo de anfitrión, sino también de guía turístico. Vamos a visitar el Empire State, montamos en los ferris a Staten Island para hacer fotos a la Estatua de la Libertad, que de lejos no parece tan grande, pero que impresiona de cerca. Me lleva de compras a 21 Century, el único *outlet* del centro, vamos a ver la fachada de la casa de *Friends* y nos besamos en las escaleras de la ficticia casa de Carrie Bradshaw, donde me confiesa, me pide que jure no decírselo a nadie, que él también ha visto la serie, aunque no entera como yo. También vamos

a escuchar una misa góspel a Harlem, donde tengo la sensación de que la gente ha viajado años atrás en el tiempo y después comemos por el centro, para acabar la tarde en el MoMA y disfrutar de obras tan únicas como *Las Señoritas de Avignon* de Picasso o *El Grito* de Munch, que hacen que la imaginación se me desborde. Otro día comemos en Chinatown y vamos a ver tiendas temáticas, y otro cenamos en Little Italy para después dejar que lo invite a ver *El Rey León* en Broadway. Nueva York no deja que te aburras nunca, pero tampoco deja que ahorres nada de dinero. Y comienzo a agobiarme. Una cosa es que me acoja temporalmente en su casa y otra que corra con los gastos de mi locura transitoria, así que me empeño en pagar todo lo que puedo a medias, pero los ahorros de mi cuenta corriente comienzan a resentirse y sé que no aguantarán mucho más este ritmo.

—Necesito un trabajo, sé que hemos decidido tomarnos unos días para disfrutar de todo un poco, pero tampoco puedo estar siempre de vacaciones, se supone que la razón para venir aquí era buscarme la vida.

—Paula, llevas en Nueva York solo dos semanas, respira un poco para variar. Lo estamos pasando bien, ¿no?

—Sí, pero tú pronto te pondrás con tu libro y yo no tendré nada qué hacer.

—También puedes aprovechar para tomarte un tiempo para escribir. Deberías apuntarte a clases de inglés, tomarte tiempo para ti, en eso consistía, ¿no? Podrías buscar una academia, además te ayudará a conocer más gente, debes de estar ya aburrida de mí.

—No creo que puedas ser aburrido nunca, eres como Nueva York, siempre tienes algo divertido que ofrecer.

—Ya, pero también necesitas tu espacio y yo el mío, cuando escribo soy bastante huraño, me gusta encerrarme con mis personajes, tener mi tiempo para pensar.

—Vamos, que no quieres que mi vida social dependa de ti, ¿pero la económica sí?

—No, solo digo que no te agobies. Pero bueno, hagamos una cosa, tú te apuntas a inglés para poder optar a mejores trabajos y mientras déjame que hable con un amigo que trabaja en una editorial que también edita libros en español, a lo mejor puede encontrar algo para ti. ¿Hay trato?

—Hay trato, con una condición.

—A ver, ¿cuál?

—Que esta noche me dejes a mí invitarte a cenar a Shake Shack.

—¡*Habemus* trato!

Todo es tan fácil que me agobio buscando la parte complicada. Por una parte, no paro de reír, todo me parece increíble y ni siquiera es por estar aquí. Es por estar con él. No puedo decir que lo quiera, ¿cómo iba a hacerlo si apenas lo conozco? No soy capaz de poner nombre a lo nuestro ni a lo que siento. Tampoco creo que sea el momento de hacerlo. Solo sé que me pongo nerviosa cada vez que noto su respiración cerca, que algo se me encoge al notar su olor cuando se marcha y que me estremezco con la mirada que pone siempre antes de darme un beso. Por eso, aunque vaya dando saltos como una niña cada vez que visitamos o probamos algo nuevo, una parte de mí se siente impaciente por llegar a casa y tenerlo solo para mí de nuevo.

Porque el sexo también está siendo una experiencia diferente a todo lo vivido. James no me ha querido contar mucho, pero creo que su exmujer se parecía un poco a Carlos, vamos, que no era muy de probar cosas nuevas. En cambio, yo tengo ganas de probarlo todo. Estaba tristemente acostumbrada a que el sexo fuera una sucesión de acontecimientos esperados. Normalmente todo empezaba con un beso, con unas caricias que iban bajando por tu entrepierna, hasta humedecerte, para que al final tú o él os pusierais encima y empezarais a moveros hasta buscar el orgasmo.

Con James es diferente, podemos empezar acariciándonos o directamente encajando el uno en el otro, y acabar devorándonos la piel, para fundirnos en un abrazo. Podemos estar riéndonos haciéndonos cosquillas o gimiendo de placer por un masaje de pies, para pasar de golpe a hacerlo duro, como animales, como si sacáramos la rabia acumulada de toda una vida en cada una de las embestidas. Me siento libre con él, no solo es la sensación de no poder quitarnos las manos de encima, que al fin y al cabo existe en todos los comienzos, y es el motivo por el que la gente se engancha. James es como Nueva York, también con él todo es más. Es como si cada beso tuviera más sabor, como si cada caricia me pusiera la piel mucho más de gallina, como si cada vez que lo siento dentro la sensación fuera mucho más intensa que ninguna otra vez que haya tenido sexo en la vida. Además, no solo es intenso, también es divertido. En una de nuestras tardes de compras, decidimos ir juntos a aventurarnos en el mundo de los juguetes eróticos. Compramos lubricantes, aceites de masaje, esposas de cuero, antifaces, vibradores externos, *dildos* vibradores… Creo que si no fuera por lo elevado de los precios, hubiéramos comprado casi toda la tienda. Y eso que él se lo puede permitir. Nos lo tomamos como un juego, hay cosas que son nuevas para los dos. Nos desnudamos, nos perdemos entre las

sábanas y nos dedicamos solo a sentir, nada de exigir. Yo me retuerzo de placer, pensando cómo es posible que sus gemidos se hayan convertido en mi sonido favorito.

Pero a ratos me entra de nuevo el miedo. Nada puede ser tan bueno. O si lo es, no puede serlo para siempre. Por eso, aunque disfruto de nuevo del tecnicolor, una parte de mí sigue pensado que mi televisión en algún momento volverá a emitir en blanco y negro.

No he vuelto a hablar con Carlos. Los primeros días me llamó él varias veces, pero no quise cogerlo. No sabía qué más decirle. Después me entró el agobio, la mala conciencia y el arrepentimiento, y lo llamé yo. Esta vez fue él quien no me lo cogió. Supongo que tampoco sabría qué decirme, cuando se dio cuenta de que realmente me había ido sin mirar atrás. Es triste que una vida en común de años acabe así, sin nada más que decir.

Las chicas se quedaron bastante en *shock*. Lidia me llamó, convencida de que había conocido a alguien en Roma, hábil como es ella, y conociéndome como me conoce, pero tuve que negárselo, aunque me habría gustado contárselo. Quizás así entendieran más mi decisión o, simplemente, sería un motivo más para juzgarme, para castigarme. Miriam me ha dicho que es la crisis de los 30, que no pasa nada, que vendrá a verme cuando pueda, si es que en unas semanas no estoy de vuelta. Miriam siempre ve fáciles las cosas que los demás nos empeñamos en hacer difíciles. Sara en cambio no me ha contestado. Sé que piensa que la he dejado tirada en un momento importante para ella, que tenía que estar apoyándola con lo de su boda, que soy una egoísta. Pero yo pienso que por eso mismo la egoísta es ella.

La peor parte ha sido la de mi padre. Es la primera vez que siento que lo he decepcionado. Siempre hemos estado unidos pese a nuestras diferencias, pese a que muchas veces ni siquiera sabíamos cómo acercarnos, lo éramos todo el uno para el otro. Ahora, cada vez que lo llamo, siento que algo ha cambiado. Que no es un enfado, que no es algo que se le acabará pasando. No sé muy bien cómo explicarlo, pero cuando lo llamo por Skype y lo tengo delante, creo que le cuesta mirarme, como si al hacerlo viera algún tipo de recuerdo doloroso. No consigo entenderlo, sé que esto le parece una locura, que él estaba más tranquilo pensando que mi vida estaba resuelta con Carlos, pero sé que él siempre me ha querido ver feliz, que sabía que no lo era y pese a todo hay algo que le impide darme el cariño que siempre me ha dado. Me gustaría poder hablar todo bien con él, pero los kilómetros de distancia, por mucho que hayan avanzado las tecnologías, no hacen que se pueda llegar a buenos

entendimientos. No puedo acariciar una pantalla como lo haría con su mejilla, ni puedo transmitirle sin palabras lo que siento por dentro. Supongo que hay cosas que tendrán que esperar. Hay decisiones que tienes que tomar para no decepcionarte a ti misma, aunque eso suponga decepcionar a los demás.

Es el primer día que paso sola en Nueva York. Mi señor Harper ha ido a reunirse con su editor, después tiene una comida de negocios y por la tarde irá a hacer una lectura a una librería de uno de los capítulos de su libro. Me siento inquieta en la casa. No dejo de pensar que esto han sido unas vacaciones, para los dos, y que ahora toca volver a la realidad. Claro, que él tiene una realidad a la que volver y yo me siento bastante desubicada.

Paseo por su casa, no hemos pasado mucho tiempo aquí, porque hemos estado haciendo mucho turismo, y una parte de mí siente la imperiosa necesidad de cotillear. Paso la mano por uno de los pocos marcos de fotos que tiene en casa, sale con su familia cuando era pequeño. Está con sus padres en una playa, parece un niño feliz. No se parece mucho a sus padres, que tienen un físico más típico americano, rubios, robustos. Puedo adivinar que siempre se ha sentido diferente. Entro en su habitación, pongo la mano en uno de los cajones y abro un poco para cotillear. Solo hay calzoncillos y calcetines. ¿Qué esperaba? Voy al siguiente cajón y entonces me quedo parada. ¿Qué estoy haciendo? James me ha abierto las puertas de su casa y yo estoy aquí, aprovechando para invadir su intimidad. Está mal, muy mal. Pero no aparto la mano del cajón. Necesito conocer más de él, y sé que investigando su habitación podría obtener algunas respuestas. O quizás no. Quizás sea mejor así, ir descubriendo a James poco a poco, dejando que sea él el que se muestre y no investigando sus cosas a hurtadillas. Quiero hacer las cosas bien. Suspiro y salgo de su cuarto, solo hay un sitio en el que pueda olvidar la tentación de cotillear: mi habitación.

Ha puesto una de las máquinas de escribir del salón en mi cuarto, hemos comprado una lámina de Klimt y ha puesto una lámpara árabe en una esquina. Dice que está bien llenar este cuarto de cosas que me ayuden a imaginar. Abro mi portátil, menos mal que me lo llevé en la maleta de Roma. Espero a que se cargue y abro directamente el Word para no distraerme con internet. Empiezo a mover los dedos por el teclado, pero me siento ansiosa en seguida. Voy a la cocina, y me sirvo una copa de vino blanco, pongo música en el ordenador, algo suave y me vuelvo a poner delante.

Mi libro resultó ser una novela romántica, aunque inicialmente esa no era la idea. La idea inicial era escribir sobre de una mujer periodista en los años 60, que pretendía ser una oda al periodismo de investigación, a la revolución femenina y a los medios de comunicación. Sin embargo, acabó tomando vida propia y se convirtió en una historia de amor y sexo con un sospechoso de asesinato, que al final no mataba a la protagonista literalmente, pero le rompía el corazón igualmente. Dicen que son cosas que pasan, que tú intentas escribir algo y al final la historia decide escribirse por sí misma. Quizás el problema es que el sospechoso, por alguna razón, acabó pareciéndose a Jorge, y al final ese personaje tomó más protagonismo en la historia del que yo pretendía, como hizo Jorge en mi vida. Pero fue un ejercicio bastante catártico, pensé que me ayudaba a decir adiós a una etapa de mi vida, a la de los amores locos y a la del periodismo como pasión principal de mi vida. Debe ser que tampoco tanto.

Empiezo a escribir cosas sin sentido, lo que sea, dejar que fluya como se suele decir. Aunque fluye más bien poco, no hago más que escribir y borrar, escribir y volver a borrar. No pasa nada, estoy desentrenada, escribir no es algo que surja así, es un ejercicio que exige disciplina y dedicación. «Cuando llegue la inspiración, que me pille trabajando», como decía Picasso. Sin embargo, hoy no me siento ni inspirada, ni disciplinada. Claudico y me meto en Facebook. Hay una foto de las chicas tomando unos vinos, Lidia, Sara y Miriam, las tres solas, sin mí. Es normal, pero me joroba un poco. Carlos no ha subido nada, solo una noticia sobre política. Al menos no me ha eliminado. No sé qué me esperaba, ¿que estuviera poniendo frases lapidarias sobre lo mucho que me echa de menos? No, eso no sería sano para ninguno de los dos. Suspiro. Abro el correo, James me ha ayudado con las gestiones del trabajo, y ya parece todo resuelto, simplemente me han descontado los quince días que debería haberles dado del sueldo de este mes, ideal para mi cuenta bancaria. Pruebo a mandar un *mail* a mi padre, cada día me siento peor cuando hablamos por teléfono y pienso que si le escribo en vez de llamarlo, quizás no podré distinguir la decepción en su voz. Me tomo un sorbo de la copa de vino mientras miro por la ventana. Siendo sinceros, hace un día fantástico para estar encerrada. Cierro el ordenador, dejo la copa de vino en la cocina y cojo una chaqueta y la guía de turismo que James me ha dejado por si acaso salía yo sola, pensando que quizás paseando encuentre la inspiración. Pero Nueva York es una ciudad llena de estímulos, hay tanto que ver fuera que es difícil centrarse en ver qué hay dentro de una misma.

Tras pasear por Central Park decido que no puedo seguir gastándome el dinero en andar siempre de un lado para otro, pero que James tiene razón, si quiero optar a un trabajo, necesito reforzar el inglés, por lo que vuelvo a nuestro barrio para tomarme un café y conectarme al wifi, en busca y captura de la academia más cercana.

—Hola, ¿qué quieres tomar? —Mi mente tarda un rato en reaccionar y entender que alguien me ha hablado en español. Me quedo mirando al camarero. Es americano, o tiene pinta de ser muy americano por lo menos.

—¿Cómo sabes que soy española?

—Castaña, ojos marrones, aspecto de perdida y, sobre todo, que la guía que tienes encima de la mesa tiene una banderita española.

—¿Tú eres español? No lo pareces…

—No, tuve un novio español durante unos años, que me enseñó que los españoles tenéis un idioma muy *sexy*, pero un carácter terrible.

—Puede ser…

—¿Café con leche? Los españoles siempre pedís eso, ¿no?

—Sí, pero los americanos no soléis prepararlos demasiado bien.

—Eso es porque todavía no has probado el mío, *honey*.

El camarero se da la vuelta y yo sonrío divertida. La verdad es que la gente aquí, por lo general, es bastante atenta y amable, pero no siempre resultan divertidos. Sigo mirando academias aunque no termino de encontrar lo que estoy buscando y me desespero rápido. Soy una persona muy ansiosa, lo que quiero, lo quiero ya.

—Prueba. —El camarero vuelve con mi café y lo deja en mi mesa expectante. No soy lo que se dice una adicta al café, lo tomaba en el trabajo sobre todo por necesidad, así que nunca pensé que sería algo que echase de menos, pero el café americano es un aguachirri horrible, así que me resulta difícil que este no vaya a decepcionarme. Sin embargo, cuando lo pruebo, me sabe a un café de verdad, con su leche de verdad y no con una cápsula de esas que se parecen a las del *kétchup* del McDonald's—. ¡Madre mía! ¡Es la primera vez que pruebo un café que no me dé ganas de vomitar!

—*I tell you*. El café de Brian es difícil de olvidar —dice, mostrando una enorme sonrisa de satisfacción.

—Muchas gracias, Brian, creo que vendré por aquí más a menudo.

—Los clientes siempre son bienvenidos en nuestro bar. —Me quedo mirándolo con cara de tonta, desde luego sabe cómo dar buenos «zascas».

—Ya, pero no todos los clientes tienen un idioma tan bonito como

yo.

—No te creas, vienen muchos hispanoparlantes, por eso me contrataron, además de por mi arte con el café.

—¿En serio? —Entonces me viene a la mente una idea que debería haber sido obvia—. Oye, Brian, ¿tú no conocerás una academia de inglés que pille cerca?

—*Of course darling*. Y si dices que vas de mi parte, hasta te harán descuento, tengo a la profesora enganchada a mis meriendas. —Brian se agacha a mi lado y apunta un nombre y unas señas en una servilleta—. Además, después de las clases, se reúnen aquí para seguir practicando conversación.

—¡Eso suena genial! La verdad es que no solo necesito mejorar mi inglés, también necesito conocer gente.

—Adivino, ¿en New York por amor?

—Algo así, sí. —Ni siquiera sé si estoy aquí por amor, por cobarde o por loca—. Por cierto, me llamo Paula.

—*Nice to meet you*, Paula, espero verte por aquí entonces.

—Seguro que sí.

Brian se marcha con una sonrisa y yo me quedo tomando mi café, con la sensación de que las mejores cosas son las que llegan a tu vida de la forma más inesperada.

8
Hogar

Su boca se pierde por mi cuello y siento un escalofrío al sentir la humedad de su lengua. Cierro los ojos en un acto mecánico para dejar que fluyan el resto de mis sentidos. Puedo sentir el tacto de las yemas de sus dedos subiendo por mis caderas, mientras que el calor de su aliento desciende entre mis pechos. Dejo que mis dedos se pierdan entre su pelo, para después acariciar su cuello, su espalda ancha. Escucho su respiración alterada cuando besa mi ingle de forma delicada y mi cuerpo se tambalea ante la explosión que supone sentir sus labios besando mi vulva. Enloquezco ante las sacudidas de mi cuerpo, pero todavía no llego al orgasmo. James y yo ya no seguimos una partitura, el sexo se ha convertido en una improvisación y nunca sabemos qué ritmo llevará nuestra particular melodía.

James se tumba en la cama y yo agarro su pene para empezar a cabalgarlo. Me deja que me mueva a placer, a veces lee en mi mirada que necesito usarlo y me deja hacerlo. Yo también le dejo usar mi cuerpo para su placer otras veces a él. Es el placer de usar y ser usado. Necesito tener un orgasmo, necesito desgarrarme en mil pedazos. James sube un poco su cintura y yo pongo mis manos sobre sus hombros para poder moverme mejor. Comienzo a rebozar mi clítoris en su pubis, mientras su pene encaja en mi vagina. No es un mete saca, no es una penetración dura y mecánica, es más bien parte de un baile que he aprendido a danzar en esta nueva etapa de mi vida. Puedo sentir su pene golpeando en mi vagina, y la contraigo para sentirlo un poco más. Imagino en mi mente que James entra más y más en mí, siento que no solo atraviesa mi cuerpo, sino que atraviesa partes de mí a las que nunca nadie había llegado. Lo miro a los ojos mientras comienzo a moverme a un ritmo frenético, pero con movimientos medidos. Siento tantas cosas que me sobrepasan, no puedo dejar de perderme en sus ojos oscuros y la sensación aumenta, hasta que por fin algo se resquebraja en mi vagina, que se contrae y explota, haciendo que todo mi ser se expanda y que me sienta más llena de energía que nunca. No sé cuánto he gritado, pero ahora estoy temblando, he sacado tanto de mí que me siento más desnuda que nunca. James me abraza, me abraza fuerte y me besa suave, pero no sigue moviéndose para buscar su placer, solo se queda así, con su

cuerpo aun dentro del mío, arrullándome hasta que vuelvo a mi ser.

Giro la cabeza para observarlo. Hoy no ha tenido su orgasmo, pero parece sentirse satisfecho con el mío, porque sonríe.

—Se supone que el postre íbamos a tomarlo después de la cena. —Sonrío acariciándole la boca con las yemas de mis dedos.

—No dejes nunca para el postre lo que debería ser el plato principal —responde, mordiéndome un dedo y ampliando su sonrisa —. Pero sí, deberíamos vestirnos o llegaremos tarde.

—Aún no me has dicho dónde vamos.

—Es una sorpresa. Pero hoy sí que sí, invito yo.

Llevo unos días un poco decaída, prácticamente desde que James volvió a sus rutinas. Es normal, supongo. Tras la euforia inicial de llegar a Nueva York, de embriagarme de lo que sea que esté viviendo con James y de haber sentido que me quitaba el peso de toda una vida de encima, llega la realidad. James sabe que este fin de semana necesito un poco de atención, aunque no se la haya pedido y ha planeado una noche especial, o eso dice. Por si acaso, hemos empezado a hacerla especial desde el principio.

Paseo cogida de su brazo por las amplias avenidas, observando ese humo tan característico que sale de las alcantarillas, que no es sino el vapor de agua del sistema de calefacción, que resulta no solo eficaz, sino curioso. James me va hablando en inglés para ver si se notan mis avances en la academia y practicando con los amigos que me presentó Brian estos días. Dice que también puedo practicar el idioma con él, pero ahora mismo lo que necesito es sentir que él es lo más parecido a casa que tengo, no un extranjero.

Cuando llegamos a la entrada, con forma de un enorme piano, empiezo a dar palmas: Es el Blue Note, un conocido club de *jazz* de la ciudad. Nos acomodan en una de las largas mesas y nos sirven los consabidos vasos de agua con hielo que siempre te ofrecen en cualquier bar de EE.UU., mientras el local se va llenando.

—¡Me encanta! Siempre he querido ir a un auténtico club de *jazz*. En Madrid hay algunos, no te creas, pero no es lo mismo.

—No tienes que comparar todo con Madrid, no es una competición. Pero de tanto hablar de Madrid que sepas que me han entrado ganas de hacer algún viaje algún día.

—¿Quieres que te regale un viaje a Madrid para compensar la noche de *jazz*?

—En realidad, es un regalo para los dos. Amo el *jazz*.

—Dirás que te encanta.

—No, lo amo, de verdad, lo amo más que a muchas personas.

—No se puede amar las cosas.

—¿No amas tú el periodismo? Pues yo amo el *jazz*.

—Pero no puedes hacer el amor al *jazz*.

—Cuando escuches el concierto de hoy, no dirás lo mismo. —Una camarera viene a tomarnos nota y nos quedamos mirando el menú, pero cuando la mujer se va, yo sigo dando vueltas a la cabeza.

—Creo que la palabra amor se utiliza muy mal. Quiero decir, que una cosa es el amor físico que sientes por alguien y otra es una afición o una pasión personal en la vida.

—¿Y pasión si es aplicable?

—No lo sé, puede…

—Yo siento pasión por ti… —James se acerca juguetón, pese a que hay otras personas sentadas muy cerca. Sonrío, no es que sea una declaración, pero es la primera vez que dice sentir algo por mí, aunque no sé si pasión es la palabra que quería oír.

—Pero no soy lo único que te apasiona… —No sé por qué lo he dicho, pero a veces las palabras salen sin pasar el filtro de mi cabeza.

—Bueno, me apasiona la literatura, la música, el cine…

—Y el sexo…

—Sí, eso también me apasiona, desde luego. —La mano de James se posa en mi pierna y sube ligeramente.

—¿Y las mujeres?

—Mmm… Sí, podría decirse que me apasionan más que los hombres.

—Así que… No soy la única mujer que te apasiona.

—Paula… No lo estropees.

—¿El qué? —Su mano se para de golpe, vuelve a la mesa y yo bebo un sorbo de la pajita de mi vaso de agua.

—Lo estamos pasando bien, así, tal y como están las cosas.

—¿Y cómo están las cosas? —La pregunta, la pregunta del millón. Me ha acogido en su casa, me ha metido en su cama, pero pese a todo ello cada vez que me duermo, cierro los ojos preguntándome qué significa todo esto para él.

—¿Hace falta ponerle un nombre? Ya te dije que había salido de un divorcio, que me apetece probar cosas, que no quiero sentirme atado, pero que había algo entre nosotros y que por qué no dejarnos llevar y ver qué pasaba. Ya está, dejémonos llevar.

—Tienes razón, no sé. Yo tampoco lo estoy teniendo fácil. Han sido muchas cosas y es normal que me sienta un poco perdida e insegura, ¿no?

—Sí, claro que sí… —James se queda pensativo, como meditando la siguiente frase—. El caso es que te había traído aquí para contarte una cosa.

—¿Qué cosa? —De pronto, siento mucho frío.

—Es una buena noticia y quería celebrarla contigo. —Sonríe, y su sonrisa, una vez más, me calienta el alma. Sobre todo cuando me coge de nuevo, esta vez de la mano y me mira fijamente con sus ojos profundos—. Me ha llamado mi agente esta mañana. Parece que están interesados en rodar la película del primero de mis libros, aunque en mente está hacer la trilogía entera, si todo fuera bien, claro.

—¿En serio? ¡Es genial! ¡Enhorabuena, señor Harper! Va a ser usted toda una estrella.

—Bueno, no te creas, he de confesarte que el mundo Hollywood me asusta un poco. Tengo que ir a Los Ángeles la semana que viene para hablar con la productora y no sé qué voy a encontrarme. Seguro que empiezan a cambiar el sentido del libro, que buscan una protagonista que destaque más por el físico que por su carácter, que empiezan a cambiar cosas que no me gustaría que cambiasen…

—Mientras el que no cambies seas tú, que eres tu mejor obra, todo irá bien señor escritor. —James vuelve a sonreír y aprieta mi mano.

—Gracias, gracias por existir en este momento de mi vida.

Los focos azules del escenario dejan ver por fin los instrumentos dorados que se mueren por ser acariciados, así que no me da tiempo a contestar nada más. Aunque no hace falta, creo que solo con mi forma de mirarlo ya le he dicho todo lo que le podía decir.

El concierto es increíble. La luz tenue, la música envolviendo la sala. No es lo mismo escuchar *jazz* escribiendo en tu habitación, que en un club en el que las notas te rozan de verdad. James no me suelta de la mano casi en todo el concierto y yo absorbo cada momento, como si quisiera grabarlo en la memoria. La música, las imágenes, la emoción. Cuando acaba, aunque ya hemos tomado un par de copas, mi señor Harper no quiere que la noche termine y me propone salir los dos juntos a bailar. Hoy es un día para celebrar, así que no me puedo negar. Cogemos un taxi amarillo, que conseguimos parar tras un rato esperando y James da una dirección al taxista, mientras en la parte de atrás nos comemos a besos. Empiezo a notar el efecto de las copas y una parte de mí desearía hacerlo ahora mismo, como en las películas, mientras el taxista nos mira por el retrovisor. No puedo evitar ponerme juguetona y perder la mano en su entrepierna, para encontrar lo que estaba deseando, una más que eminente erección.

—No… —James, que también lleva unas copas de más, me quita la mano—. Todavía no…

—Pero te deseo… —le susurro a la oreja, a la vez que le doy un leve mordisco en el lóbulo.

—Y yo te anhelo…

Llegamos a nuestro destino, un club latino. Creo que James se piensa que por ser española debo de tener ritmo, cosa que desde luego no tengo. Soy un pato en la pista, nunca he sido capaz de memorizar pasos y siempre me he muerto de la vergüenza cuando alguien me ha sacado a bailar. Pero estoy un poco achispada y hoy he prometido dejarme llevar. Para mi sorpresa, el que sabe bailar salsa es el señor Harper. No espera a pedir unas copas, según entramos, me agarra, me saca a la pista y deja que nuestros cuerpos hagan el resto. Mi imaginación, que desde que estoy en Nueva York compara todo con alguna película, me lleva a alguna que otra escena de *Dirty Dancing*. Desde luego, yo no tengo ese ritmo, pero me olvido de pasos o de que nos estén mirando y simplemente dejo que mi cuerpo se contoneé como le dé la real gana. Me parto de risa haciendo tonterías con James, hacemos simplemente lo que se nos ocurre y me muero de ganas de arrancarle la ropa cada vez que empezamos a rebozarnos sin reparo ninguno. Es todo muy caliente, pero a la vez alocado. No necesito más copas, me siento tan llena de vida, de energía, que estoy borracha de pura felicidad. Hacía mucho, mucho tiempo que no me corría una buena fiesta, y esa noche las horas del reloj se pasan entre bailes, risas, empotramientos contra la pared para meternos mano y descargar parte de la tensión sexual, de besos lentos, de electricidad.

Cuando abro los ojos por la mañana tengo una buena señora resaca. Dejé de beber a tiempo, es verdad, pero los treinta no son los veinte y las facturas se cobran a doble o nada. James está dormido. No parece un ángel precisamente, despeinado, en una postura del todo antinatural y roncando un poco más de lo normal, pero aun así, me parece *sexy*. Lo que nos resulta atractivo no tiene por qué ser siempre lo establecido.

Dejo que siga durmiendo su propia borrachera y me levanto a buscar un vaso de leche y un ibuprofeno. Me duele todo el cuerpo. Bailar y tener sexo desenfrenado es genial, pero la falta de práctica hace que las agujetas sean una consecuencia fatal. Desayuno algo y siento que el estómago se me asienta un poco. Para no hacer ruido, me meto en mi habitación y aprovecho el momento a solas para mirar el correo electrónico. Mi padre no me ha contestado al mensaje que le mandé anoche, ni al de la noche anterior. Pero tengo un *mail* de Miriam. Dice que tiene unos días de vacaciones y que quizás podría venir a visitarme si me parece bien. La resaca me deja pensar

un poco y recuerdo que James tiene que irse a Los Ángeles. Lo que es una noticia genial para él, para mí significa quedarme sola en casa y aunque quizás me vendría bien tiempo conmigo misma para recolocarme y reflexionar, e incluso para centrarme en qué quiero escribir, no me apetece nada. Prefiero estar ocupada, para no pensar, y tener un cachito de Madrid en Nueva York ahora mismo me suena fenomenal.

Oigo un ruido por detrás y me sobresalto. Pero es mi escritor favorito, con legañas, el pelo revuelto, sin camiseta y con un café en la mano.

—Sí que te levantas trabajadora.

—Miraba el *mail*. Una de mis amigas me ha dicho que tiene días libres y que podría venirse a Nueva York.

—Ah, pues podría venir a hacerte compañía la semana que viene.

—¿Te parece bien?

—Paula… ¡No tienes que pedirme permiso para que venga una amiga a verte!

—Bueno, para eso no, pero pensaba decirle que se quedase aquí en casa. Alojarse en Nueva York es una pasta y como tú no vas a estar.

—Sí, claro, para eso dejamos este sofá cama en tu habitación. —Me gusta que James piense en esta habitación como algo mío, aunque yo siga pensando que estoy aquí de prestado. Bebe su café mientras mira el cuadro de Klimt, y de pronto cae en algo—. Lo único que… Verás. Mi agente me ha dicho que esto de la película va a ser muy mediático y esas cosas, ya sabes, y que ahora mismo es importante no llamar la atención de la prensa por otra cosa que no sea el libro. Así que, bueno, como yo no voy a estar, sería mejor no hablarle de mí, ya sabes…

—Pero ¿por qué? A ver, no sé, no les he dicho a ninguna nada de ti, principalmente por Carlos, pero…

—Ya, son tonterías, pero tampoco pasa nada, ¿no? —James me da un beso en la frente y vuelve a la cocina a rebuscar algo en el armario de los dulces, mientras mi dolor de cabeza va en aumento.

Miriam va a quedarse solo una semana, pero cuando la veo aparecer por la puerta del aeropuerto veo que trae dos maletas enormes, como si fuera a quedarse un mes. Yo voy vestida con unos vaqueros que se me han roto por la entrepierna, un jersey ancho, una coleta y unas playeras, que siempre resultan más cómodas cuando hay que ir de un lado a otro. Miriam lleva unas botas con un tacón

alto, una falda de cuero y una camisa que le hace un tipo estupendo. Me pregunto si ha pensado que ese era el modelo más cómodo para hacer un viaje tan largo, pero cuando se acerca y me pega un abrazo enorme se me olvidan todas las tonterías. Huele a casa.

En cuanto nos montamos en el taxi, Miriam me explica que una de las maletas va medio vacía para llenarla de todo lo que se piensa comprar. Ya no me da tiempo a decir nada más, porque desde ese momento no para de hablar. Ni siquiera me pregunta qué tal, es como si se hubiera pasado todo el viaje en avión pensando todas las cosas que tenía que contarme y siento que si la interrumpo la haré perder el hilo, así que la escucho atenta.

—Pues eso, que Lidia dice que esta chica que ha conocido es maja, yo no sé, creo que sigue enamorada todavía de Cristina y que lo está haciendo por resquemor, para que su ex se entere de que está con otra, a ver si así. A ver, que yo no la culpo, que lo de usar los celos lo hemos hecho todas, pero te quiero decir, que si la muchacha está con un tío no creo que le entren los celos por otra chica, pero bueno, que mientras Lidia se lo esté pasando bien, pues bien para todas, porque eso es lo esencial.

—¿Y Sara? —Al fin y al cabo, Sara es la única que no ha contestado a mis mensajes.

—Bueno, Sara con todos los preparativos de la boda, no habla de otra cosa, que es lo suyo también, porque claro, te casas una vez en la vida. Bueno, ella que es más tradicional, yo seguro que de casarme lo haré tres o cuatro veces, porque es lo que hay, el amor ya no es para siempre y la vida es muy larga.

—Entonces está bien, ¿contenta y eso?

—Sí, el otro día fuimos a mirar vestidos las tres juntas. La verdad Pau, fue muy emotivo. Sara no lo va a reconocer, pero te echamos de menos, era raro no tenerte allí, pero a ver, eso también es así. —Se queda un segundo callada, pero no tanto como para que las palabras me hagan suficiente daño—. Y bueno, ya le preguntamos lo de los niños. No nos quiso decir nada, pero esta en cuanto se case… Ya sabes. Y ya no podrá quedar nunca. Todo cambia, así que no te agobies. Sara te echa en cara haberte ido, pero te voy a ser sincera, esta en cuanto tenga bebés ya no la vemos el pelo y eso lo verá tan normal, así que aquí cada una a lo suyo, que la vida es una, y si tú tenías que irte a Nueva York y mandar todo a tomar por culo, ¡pues a tomar por culo!

—A ver, tampoco ha sido así… Es que no estaba bien, Miri. No era yo hace mucho tiempo.

—Si ya lo sé nena, que hay cosas que no se dicen pero se saben. Y

todas sabíamos que lo de Carlos… Pues que no. Que eso al final no. Y oye, a ti lo que te gusta es el periodismo, y ahora todo el mundo se va de España a buscarse la vida, pues para ser periodista de verdad, ¡qué mejor sitio que Nueva York!

—En realidad, todavía no he encontrado trabajo, estoy en ello. Voy a empezar a hacer unas colaboraciones con una editorial, pero estoy echando currículums por medios latinos, mientras voy a clases de inglés.

—¿Y entonces? ¿Cómo te estás pagando el alquiler nena? Porque aquí la ropa y los potingues estarán muy baratos, pero los alquileres son tan altos como los rascacielos, que lo sé yo que veo mucho *Madrileños por el Mundo*. Porque me dijiste que me podía quedar en tu casa, así que deduzco que tienes casa y al taxista le hemos dicho que vaya a Manhattan, así que no la tienes por ahí perdida.

—Me estoy quedando en casa de un amigo. Ahora no está, ha tenido que irse de viaje por trabajo, pero me dijo que no había problema en que te quedases en casa unos días.

—Un amigo… Ya… Si ya lo dijo Lidia, que tú siempre has sido de perder la cabeza por los tíos. ¡Ay el amigo que te está dando lo tuyo!

—¡Miriam por favor! No es del todo así, joder, lo que pasa que por teléfono no se pueden explicar las cosas igual.

—Ya, por teléfono no nos querías decir que Carlos no te daba lo que te tenía que dar y que te has venido a buscarlo a la tierra de las oportunidades. Si haces bien, Pau, haces bien. Pero cuéntame, ¿y quién es él?

—Pues… —Me veo en la encrucijada que me esperaba. James me ha advertido que no diga su nombre, aunque dudo que Miriam lo conociera, porque ella no es muy de leer. Quizás cuando salga en las revistas por lo de la película. Al final, opto por el camino del medio, y le cuento una verdad a medias—. Te voy a contar la verdad Lidia. Lo conocí en Roma, él también escribe y fue a la fiesta.

—¡Serás bicho! Así que ya te lo trajinaste en Roma.

Me quedo pensativa. Esta es la siguiente prueba. Aunque estas semanas han sido en esencia placer y diversión, una parte de mí se siente encogida y culpable por cómo hice las cosas con Carlos. Sobre todo por Roma. Porque hice algo que muchas veces he pensado que no tiene perdón. Pero, otra parte de mí, quizás la que intenta exculparse a sí misma, me dice que no fui una cínica ni una falsa y después de lo ocurrido seguí la relación como si nada. Es cierto, no le conté a Carlos toda la verdad, pero tampoco le mentí y lo dejé a tiempo. Claro, quizás eso me valga a mí de consuelo, pero a ojos de los demás le puse los cuernos a mi novio cuando estábamos haciendo

planes de boda y después me largué con mi amante. ¿Es esa la versión que quiero que Miriam cuente cuando, para variar, se vaya de la lengua? A la única persona que le debo una explicación es a Carlos, a los demás no les debo ningún detalle íntimo de mi vida que no quiera dar.

—No, en realidad le conté mi mala situación laboral y me convenció de que venir a Nueva York podría ser una buena oportunidad. Se ofreció a dejarme una de las habitaciones libres de su apartamento a un módico precio hasta que encontrase algo y bueno, no lo sé, parece una locura pero supongo que necesitaba una vía de escape y acepté.

—Ya, pero me da la sensación de que ahora sois más que compañeros de apartamento, ¿me equivoco?

—Ya sabes, una cosa llevó a la otra y…

—Y ya no es solo un amigo…

—No sé qué es, solo sé que lo pasamos bien juntos hoy y ya se verá mañana. —Es la mayor verdad de todo lo que le he dicho.

—Pues mira Pau, haces bien. Si es que nos pasa a todas, que nos agobiamos tanto pensando en lo que debería ser que no disfrutamos lo que ya es.

—¿Sabes, Miri? A ti también se te nota el haber cumplido los treinta.

Ambas nos echamos a reír y dejamos la conversación profunda para comentar todo lo que se ve desde la ventanilla del taxi. Tener una amiga cerca siempre es bueno.

Miriam no quiere que la lleve a ver museos, ni tiendas de juguetes. Tampoco quiere hacer de guiri en la Estatua de la Libertad poniéndose una corona de poliespán, lo que quiere es sentirse como una de las protagonistas de *Sexo en Nueva York* y eso significa buscar algún club de moda para tomarnos un Cosmopolitan y lo que surja.

La verdad es que, al final, tengo que agradecer su maleta. Yo prácticamente me vine con lo puesto y aunque me he comprado cuatro cosas, no hay mucho para elegir en mi armario. Miriam tiene el modelo ideal para ambas. Nos pasamos la tarde cotilleando sobre toda la gente de Madrid, como si en vez de llevar unas semanas fuera, llevase meses, mientras nos planchamos el pelo, nos prestamos maquillajes y nos probamos modelos.

La noche neoyorquina tiene una mezcla entre lo estridente y lo glamuroso. Gente de todo tipo, gente muy elegante, gente muy pasada y sobre todo gente que parece sacada de un anuncio de perfumes. Como si un tercio de la población se dedicase a vivir de su cuerpo, otro tercio de las finanzas y otro tercio a cosas turbias. Me

siento un poco fuera de lugar, pero Miriam consigue que nos animemos en seguida cotilleando a todo el mundo. Conseguimos encontrar un bar más de nuestro estilo en el que parece haber muy buen rollo. No somos las más jóvenes, pero tampoco las más mayores, es un bar para nosotras, las nuevas treintañeras. La gente es bastante desinhibida, baila, ríe, brinda y sobre todo liga.

Miriam no tarda en encontrarnos compañía. Lo que yo pensaba que iba a ser una noche de risas y bailes de chicas, se convierte en seguida en una noche en busca de un hombre de Wall Street para ella. Además es que no se corta un pelo, y eso que su inglés es nivel medio. Es decir, como el de la mitad de los españoles, nivel instituto y bastante mal pronunciado. Un *yes* por aquí, un *ok* por allá, y el resto lo suple con las copas de más. Lo peor es que mientras ella tontea, yo tengo que aguantar a los amigos de cada uno de los susodichos. Al final, no puedo más y voy a la barra a tomarme algo sola. Me están matando los tacones que me ha prestado, me pica el vestido de lentejuelas, tengo el pelo y el maquillaje hecho una pena y me pitan los oídos de la música alta. Me pido un refresco, algo con azúcar que me quite un poco la sed y me despeje la mente. Sí, definitivamente me he hecho mayor. El problema no es la gente, el bar, los tíos o Miriam, el problema es que la que ya no es como era antes, soy yo. De pronto, echo mucho de menos a James. Le mando un mensaje, pero con la diferencia horaria que hay de costa a costa seguro que no lo pillo. Quería estar con Miriam porque con ella me sentía en casa, porque Miriam es una de esas personas de toda la vida. Pero por algún motivo me siento desligada a ella. Por alguna razón, en este momento me siento más atada a una persona a la que conozco de semanas, que a las amistades de siempre. Pero ¿y él? ¿Qué estará haciendo en Los Ángeles?

—¡Nena! ¿Qué haces ahí? ¡Esto es genial! ¡No sé cómo no estás todas las noches dándolo todo!

—Ya, bueno…

—Uhh, a ver, que viene la muermo, ¿qué te pasa?

—Te parecerá una tontería, pero lo echo de menos…

—¿A tu amigo que no es solo amigo?

—Sí, a ese, sí.

—Pero Pau, amor, te has quitado a Carlos de encima después de años, a este tío apenas lo conoces de nada, ¿de verdad te vas a poner en plan gilipollitas enamorada?

—No estoy enamorada. No es eso. Es solo que… ya sabes, yo no soy muy de fiesta.

—¿Y él?

—¿Él? —Joder, ni siquiera sé eso, aunque por lo que vi la noche del bar latino, deduzco que sí—. Sí, supongo que sí.

—¿Y dónde se supone que está ahora?

—En un viaje de trabajo, en Los Ángeles.

—En Los Ángeles. ¿Y tú te crees que no se está poniendo las botas en la ciudad del desenfreno? A ver, que no es Las Vegas, pero casi casi. De verdad, no pareces la mujer independiente que ha mandado todo a la mierda para irse a Nueva York para no renunciar a lo que quiere. Más bien, pareces un perrito triste que espera a que su dueño vuelva para mover el rabo. No seas tonta y aprovecha lo que te ofrece el mercado. ¡Venga vamos!

Miriam me coge de la mano y me vuelve a arrastrar a la pista de baile, para empezar a contonearse a mi lado como si fuéramos las mismas que cuando teníamos dieciocho años y arrasábamos en los garitos de Alonso Martínez. Pero, en mi cabeza, no solo resuena la música alta, sino sus últimas palabras. James y yo no estamos oficialmente juntos, ni siquiera me deja decir su nombre a mis amigas y está en Los Ángeles, conociendo a un montón de gente guapa e interesante, seguramente acudiendo a fiestas para conocer el ambiente Hollywood y esas cosas. Pues claro, claro que se está tirando a otras. ¿Por qué no iba a hacerlo? Miriam tiene razón, tengo que dejar de hacerme la gilipollas enamorada. Él se divorció y aprovechó para disfrutar el momento, lo mío con Carlos no ha llegado al divorcio pero por poco, yo también me merezco un poco de desenfreno.

Pierdo la cuenta de las copas, de los bailes, de las veces que voy al baño. Hasta que me centro en él. Uno de los amigos del tío con el que Miriam se está enrollando en el bar. No recuerdo haberme puesto a hablar con él, ni siquiera qué es lo que me ha contado para haber seguido la conversación. Solo tengo la imagen difusa de sus ojos verdes, su pelo repeinado, su cuerpo de gimnasio marcándose bajo su camisa clara, su sonrisa de modelo de revista. Es un tío guapo, está bueno y hace siglos que no ligo con un tío que merezca la pena en un bar. Me dejo la neurona de pensar en el fondo del último Cosmopolitan, y me empiezo a pegar a él mientras bailo. Pero no se lanza, así que me encargo yo sola de eliminar la poca distancia y comienzo a comerle la boca. Sabe a *whisky* y no termina de gustarme. Pero insisto, total, yo tampoco debo de saber a fresas. El tío, que se llamaba algo como Mike, Miles o algo parecido, en seguida me agarra del culo y comienza a besarme con más ganas. Pero el alcohol me hace sentirme más mareada que excitada, así que me disculpo para ir al baño a refrescarme.

Miriam viene detrás de mí, solo para decirme que su nuevo amigo la ha invitado a tomarse la última en su apartamento, que es justo aquí al lado, pero que le da palo ir sola, que nunca se sabe, que si creo que es buena idea subir los cuatro. No me da tiempo a meditar la respuesta, cuando quiero darme cuenta, estamos los cuatro en un apartamento muy pequeño, pero muy de diseño, en una planta muy alta en alguna parte de Manhattan.

Mi amiga no es nada discreta ni disimulada para estas cosas. No espera a tomarse la copa, pasan directamente al dormitorio y por si Miles, Mikes y yo nos sentimos incómodos en el sofá, se asegura además de deleitarnos con sus gemidos como banda sonora. No sé si quiero estar aquí, realmente no sé si me apetece enrollarme con este tío, porque solo puedo pensar en James. Y entonces pienso si James se estará enrollando con otra. Esta vez es él quien toma la iniciativa y empieza a comerme la boca en el sofá de cuero, que es resbaladizo y pegajoso a la vez, como mi nuevo amigo. Yo ya he hecho esto antes, lo de enrollarme con tíos de una noche, y si no era siempre del todo placentero, al menos sí era excitante. Pero ahora mismo voy con el modo automático. Toco donde sé que tengo que tocar y tengo la sensación de que él hace lo mismo, no hay margen a improvisar. Ambos nos manejamos como si fuéramos dos Smartphone, deslizando el dedo con poca gracia y apretando un poco más si vemos que no funciona, como algo totalmente mecánico.

No tiene nada que ver con la noche en el hotel con James y es absurdo, porque realmente también éramos solo dos desconocidos que íbamos pasados de bebida, pero había algo más. Algo que en este sofá tengo claro que no voy a encontrar. Me siento frustrada y asqueada y con la necesidad imperiosa de marcharme. ¿Pasa algo si dejo a Miriam sola y me cojo un taxi a casa?

En medio de mi magreo casi adolescente, Miriam hace aparición en escena, toda despeinada y con el vestido aún medio subido.

—Pau, vámonos, no estoy yo para niñatos que se creen que hace falta pastillitas para echar un buen polvo.

Intento entender qué es lo que ha podido pasar dentro de ese dormitorio, pero Miriam no da ni tiempo, ni más explicaciones. Casi como he llegado, sin que nadie me haya preguntado, me recoloco, cojo mis cosas y salgo con mi amiga por la puerta en busca de un taxi amarillo que me lleve al único hogar que conozco ahora mismo, la casa de James Harper. Cuando llegamos, Miriam cae frita en seguida en el sofá cama, pero yo me siento incapaz de meterme en la cama oliendo a otro tío, así que voy directa a la ducha a limpiarme los rastros de algo que ni siquiera ha llegado a suceder. Es ridículo,

con él realmente hice algo que estaba mal, pero es ahora, cuando se supone que tengo libertad para hacerlo, cuando me siento sucia.

El resto de la semana con Miriam lo pasamos de forma más tranquila. Compras de chicas, paseos por Brooklyn y fotos de posados robados en el puente de Brooklyn al atardecer. Aunque le pido que no lo haga, las cuelga en Facebook. No me apetece que todo el mundo me vea en plan vacaciones por Nueva York, teniendo en cuenta que en Madrid todo el mundo parece odiarme todavía, aunque supongo que visto así, da lo mismo que lo mismo da.

Yo intento no faltar a mis clases de inglés, mientras ella se va en busca de *outlets* a las afueras, para después quedar en el centro. No quiero dejarla sola en casa porque, al fin y al cabo, no es mi casa. James me ha escrito, tan amable y divertido como siempre, pero algo más distante. Aunque quizás sean cosas mías. Quizás siga siendo una paranoica aunque me haya mudado a miles de kilómetros. Como si la distancia pudiera ayudarte a distanciarte de ti misma.

He quedado con Miriam en Central Station, bajo la famosa cúpula estrellada que suele salir en las películas y en cuanto llego sé que ha sido mala idea. Hay muchísima gente, más de la habitual, que ya es decir. Intento hacerme un hueco y me doy cuenta de que la mayoría son periodistas. Quizás estén esperando a alguien. Todos hablan en corrillo, con las grabadoras y las cámaras en la mano, como si fueran a salir corriendo en cualquier momento.

Entonces algo ocurre, alguien aparece en escena y todo el mundo se lanza como loco en busca de su *canutazo*, es decir, de poder grabar unas declaraciones. Todo el mundo avanza precisamente hacia donde yo estoy. Miro a mi derecha, no se trata de una estrella del *rock*, seguramente es alguien del mundo de la política, a un nivel local con el que no estoy familiarizada. Lo tengo justo al lado, tan cerca que me es imposible salir de escena, porque en seguida me veo dentro del remolino de gente, apretujada entre cámaras de vídeo, de fotos y micrófonos de gomaespuma. No sé por qué lo hago, mi instinto natural me lleva a hacerme sitio de lleno en el mogollón, como si fuera una periodista más, sacar el teléfono móvil, poner el modo grabadora y meter el brazo entre la gente para grabar lo que esa persona, que ni siquiera sé quién es, tiene qué decir. Apenas dura unos minutos, pero vuelvo a recordar la pesadez del brazo cuando tienes que sostener la grabadora con él estirado, y necesitas cambiar de mano para que no se te duerma. Compadezco a los del micrófono que se han tenido que agachar en el suelo, estirar el brazo hacia

arriba es mucho peor. El personaje en cuestión, tras responder un par de preguntas, desaparece escoltado por dos tíos enormes, que pese a su gran tamaño, hasta ahora me habían pasado inadvertidos. Los periodistas también empiezan a dispersarse, preguntándose unos a otros si han conseguido todo lo que querían.

Sin querer, escucho una de las conversaciones. Es una chica latina, alta, morena, de ojos grandes, bastante atractiva, que parece estar al borde de un ataque de nervios. Está discutiendo con el que deduzco que es su jefe por teléfono, con el que habla en castellano, e intenta explicar que no ha conseguido todas las declaraciones, supongo que porque llegó tarde al corrillo o porque no fue capaz de hacerse con un sitio entre la avalancha de brazos y codazos. Es algo que a todos nos ha pasado, pero que suele pagarse caro. Aunque en esos casos, siempre hay un compañero que echa una mano. Al menos en España, porque no veo que nadie se acerque para echarle un cable. Un poco confusa me acerco a ella por la espalda, y le doy dos golpecitos suaves en el hombro.

—*What's up?* —me suelta en un tono tan seco, que estoy a punto de arrepentirme y darme la vuelta.

—Perdona, ¿hablas español, verdad?

—Sí, qué quieres, no me pillas en muy buen momento.

—Verás, yo he conseguido grabar las declaraciones en el móvil, si quieres te las paso. —Ella me mira fijamente, con una cara muy extraña, como si en vez de en español, le hubiera hablado en chino —. Si me das tu número o tu *mail* te puedo pasar el audio en un momento. Lo necesitas, ¿no?

—Pero ¿y tú de que medio eres?

—Yo… de ninguno en realidad —respondo avergonzada, sin saber por qué.

—¿Y por qué narices estabas grabando al presidente del concejo municipal? ¿Y por qué me lo quieres pasar?

—Pues es que yo soy periodista, y me vi en medio del jaleo y… ¿nunca te ha pasado que ves un accidente o una manifestación y, aunque no estés trabajando, te quedas a averiguar qué es lo que ha pasado? Estaba tan cerca de él que simplemente me salió solo ponerme a grabar. He escuchado que tú no lo tenías, yo realmente no quiero el audio para nada y pensé que te podía ayudar. Pero, vamos, que no te preocupes, solo era una ocurrencia… —Hago amago de marcharme por donde he venido, no tengo necesidad de pasar una situación incómoda sin motivo.

—No, no, espera. —La chica me coge del brazo y por fin muestra una sonrisa—. Parece que tenemos a toda una Lois Lane, en busca de

la noticia sin buscarla. La verdad es que me salvarías la vida con ese audio, mi jefe me ha dicho que me juego el puesto. Siento haberme puesto tan borde, no estoy acostumbrada a que nadie me tienda la mano sin motivo.

—Entre mis compañeros siempre nos ayudábamos cuando pasaban estas cosas. La gente dice que los periodistas son muy mala gente, que venderían a su madre por una noticia, pero entre nosotros siempre nos hemos echado una mano, aun siendo de la competencia.

—Pues no serían periodistas neoyorquinos, desde luego, esto es la ley de la jungla. Así que te lo agradezco de veras.

—No hay de qué, solo dime tu *mail* y te paso el archivo en un momento. —Tardo más en escribir su mail con el móvil, que lo que tarda el archivo en llegar a su teléfono.

—Gracias, ¿te llamabas?

—Paula, Paula Daroca.

—Yo soy Alexa, si hay algo que pueda hacer por ti, tienes mi email. —Alexa hace ademán de despedirse, pero entonces la bombilla se me enciende por fin.

—Pues, en realidad, sí hay algo, ¿te podría enviar mi currículum al *mail*? La verdad es que estoy buscando trabajo en algún medio latino.

—¿De redactora? Sí, de hecho, creo que podría haber algo. Escríbeme y te digo algo.

—¿De verdad? ¡Muchas gracias!

—Haré lo posible para que te hagan una entrevista, me gusta devolver los favores, prefiero no estar en deuda.

Así, sin más, Alexa me guiña un ojo, no sé si divertida o desafiante y se marcha, dejándome sorprendida de la suerte que se puede tener a veces sin tan siquiera buscarla. Desde luego, la frase de que todo depende de estar en el sitio adecuado, en el momento adecuado, no podría ser más cierta.

—¡Pau! Pau, ¿qué ha pasado? —Parece que Miriam, y sus dos bolsas de ropa de marca rebajada, me han encontrado—. ¿Por qué había tanta gente? ¿Quién era la tía estirada esa?

—Vamos, te invito a comer y te cuento.

Los chismes intrascendentes de Miriam y sus puntos graciosos fueron refrescantes, pero tras una semana escuchándolos me resultan cargantes. Intento buscar temas de conversación con ella, pero salvo la gente que tenemos en común, tenemos poco más de que hablar. Quizás es que nunca habíamos estado las dos solas tanto tiempo, o quizás es que hace ya mucho tiempo que no tenemos nada que compartir estando las dos solas. Sé que ella es así y que me muestra

su afecto a su manera, pero no puedo evitar pensar que las relaciones cambian, aunque no se quiera. Hoy vamos de paseo por la Quinta Avenida. Mi economía me impide comprarme nada que no sea de *outlet*, pero Miriam no para de entrar en todas las tiendas. Empiezo a sentirme incómoda, sobre todo esperando sola mientras ella se prueba modelito tras modelito. Tanto que empiezo a rayarme con que alguien nos sigue. Es un hombre, no muy alto, pero de complexión fuerte. Moreno. Parece latino más que norteamericano. Va bien vestido, por lo que al principio no me da mala impresión, pero me doy cuenta de que entra a la misma tienda que nosotras dos o tres veces, haciéndose el disimulado. Me mira a lo lejos, se da cuenta de que lo he visto y sigue andando hacia otro lado. Me pongo nerviosa, a lo mejor nos ha visto con pinta de turistas y quiere robarnos. ¿Por qué otra razón iba a haber alguien siguiéndonos? Será mejor acabar con las compras por hoy y volver a casa.

Invito a Miriam a tomar un café en el bar de Brian, que como siempre me recibe con esa sonrisa de autosatisfacción suya. Aprovechando sus diez minutos de descanso, se toma un sándwich en nuestra mesa y Miriam, pese a que la homosexualidad de Brian es más que evidente, no se resiste a tirarle los trastos. Lo va de fábrica, aunque a Brian le hace bastante gracia. Cuando Miriam se va al baño, Brian vuelve a colocarse el delantal y para mi sorpresa me suelta:

—Tengo que buscarte más amigos, está claro que los que tenías antes, ya no te quedan bien.

—¿Qué no me quedan bien? ¿Qué se supone que significa eso?

—Sí, es como la ropa. Hay cosas que en su momento te quedaban genial, iban con tu personalidad. Pero la personalidad cambia. La ropa y los amigos también.

—Los amigos no son cosas Brian, no puedes elegir amistades de nueva temporada.

—Ay, *honey*, eso de amigas para siempre es muy bonito para ponerlo en tu casita del árbol, pero no todo el mundo que entra en tu vida, lo hace para quedarse para siempre. —Me quedo mirándolo cabizbaja, la verdad es que el muy capullo dice verdades como puños, de esas que nunca te gusta oír, pero que de su boca suenan inevitables—. Pero no te pongas triste. Hay amigas que se van y amigos que llegan. Y Brian piensa quedarse en tu vida todavía una temporada.

Con un gesto de esos suyos, se marcha. De hecho, Brian es el único que se ha emocionado cuando le he contado todo lo que ha pasado con Alexa, Miriam apenas me ha entendido, y en seguida se

ha puesto a hablar de sus compras. Hay gente que no es mejor ni peor, hay que quererlas como son, pero también aceptar que hay un momento en el que quizás ya no os aportéis más, o que solo os pueda aportar algunas cosas, pero no otras.

Cuando dejo a Miriam en el aeropuerto, me siento extraña. Siento que no me estoy despidiendo de una amiga que ha venido a visitarme, me estoy despidiendo de muchas más cosas cuando la veo marchar con sus dos maletas llenas de compras.

Al volver a casa, me echo a llorar de nuevo. Me hago un ovillo en el sofá cama hasta quedarme dormida entre llantos. Es allí donde me encuentra, horas después, el señor Harper, que ya está de vuelta.

Me quedo mirándolo medio dormida, sin saber si es imaginación mía o si es real. Él no me dice nada, me coge en brazos, al segundo intento, y me lleva a nuestra habitación. Me quita la ropa, se quita la suya y se acopla en mi cuerpo. Me penetra pero no para desfogarse, sino para sentirse de nuevo conectado a mí. Sentirse dentro de mí. No quiero saber lo que ha hecho estos días, supongo que él también prefiere no pensar lo que he podido hacer o dejar de hacer yo. Ahora solo somos él y yo, y ya está. No hay nada más que pensar.

Antes de caer rendidos en el embrujo de Morfeo, me dice unas palabras al oído, mientras me abraza desde atrás.

—Este fin de semana, nos vamos a Montauk, ¿quieres?

—Contigo, a cualquier lugar —digo, sin confesar que ahora da igual el lugar, él es mi nuevo hogar.

9
El faro

Cuando pienso en un pueblo, me imagino casitas bajas, blancas o de piedra, caminos casi de tierra o cemento, gente mayor que te saluda aunque no te conozca o que intenta saber si conoce a alguno de tus familiares. Un lugar pequeño, con todo apelotonado, pero en el que todo parece mucho más abierto que la ciudad. Sin embargo, Montauk no me da para nada esa sensación. Básicamente, son grandes casas distribuidas lejos unas de otras, la sensación es más de ciudad de vacaciones que de pueblo en el que pasar la niñez. Pero este es el lugar en el que creció James. Sé que hemos venido para despejarnos un poco de la ciudad, como hacemos todos los adictos al estrés, pero yo he venido en busca de las respuestas a las preguntas que no sé cómo formular.

—Entonces, ¿vamos directos a casa de tus padres?

—Sí, pero no están en casa hoy, volverán mañana. Casi mejor, ¿no?

—Supongo, aunque no sé si es más incómodo que cuando lleguen tengan a una extraña instalada en su casa. ¿Quién les has dicho que soy?

—Les he dicho que eres Paula Daroca, ¿quién ibas a ser si no?

—Eres idiota… —Lo miro entornando los ojos, suponía que no les habría dicho que soy su nueva novia, al fin y al cabo no sé si lo soy.

—Saben que también eres escritora, que te conocí en Roma y que te estás quedando en mi casa, mientras buscas trabajo. Lo demás lo intuyen, son padres, pero saben de estas cosas… Pero no te preocupes, tenían ganas de conocerte, les he hablado bien de ti.

—Entonces, ¿les has hablado de mí?

—Sí, no sé, lo normal. Les he dicho que venimos para celebrar que el contrato de la película ya está cerrado y que el proyecto ya está en marcha. Así que estaban encantados.

Seguimos avanzando por la carreta, pero nos paramos en el *parking* de un bar. Es el típico restaurante americano, de madera blanca, con los filos del tejado pintados en azul y un cartel hecho a mano que dice «Harper’s Burger», con un muñequito muy gracioso. Me quedo mirándolo esperando una explicación, a lo que deduzco tiene que ver con su familia, pero solo me guiña un ojo, se pone las gafas de sol y sale del coche. A la entrada hay algunas mesas en las

que están sentadas varias familias, pero al entrar y encontrarme esos asientos acolchados frente a frente en los laterales, una camarera repartiendo café en una cafetera por las mesas y a un hombre obeso que deja unas tortitas recién hechas en una especie de ventana, que comunica con la cocina, me creo que me he trasladado a alguna película. No sé muy bien si sentirme una chica Gilmore o, dadas las circunstancias, pensar que James y yo somos una nueva versión de *Thelma y Louise*. Aunque la única que se siente como una fugitiva soy yo, porque James parece ser recibido como el hijo pródigo.

—¡Pero si es el famoso escritor! —El señor gigante de la cocina sale a recibirnos y pega un abrazo tan fuerte a James, que juraría que le ha roto algo. Es casi el doble de grande que él.

—¿Qué pasa, tío Cole? ¿Estamos a tiempo de que nos sirvas unas de tus famosas tortitas?

—A la chica guapa que te acompaña sí, pero al señorito de ciudad que ahora solo veo por la tele, no lo sé, tendré que consultar mi agenda.

—Anda, no seas así, sabes que vengo siempre que puedo.

—Pues no puedes mucho. Pero lo mismo se me pasa el enfado si nos presentas.

—Claro que sí. Tío Cole, esta es Paula Daroca, Paula, este es mi tío Cole y si pruebas sus tortitas, no podrás parar. Ten cuidado, mira como ha acabado él.

—¡Encima viene gracioso el niño! Un placer conocerte Paula y, no te preocupes, las tortitas serán el menor de tus problemas en este pueblo.

Le doy la mano con una sonrisa tonta. Conocí a James Harper en una fiesta lujosa, con un traje caro, siendo la estrella del momento. Se me hace raro verlo en un bar de pueblo hablando de tortitas con su tío. Mientras ellos siguen bromeando en inglés, yo desconecto y lo observo. Sé que lo tengo muy idealizado. Nos venden esa idea de hombre de anuncios de perfume: guapos, poderosos, seguros de sí mismos y nos acabamos creyendo que realmente existe algo así en la vida real. Sin embargo, ahora lo miro y solo puedo ver a un chico que intenta hacerse mayor, que, pese a sus esfuerzos, todavía se siente pequeño al lado de su tío. Si en aquella fiesta parecía estar acostumbrado a ser el centro de atención, e incluso a disfrutar de ello, aquí veo que mira de reojo a la gente que hay sentada, pensando si los conoce, si ellos lo conocen a él, inquieto.

Por fin, nos sentamos en una mesa, no sé si se da cuenta o no, pero mientras esperamos a que nos traigan las tortitas me coge la mano sobre la mesa. Sé que no lo hace como un gesto romántico,

creo que más bien lo hace porque necesita sostenerse a algo.

—¿Estás bien? —le pregunto sin soltarlo.

—Sí, no sé, es algo que siempre me pasa en este lugar. Me pongo nervioso sin saber por qué. Luego se me pasa.

—Es gracioso.

—¿Gracioso?

—Sí, no sé, verte así. El señor James Harper, el rey de las entrevistas, de los actos sociales, el seductor de mujeres neoyorquino, echo una bola en un bar de Montauk por si lo ve, ¿quién? ¿Una antigua novia?

—No tuve ninguna novia aquí… Bueno, vale, a lo mejor algún amor de verano con alguna turista, pero nunca una chica de aquí. No encajaba muy bien en este lugar.

—Pero, te criaste aquí, ¿no?

—No exactamente. —Se queda mirando alrededor, y por fin, como si se sintiera seguro tras esta última revisión, me suelta la mano—. Mis padres vivían en Nueva York. Mi padre trabajaba en la Universidad de Columbia y mi madre era chef en un restaurante de moda. Vivían bien y cuando me tuvieron no se les pasó por la cabeza irse de la ciudad, la ciudad era todo para ellos. También para mí, era un niño curioso por naturaleza y Nueva York era una ciudad llena de estímulos. No teníamos problemas económicos, trabajaban mucho, pero Anita, mi nana, se ocupaba de mí, no me faltaba de nada. Teníamos una casa aquí en Montauk para venir los fines de semana a la playa, porque la familia de mi madre era de aquí. ¿Qué más se podía pedir? Era la combinación perfecta. Sin embargo, con el tiempo, mis padres se cansaron del estrés diario, de no tener tiempo, de las exigencias de su trabajo, del ritmo de vida de la ciudad en definitiva. Además, empecé a tener una adolescencia algo complicada, un poco rebelde y pensaron que quizás mudarnos a Montauk era una buena idea.

—¿Y lo fue?

—Sí para ellos, no para mí.

—La camarera de la jarra de café nos interrumpe. Es joven y por como mira a James, no parece ser también de su familia, aunque cuando se acerca para traernos las tortitas aprovecha para darle una calurosa bienvenida. Él no se inmuta mucho, solo sonríe y le pregunta por alguien que deben tener en común, pero más bien por cortesía.

—Pruébalas, te van a encantar.

—¿Y la historia que me estaba contando?

—Mejor seguimos luego.

Algo fastidiada, como si la camarera nos hubiera fastidiado el clímax, pruebo las tortitas con sirope de arce y en seguida se me pasa el disgusto. La textura, el punto justo entre lo salado y lo dulce y, sobre todo, el tomarlas en un bar americano de verdad, hacen que sean, sin duda, las mejores tortitas que he tomado nunca. James cambia de conversación y me cuenta algunos datos más técnicos sobre la ciudad. No llega a tener 4.000 habitantes, más o menos como el pueblo de mi padre, pero en verano la cosa cambia. No son los Hamptons, claro, pero es el lugar de vacaciones de mucha gente de Nueva York, gente más sencilla, pero también gente con grandes casas. Incluso algún que otro escritor famoso de hecho.

Básicamente, no hay mucho que ver, lo más llamativo que tiene es un faro de doscientos años de antigüedad, que a ellos les parece una reliquia, y a mí una obra moderna, esa cosa mía tan europea de ver nuevo, lo que los americanos se creen que es histórico. La gente no viene tanto a visitar la ciudad, como a descansar pescando, estando en la playa o viniendo con los amigos a hacer surf. Eso y por supuesto el ocio en *pubs* y bares, que abunda bastante. En invierno, según cuenta James, apenas hay movimiento, lo único llamativo son las focas del Parque Estatal de Montauk Point. Desde luego, parece un lugar tranquilo, al menos para escribir, así que puedo entender por qué James se vino aquí tras su divorcio y consiguió centrarse en sus novelas.

Con el estómago lleno, volvemos a montarnos en el coche y nos acercamos por fin a su casa. Es una casa grande. James aparca, coge las maletas y abre la puerta sin decir nada, sin aportar algún dato curioso sobre la vivienda, al igual que lo ha hecho sobre la ciudad. Todo el interior es blanco, luminoso, acogedor, ordenado, pero no ostentoso. Es un hogar en la playa, no una casa de veraneo. James abre el ventanal del salón, que resulta ser una puerta a una pequeña terraza con jardín. Una terraza que da directamente, por su parte trasera, a la playa. Lo que se dice todo un sueño hecho realidad. James sale fuera y se sienta en las escaleras de madera.

Algo me dice que necesita un momento para él, así que no lo acompaño. En vez de eso, echo un vistazo al salón en busca de vestigios del señor Harper. Hay pocas fotos actuales, solo una en la presentación de su libro con sus padres, los mismos que vi en la foto de su casa en Manhattan. La mayoría son fotos de la infancia, supongo que de cuando venían aquí a pasar los veranos y los fines de semana. James sale sonriendo, con sus primos, con los dientes torcidos y el pelo revuelto. La verdad es que no encaja nada en medio de esa familia tan grande y tan rubia. Se lo ve diferente al

resto. De hecho, hay otra fotografía de él, más mayor, quizás unos dieciséis años, en la que no tiene pinta de *quarterback* precisamente. Observo a un adolescente desgarbado, lleva aparato en los dientes y no sale posando en la foto, está hecha aprovechando que no se da cuenta, porque mira al mar, a algo más allá. Sigo buscando, quizás algo sobre su vida en Manhattan, pero no parece haber nada. Por un momento, pienso que a lo mejor hay alguna foto de su boda, al fin y al cabo es un acontecimiento familiar, pero supongo que si alguna vez la hubo, los padres la retiraron tras su divorcio. Me hubiera gustado verla, aún no he visto ninguna foto de su exmujer. He hecho el intento de buscarla por Facebook: ha sido un intento fallido.

—¿Ves algo interesante? —James está frente a mí, con el ceño fruncido y las maletas en la mano.

—¿Cómo era tu ex?

—¿Qué?

—Sí, tu exmujer, ¿cómo era?

—Pues era una mujer que no me preguntaba por otras mujeres cuando nos íbamos de vacaciones… —Se acerca y me da con el pie mi tobillo, como si fuera un niño llamando mi atención—. A ver, ¿qué te pasa?

—No, no sé…

—Sí, sí sabes. Suéltalo.

—Que me gustaría saber algo más de ti.

—¿De mí o de Samantha?

—Va todo unido, ¿no? —Suspira, suelta las maletas y pone esa cara de dar por perdido el hacerme entrar en razón.

—Pues era… Bueno es una mujer muy decidida, con las cosas muy claras, muy pragmática. Creo que por eso es una persona muy tranquila, sosegada, no sé.

—¿Y físicamente?

—Sam es rubia, ojos azules, alta, delgada, normal.

—¿Normal? Estás describiendo a una tía buena.

—Sí, bueno, siempre ha sido una mujer atractiva. Pero hay muchas formas de ser atractiva, no sé.

—Ya…

—Paula…

—Vamos, pero no se parece en nada a mí, por lo que dices.

—¿Me parezco yo a Carlos?

—No, ¡nada! Él era… es… —Entonces me quedo pensando que Carlos podría definirse exactamente cómo él ha descrito a su exmujer. Pragmático, decidido, con las cosas claras. Él era ese equilibrio que me faltaba—. Muy parecido a Samantha supongo. A lo

mejor por eso estamos los dos aquí, porque estamos buscando todo lo contrario.

—Puede ser. —James se queda pensativo mirando la casa, y se acaba apoyando en el reposabrazos del sofá claro.

—¿Tú crees en el destino? —Me siento junto a él y apoyo la cabeza en su hombro, no sé por qué.

—No mucho. Si te soy sincero antes sí. Creía que todo pasaba porque estaba escrito, ahora soy más de pensar en que hay casualidades y en que en nuestra mano está aprovechar esas oportunidades. A lo mejor, por eso me he vuelto más impulsivo. Pero sí, antes era un romántico y creía en las almas gemelas y esas cosas. Pensaba que Sam era la pieza que completaba mi puzle, que era la paz que a mí me faltaba.

—¿Y qué pasó?

—Que me di cuenta de que mis vacíos solo podía llenarlos yo. Que las medias naranjas no existen y que hasta que no fuera alguien completo por mí mismo, no podría sentirme completo con nadie.

Me quedo de nuevo callada. Siempre me he sentido muy adulta hablando con mis amigas sobre ciertas cosas, sin embargo, con James vuelvo a sentirme como una niña que aún no ha aprendido nada.

—¿Y ella opinaba lo mismo?

—¿Sam? No… Ella pensaba que los vacíos podíamos llenarlos juntos. Estaba empeñada en que lo que nos hacía falta era dejar de ser tan egoístas, tan individualistas y centrarnos en alguien diferente a nosotros. Pensaba que ser madre resolvería su problema y el mío.

—Pero tú no.

—No, nunca he tenido nada clara la idea de la paternidad. No creo que todo el mundo deba ser padre y solo falta salir ahí fuera para verlo. Pero Sam lo necesitaba más que nada, de hecho, cuando lo dejamos no tardó mucho en conocer a un tipo y quedarse embarazada.

—¿Tu ex ha sido madre? No me lo habías dicho.

—¿Por qué te lo tendría que haber dicho?

—Pues para hablar de cómo te sentías con eso, por ejemplo.

—Bueno, no fue bonito, pero fue lo mejor. Como si por fin todo fuera como tenía que ser. Yo con mis libros, ella con su bebé.

—Ya, pero es más complicado que eso, ¿no? Al fin y al cabo, aún tendrás sentimientos por ella.

—¿Sientes tú algo por Carlos?

—Sí, pero no de esa manera. A lo mejor nunca lo hice…

—Pues ahí tienes tu respuesta. —James se incorpora, de forma que pone un poco de distancia entre ambos.

—Te entiendo, aunque no lo creas, siento algo parecido.

—¿Con qué?

—Con todo. Yo tampoco sé si quiero ser madre, a veces no sé si lo querré nunca. —James me mira ahora con más atención, como dándome permiso para que me desahogue—. Me da muchísima fobia la maternidad. Una parte de mí quiere ser madre, sentir esa experiencia vital, no sé, dejar un legado, estar unido a otra persona de esa forma tan única. Pero me da miedo dejar de ser yo. Porque tengo treinta años y todavía no me siento adulta del todo. Me siento perdida casi siempre y me gusta ser un poco egoísta, un poco individualista. De hecho, creo que mucha gente que es madre, sin importar si creen estar preparadas, lo hacen, porque piensan en ellas, no en el niño que viene y eso es aún más egoísta. Yo que sé, a lo mejor simplemente me agobia la idea de ceder parte de mi tiempo, de mi persona, incluso en el sentido estricto de la palabra, a otro ser. Porque una pareja se rompe, pero un hijo es para siempre. La responsabilidad de qué tipo de persona va a ser, de su bienestar e incluso de a quién eliges para tenerlo, es demasiado.

Me quedo agotada tras soltar todo el discurso que nunca le he podido soltar a mi novio ni mis amigas pro maternidad. James me mira, se acerca, me abraza mientras aspira el olor de mi pelo y me da un beso en la frente, que me deja aún más desconcertada.

—¿Qué?

—Algún día tienes que ponerte a escribir todas esas cosas que te están martilleando en la cabeza en una hoja en blanco. Tienes mucho más que decir de lo que piensas.

—Puede que tenga mucho que decir, pero está claro que no tengo mucha gente que quiera escucharlo.

—Yo tengo muchas ganas de leerte.

—¿Por eso me has traído aquí? ¿Para escribir? —Tras ese momento intenso, sé que toca cambiar de tema.

—En parte sí. Ven, coge tu maleta y sube conmigo. Quiero enseñarte algo.

Subimos por las escaleras de madera y pasamos primero a la habitación de invitados, una sala grande y preciosa, con una cama blanca y azul, llena de conchas, estrellas de mar y fotos del horizonte, que James me dice que ha hecho su madre. Ahora sé de quién aprendió él. Pero esta no es la habitación que quiere enseñarme, está al final del pasillo y está cerrada con llave. Por un momento, temo haberme escapado con algún tipo de sádico o maniaco, pero lo que descubro cuando abre la puerta es casi peor. Es la habitación dónde gestó sus novelas. Está todo lleno de fotos, de

pizarras con los personajes, con apuntes, con recortes de periódicos en los que se inspiró. Pero no es un zulo, es un cuarto que si no fuera por la parte obsesa y siniestra, tendría hasta su encanto.

—Nunca se lo había enseñado a nadie, ¿sabes? Como tú también escribes pensé que no pensarías que estoy loco.

—Un poco loco sí, ¿eh? —digo, mientras paso las manos por los recortes de periódicos que narran asesinatos. Entonces recuerdo todos los apuntes que tenía yo sobre los periodistas, los años 60 y como mi protagonista resultaba ser también bastante siniestro—. Pero no más loco que yo. De hecho, creo que hasta me estoy inspirando.

—Si quieres escribir, ahí tienes el ordenador.

—¿Ahora? Ahora preferiría documentarme.

—¿Alguna historia en mente?

Me pongo frente a él, levanto mis brazos sobre su cuello y me quedo mirando ese lunar tan *sexy* que tiene justo debajo de su ojo, después suspiro de pura felicidad mientras fundo mi boca con sus labios gruesos.

—La tuya, antes me has dejado a medias. Y… ya sabes que no me gusta que me dejes a medias.

—Mmm, a mí tampoco me gusta quedarme a medias. —Sus manos me sostienen con más fuerza y empieza a besarme con más intensidad, lo que hace que me debata entre seguirle la corriente o insistir, porque sé que está utilizando el sexo para cambiar de tema. Entonces hace algo que me sorprende, tira todos los papeles de su escritorio y me pone sobre él—. Joder, no sabes la de veces que he deseado hacer esto.

—¿Te da morbo hacerlo aquí?

—No sabes cuánto…

La decisión está tomada. James abre el botón de mis vaqueros y los va deslizando, a duras penas, por mis piernas. La escena no es glamurosa, con mis bragas de algodón y los calcetines puestos, pero no nos hacen falta más adornos, solo con mirarnos a los ojos nos basta para encender la chispa. Aprovecho mi postura para agarrar a James con mi pierna por detrás y acercarlo a mí. Lo cojo del cuello de su camiseta gris y empiezo a devorarle la boca. Él termina de bajarse sus vaqueros, me coge de la cintura y yo le ayudo con mis manos para que pueda penetrarme. Lo hace duro, fuerte, pero sin dejar de mirarme a los ojos fijamente. Es solo un polvo rápido, pero es mucho mejor que cualquier otro polvo que haya echado antes de conocerlo. Entre nosotros hay una química sexual que es imposible de explicar con palabras, que ni yo misma entiendo, y que solo soy

capaz de vislumbrar cada vez que me rompo en un orgasmo entre sus brazos. Cuando acabamos, James me abraza fuerte y me besa, otra vez, sin dejar de mirarme.

Para descansar un poco del viaje sacamos unos refrescos y salimos a tomárnoslos en la arena de la playa. No sé si será el sexo, la playa o todo junto, pero me siento especialmente bien. Tranquila, relajada, en paz conmigo misma. No digo nada, solo me acurruco en su pecho, en el tacto suave de su sudadera de algodón, dejo que me abrace desde atrás y pierdo la vista en el mar. Te pasas la vida buscando la felicidad, como si fuera una cosa, una meta, cuando son pedacitos de vida que te encuentran por el camino. Hacía mucho que no me sentía así de completa, tanto que por un momento he olvidado nuestra conversación pendiente. Pero mi espíritu de periodista no pierde nunca la ocasión de hacer una pregunta.

—No me has contado por qué este sitio fue genial para tus padres, pero no para ti. ¿No se te daba bien hacer surf como a esos chicos?

—No, la verdad es que no. No era muy atlético, ni deportista, tampoco muy sociable.

—¿Tú, el rey de las fiestas?

—El señor Harper es un personaje, divertido, sí, pero un personaje al fin y al cabo.

—¿Y quién es la persona debajo del personaje?

—Es una pregunta muy difícil. Aún intento respondérmela. Pero entonces solo era un adolescente al que le habían quitado todos sus amigos, todo su mundo y lo habían traído a un lugar en el que ya no pasaba desapercibido, sino que era el centro de atención, porque era el chico de ciudad y encima era el bicho raro.

—¿El bicho raro?

—Sí, no sé, no era igual que el resto.

—Creo que me suena. —James me sonríe.

—El caso es que no me adapté muy bien, no hice muchos amigos, me pasaba el día solo, aquí en la playa paseando o en mi cuarto. Fue cuando empecé a escribir, necesitaba salir, este lugar me asfixiaba, necesitaba sentir que había algo más allá. Que no todo se reducía a las mismas rutinas, las mismas personas, no sé. En cuanto tuve edad para irme a la universidad, volví a Nueva York. Mi padre tenía sus contactos en Columbia, tenía un buen currículum, nos lo podíamos permitir, así que me fui y no volví más.

—Así que no soy la única que ha huido a Nueva York porque se sentía incomprendida.

—Pues sí, ya ves.

—Hagamos un brindis. —Me pongo delante de él y levanto mi lata de refresco, mirándolo muy seria.

—¿Un brindis? ¿Por los raritos?

—No, por las personas especiales. Por las diferencias que se encuentran.

James vuelve a sonreír y provoca mi sonrisa. Al final el brindis acaba en un ataque de cosquillas imprevisto, y lo que quedaba de mi refresco de naranja esparcido por la arena de la playa.

—Si tan malos recuerdos tienes de este sitio, ¿por qué vuelves? ¿Por tus padres?

—Sí, pero también porque aquí empecé a escribir, al estar tan solo también me encontré un poco a mí mismo. Es fácil perder el rumbo en Nueva York, dejarse llevar por el entorno, por los demás. Por eso tuve que volver, y fue aquí donde hice mi sueño realidad, mis novelas. No todo es tan malo como parece. Montauk solo tiene un faro, pero a veces siento que es un poco eso, un faro que me guía cuando me pierdo.

—Es bonito, tienes que llevarme a ver ese faro.

—Mañana, te lo prometo. —Entonces algo ocurre, su mirada deja de ser segura y agresiva, de pronto juraría que es tímida. Acaba de hacerme muchas más confesiones hoy de las que me ha hecho estas últimas semanas, quizás se sienta vulnerable, pero con ganas de hablar—. ¿Te cuento una tontería?

—Claro, me encantan las tonterías.

—Estos días… en Los Ángeles… bueno, Los Ángeles es una ciudad en la que resulta fácil perderse. No sé si me entiendes. Es todo… El señor Harper se manejaba bien en las fiestas de Nueva York, pero allí es diferente. El caso es que me ha ayudado saber que estabas en casa, que al volver estarías allí conmigo. Has sido un poco mi faro estos días.

—Eso no es una tontería, es lo más bonito que me han dicho nunca.

Volvemos a besarnos una y otra vez, y nos tiramos el resto del día allí, comiendo algo en la playa, paseando, viendo juntos el atardecer, sin hablar de nada más que sea importante, incluso a veces sin hablar.

Esa noche probamos algo diferente. James me cuenta que en Los Ángeles son muy bipolares, muy dados al desenfreno, pero también a la espiritualidad, y que uno de los temas que ha surgido en esas noches de copas, es el sexo tántrico. Algo que todavía no hemos probado. La habitación con olor a mar parece un lugar aún más acogedor cuando lo llenamos de velas, envuelta por música suave.

Nos sentamos uno frente al otro en la cama blanca. Su piel no puede ser más deliciosa bañada por el color del fuego. Todo él es calor. Pero no puedo abalanzarme sobre él, como hemos hecho esta mañana. Todo ha de ser lento, calmado y sobre todo, hemos de tener en mente que la idea de hoy es simplemente darnos placer, no alcanzar el orgasmo. El primer paso es solo mirarnos. Al principio me siento cohibida, extrañada por la intensidad de una experiencia tan sencilla. Me río, pero James me coge de la barbilla y me sostiene la mirada intentando ponerse serio. Observo su cuerpo a placer, sin reparos, mientras él hace lo mismo con el mío. Parece algo absurdo, pero es increíblemente *sexy*. Por fin, empieza a acariciarme, despacio. Cierro los ojos, sus caricias son como una batería, me recargan de energía. Cada vez que me roza siento escalofríos. Nos dejamos llevar. Cierro los ojos, nos abrazamos y nos dedicamos solo a acariciarnos. Perdemos la idea del ejercicio, de qué es lo que tocaba ahora, de por qué estábamos haciendo esto. Se ha convertido en algo diferente, ya no es un solo un experimento nuevo. Empezamos algún tipo de baile en la que nuestros cuerpos no pueden dejar de enredarse. Intentamos que nuestros besos y caricias sean una forma de lamernos unas heridas que ni siquiera éramos conscientes de que teníamos. No sé por qué tengo los ojos humedecidos, pero cuando me fijo, los de James también están vidriosos y no creo que sea solo de deseo. No introduce su pene dentro de mí, como cabría esperar, sino que se introduce de mí de una forma mucho más completa. Los dedos enredados, los besos infinitos, las piernas que forman un puzle, en un lugar y en un tiempo que son totalmente inespecíficos. No puedo evitarlo, en un momento dado se me escapa un te amo y, lo peor, es que él me responde lo mismo.

No recuerdo cuando nos hemos dormido. Tengo el cuerpo pesado. Es esa sensación extraña, como si tu mente empezara a despertarse, pero tu cuerpo te siguiera tentando a quedarte en el mundo de los sueños. Salvo por el pis y el hambre. Esos dos síntomas de que es hora de levantarse. Mis sentidos comienzan a despertarse. Abro los ojos poco a poco, la luz entra por la ventana. Todo el cuarto rebosa paz y calma. Respiro, huele a mar en la habitación, pero aún mezclado ligeramente con el olor de las velas. Entonces agudizo el oído, oigo voces en la parte de abajo. ¿Voces? Me incorporo rápidamente, con los pelos hechos una maraña y la cara llena de legañas negras por no haberme desmaquillado antes de dormir.

James no está a mi lado. Me quedo en silencio y sigo escuchando. Hablan en inglés. Distingo la voz de James, pero también la de otro hombre y una mujer. Sus padres. Mierda. ¡Sus padres!

Salgo de la cama e intento pensar rápido. ¿Me da tiempo a ducharme? No, mejor me aseo lo más rápido que pueda. ¿Y qué me pongo? Joder, cuando conocí a los padres de Carlos pude ir en plan novia formal, arreglada, pero ¿cómo me presento a los padres de mi «no sé ni qué somos», cuando saben que estoy dormida en su habitación de invitados, después de haber pasado la noche con su hijo? ¡Ya me podía haber despertado James antes! No hay tiempo de formalidades. Unos vaqueros, una camisa, una coleta y la cara lavada. No es que esté para desfilar en una pasarela, pero tengo una pinta aceptable.

Bajo por las escaleras con toda la compostura que puedo, casi ensayando mi sonrisa de chica dulce y encantadora, cuando me topo con la suya, con la de su madre. No es una sonrisa ensayada, es sincera, es una sonrisa de bienvenida que esboza nada más verme. Entonces, la mía sale sola, de forma natural y siento que por fin respiro.

Sus padres no son para nada como me esperaba. Sí, son grandes y rubios, muy americanos. Pero no tienen pinta de ser dos neoyorquinos que tenían a su hijo, el superescritor, todo el día con una tata de la que aprendió, cosas del destino, su español. Peter y Caroline tienen pinta de ser increíblemente humildes, tranquilos, cercanos. Casi como si fueran dos *hippies* reformados, que se han cogido su casita en la playa. Aunque claro, lo de casita es un decir.

Vuelvo a sentirme como en una película americana, todos desayunando en la mesa de madera de la cocina, mientras sus padres me preguntan sobre mi libro, sobre mi trabajo como periodista y sobre España. Son realmente encantadores, y no tendrían por qué serlo. ¿Quién soy yo para ellos? Una chica que quizás no vuelvan a ver en su vida. Tras las preguntas de cortesía hacia mi persona el tema de conversación, por supuesto, se centra en la próxima película de James. Está tan entusiasmado que se acelera al hablar y me cuesta seguirle el ritmo de su inglés. Cuenta muchos más detalles de los que me ha desvelado estos días. Anécdotas de cosas que ha visto en los estudios, de la gente que ha conocido. Parece feliz y sus padres no dejan de sonreír.

En un momento dado, Peter se lleva a James a la terraza, quiere enseñarle un sistema de riego o algo nuevo que ha puesto, así que Caroline y yo nos quedamos solas terminando el café, observándolos a ambos.

—Me alegro de que hayas venido con James, Paula. Muchas gracias.

—¿A mí? Gracias a vosotros por invitarme a vuestra casa, de verdad. Es preciosa.

—¿Sabes? James solo ha estado aquí con Sam, su exmujer. Lo pasó muy mal con el divorcio. Aunque no lo diga, es mi hijo, lo conozco.

—Supongo.

—No sé si habrá venido aquí con alguna chica cuando no estábamos, pero… Es significativo que te haya traído aquí. Se lo ve feliz.

—Sí, está muy contento con lo de la película, ¡es una gran noticia!

—Por supuesto, pero no solo por eso. La cuestión es que… Hay algo que su padre y yo tenemos que hablar con él. Su padre me insistió en que no se lo contase y ahora que lo veo tan contento, me siento mal por saber que voy a volver a entristecerlo… —Me quedo callada sin saber qué decir, sé que está a punto de hacerme una confidencia que no sé si preferiría no saber—. Tengo cáncer de mama. Me lo diagnosticaron hace poco. No quise decírselo, precisamente por no fastidiar su momento con lo de la película y eso. La operación ha ido bien, pero ahora tengo que empezar con el tratamiento y evidentemente se me notará físicamente. Tengo que contárselo, es un hombre adulto, es algo que no puedo seguir ocultándole, aunque sea un mal momento.

—Lo siento mucho Caroline, de verdad. —Me quedo en blanco, no esperaba para nada esta noticia, y se me da fatal saber qué decir en estos casos—. Seguro que ahora, con lo avanzado que va todo y eso…

—¡Claro! Te reconozco que el impacto inicial fue duro, pero ahora estoy fuerte, esperanzada. Pero James es más débil de lo que parece, es muy tremendista a veces, aunque desde el divorcio esté con ese rollo zen, tiene tendencia a venirse abajo.

—Yo… No sé qué decirte, no lo conozco tanto como tú.

—No querida, no te preocupes, no te lo cuento para saber tu opinión. Lo que te estoy pidiendo es un favor.

—Claro, lo que necesites.

—Que cuando se lo cuente, aunque te pida que lo dejes solo, no lo dejes. Va a necesitarte a su lado.

Me sonríe de nuevo, y yo, sin saber por qué, le aprieto la mano y asiento, en una complicidad femenina que ya hemos sellado. En ese momento, los chicos vuelven a entrar por la puerta y Caroline

propone coger el ferri e irnos a comer a Block Island, una pequeña isla justo frente a Montauk.

La verdad es que la isla es mucho más bonita que el pueblo. Hay grandes casas blancas de madera, en su mayoría hoteles de estilo victoriano con encanto y no puedo parar de fotografiarlos. El puerto es precioso, pero en seguida me dicen, que como en Montauk, la principal atracción aquí es el faro, que no es blanco, sino de ladrillo marrón y que tiene algún tipo de lente especial que Peter se esmera en explicarme, aunque no me entere de nada. Desde allí, por unas enormes escaleras de madera llegamos a los acantilados Mohegan, conocida por la historia de los nativos Mohegan, que, en 1590, fueron arrojados al mar por la tribu Manissean. Aunque Peter me dice que a él, personalmente, le interesan más las historias de los naufragios, de los que aún pueden vislumbrarse restos.

Vamos a comer a un restaurante precioso frente al mar y probamos platos típicos del estado de Rhode Island, como la sopa *chowder* de almejas, con sus peculiares galletas saladas, o el *crabcake*, un pequeño pastel salado con carne de cangrejo picada. Por un momento casi olvido todo lo que Caroline me ha contado. Nadie diría que está enferma, se la ve reír sin parar contando anécdotas de los veranos que pasaron aquí, que James me traduce como quiere cuando no me entero, deduzco que omitiendo los detalles embarazosos. Observo como mira Caroline a su hijo y por alguna razón lo que siento es una punzada de envidia. Yo nunca pude disfrutar de que mi madre me mirara así.

Estoy tan distraída mirándolos, que no me doy cuenta de que de pronto algo ha cambiado. Ese ambiente feliz y distendido se ha vuelto tenso. Peter coge la mano de su mujer, la mira, ella lo mira a él y después ambos miran a James. Caroline le coge ahora la mano a su hijo y empieza a hablar. Lo hace tan rápido que me es difícil seguir toda la conversación, casi la interpreto por los gestos de James. Primero sorpresa, luego tristeza, después miedo y por un momento, empiezo a adivinar la ira.

—¿Por qué no me lo habíais contado antes? ¿Me estás diciendo que de verdad te has operado y no me lo habíais dicho? Pero ¡y si te hubiera pasado algo! Y si… Y si…

—Se te veía por fin tan bien, la operación era segura, hoy en día es tan habitual…

—¡Te estaban operando de un cáncer mamá! ¿Cómo pudiste dejarme de lado en eso?

—No te dejaba de lado, intentábamos protegerte…

—¡Soy un adulto, joder! Estoy bien, no necesito que me protejas,

necesito que cuentes conmigo, necesito que dejes de verme como un niño, como a alguien débil.

James se levanta de la mesa y se marcha, sus padres no intentan detenerlo y yo me quedo mirando sin saber qué hacer. Entiendo que esté enfadado, pero no que ahora mismo solo piense en él, en vez de pensar en su madre. Tampoco sé qué hacer allí, con ellos, me siento una completa intrusa. Entonces Caroline me mira, como recordándome algo, recordándome que soy yo la que no tiene que dejarlo solo. Asiento, como si nos hubiéramos entendido sin palabras y salgo en su busca, pero me he retrasado lo suficiente como para perderle la pista. No conozco este lugar, no tiene sentido echar a andar en su busca como una estúpida. Hasta que me paro a pensar y entonces, ya sé dónde ir a buscarlo.

Le encuentro sentado en el césped que hay junto al faro de ladrillo marrón. Se ha alejado lo posible de los pocos turistas que hay visitándolo. Está ahí solo, mirando al mar como en esa fotografía que vi en su salón. Perdido. Comienzo a andar más despacio, recuperándome de la caminata y me siento a su lado, sin decir nada. Me quedo así un rato, mirando al mar, como hace él, hasta que por fin parece notar mi presencia.

—Cuando estuve aquí pasé una etapa un poco oscura, ¿sabes? No era solo la adolescencia. Era como un mal sueño, como si todo lo que pasaba cada día, cada rutina, lo viera desde fuera, como si no fuera parte de mi vida. Como si nada de esto tuviera que ver conmigo. Como si ni siquiera yo tuviera que ver conmigo. Necesitaba escapar como fuera.

—¿Por eso te pusiste a escribir? —James me mira y medio sonríe, agradecido de no tener que explicarlo todo.

—Escribía cualquier cosa que me hiciera estar en otra parte, relatos sobre todo. A veces solo escribía pensamientos abstractos en un diario que tenía. Cosas tristes, como la carta que yo encontré aquella noche en Roma, en la habitación de tu hotel.

—¿Pensaste en…?

—Pensaba en muchas cosas, pero eso no significaba que fuera a hacerlas. Solo lo escribía por…

—Por sacarlo de dentro. Lo entiendo.

—Lo sé, sé que tú lo entiendes, por eso te lo cuento. Pero ella no lo entendió. Nunca entendió nada.

—¿Qué pasó?

—Mis padres son geniales, ya lo has visto. A lo mejor es que yo nunca fui tan genial como ellos. Siempre me había sentido, no sé, un poco incomprendido, pero era un adolescente, todos se sienten

incomprendidos. Sin embargo, cuando ella encontró el diario y lo leyó, todo cambió. Me llevaron a un psicólogo, estaban todo el rato encima de mí.

—Solo se preocupaban.

—Ya, pero nunca se molestaron en hablar conmigo de verdad, en entender nada. No sé, me sentía culpable y a la vez enfadado. Me fui a la universidad e intenté demostrarles el hombre que podía llegar a ser. La carrera de abogado, la esposa perfecta. Se sentían tan orgullosos…

—¿Y qué pasó?

—Que dejé a mi mujer, mi trabajo y volví aquí, al punto de partida, y ellos lo entendiendo como un fracaso. Claro que tampoco fue mi mejor época, pero no era su culpa, no era culpa de nadie, solo mía. Ellos pensaban que no me habían cuidado lo suficiente, como si hubieran hecho algo mal. Fue entonces cuando dejé de hacer lo que se esperaba de mí y por fin empecé a aceptarme como era, a sacar lo mejor que tenía. Empecé a escribir de verdad y… bueno, ya sabes, al final todo salió bien. Pero ahora vengo aquí a contarles lo que he logrado, por fin, siendo yo de verdad, y… nada ha cambiado. Haga lo que haga nada puede cambiar la forma en que me ven. No han contado conmigo, me siguen viendo como un niño débil y depresivo con el que no se puede contar.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro…

—¿Qué sentiste tú cuando leíste mi carta?

—¿Tu carta? No lo sé. Supongo que al principio preocupación, pero cuando te conocí un poco… Rabia, rabia de que alguien tan especial como tú se sintiera así. Quizás me sentí algo identificado.

—¿Y qué fue lo que hiciste? Intentaste cuidar de mí.

—No fue solo eso.

—Lo sé, lo que te quiero decir es que sabes que te entiendo. Mucho mejor de lo que piensas, porque siempre me he sentido así, joder, ¡claro que te entiendo! Pero ¿sabes qué? Cuando yo tuve esa etapa oscura cuando era adolescente, cuando sentía que nadie me entendía, no tuve una madre que quisiera ayudarme como solo puede hacerlo una madre…

James se queda ahora callado, me mira y vuelve a mirar al frente, como si no supiera cómo seguir la conversación.

—No me has hablado mucho de eso.

—No hay mucho qué contar. Murió en un accidente de coche, yo era muy pequeña. Apenas tengo recuerdos… Lo que te quiero decir no es que me parezca bien, ni que no entienda lo que dices, pero que

ahora mismo tienes una madre que te quiere y se preocupa por ti, que te acaba de decir que está enferma y que te necesita. Lo demás, no es que desaparezca, pero quizás ahora mismo no sea lo más importante.

—Las relaciones de padres e hijos son complicadas.

—Lo sé, mi padre apenas me habla desde que me vine a vivir contigo. Tampoco entiende lo que estoy haciendo y sé que me está castigando de alguna manera. Que él quería verme casada con Carlos, con mi trabajo de oficina y con la vida con la que él se sentía tranquilo que tuviera. Y me duele, me duele mucho que no me apoye en esto. Pero lo sigo queriendo como a nadie en este mundo.

James rompe la distancia que nos separa, me echa el brazo por encima y yo me apoyo en su hombro, la brisa nos da en la cara y casi me reseca los ojos, pero los de James están húmedos.

—A lo mejor he reaccionado así porque he preferido enfadarme con ella, como he hecho siempre, como a veces creo que podré hacer siempre, a asumir que hay una posibilidad real de que pueda… perderla. Sé que es el orden natural de las cosas, pero no así, no ahora…

—Sé que suena trillado pero, por lo poco que he visto, es una mujer fuerte y hoy en día un cáncer de mama no es como antes, y además…

James no me deja decir nada más, me abraza fuerte y deja que las lágrimas le salgan sin miedo. Ya me ha contado más de lo que seguramente haya contado a la mayoría de la gente, ya puede dejarme que lo vea débil y derrumbarse a mi lado sin miedo a que lo juzgue. Yo lo abrazo, susurrándole al oído palabras sin sentido de consuelo y de cariño y derramando lágrimas solidarias por su dolor, que ya es el mío.

Volvemos paseando abrazados, intentando recomponernos de la intensidad del momento. Ya no decimos nada más, no sabríamos expresarlo en palabras. Su madre nos ha mandado un mensaje, están en el puerto para coger el ferri de vuelta, esperando. Según llegamos la abraza fuerte y ella parece sorprendida, pero en seguida responde a su abrazo conmovida. Su madre y él pasan el trayecto de vuelta hablando a solas en una de las barandillas, creo que no solo de la operación, de los tratamientos y de todas las dudas. Creo que hablan de muchas más cosas que necesitaban decirse. Mientras, Peter y yo charlamos de temas más triviales y banales en los asientos del interior, tomando un café. La vida a veces es así de intensa y de aburrida a la vez.

Esa noche James y yo preparamos la cena para cuatro con lo

primero que cogemos del supermercado que hay más cerca. Compramos una botella de vino, ponemos música y nos dedicamos a lo que toca esa noche, a celebrar el presente, a celebrar la vida.

Cuando me levanto por la mañana, James ha ido a por tortitas para todos, al bar de su tío. Pero ha dejado algo en mi mesilla. La figura de un faro con una nota:

«Para que tú tampoco vuelvas a sentirte nunca perdida».

10
Lois Lane

He estado debatiéndome un rato sobre si ponerme un traje chaqueta o unos vaqueros, y al final, he acabado combinando los vaqueros con una americana. Arreglada, pero informal.

A estas alturas, ya debería saber cómo causar una buena impresión como periodista, pero lo cierto es que gran parte de mi trabajo lo he desarrollado desde casa, y aunque, obviamente, tenía que salir a cubrir noticias y hacer entrevistas, mi atuendo tenía más que ver con la persona que iba a entrevistar o el lugar al que tenía que asistir, que con los otros periodistas. Si a todo esto le sumamos que ser periodista en Nueva York para mí es algo así como el culmen del periodismo, aunque no sea en el *New York Times*, es comprensible que esté al borde de un ataque de nervios, teniendo en cuenta que yo soy nerviosa casi por naturaleza.

Paso el control de seguridad del edificio y presiono el botón del ascensor, sin poder evitar morderme las uñas mientras lo espero. Encima es uno de esos ascensores que va con claves y ya voy nerviosa por saber si voy a llegar a la planta correcta. Se supone que Alexa me espera allí para acompañarme al despacho de su jefe, que será quién me haga la entrevista.

Odio las entrevistas de trabajo, porque tú puedes mostrar la mejor versión de ti misma, pero quizás esa no es la versión que ellos están buscando. En la universidad, para poder pagarme mis gastos, compaginaba las prácticas como periodista, que por supuesto no eran remuneradas, con trabajos como dependienta. He pasado por procesos de selección absurdos en los que tenía que decidir a quién tiraría de un globo que va destino a una isla desierta, a procesos en los que tienes que volver a hacer raíces cuadradas en psicotécnicos que tienen como objetivo contratarte para la sección de punto señora. Y eso que el punto no tenías que diseñarlo tú ni nada.

Sin embargo, como periodista *freelance* la cosa ha sido algo diferente. Mis compañeras de universidad, las que tienen trabajo porque se han pasado al lado oscuro de la comunicación, normalmente pasan procesos de selección que duran meses, con pruebas en diferentes idiomas y entrevistas hasta con el bedel del edificio. Pero yo, como periodista, me he movido a base de contactos. Porque lo que vendes no eres tú, sino tu trabajo. Empiezas

en un sitio, la gente te conoce, le gusta lo que haces, te llaman de otro sitio, te encargan algo, hablas con alguien, surge un proyecto y poco a poco vas haciendo una red que suma no puestos de trabajo, sino trabajos en sí mismos.

Nada de lo que yo haya vivido me prepara para enfrentarme a ese señor grande, con cara de pocos amigos, que ojea mi currículum entre interesado y aburrido. Cruzo las piernas y pego los brazos a mi cuerpo, nerviosa porque sé que estoy sudando, y por alguna razón, mi sudor corporal es algo intenso que se dice.

Por fin, el hombre me mira, y cuando pienso en cuál de las preguntas que yo tengo en la mente va a hacerme, me hace la peor de todas.

—¿Y el inglés qué tal?

Creo que aquí lo del inglés nivel medio no es muy convincente. Es cierto que estoy mejorando, gracias a James, a Brian y a la academia, pero si me tiro a la piscina y digo que soy casi bilingüe, como seguro que son muchos en la redacción casi de nacimiento, lo más seguro es que me descubran el primer día.

—Estoy trabajando en ello, reconozco que es una de mis debilidades, pero es también una de mis metas.

—Ya…

Si en España el inglés me ha cerrado muchas puertas, debo de ser idiota como para pensar que eso no me iba a pasar en Estados Unidos. Empiezo a hacerme pequeña, decepcionada de mí misma, pensando que he estado a las puertas de conseguirlo, y que yo solita me he puesto la zancadilla. ¿Volveré a tener una oportunidad como esta?

—La verdad es que su currículum es muy bueno, tiene sobrada experiencia. Quizás…

Se abre una luz de esperanza. Ese quizás que yo siempre empleo como duda para ver el lado malo de las cosas, ahora puede inclinarse hacia el otro lado de la balanza. El entrevistador hace entonces una llamada con el móvil, pero sale un momento fuera para que no lo oiga. Tengo que concentrarme mucho para no morderme las uñas. Cuando vuelve tiene una sonrisa en la cara.

—Creo que podemos tener una solución.

No me podían hacer mejor oferta. Dado que aunque el periódico esté escrito en español, las ruedas de prensa y las entrevistas, obviamente son en inglés y mi nivel quizás no dé la talla, encuentran un hueco para mí en la sección de local, donde entrevistan a personas reconocidas de la comunidad latina de Nueva York, sobre todo del mundo de la cultura, entorno en el que yo me muevo como

pez en el agua.

Conocer historias personales, gente nueva, culturas nuevas. A veces la vida te sonríe, y esta vez, en vez de preguntarme los motivos, buscar los posibles contras y angustiarme por lo que pudiera durar o no, estoy decidida a disfrutarlo sin más. A lo mejor es que se me está pegando un poco el *carpe diem* del señor Harper.

Cuando salgo del despacho lo primero que pienso es que estoy deseando llamarlo para contarle que por fin tengo mi primer trabajo en una redacción. Lo siguiente es que no he vuelto a trabajar en una redacción desde mis tiempos de becaria precaria.

Todo el mundo piensa que los periodistas viven en las redacciones, como los murciélagos en sus cuevas. Pasándose el día usando el teléfono, gritándose los unos a los otros y tecleando sin parar. Antes era así. Cuando los periódicos tenían pasillos enormes con filas de mesas, donde la gente escribía dándose codazos, alguna que otra exclusiva, mientras otros salían corriendo en busca de nuevas noticias. Cuando el periodismo era periodismo y no un corta y pega.

Ahora las redacciones son cada vez más pequeñas, y a veces el redactor jefe es el único que realmente está en plantilla. El resto de los periodistas que firman en el medio están en sus casas, básicamente porque sale más barato tener a alguien trabajando en su casa y pagarle por piezas, que tenerlo contratando ocupando un puesto de trabajo. Lo que en principio podría ser visto como algo positivo, por eso de hacer entrevistas a cualquier persona del mundo, a través del correo electrónico, en pijama y sin necesidad de horarios, también tiene sus contras. Para empezar que ser autónomo no es un chollo. Supone no saber nunca, exactamente, cuánto vas a cobrar a fin de mes, si es que te queda algo de beneficio después de pagar no sabes ni cuántos impuestos. También supone que te puedes echar la siesta, levantarte tarde a veces, y usar tu propio baño, pero que estás siempre disponible y al final, no sabes cómo, estás siempre trabajando.

Hay días que sales y conoces gente interesante, que viajas y compartes experiencias con compañeros, que escribes temas que crees que realmente han aportado algo y te sientes realmente motivada y satisfecha. Otras veces te tiras días sin salir de casa, haciendo lo que se dice «temas propios», es decir, temas que tú misma te inventas, volviéndote loca buscando ideas que no se hayan escrito, o que no se hayan escrito mucho, porque en el fondo está ya todo dicho. Se te pasan las horas escribiendo temas como el que escribe informes, para rellenar, porque la competencia en lo digital

es ardua y todo depende no de la calidad, sino de los *like*. Te enfadas porque no puedes dedicarle el tiempo que querrías al tema que de verdad necesitas escribir, porque te modifican titulares para tener más gancho, cambiando el sentido de lo que de verdad querías decir. Pero luego surge esa entrevista, ese viaje, esa posibilidad de volver a escribir algo interesante y… te vuelves a enamorar. Porque ser periodista es como tener una relación, tienes momentos intensos de amor e intensos de odio. En ocasiones, te sientes exprimida y no das más de ti y en otras sientes que esa relación es lo mejor que te ha pasado en la vida. Pero era un amor, que casi siempre, había vivido en solitario.

Volver a enfrentarme a una redacción es un reto en sí mismo. Alexa me mira al salir del despacho y sonríe satisfecha de sí misma, como si mi contratación fuera un triunfo suyo, y comienza a hacerme el *tour*.

Pese a ir decidida, noto como mi estómago da vueltas y las piernas me tiemblan casi literalmente. Me voy fijando en las mesas, que se reparten en la sala. Solo unas cuantas están dedicadas a la redacción, pese a lo que se podría pensar. También tienen su espacio los maquetadores, los fotógrafos y los que tienen, como no, su lugar privilegiado: los comerciales. La gente compra poca prensa y hay que sobrevivir de la publicidad, ya sea online o en papel. Sin los comerciales no hay publicidad y sin publicidad no hay sueldo para pagar a los redactores, esto es así. Los despachos, por supuesto, están reservados a los jefes, esas personas que manejan el negocio, aunque de periodismo sepan poco, pero que aun así son los que deciden todo.

La mayoría de la gente no me mira cuando paso, están enfrascados en el ordenador, editando textos, mandando *mails*, buscando fuentes, fotografías o pegándose con los de maquetación para que les den unas columnas más de texto. Por fin, llegamos a la que según Alexa será mi mesa, la que acaba de dejar vacía una redactora más veterana, que ha encontrado un trabajo mejor. Eso que en Estados Unidos aún pasa y que en España se nos ha olvidado lo que era. Alexa llama de nuevo mi atención para presentarme a mi compañero de local, un chico mexicano, más joven que yo, pero que parece bastante más desenvuelto, y que se ocupará de los temas más políticos y sociales, para dejarme a mí la cultura, como si fuera algo de menor importancia. Me deja con él para que me ponga al día y empiezo a sentir pánico. Son demasiadas cosas para aprender en un solo día. Pero lo he hecho más veces, los trabajos nuevos siempre son así, al principio siempre crees que lo vas a hacer mal, que no vas a

saber y al final lo acabas haciendo, como todo. También podré con esto.

Llego a casa cansada. Al final posponemos la celebración para el fin de semana, y simplemente pedimos comida tailandesa y abrimos un buen vino para celebrarlo como más me apetece, charlando con James, abrazados con una copa de vino, en nuestro sofá. Los horarios van a ser un poco caóticos, también porque tengo claro que quiero seguir haciendo mis colaboraciones con la editorial mientras pueda, aunque James se enfade porque dice que ese tiempo libre lo debería dedicar a escribir, que es para lo que he venido. Mi respuesta es que es dinero y que prefiero poder pagarme mis gastos, no le confieso que aunque he intentado escribir, la verdad es que estoy totalmente bloqueada. Siempre he tenido ideas que me han revoloteado, pero ahora mismo, cuando me siento delante del ordenador no me sale nada. En este momento, prefiero contar las historias de los demás en lugar de las mías propias.

Los días empiezan a pasar entre visitas a exposiciones, horas muertas en la redacción, cafés y risas con nuevos compañeros que me entienden mejor de lo que la mayoría de la gente que conocía hasta ahora y las horas que todavía dedico a las clases de inglés y las charlas en el bar de Brian. El fin de semana, intento aprovecharlo con James, y cuando él está escribiendo, yo aprovecho para adelantar mis trabajos para la editorial. Aún sigo pendiente de buscar una fórmula para arreglar mi situación legal. El tiempo pasa rápido y pronto haré tres meses aquí, y si no arreglo mi permiso de trabajo tendré que volver a España. Aunque en el trabajo me han dicho que intentarían que conservase mi puesto mientras lo arreglo, no me hace mucha gracia la idea de volver.

Lo que empezó siendo una locura se ha acabado convirtiendo simplemente en mi vida. Tomo cafés enormes sentada en Central Park, trabajo como periodista en el centro de Manhattan y por primera vez en la vida, tengo una relación de verdad. Supongo que algo cambió entre nosotros en Montauk. Desde entonces, salimos de ese estado transitorio, cayeron las barreras y empezamos a disfrutarnos de verdad. También a implicarnos más el uno en la vida del otro. Al menos, yo más en la suya, al estar en su terreno de juego. Caroline está siendo muy valiente. Viene de vez en cuando a algún médico y nosotros vamos cuando podemos a pasar el día a la playa. De alguna manera, Montauk también fue un antes y un después en la relación de James con su madre, los muros también cayeron con ella.

Es como si la vida, por fin, me pareciera real. Con todo lo bueno, como las risas, las charlas con una copa de vino al llegar a casa, el

sexo improvisado o los abrazos que llegan sin que los pidas, cuando más los necesitas. También con todo lo malo, el mal humor por la mañana y las incesantes peleas por cosas tontas, como por qué él siempre deja la gomina abierta encima del lavabo o yo siempre dejó el bolso en la mesa del salón. Una convivencia de verdad, en la que me enfado más que con Carlos, pero porque de verdad me importa. Puede que no tenga mucho sentido, pero para mí tiene toda la lógica. Porque James y yo hemos construido algo juntos. Aunque yo ya puedo mantenerme a mí misma, no hemos vuelto a hablar de mudarme. Sé que es la casa de James, pero ahora, más allá de que compartamos gastos, sé que también es un poco mía, si no en la parte económica, sí en la emocional. Poco a poco ha dejado de ser su casa, para ser la nuestra y no por qué yo me haya impuesto, sino porque, de forma natural, he ido encontrando mi espacio aquí, sin invadir demasiado el suyo.

Que cada uno tengamos un cuarto propio para trabajar ayuda mucho, claro. Más ahora, cuando James está tan estresado. Nos vamos conociendo más, ya no solo somos dos adictos al sexo que no pueden quitarse las manos de encima, aunque también, sino que somos dos personas que empiezan a ver lo mejor y lo peor del otro y que pese a todo, deciden seguir dando pasos juntos. Por ejemplo, estas últimas semanas he descubierto que James es bastante obsesivo. Está trabajando en adaptar su libro para el guion de la película y se encierra durante horas y horas en su habitación, aunque yo esté en casa. A ratos, sale y anda como un sonámbulo por el pasillo, cogiendo cosas, simulando escenas, intentando verlas como en una película. A veces es muy cómico, otras un tanto inquietante. Si yo he estado en la redacción, se olvida de comer. A rachas, duerme de día y escribe de noche, pero lo entiendo, yo también soy ave nocturna cuando escribo. También he podido parecer un poco loca en ocasiones, así que no puedo juzgarlo. Hay momentos en los que está de muy mal humor, porque no consigue que le salga nada. Otros, está eufórico y no para de contarme todo lo que se le ha ocurrido. No ha vuelto a ir a Los Ángeles, de momento, pero también tiene días en los que no hace más que ir de reunión de reunión, en persona o por Skype o colgado del teléfono. Muchos ratos los pasamos comentando ideas que se nos ocurren a ambos, comentamos personajes, planos o casi cualquier ocurrencia en el diálogo y siento que conectamos no solo de un modo físico y emocional, también a nivel creativo e intelectual. Algo que, desde luego, no me había pasado nunca con nadie. Pero siempre sabe parar, para dedicarnos un rato a nosotros cada día. Un nosotros, como nunca jamás pensé

que tendría.

El sol entra por la ventana y me despierto antes de que suene el despertador. Lo bueno de mi trabajo es que no entro a trabajar muy temprano, pero muchas veces los eventos son por la noche y me toca volver tarde a casa. Me restriego los ojos y palpo la mesilla en busca de la píldora y mi botella de agua, como cada mañana. Estiro los brazos y entonces lo veo. Ha debido de volver a acostarse tarde. El sol hace que su pelo parezca algo más claro y el sueño le hace tener una expresión apacible. Pese al estrés de la película, a todo lo de su madre, parece feliz. Sonrío. Me quedo mirando su espalda ancha, la forma de sus hombros, la forma en que se marca su clavícula, sus pectorales con solo un poco de vello, y me entran ganas de acurrucarme de nuevo. Suspiro. Entonces, suena mi despertador y James abre los ojos desconcertado.

—Mmm, ¿qué hora es? —dice con la voz tomada, mientras se restriega los ojos.

—Es temprano, duerme —susurro, mientras le doy un beso ligero en la nariz.

—No, no. Tengo… tengo una reunión.

—Sí, pero aún te da tiempo a dormir un poco más, tienes que descansar.

Abre los ojos del todo y se me queda mirando. No dice nada, solo me mira, lo miro y se para el tiempo en el reloj.

—Estás preciosa —exclama, mientras pone la mano sobre mi pelo alborotado.

—Sí, debería hacerme una sesión de fotos ahora.

—Yo te estoy haciendo una foto mental. De esas que no se borran. —Se incorpora lo justo para besarme y, aun con la boca seca de por la mañana, es mejor que cualquier otro beso que me hayan dado antes. Después apoya su frente en mi frente y dice algo más, casi como si se le escapara—. Te quiero.

—Y yo a ti —lo digo de forma automática, antes de pararme a pensarlo. Sí que me ha dicho te quiero antes, pero casi siempre me lo ha dicho en la cama o dentro de una frase hecha. Es la primera vez que me lo dice así.

—No, de verdad. —James sigue acariciando mi pelo, mi cara, mi boca, como si en vez de una fotografía, me estuviera retratando en acuarela, para colgar este momento en la pared de sus recuerdos—. Sé que a veces me cuesta decir las cosas, pero… nunca he querido a nadie como a ti, Paula. He estado enamorado otras veces, como si

fuera algo transitorio, pero no… Yo nunca…

Me quedo callada. Él tiene los ojos vidriosos, yo también. James se queda atascado, como si tuviera miedo de continuar. Sé lo que quiere decir. Yo también lo he pensado. Que creía haber querido a Jorge, pero fue solo una obsesión, una historia inventada por mi anhelo de amor romántico, porque en realidad él ni siquiera me correspondió. Tampoco quise Carlos, más de lo que se quiere a tu mejor amigo. No ha sido hasta ahora cuando de verdad he entendido ese sentimiento en el pecho que la gente llama amor. Porque es pasión pero es amistad, porque es compañerismo, pero también es deseo. Un amor no como el de las películas, sino como el que funciona como un motor, para que las personas sigan luchando por la vida cada día. Intento decirle algo, cuando me doy cuenta de que la mano de James, que no suelta mi rostro, está temblando. Me lanzo a sus brazos y él se aferra a mí en un suspiro largo, como si en vez de fundirnos el uno en el otro, nos fundiéramos ambos en un mismo sentimiento, que nos supera a nosotros mismos. No, lo tengo claro, nunca había experimentado nada parecido.

—Te amo, James Harper…

No nos da tiempo a decirnos nada más, porque empezamos a comernos a besos, a intentar desgarrarnos la piel como si intentáramos meternos dentro del otro. Al final, pese a haberme despertado antes, llego tarde a la rueda de prensa y James llega tarde a su reunión.

Paso el resto del día tarareando canciones tontas sin parar, riéndome sola recordando algunos momentos de la mañana y despistándome demasiado. Alexa me contesta bastante borde un par de veces. Sé cuándo está enfadada porque lo hace en inglés, en vez de en castellano. Alexa no es la jefa, pero siempre se comporta como si lo fuera. Es la redactora estrella, siempre consigue alguna exclusiva, le dan los mejores reportajes y suele firmar la portada. Mis temas van siempre en columnas reducidas y al final del periódico. Pero son temas bonitos, quizás no sean sobre políticos corruptos, pero son sobre gente que intenta aportar cosas y a mí me vale.

Esta tarde tengo una entrevista con un escritor venezolano, en realidad, pensaba que se la iban a dar a Alexa y no a mí, porque aunque se trata de hablar de su nuevo libro, no es una novela, sino un libro sobre el cambio al radicalismo político en Estados Unidos y el aumento del racismo hacia la población hispana. Un tema, desde luego, importante. Creo que por eso hoy está más tensa conmigo, porque era un tema que quería ella. No estoy acostumbrada a competir, de hecho me ha costado acostumbrarme al simple hecho

de tener compañeros, así que intento pasar del tema e ir a lo mío.

La entrevista resulta realmente interesante, al final dejo de lado las preguntas que tenía preparadas y lo que era una sesión de pregunta respuesta, se convierte en una charla intensa, sobre muchos temas, en los que el entrevistado también quiere saber mi opinión. Solo he podido mirarme el libro por encima, me resulta difícil leer todos los libros que reseño por completo, pero escucharlo me resulta mucho más fascinante. Es una de esas personas que ve más allá y que pese a ser obvio que sabe más que la media, realmente se interesa por tu opinión, porque siempre cree que hay algo que aprender. Aunque al final solo me ha contestado a la mitad de mis preguntas, me promete que me va a mandar por *mail* las demás, pero que lo que hemos hablado, como trasfondo, ha merecido más la pena. Vuelvo a la redacción entusiasmada y me pongo como loca a transcribir. Esa tarea que es como el infierno de los periodistas. Escucha, escribe, escucha, escribe… y así horas infinitas. Pero esta vez estoy tan entusiasmada, que hasta voy mucho más rápido, sobre todo porque me entretengo menos con cada mosca que pasa. Cuando ya tengo la parte que me interesa transcrita y el *mail* de mi nuevo escritor favorito en la bandeja de entrada, Alexa aparece en mi mesa.

—¿Cómo lo llevas Lois Lane?

—Pues tengo casi todo transcrito, solo me falta editarlo. Pero va a quedar genial, lo presiento.

—Ya, bueno, no te molestes. Cambio de planes.

—¿Qué?

—Iba a ir para la entrevista de contraportada, pero lo hemos estado comentado con el director y es un tema demasiado controvertido. No nos interesa darle tanto bombo.

—Pero… Pero si…

—Además, el grupo editorial que le publica no es precisamente de nuestra simpatía.

—¿Entonces? ¿Todo el trabajo a la basura? ¿Y yo qué le digo?

—No, no, hemos pensado incluir algunas de las declaraciones en el reportaje que estoy redactando. Le dará otra perspectiva, es una fuente que quedará interesante, pero no ocupará tanto espacio.

—Así que mi entrevista, se convierte en tu reportaje.

—No, firmaremos las dos, claro. Pásame lo que tengas y ya te lo enseñaré cuando lo tenga montado.

No sé explicar cómo me siento ahora mismo. Indignada, rabiosa, triste, frustrada. Intento pensar cómo replicar, pero Alexa ya se ha dado la vuelta y está de nuevo en su ordenador. Sí, es la persona que me ofreció esta oportunidad, es la mejor periodista que he visto en

mucho tiempo, pero desde luego, es el ejemplo viviente de todo lo que la gente opina de esta profesión y yo siempre me he negado a creer, porque hasta ahora no había conocido a nadie como ella. Sí, Alexa sí vendería a su madre por una noticia. Mando el *mail* con mi texto en bruto intentando mantener la compostura, aunque al final, no lo puedo evitar y me meto en el baño de señoras a dejar que la rabia salga en forma de lágrimas.

Vuelvo a casa mucho más cabizbaja de lo que llegué nunca. James, extrañamente, está viendo la televisión en vez de estar sentado frente al ordenador. Está viendo deportes, eso lo aclara todo. Por suerte, no es un fanático del fútbol, como me ha pasado con todos los chicos que he conocido en España, pero es un gran forofo del baloncesto. Me apunto mentalmente invitarlo a ver algún partido, curiosamente, me apetece. Solo hemos ido una vez, y la verdad es que es una experiencia que no tiene nada que ver con el fútbol español, un partido de la NBA en directo es todo un espectáculo, con pantallas, animadoras, perritos calientes y dedos de espuma gigantes.

No digo nada, solo me dejo caer sobre el sofá, mientras él me mira extrañado y me da una ración de sus abrazos sin preguntarme nada. Después me trae una copa de vino blanco y me pregunta si quiero contarle qué me pasa. Le relato todo lo más calmada que puedo y me alegro de poder contar con alguien que realmente me entienda.

—Lo peor es que no me jode por mí. Sí, vale, me hacía ilusión hacer una contraportada y esas cosas. ¡Pero no es eso!

—Ya, es porque crees que era algo que merecía la pena ser publicado.

—¡Sí! ¡Eso es! Ni siquiera sabía por dónde iba a recortar la entrevista, era todo tan importante. Y ahora ¿qué? Un par de comillas en el reportaje de Alexa. Todo por su ansía de destacar. ¡Es tan injusto! Pero siempre se hace lo que ella quiere.

—Lo sé…

—¿Qué le voy a decir? Que después de haberme dedicado más de una hora de su tiempo, de todo lo que hemos hablado, ¿solo se va a utilizar una mínima parte? Y esa es otra, que no te creas que me ha dicho de escribirlo juntas, solo que yo le pase mis notas. ¡Podría al menos dejarme escribir esa parte! ¡Soy yo la que ha estado charlando con la fuente! Dice que pondrá mi nombre, pero preferiría saber qué escribe antes. Odio cuando me firman cosas con las que no estoy de acuerdo. Me ha pasado alguna vez cuando estaba fuera de la redacción.

—¿Y cuándo se publica?

—Supongo que entrará en los temas de fin de semana, encima eso, como tiene hasta entonces para hacerlo voy a estar toda la semana nerviosa con esto.

—Te entiendo. Me pasa un poco lo mismo con la novela. —James sorbe un poco de vino, mientras yo, tras mi discurso, me vuelvo a acoplar entre sus brazos y dejo que me acaricie el pelo—. Por más que intento adaptarme a sus cambios, hay cosas que, joder, simplemente son esenciales en la historia. Y las quitan solo para que salgan más planos de sexo. Porque es lo que vende. Entiendo que hay que entrar en el juego, pero no todo vale.

—En tu defensa, diré que es que tus escenas de sexo en la novela son realmente excitantes. Es normal que quieran darles protagonismo.

—Pues eso que la escribí antes de conocerte, ahora serían brutales. —James sonríe, sonríe como lo hace justo como cuando está a punto de darme un beso. Un beso que me devuelve el buen humor.

—Se agradece el cumplido. Pero seguro que las escenas de sexo quedan mejor con la tía buena de turno que haga de protagonista que conmigo.

—Por cierto… Ahora que lo dices… Van a venir los actores a Nueva York. Bueno, ellos y gran parte del equipo. Tenemos una reunión aquí y hay una fiesta de preproducción. ¿Querrás venir?

—¿En serio? —Reconozco que una parte friki de mí tiene ganas de estar en una fiesta de actores de Hollywood con mi novio. Justo, en ese momento, lo recuerdo. Mi novio en la intimidad, pero no en la vida pública. Su agente sigue empeñado en que no haya noticias que distraigan la atención de la película—. Pero… ¿puedo ir como tu acompañante? Ya sabes, como tu agente dice que…

—Ya… Ni siquiera lo había pensado. Me parece todo muy absurdo. ¡Yo no soy una estrella! El foco estará en los actores. Pero… no sé, ¿y si invitas también a Brian? Seguro que le encanta. Si vamos los tres, no habrá problema.

—El problema será como todos crean que él es tu pareja.

—Oye, que Brian está muy bueno, no me importaría.

Al final, nos echamos a reír, y acabamos viendo una película antigua en blanco negro. Yo me siento agotada y me quedo dormida antes de que termine, pero esa noche, me despierto varias veces, con muchas pesadillas. En una de ellas, estoy en el periódico, pero no soy yo, soy Alexa. En otra, sueño que voy con James a ver su película, pero entonces, desaparece de mi lado y pasa a ser uno de los

personajes y, por más que lo intento, no soy capaz de que vuelva a atravesar la pantalla para volver a mi lado.

La semana se pasa volada. He pasado de estar aburrida de tanto tiempo libre a no parar de todo lo que tengo que hacer, por eso, no es hasta el mismo sábado, el día de la fiesta de preproducción de la película de James, que consigo irme de compras con Brian, para elegir algo de urgencia para esa misma noche. Tengo suerte de contar con él. No soy muy estilosa. Me sé sacar partido, pero no soy capaz de hacer como esas chicas que se compran cualquier cosa y lo combinan de tal forma que parecen recién salidas de una revista de moda. Elijo un vestido negro, elegante pero sencillo, *sexy* pero discreto. Lo justo para no llamar excesivamente la atención, pero sin quedar de menos. Sigo enfadada con la idea de que no pueda ir como la pareja de James, pero sé que con Brian lo vamos a pasar genial. Y él está como loco con la invitación.

—¿Corbata o pajarita?

—Yo creo que mejor la corbata.

—Mejor la pajarita, es top.

—¿Entonces para qué me preguntas?

—Para que te des cuenta de lo que me necesitas, *honey*.

—Bueno, aquí don importante.

—Es verdad, tú todavía necesitas mucho a la gente, pero no te preocupes, ya se te pasará. —Brian suelta esa frase como si nada, dejándome ahí, con mi ceja levantada pensando qué habrá querido decir, mientras él sigue ojeando pajaritas y obviando mi observación sobre las corbatas. Dirá lo que quiera, y estarán de moda, pero a mí me parece mucho más elegante ir con corbata.

Cuando todavía estoy pensando en la frase de Brian, lo veo. Me quedo parada, pensando que seguramente sea imaginación mía, que a lo mejor me equivoco, pero cuando Brian me dice que vayamos en busca de un bolso, veo que nos sigue. Es el hombre que vi aquella vez con Miriam. Es cierto que ese día también estaba de compras, pero no aquí. No puede ser casualidad.

—¿Paula?

—¿Eh?

—Te llevo preguntando un rato, que cómo hemos quedado con James, ¿qué te pasa? ¿Qué estás mirando? —Brian sigue mi mirada —. Pues que quieres que te diga, no es mi tipo para nada, y apostaría que el tuyo tampoco.

—No, no es eso, es que…

—*Wait!* ¡Es ese hombre!

—¿Qué? ¿Lo conoces?

—No, pero lo he visto varias veces por el café. De hecho, es raro que no lo hayas visto… Suele ir cuando quedáis el grupo de inglés, pero nunca interviene, siempre os mira desde lejos, un poco inquietante todo.

—¿En serio? —Me quedo pensativa. ¿Cómo no lo he visto por allí? La verdad es que en las charlas de inglés voy tan nerviosa, que intento estar concentrada, quizás allí no llamó mi atención. Pero desde luego no puede ser casualidad.

—¿Por qué? ¿Lo conoces tú? —Brian me coge de la mano para que podamos observarlo más disimuladamente. Al perdernos de vista, parece ponerse nervioso.

—No, pero no es la primera vez que noto como… como si me estuviera siguiendo, ¿es una locura?

—¡Es muy *crazy*! Pero, *look at him!* Tiene toda la pinta de uno de esos detectives privados venidos a menos. ¿Hay alguien que quisiera espiarte?

Me quedo pensativa. ¿Espiarme? ¿A mí? La única persona que realmente me conoce en Nueva York es James. ¿Tendría sentido que quisiera saber qué hago cuando no está? Desde luego, no da esa impresión y no quiero imaginar que ahora descubriera que es un celoso maniaco. No, James no es especialmente celoso, he tenido parejas que son celosas y no tiene nada que ver. Entonces caigo. Pareja celosa. No, no me espían para nadie de Nueva York, pero tendría sentido que le hubiera contratado alguien desde España.

—¡Mi ex!

—¿Quién? ¿El de las peticiones de mano cutres?

—Joder, Brian, qué lengua viperina tienes. Sí, Carlos, ¿quién si no? Hace mucho que no hablo con él, pero tiene sentido. Que no lo haya dejado estar sin más, que quiera saber realmente si hay alguien más, qué estoy haciendo aquí.

—¿Tú crees?

—¿Qué otra explicación podría tener? —Me quedo mirando a Brian, cuando me doy cuenta de que ha sacado el móvil y le está haciendo una foto al hombre—. Pero ¿qué haces?

—¿Tú no eres Lois Lane? ¡Pues un poco de periodismo de investigación! Déjame que pregunte a unos amigos, seguro que me pueden decir algo…

—¿A unos amigos? ¿Qué clase de amigos tienes tú?

—*Sweetheart*, un caballero nunca revela todos sus secretos.

Dejo en manos de Brian averiguar si este hombre es o no un

detective privado, todo hay que decirlo, un poco torpe. ¿Debería llamar a Carlos? Han pasado unos meses, pero lo que para mí ya me parece otra vida, quizás para él esté mucho más reciente. Yo he pasado página, pero porque para mí nuestra relación nunca existió como lo hizo para él. Quizás es hora de que haga un viaje a España. De que cierre todas las heridas que he dejado abiertas con Carlos, con mi padre, con mis amigas… Pero esta noche no quiero pensar en eso. Esta noche es nuestra noche.

La fiesta es en el ático de un lujoso hotel. Hay un jardín vertical, una piscina de agua caliente, una banda de *jazz* en directo y barras que sirven cócteles imposibles por doquier. La fiesta es de la productora, así que están invitados algunos de los actores de otras de sus películas, directores de cine y, sobre todo, inversores. Al fin y al cabo, hasta que no haya dinero sobre la mesa, no se podrá empezar a rodar la película.

Miro a mi alrededor y tengo la sensación de que todo el mundo es más llamativo que yo, incluidas las camareras. Es como si fuera un mundo aparte de la vida real, donde todos parecen interesantes, seguros, atractivos. La gente ríe, bebe, hace negocios, conquista como si estuviera en el lugar en el que les corresponde estar. Miro a James. Hoy está desempeñando el papel perfecto de señor Harper, encantador, divertido, culto, interesante. Todo el mundo quiere hablar con él, que le firme un libro, hablarle de ideas para la película o hacerse una foto. Él tiene que mostrarse dispuesto, así que parece ser que soy la única que no va a tener su minuto de gloria con el señor Harper. No puedo decirle nada, es normal, esta fiesta es para eso, para darse a conocer. No es algo entre él y yo, yo solo he venido por disfrutar de un buen rato y ser su apoyo moral si me necesita. Aunque desde luego no parece necesitarlo.

Brian me mira, sigue mi mirada y hace un gesto de negación, a la vez que me coge de la mano y me lleva a una de las barras. Pero yo no puedo dejar de mirarlo. No parece que sea el chico con el que me levanto cada mañana, que me hace reír viendo la tele o que cubre de besos cada parte de mi cuerpo. Es como si fuera alguien totalmente ajeno a mí, a mi vida. Cuando creo que por fin somos algo, que lo conozco, siento que no sé realmente quién es esa persona, a la que escucho usar una risa diferente cuando se ríe en público. Sé que está desempeñando un papel, que tiene que hacerlo, que es su coraza y que son solo negocios. Yo también lo he hecho alguna vez. Pero no puedo dejar de pensar hasta qué punto se puede ser diferente según con la persona con la que se esté. Puede que tenga que aceptar que esta también es una parte de él, aunque me guste menos. Mientras

dejo que Brian me dé una nueva copa, que ni siquiera he sido consciente de elegir, veo que alguien se le acerca. Es una chica rubia, más joven que yo, con los ojos verdes, delgada y claramente exuberante. Él la saluda, diría que casi cariñosamente.

—Vaya, vaya, ¿esa es Jennifer Cline?

—¿Quién?

—Es la actriz de moda ahora. Por favor, me muero por ella, dile a tu amorcito que nos la presente.

—No creo que sea…

No me da tiempo a decir nada, Brian me vuelve a llevar entre la gente, justo donde está Harper, que nos mira sorprendido. Me quedo tan impactada al tener a esa belleza tan cerca que desconecto ante la parrafada de halagos que Brian le está soltando, a lo que ella parece encantada.

—La verdad es que estoy encantada con el personaje. La novela de James es fantástica, la forma en la que ha creado a la protagonista es… Fascinante. Estoy deseando que podamos enfocar cómo vamos a recrearla en la gran pantalla. —Consigo entender cuando por fin vuelvo a conectar el modo en inglés de mi cabeza.

—*Oh my God!* ¿Has oído, Paula? Jennifer va a ser la protagonista. Nadie podría hacerlo mejor. —Brian sigue hablando mientras yo solo sonrío, pensando en que ella le ha llamado James. Si va a ser su protagonista, habrán tenido que hablar mucho, claro. A mí solo me dijo que habían elegido a la tía buena de turno. ¿Por qué no me ha hablado de ella? Los observo mientras hablan. Como ella le pone la mano encima, como él sonríe, como ella se sonroja brevemente. Lo veo tan obvio que algo se me atasca en el pecho.

—Si me disculpáis un momento, tengo que ir al aseo.

Salgo escopetada al baño, sin esperar respuesta. Me falta el aire por momentos. Intento entrar en uno de los aseos de señora y lo que me encuentro es a dos chicas monísimas poniéndose de coca, que encima me miran con cara de muy pocos amigos. Cierro la puerta número uno y encuentro un cubículo vacío tras la puerta número dos. La cierro y me intento relajar. Joder, ¿por qué siempre acabo llorando escondida en un baño? ¿Qué narices me pasa? Intento relajarme. Ya sabía cómo eran estas cosas, pero no me gusta. No me gusta nada de esto, no me gusta que a James le guste nada de esto. Me calmo y pienso en qué excusa le voy a poner a Brian para marcharnos. Solo quiero irme a casa.

Cuando salgo James está en la puerta. Me mira preocupado, yo intento pasar de largo, pero él me agarra del brazo.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Yo…

—¿Por qué te has ido así? ¿Estás cabreada por algo?

—¿Te la has tirado? —suelto de sopetón.

—¿Qué?

—A… ¡cómo se llame! ¡Ya sabes quién! —No sé por qué estoy tan nerviosa.

—Por favor, Paula, no quiero montar una escena, aquí no. —Pero según me mira sabe que no va a contener mi rabia tan fácilmente. James mira a los lados y busca un pequeño *hall* en el que tenemos algo más de intimidad. Cuando nos apartamos, se queda mirando al suelo.

—No me has contestado.

—¿Y qué es lo que quieres que te conteste? —No me mira, no puede mirarme.

—Nada, no hace falta. Sé cuál es la respuesta. ¿Cuándo fue? ¿Cuándo fuiste a Los Ángeles?

—Sí.

—De puta madre. —Hago el amago de irme, pero vuelve a cogerme.

—Paula…

—¡Qué!

—Joder, fue hace meses. Te lo dije, no te engañé nunca respecto a lo que había entre nosotros, —Me quedo callada, porque por un momento me viene la imagen de esos dos tíos que conocimos Miriam y yo cuando él estuvo de viaje. Sí, lo sabía, entonces supe lo que había hecho, él supo que yo también y ambos nos abrazamos a su vuelta y decidimos no decir nada del tema. ¿Por qué estoy tan furiosa ahora? Porque ahora es diferente a entonces, está claro. Pero ¿lo es para él también?

—Te la tiraste en Los Ángeles, vale, ¿y ahora? ¿Vas a seguir tirándotela ahora?

—No.

—¿Y por qué no?

—Porque ahora es diferente. Ahora lo que hay entre nosotros es diferente.

Suspiro, como si al echar el aire echase parte de la tensión de mi cuerpo. No puedo enfadarme por lo que hizo, porque sé que no tengo derecho a hacerlo. Sin embargo, eso no hace que se vaya esta angustia del pecho. Porque puede que entonces no tuviera importancia, pero va a estar con esa diosa venus preparando el personaje y es obvio que entre ellos hay química, que ella, qué duda cabe, es mucho más todo que yo. Nunca me he sentido tan

vulnerable, siempre he tenido un buen concepto de mí misma, y ahora mismo me siento como si fuera una maldita pordiosera.

—Paula, por favor, di algo.

—No me gusta —digo, sin saber ni lo que estoy diciendo—. No me gusta esta gente, no me gusta este mundo, no me gustas tú cuando estás en este mundo.

—No es mi lugar favorito.

—Pues lo parece.

—Sabes que mi sitio está en casa. En nuestra casa.

Me coge de la barbilla y me mira a los ojos. Lo veo a él. El hombre que he llegado a amar como nunca pensé que amaría a nadie y, aun presa de la angustia y la confusión, lo beso, lo beso como si llevara mucho tiempo sin besarlo. Él me coge de la nuca y me corresponde con ganas. Como si quisiera decirme muchas cosas con ese beso, como si quisiera que perdiera el miedo, precisamente a perderlo. Seguimos besándonos, porque si dejamos de hacerlo, volveremos a pelear hasta que alguien nos interrumpe.

—Oh, *sorry*.

Es ella. Jennifer, acabo de recordar su nombre. Nos mira sorprendida, después sonríe. James se separa lentamente de mí y a mi mente viene una nueva imagen. Una noche en Roma, cuando yo le conté a James mis fantasías y él me impulsó a hacer algo que nunca creía que podría hacer. No voy a poder librarme de la presencia de Jennifer, ni voy a alejar a James de su sueño por mis inseguridades. Si no puedes con el enemigo, únete a él.

Esta vez tengo que ser más sinuosa. No es la misma situación, ni es la misma chica. Pero pese a lo intimidada que me hace sentir, soy capaz de sonreírla, acercarme a ella para disculpar cómo me he ausentado de la conversación antes y rozar brevemente su espalda. Un pequeño gesto que es como un anzuelo en medio del mar. Para mi sorpresa el pez pica, Jennifer me dice en inglés que James tiene muy buen gusto, mientras me recoge el pelo en otro pequeño gesto.

James nos mira desconcertado, incapaz de leer el lenguaje entre mujeres, que nos estamos comunicando con la mirada. En un gesto, igual de breve, me despido de ella, no sin antes deslizar la llave de la habitación que el hotel ha regalado a James como obsequio por su fiesta, y que pensaba que disfrutaríamos a solas. Sonrío de forma seductora, vuelvo a besar a James delante de sus narices y acto seguido, salgo de la habitación todo lo digna que puedo en busca de Brian. Lo encuentro antes de lo que pensaba, entrando en el baño de caballeros bien acompañado. Creo que no me va a echar de menos. James me alcanza por detrás. Parece que ya se ha percatado.

—¿Estás segura de lo que estás haciendo?

—No, contigo, por algún motivo, nunca lo estoy. Pero eso es lo divertido, ¿no?

—No es necesario que hagamos esto.

—Lo sé. Pero quiero hacerlo.

Cojo a James de la mano y me dirijo con él hacia el ascensor. Él comienza a besarme en cuanto se cierran las puertas. Solo con la idea, sin ni siquiera saber si nuestra invitada va a venir, ya está excitado, muy excitado. Curiosamente, yo también. Apenas hemos entrado a la *suite*, cuando alguien llama a la puerta. Soy yo la que se acerca a abrirla. Me quedo sorprendida. Jennifer no viene sola, viene con un chico, otro actor, bastante atractivo, que se queda detrás de ella. Ella me mira, como sabiendo que somos nosotras las que decidimos y que debe obtener mi permiso. Yo asiento y los dejo pasar. Entiendo que una mujer como ella no quiera ser la tercera en discordia, y que puestos a jugar, ha de ser en igualdad de condiciones. James se queda bastante estupefacto al ver que tenemos más compañía de la que pensaba, pero reacciona sirviendo unas copas de champán y sentándose cómodamente en la cama. Lo sé, le gusta observar. Es lo que más le gusta del mundo. El acompañante de Jennifer, que se presenta como Oliver, es alto, moreno de piel, ojos color miel. Creo que tiene ascendencia latina, quizás a Jennifer le haya hecho gracia la mezcla. Oliver se sienta en un sofá y Jennifer y yo quedamos en medio de la escena. Como si yo también fuera actriz, como ella, y supiéramos que los espectadores esperan ansiosos la representación.

Tomo la iniciativa. Me acerco, pensando que ella solo es una mujer, como yo, y le quito un mechón de pelo de la cara, en un gesto de complicidad. Ella sonríe, divertida y me susurra algo al oído, que casi puedo intuir más que descifrar. Se deshace de sus tacones para quedar a mi altura y comenzamos a besarnos. Sus labios son carnosos, suaves y disfruto realmente del sabor de su boca burbujeante. Me giro y le doy la espalda, para que pueda empezar a desabrocharme el vestido. Lo hace con calma, como si disfrutase de cada roce fortuito con mi cuerpo, y antes de que me dé la vuelta, ella ha bajado los tirantes de su vestido, para que este caiga hasta sus pies. Estamos las dos frente a frente, en ropa interior, y lo único que puedo pensar es en que me excita muchísimo. Su cuerpo es escultural y, en vez de sentirme intimidada, me siento afortunada porque sé que lo voy a gozar. Comienzo a besar sus pechos con mimo, a lo que ella responde con un leve gemido. Meto la mano en la copa de su sujetador y los libero, mientras ella se suelta el pelo. Cojo sus pechos

con las dos manos, los masajeo a placer. Sus pezones están oscuros y erectos, así que les paso mi lengua para sensibilizarlos y después paso a besarlos, a mordisquearlos. Ella acaricia mi pelo mientras y, después, baja su mano por mi vientre, para a través de la ropa interior presionar mi sexo. Me baja las bragas, mientras comienza a mordisquear mi cuello. Suspiro. Esto es nuevo, es raro, pero es muy erótico. Siento como hunde sus dedos en mi humedad, sorprendida yo misma de estar tan increíblemente lubricada. Entonces lo oigo. Es un gemido. Un gemido masculino que me es conocido. Miro de reojo, James se ha quitado los pantalones y se toca mientras nos mira. Puedo ver como machaca su miembro erecto y puedo adivinar que el compañero de enfrente está haciendo exactamente lo mismo. Esto sí que es nuevo. No me da tiempo a reaccionar. Jennifer baja a besar mis pechos, mi tripa y llega con su boca hasta mi sexo. No es la primera vez que lo hace, es obvio, sabe muy bien cómo hacerlo. Joder si sabe. Me apoyo en sus hombros para no perder el equilibrio mientras su lengua acaricia mi clítoris y mis ojos se deleitan con la imagen de James, mientras él se deleita con la mía. Me corro tan rápido que ni siquiera me lo creo. Pienso que es que los preliminares empezaron cuando ella nos pilló dándonos un beso.

No estoy segura de poder corresponderla, porque no sé si eso es algo que quiero hacer, ni siquiera si sabría hacerlo, aunque tengo en mente otra idea que quiero probar. Me siento en el suelo, ella me imita como si pudiera leer mi mente y entrelazamos nuestras piernas de forma que nuestros sexos se juntan, casi como si fueran dos ventosas. Empezamos a movernos, a dejar que nuestros cuerpos se contoneen, que nuestras miradas de placer se crucen, que nuestros sexos parezcan uno solo. Cuando ella está a punto de correrse hace un gesto a su compañero y le pide algo en un inglés tan perdido en una exhalación, que no lo entiendo hasta que él no se acerca y ella comienza a devorarle el pene con ganas. Me gusta la idea. James me mira y yo, juguetona, me lamo el labio. Sin embargo, él, en vez de acercarme directamente su pene, se acerca para besarme, para besar mis pechos, para idolatrarme. Antes de que pueda incorporarse, Jennifer llega a su orgasmo y todos nos quedamos mirando. Jennifer empieza a pajear fuertemente a Oliver, que también acaba teniendo su orgasmo, y yo empiezo a devorar la erección de James con la boca. Pero veo que ella me mira con envidia, y lejos de sentir celos, de sentir que James sea algo de mi propiedad, todo comienza a parecerme difuso, casi estúpido y simplemente le hago un gesto para que ambas podamos lamer a James a una misma vez, mientras su pareja se recupera. James está casi enloquecido. Pero una vez más

me sorprende y en vez de dejarse ir sobre nosotras, se tumba sobre la cama, me coge de la mano para que me ponga encima y le cabalgo apenas unas embestidas antes de que se derrame dentro de mí.

Sé que debería de parar. Todos hemos tenido nuestra ración de placer y ningún ego ha salido herido. Cada oveja con su pareja y todos tan contentos. Pero no puedo, porque siento la malvada necesidad de que estemos en paz. Me incorporo y me acerco a Oliver, que está sentado sobre la alfombra, extenuado. Me mira deseoso y yo miro a Jennifer en busca de su aprobación. Ella asiente, se acerca conmigo y comienza a besar de nuevo su pene para hacerlo revivir. Mi mente va a mil por hora. No quiero darle placer, quiero que él me lo dé a mí. Pongo cada una de mis piernas a un lado de su cuello, y acerco mi sexo a la cara de un hombre al que no conozco de nada y al que espero no volver a ver en la vida. Él me agarra, ardiendo de deseo por tanto estímulo y comienza a devorarme con ganas. Para mi sorpresa, James también se acerca y lejos de parecer molesto, me ayuda a sujetarme, mientras me besa. Siento que ya no hay límites. Jennifer se levanta y saca dos condones del bolso. Nos subimos los cuatro a la cama. Ella le pone el condón a Oliver, yo a James, pero después, lo hacemos todo al revés. Oliver está sentado frente a mí, y ante la mirada atenta de James y de Jennifer cojo su pene y lo introduzco dentro de mí. James lo mira, lo mira como si en realidad esa imagen lo excitara sobremanera. Jennifer se pone a cuatro patas frente a él, y comienza a penetrarla violentamente. Tenemos que acompasar los ritmos para no caernos los cuatro de la cama. Miro como él se la folla, mientras siento el pene de otro atravesándome y no soy capaz de pensar si está bien o si está mal. Solo consigo gemir, gritar y contagiarme de los gemidos y de los jadeos de los demás, en el orgasmo casi simultáneo más raro que haya experimentado nunca y que crea que vaya a experimentar jamás.

Jennifer y Oliver se marchan con la misma naturalidad y educación con la que han venido y yo voy directa a la ducha, para tener un momento para mí, antes de tener que decir nada más. Cuando salgo, James ya está metido en la cama, mirando al techo. Me mira esperando que sea yo la que rompa el silencio.

—Ya estamos en paz. Pero no vuelvas a follártela sin que esté yo delante.

Él no me dice nada, no hace falta. Yo me acuesto a su lado, pero por alguna razón, no soy capaz de abrazarlo, ni de acercarme a él para dormir.

Cuando me despierto, James está en la ducha. Yo busco el teléfono móvil para localizar a Brian, me dice que ha sido una noche

increíble, que espera que yo también le cuente qué pasó anoche. No sé si prefiero que sea algo para guardarme para mí. James sale con el pelo mojado y unos vaqueros. Es como si el señor Harper se hubiera ido anoche y volviera a despertarme con mi novio. Me da un beso en la frente, como si fuera cualquier otra mañana.

—He pedido el desayuno, ¿*bagels*?

—Sí, tengo hambre —contesto, mientras pienso dónde está la ropa que traje para ponerme por la mañana y no ir con mi vestido de fiesta.

—Hoy no tengo ninguna reunión y después de las mil ideas que me dijeron ayer, creo que no sería capaz de escribir nada, así que creo que aprovecharé el domingo para ir a Montauk a ver a mi madre. ¿Quieres venir?

—Pues… —Pienso en un paseo por la playa, en un atardecer sentados bajo el faro. Por alguna razón, hoy no me imagino allí. Hoy necesito espacio para mí—. Casi prefiero quedarme, si no te importa ir solo.

—Ya… —James se pone la camiseta, comienza a respirar fuerte, como cuando se pone nervioso.

—No es por nada. Es que tengo que adelantar cosas de la editorial, no me da tiempo a todo. Si voy contigo, iré agobiada toda la semana. Además, así estás un poco a solas con tu madre, que siempre estoy en medio.

—¿Estás segura? Siempre lo pasamos bien allí y ya sabes que mi madre te adora. —Se acerca a mí, sus ojos me dicen muchas cosas. Como si esta mañana fuera él el que tuviera miedo de perderme a mí.

—Segura, cogeré un taxi a casa. No te preocupes de verdad, ve a la playa, despéjate y mañana con la cabeza más centrada ya me cuentas bien todo lo que te comentaron ayer. ¿Vale? —Intento sonreír, pero no sé si resulto convincente. Todo era perfecto a principios de esta misma semana, ¿por qué hoy me parece tan diferente? ¿Pueden cambiar los sentimientos en días? ¿Incluso en horas?

—Bueno, pero si necesitas algo… Llámame ¿vale?, con lo que sea. No llegaré tarde, podemos cenar juntos por ahí si quieres. Tomarnos un vino, ir a probar alguna comida nueva. No sé.

—Claro, ¡me parece bien! —Me levanto a darle un beso y justo en ese momento llega el desayuno.

Cojo un taxi amarillo al salir del hotel. Ya he aprendido a hacerlo.

Llevo mi maleta con la ropa de anoche, como si fuera la prueba del delito. Me he quedado en *stand by*, como si no sintiera nada, ni frío ni calor. Tengo tantos sentimientos encontrados, que no soy capaz de decantarme por ninguno en concreto, de tal forma que estoy en una especie de extraña nebulosa. Le digo al taxista que me deje un poco antes, quizás me venga bien pasear. De camino, veo un kiosco y aprovecho para comprar el periódico y leerlo en casa. Según llego a nuestro edificio, voy primero al sótano a poner una lavadora, que dejo en marcha mientras me subo de nuevo a casa y me siento en el sofá, para esperar con un zumo de naranja. Me pongo a leer las noticias de mis compañeros, cuando me doy cuenta de que hoy ha salido el reportaje de Alexa. Busco las declaraciones de mi entrevista y siento que muero por momentos. Ha sacado todo de contexto y las ha utilizado como ha querido. Este no era el sentido de la entrevista, no era lo que se suponía que iba a ser. No puede ser. Joder. Y entonces la compuerta se abre.

Arrugo el periódico enfadada, no con la noticia, ni con Alexa, sino con todo lo que no es como pensaba que sería. Con todo lo que se diluye en mis manos, sin que lo entienda. Empiezo a llorar las lágrimas contenidas desde anoche, hecha de nuevo un guiñapo en el sofá. No quiero compartir a James con nadie. No quiero ser Lois Lane, si eso significa no tener principios y que todo valga con tal de tener una noticia. Me hago un ovillo mientas lloro abrazada al sofá, hasta que me empiezan a dar unos pinchazos en los ovarios. Lo que me faltaba, que me baje la regla. Por eso debo estar más llorona. A lo mejor todo esto no es para tanto, puede que todo esté bien y solo falle que yo estoy hormonal. Entonces empiezo a echar cuentas de cuando me bajó por última vez la regla y algo me descuadra. Me tendría que haber venido hace semanas. Pero no, no puede ser. Me seco la cara. Eso no puede ser. Seguro que son los nervios, los cambios, eso es. Un retraso tonto, me ha pasado más veces. No pasa nada. No va a pasar nada. Todo va a estar bien.

11
Mamá

No sé cuánto tiempo llevo acurrucada en el sofá. Me he debido de quedar dormida, porque cuando abro los ojos es de noche. Algo me ha despertado, pero me siento tan confusa que tardo un rato en distinguir que ha sido el sonido de la puerta. Alguien ha entrado, es James. Enciende la luz y me tapo la cara instintivamente, como si la luz fuera a quemarme o algo parecido. Peor, como si me hiciera volver al mundo real del que llevo horas escondida.

—¿Qué haces ahí?

James deja las llaves encima de la mesa y me observa. No me veo, pero puedo imaginar la estampa. Con los ojos rojos de llorar, el pelo despeinado, los pañuelos de sonarme los mocos esparcidos por la mesa y con cara de estar totalmente perdida. Intento contestar, pero un nudo me impide articular una sola palabra.

—¿Estás bien? —Otro intento por responder, asiento con la cabeza, pero empiezo a lloriquear sin sentido otra vez—. Paula, si es por lo de anoche… De verdad, olvidémoslo, no tenía que haber pasado; ni lo de anoche ni lo de Jennifer, no tienes de qué preocuparte, de verdad…

—No es eso… —consigo decir por fin. ¿Lo de anoche? Ni siquiera recuerdo qué es lo de anoche. No soy capaz de entender nada de lo que dice.

—¿Ha pasado algo? No entiendo…

Ahora niego con la cabeza. James se acerca con cara de preocupado, intenta acariciarme, pero yo me alejo instintivamente y hago barrera con mis brazos para protegerme. Tengo que explicárselo, pero no puedo, porque yo tampoco lo entiendo todavía.

—Paula, en serio, me estás asustando. ¿Es tu padre? ¿Es algo que ha pasado en Madrid? ¿O es por algo del visado?

—¿Qué? No, no… —Mi padre, Madrid… El visado…

Siento una arcada y entonces mi cuerpo reacciona. Me levanto y salgo corriendo al baño. Vomito, casi a la vez que lloro, pensando por qué no he tenido náuseas antes, si habrá sido una forma que mi cuerpo ha tenido para guardar el secreto, que ya no necesita seguir escondiendo. Me lavo la cara, me miro al espejo e intento recomponerme un poco. ¿Cómo voy a decírselo? Pero cuando salgo al salón me doy cuenta de que no hace falta. James está con el test

de embarazo en la mano. Lo dejé en la mesa, en el mismo sitio en el que yo lo miré y ya no fui capaz de volver a levantarme. James me mira, con los ojos muy abiertos, pero tampoco dice nada. Soy incapaz de ir hacia él, estoy petrificada a la espera de su reacción. No sé cuánto tiempo pasa, hasta que por fin le oigo decir algo:

—No pasa nada. Todo irá bien, encontraremos una solución, ya verás. —Entonces corro a sus brazos y él me acoge en ellos, aunque con gesto algo despistado, todavía intentando asimilar lo que acaba de ver—. Yo buscaré un buen médico, no pasará nada, me encargaré de todo, estarás bien, ya verás…

—¿Qué? —Me vuelvo a apartar de sus brazos.

—Bueno, no vamos a tenerlo, ¿no? Cuanto antes pasemos por esto mejor, darle vueltas solo va a hacerlo más complicado.

—Yo no… No sé… No he decidido qué quiero hacer aún.

James me mira de nuevo, como perplejo. Aunque la estupefacta soy yo, ¿cómo puede ser tan pragmático en este momento? Es… Es nuestro hijo. Joder, es la primera vez que lo pienso. Nuestro hijo. Mi hijo. Es o podría ser. O no es aún nada. No lo sé. Hace unas horas no existía en mi mente, ¿por qué de pronto ya parece que hasta ocupa un lugar en mi vientre? No tiene sentido. No estoy siendo racional. No sé qué me pasa.

—Vale, Paula, tranquila, esto… Esto nos pilla a los dos… Bueno, ¡no nos lo esperábamos! Tenemos que tranquilizarnos y hablarlo, ¿vale? De hecho, lo mismo no es seguro, solo es un test. Puede haber fallado, ¿no? Estas cosas fallan. Porque no tiene sentido, tú tomas precauciones.

—Sí, pero resulta que las precauciones también fallan. —Ese antibiótico, ese maldito antibiótico y nuestra manía de fiarnos solo de la píldora y no usar preservativo. En eso él no pensaba que pudiera haber fallos.

—Joder… —James se levanta, empieza a ponerse nervioso—. Ok, vale, a ver, ha sido eso, un fallo. Pero… tiene remedio. Tú no quieres tener hijos y yo tampoco. Los dos lo hemos dicho siempre.

—Yo siempre he dicho que no sabía si quería tenerlos…

—¿Y ahora sí? ¿Ahora quieres que tengamos un hijo? ¡Si apenas llevamos unos meses juntos! Y ahora todo va bien, tú tienes un trabajo que te gusta, pero apenas tienes tiempo, yo tengo la película, Hollywood y… ¡no lo sé! ¡Esto no tenía que pasar! No tiene sentido… *Fuck!* —James le pega una patada al sofá, es la primera vez que lo veo así. Me asusto. Hemos discutido más veces, muchas veces de hecho, pero siempre soy yo la que tiende a perder los nervios, no él.

—¡No lo sé! No planeaba tener un hijo, claro que no. Pero ha pasado y solo necesito… ¡Necesito pensarlo!

—Claro, no lo has planeado…

—¿Qué estás queriendo decir?

—Nada… No he dicho nada. —Lo miro, y ahora soy yo la que pierde los nervios.

—¿En serio? ¿En serio crees que me he quedado a posta? ¿Por qué? ¿Para pillar a la nueva promesa de la literatura? ¡Cómo puedes ser tan cabrón!

—Yo no he dicho eso…

—¡Pero lo has pensado! ¡Te conozco! ¿Cómo puedes…? —Y en ese momento siento que lo odio, que lo odio con todas mis fuerzas, que le pegaría, que me podría ir dando un portazo y no volver a verlo en la vida.

—¡Lo siento! ¡No sé ni lo que digo! Solo estoy nervioso, ¿vale? No sé, yo venía de Montauk, pensaba que estabas enfadada por lo de anoche y esto… ¡Ni siquiera siento que esté pasando de verdad!

Veo que está respirando muy fuerte y que camina muy nervioso. Se va a la cocina, y se pone como loco a buscar algo. Yo sigo hecha un ovillo en el sofá, respirando, aprovechando el tiempo muerto, hasta que él vuelve con una copa de *whisky* en la mano.

—Tú no bebes *whisky*. ¿Ahora eres Donald Draper?

—No, pero necesito algo para calmar los nervios.

Suspiro intentando eliminar la ansiedad, mientras él pega un trago y por fin saco fuerzas para empezar a hablar con un poco de coherencia.

—Solo digo que necesito pensarlo. Es verdad que no había pensado ser madre, no ahora, de hecho era todo lo contrario a lo que quería cuando nos conocimos, pero en este momento las cosas son diferentes, no lo sé… Es algo importante, no quiero arrepentirme el resto de mi vida…

—¿El qué es diferente?

—¡Todo! ¡Yo! Pensaba que quería cosas que no… Que ya no quiero, que ya no me importan. Estaba obsesionada con ser una gran escritora, una gran periodista, ¡con ser Lois Lane! Pero ahora eso ya no me importa tanto. Ahora solo quiero vivir, sencillamente vivir, ser lo más feliz que pueda, estar tranquila… Entiéndeme, no quiero dedicar toda mi vida a cambiar pañales y a preparar comidas, no es eso, no tengo un trastorno de personalidad como para ir de un extremo al otro, es solo que no sé. No es tener un hijo, es tener a nuestro hijo. Tuyo y mío… Y eso también lo cambia todo.

James vuelve a mirarme, una lágrima se le escapa por la mejilla,

pero aprieta más fuerte el vaso y no dice nada, así que sigo hablando sola.

—Antes pensaba que tener un hijo era sacrificarlo todo, y ahora pienso que no sé si quiero sacrificar algo nuestro por… ¿por qué? ¿Por la fama? ¿El éxito? Eso está vacío… Esto es la vida… —digo, tocándome el vientre instintivamente. Es la primera vez que lo hago. ¿De verdad hay vida ahí dentro?

—¿Y qué harías? ¿Qué haríamos? Yo… Yo tengo que estar yendo a Los Ángeles para las películas, tú no podrías estar yendo y viniendo, y…

—¿Es eso? ¿Quieres que aborte para que te vayas a hacer más tranquilo tu película? ¿Sabes una cosa? Siempre vas dándotelas de superioridad moral, de que sabes todo de la vida, de ser el maduro de la relación, pero creo que no eres más que un niño asustado. Un niño egoísta que solo mira por él y no es capaz de entender que la vida no es solo lo que planeas, que la vida es lo que pasa por el camino. Que eres tú y tus circunstancias y eso es lo que nunca has aceptado. Sí, teníamos en mente otra cosa, lo sé, pero las cosas cambian. Ya no podemos mirar solo al presente, ya no podemos hacer como que no hay mañana y vivir en tu rollito zen, para no pensar demasiado. Y lo que pasa es que estás asustado, jodidamente asustado, porque nunca has tenido que decidir algo como esto.

—¡Pues claro que estoy asustado! Paula, no estoy muerto por dentro, ¿vale? Yo también siento cosas diferentes ahora, desde que te conocí han cambiado muchas cosas para mí. —James se seca la lágrima—. Pero es que no sé si quiero que cambien tanto… A lo mejor soy un puto niño egoísta, seguramente sí, pero es que no quiero más de lo que tengo, soy feliz así. No quiero… Es que nunca he querido… No siento eso. No siento lo que se supone que hay que sentir. Me gustaría, me encantaría poder abrazarte ahora y decirte que esta noticia me hace inmensamente feliz, ser lo que se supone que debo ser, pero es que no es así…

James se pone las manos en la cara e intenta apaciguar un llanto nervioso. Ni siquiera creo que lo haga por mí ni por la situación, sino por sí mismo. Puedo adivinar lo mucho que se odia en este momento y eso en vez de resarcirme me hace mucho más infeliz todavía.

—Vale… Lo entiendo. —Mi rabia se apacigua cuando por un momento me veo a mí misma en sus palabras. Me veo a mí tomando decisiones que no quería tomar, solo porque era lo que Carlos quería. Ese tampoco puede ser el camino. No puedo tacharlo de egoísta por no querer lo mismo que yo quiero, cuando ni siquiera sé aún si lo quiero—. Yo no puedo obligarte a ser padre James, pero tampoco

puedes impedirme que yo sea madre, si es lo que decido.

—¿Entonces? ¡Me excluyes de la decisión! ¿Lo decides tú sola?

—No, yo decido lo que yo quiero hacer y tú decides lo que tú quieres hacer. Pero mi cuerpo es mío…

James suspira, se echa hacia atrás y se pone una mano sobre el arco de la nariz, con expresión de sufrimiento. Después, intenta apaciguarse a sí mismo.

—No tenemos que decidirlo ahora, ¿no? —Me mira de nuevo, con cara compungida—. No es una decisión para tomar a la ligera.

—No, no lo es, es lo que trato de decirte.

—Bien, pues lo pensaremos. Con más calma, con más perspectiva. Ahora mismo no… No soy capaz de pensar con claridad, de verdad que no.

Entonces vuelvo a coger aire. Hay algo más que he decidido en algún momento de esta tarde acurrucada en el sofá, aunque no recuerde en qué momento lo he hecho.

—He pensado en ir unos días a Madrid. Sabíamos que mientras arreglamos los papeles tendría que irme, quizás ahora sea buen momento. Tomaremos aire los dos, yo visitaré a mi padre, cerraré asuntos pendientes. Quizás nos venga bien tomarnos un tiempo por separado para pensar todo más tranquilamente.

James se queda callado, me mira y solo asiente, medio mordiéndose los labios. Seguidamente, como si fuera la única decisión que somos capaces de tomar en este momento, me ayuda a mirar los vuelos para Madrid, mientras yo escribo un *mail* al periódico. Después, yo me voy sola a dormir a la cama y él se queda acurrucado, con cara de ido, en el sofá. Es la primera noche que dormimos separados bajo el mismo techo, desde que nos conocemos.

La mañana antes de ir a Madrid vuelvo a repetir el test de embarazo por tercera vez. Vuelve a ser positivo. Es como si antes de irme quisiera asegurarme de que todo esto no ha sido más que un mal sueño y todo puede seguir igual. Entiendo la sensación de James, porque una parte de mí también piensa así. Pero es como si ese test de embarazo hubiera sacado a relucir a otra Paula, que yo no sabía que existía. Como si se hubiera activado eso que algunos llaman el reloj biológico, pero casi como si fuera una bomba y no fuera yo quien tiene el detonador.

Intento dormir durante el vuelo, no sé si es la tristeza o el embarazo, pero me siento terriblemente cansada. Solo puedo pensar en acostarme en mi cama de siempre, la que identifico como mi sitio

en el mundo, la que he tenido desde que era una niña. Ver mis cosas, tumbarme con mi padre en el sofá y dejar que todo se coloque solo.

Sin embargo, cuando aterrizo en Madrid y cojo un taxi a mi casa no siento la sensación reconfortante que esperaba. Es extraño como un lugar que siempre ha sido tu hogar, de pronto te es ajeno. Miro el portal de la que ha sido mi casa toda la vida y lo noto diferente, como si hubiera cosas que siempre hubieran estado ahí pero que nunca me había parado a mirar, por pura costumbre. Lo veo más pequeño, antiguo.

Cojo mi maleta y cojo aire antes de llamar al timbre. No he avisado a mi padre de que venía. No sé por qué. Estaba tan absorta con todo que simplemente cogí un avión, como si por alguna razón mi vida fuera a estar esperándome, tal y como la dejé. Como si todo se hubiera detenido tras mi marcha. Pero ahora me arrepiento, como mi padre no esté en casa, no sé qué voy a hacer. Mis llaves de esta casa están en el piso de Carlos y no puedo ir a buscarlas.

Llamo una vez y nadie contesta, me inquieto, vuelvo a llamar y por fin mi padre me abre la puerta. Obviamente, se sorprende al verme allí, pero aún más cuando me abalanzo a darle un enorme abrazo y le digo medio sollozando que lo he echado mucho de menos. Nosotros no somos de tener ese tipo de gestos. Sin embargo, cuando lo suelto y hago amago de entrar en casa, entorna la puerta.

—¿Por qué no dejo tus cosas aquí en casa y salimos a tomar algo?

—¿A tomar algo? Papá, estoy agotada del viaje, vengo desde Estados Unidos, apenas he dormido, apenas he comido, no he podido ir al baño en condiciones… Necesito estar en casa.

No le dejo decir nada más, entro con la maleta en casa y entonces la veo. Es una mujer, de la edad de mi padre, que me mira totalmente atónita, plantada en el salón. ¿Lo he pillado con un ligue? Lógico, la vida no se ha esperado por mí y mi padre tampoco. Seguro que ha aprovechado mi marcha para conocer a alguien o quizás ya la conocía y lo que ha esperado es a instalarla en casa.

Me quedo mirándola, el caso es que sus rasgos me resultan familiares, como si no la conociera ahora, pero la hubiera conocido en otro tiempo. ¿A lo mejor es alguien que conocí y que mi padre me ocultó? No, no es eso, es como un recuerdo borroso, casi incluso doloroso.

—¿Paula?

Es entonces, al escuchar su voz diciendo mi nombre, cuando la recuerdo. Cuando las imágenes difusas, casi inventadas desde las fotografías, cobran sentido y a mi mente vinieran no recuerdos concretos, sino sentimientos. Creo que estoy a punto de desmayarme,

porque he de agarrarme a la pared cuando contesto:

—¿Mamá?

Espero a que haya una explicación lógica, como que mi madre tenía una hermana gemela que no se ha puesto en contacto con nosotros todo este tiempo. O una explicación más sencilla, como que el embarazo y el *jet lag* unidos causan alucinaciones. Pero no, esa mujer, esa mujer que se parece a mi madre, me mira compungida, como conteniéndose las ganas de echarse sobre mí, mientras mi padre, por primera vez en mucho tiempo, se echa a llorar, mientras balbucea un «lo siento». Siento que las piernas no me sostienen, me mareo. Mi padre me coge, me ayuda a sentarme y va corriendo a por una Coca-Cola.

—No tenías que estar aquí… No tenías que estar aquí —repite mi padre una y otra vez.

—No entiendo nada… Me va a explotar la cabeza…

—La culpa es mía, Paula, no culpes a Antonio. Él solo intentó protegerte, fui yo la que…

—¡La que nos abandonó! ¿Es que hay otra forma de decírselo?

Ahora es ella la que se echa a llorar. Mi padre también. Yo también y ni siquiera sé por qué. Es simplemente demasiado, sobre todo para mi estado anímico actual. Cada uno en una esquina del salón, sin que sepamos muy bien qué está pasando. Todo un drama, que desde luego nunca esperé que viviría. No hago más que mirarla. Tiene rasgos míos o yo suyos. Joder, es que si no fuera por las fotos apenas recordaría su cara. Mi padre no me dejaba verlas, yo siempre me enfadaba y escondía algunas en mi cuarto. Me dormía con una foto suya debajo de la almohada. Cuando me pasaban cosas hablaba con esa foto, con la foto de una persona que pensaba que estaba muerta. Y que tengo delante de mí como si fuera una aparición o un milagro.

—Pero ¿llevas viva todo este tiempo y no…? ¿Y qué haces aquí ahora?

—Llevo mucho tiempo observando en silencio, yo no quise… Sabía lo que te había dicho tu padre, no quería trastocar tu vida, solo quería saber que estabas bien. Pero cuando te fuiste así… Tu padre se preocupó, nos pusimos en contacto y busqué a alguien que me asegurase que estabas bien en Nueva York.

Empiezan a venirme imágenes. Como piezas que encajasen solas en un puzle que ni siquiera soy consciente de estar montando. Una madre que coge el coche y se va para no volver. Una hija que deja a un novio casi en el altar, para desaparecer del mapa. Por qué mi padre parecía tan dolido conmigo. Por qué nunca hemos hablado

mucho de mi madre. El detective de Nueva York. Me siento superada. Como si fuera algo que no quisiera asumir, como si no estuviera preparada para asumirlo.

—Paula, lo siento, de verdad, no sabes… Todos estos años… Si me dejaras explicarte…

No quiero escucharlo. Yo venía buscando consuelo, un hogar en el que refugiarme. No quiero saber nada de esto, no quiero. No necesito esto en este momento. Me levanto como si tuviera mucha prisa, cojo la maleta y antes de que alguien pueda decir una palabra más, echo a correr escaleras abajo. Echo a andar lo más deprisa por la calle hasta que encuentro un taxi y lo paro justo a tiempo de sentarme en el asiento de atrás. El taxista me pregunta a dónde vamos, y es cuando noto que empieza un nuevo ataque de ansiedad.

Acabo llamando a Lidia por teléfono quien, aunque sorprendida, me dice que por supuesto que vaya a su casa. Cuando me abre la puerta, me recibe con una cálida sonrisa y los brazos abiertos. Me abrazo a ella y aunque debería llorar, no me salen las lágrimas. Me instalo con ella en su habitación, no hay otra y yo le pido solo un último favor: que deje las preguntas para mañana. Ella asiente dándome un abrazo. No quiero explicar nada a nadie, solo quiero descansar. Solo quiero que el mundo deje de girar. ¿Cómo es posible que todo haya cambiado tanto en solo unas horas? ¿Qué más va a pasar?

Cuando despierto, me sobresalto. Tardo un rato en saber dónde estoy. No sé cuántas horas he dormido. Solo sé que despierto con mucha jaqueca y con la sensación de haber tenido muchas pesadillas esta noche. Lidia no está, me ha dejado el desayuno en la mesa y se ha ido a trabajar. Ella siempre tan detallista. Ojalá hubiera podido corresponderla más. Me siento en el sofá. Tengo varios mensajes de James, preocupado por saber si estoy bien, no le he vuelto a escribir desde que aterricé. Ahora mismo solo necesito dejarme abrazar por él, contarle que resulta que sí que tengo una madre; y que me diga él cómo me siento, porque yo ya ni lo sé. Estoy a punto de marcar su número, pero me doy cuenta de que no es el mejor momento. Le mando un mensaje diciéndole que estoy bien, que al final me quedo en casa de Lidia. Él me responde solo un «te quiero».

No puede ser una casualidad. Que cuando descubro que me he quedado embarazada, una madre que creía perdida aparezca en mi vida. Una madre que resulta que nos había abandonado. Como esos padres que van a por tabaco y no vuelven nunca más. Ni quiera sé por qué. ¿Pasó algo que aún no sé? Se supone que tendría que estar enfadada, pero la sensación es extraña. Porque no es como

reencontrarte años después con alguien que te abandonó, con el rencor de ese tiempo acumulado, es más bien como si alguien hubiera resucitado y no sé qué se supone que debo de sentir ante eso, más allá de la estupefacción. Aunque sigo sin entender que en todo este tiempo nunca intentara contactarme y aparezca justo ahora. ¿Y mi padre? Vale, prefirió la versión de la madre muerta que la de la madre «abandonadora» para proteger a una niña. Supongo que quiso protegerme del sentimiento de abandono que le debió de pesar a él, pero ¿nunca pensó en contarme la verdad? ¿Iba a dejar que pensara que mi madre estaba muerta para siempre? Eso es cruel. No es justo haberme tenido toda una vida viviendo una mentira. La he necesitado tantas veces… Que no sé si habría sido más feliz sabiendo que estaba ahí, aunque no quisiera saber de mí.

Me paso el resto del día en el sofá de Lidia viendo la televisión. Sé que he venido a España a cerrar ciertos asuntos y a aclarar mis dudas, pero ahora mismo necesito un *stop*. Un no hacer ni pensar en nada, para coger fuerzas para todo lo que sé que va a venir después. Lidia me avisa de que viene para comer y pido algo a domicilio para tenerlo listo cuando llegue. Se sienta en la mesa en silencio, como esperando y por fin empiezo a hablar, pero solo de lo superficial. Hasta que no decida qué voy a hacer con mi embarazo, no quiero contárselo a nadie. De momento, es algo que solo debe involucrarnos a James y a mí. Así que le digo que he venido unos días, porque quería dejar algunas cosas arregladas, pero que todo me va bien en Nueva York. Que allí he encontrado un trabajo, una vida, pero que sentía que no tenía claro si podía continuarla o no, sin resolver la vida que dejé aquí. En parte es cierto, vine a Madrid porque no tengo claro si puedo traer una vida al mundo sin haber resuelto antes la mía. Lidia empieza entonces a hacerme una puesta al día, más o menos, desde donde Miriam lo dejó la última vez. La chica que está conociendo, los preparativos de la boda de Sara, la nueva casa de Miriam… La escucho como una historia lejana, como si fuera el sonido de fondo de la televisión, como si me costase conectar con todo lo que dice. Entonces lo suelto, así, de la nada. Sin venir a cuento.

—Mi madre está viva.

—¿Qué?

—Sí, he llegado a casa de mi padre y mi madre estaba allí.

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Lo que oyes, que mi madre no está muerta, que nos abandonó, que mi padre me mintió para ahorrarme el sufrimiento y al irme yo a Nueva York, por lo visto, le dio por preocuparse. Vamos, hasta puso

un detective privado a seguirme, y allí estaba tomando el té con mi padre, comentando sus hallazgos, supongo.

Lo digo así, como si contara el último libro que me estoy leyendo, porque me parece igual de irreal.

—¿Por eso has venido aquí?

—Sí, lo siento, no sabía a dónde ir. Me senté en el taxi y me di cuenta de que no tenía casa. Así de triste.

—Madre mía, Pau, ¡qué dramón! Y yo me quejaba de mi vida. No sé qué decirte, debes estar muy impactada.

—No sé ni cómo estoy.

—¿Pero qué te han explicado?

—Nada, me fui corriendo. Era incapaz de asimilar nada.

—¡Normal! Pero cuando estés mejor debes hablar con ellos. Al menos te deben una explicación.

—Supongo, pero es que no sé si quiero darles la oportunidad de dármela. Ahora mismo son demasiadas cosas, no sé ni por dónde empezar a recolocar mi vida, Lidia.

—Tranquila, cariño. Sé que estamos algo distanciadas, pero ¿por qué no hacemos una merienda de chicas? Te vendrá bien.

—No sé si…

—Claro que sí, ya verás, unos vinos con tus amigas siempre son buena idea.

Lidia se levanta y llama a las chicas. La llamada de Miriam es corta, la de Sara es algo más larga. Supongo que le cuesta convencerla para que venga y que le da más información de la que me gustaría.

El surrealismo de mi vida va en aumento. Miriam llega a casa primero y su forma de ayudarme es arreglarme un poco, porque dice que doy un poco de pena y tengo muy mala cara. Me sientan en la mesa, maquillada y todo, a esperar que llegue Sara. La situación no podría ser más tensa. Yo no quiero estar allí, ella tampoco. Así que la única forma que encuentra el resto de suavizar el ambiente es hablar de la boda de Sara, para que ella se sienta mejor y yo no piense en mi «madre no muerta». Como si en vez de ayudarme y hablar como adultas del tema, jugáramos a eso de hay un elefante rosa en la habitación, pero nadie puede nombrarlo. Todo muy normal. Lidia trae un vino y justo antes de servirme me doy cuenta. ¿Puedo tomar vino? Yo que sé, ni siquiera he ido todavía al médico a hacerme una prueba de verdad. El caso es que le digo a Lidia que prefiero un zumo y todas me miran como si fuera una extraterrestre. Les cuento que he empezado a llevar una vida más sana en Nueva York, rollo depurativo, y entonces me miran como si fuera gilipollas. Sonrío

como si nada, y empiezo a interesarme por sus cosas, a hacerles preguntas. Intento estar, como siempre he estado, pero no me sale. Algo ha cambiado y no son ellas, soy yo. Al final, me siento totalmente ausente.

Por fin, Miriam me pregunta cómo estoy yo. Solo soy capaz de decir que no me encuentro muy bien, que si no les importa, me voy a retirar ya. Por supuesto, como Lidia les ha contado mi drama familiar, no se atreven a decirme mucho más. Me dan un abrazo y un par de besos antes de que me meta en la habitación de Lidia en busca del pijama. Oigo como ellas cuchichean en el salón, hasta que alguien llama a la puerta. Es la voz de Ernesto, que vendrá a buscar a Sara, pero ha venido alguien más con él.

—¿Y tú qué haces aquí? ¿Por qué lo has avisado Sara?

—Tiene derecho a saber que está aquí, se merece una explicación.

—Pero hoy no… Dios, ¡se acaba de enterar de que su madre está viva! ¿No es bastante?

—Ya, y él se tuvo que enterar por Miriam de que se estaba tirando a un americano y que por eso se había ido corriendo.

—Qué bocas eres Sarita. —Miriam salta a la defensiva—. Yo os lo conté a vosotras, no a Carlos. Tampoco entiendo ahora que vayas de superamiga, cuando al principio cuando te enteraste de lo de la boda, fuiste la primera en decir que al final no acabarían juntos, que ya lo veríamos.

—Bueno, ¿queréis dejar de hablar de mí como si no estuviera delante? —La voz de Carlos me provoca un escalofrío. Ni siquiera sé cuánto hace que no la escucho—. Solo será un momento, de verdad, solo quiero saber que está bien.

—No está bien, Carlos, ya te lo digo yo. Está rarísima, está… Está que no está, apenas ha sido capaz de hablar con nosotras… —se lamenta Lidia.

—¿Ni siquiera os ha dicho cuánto tiempo va a quedarse?

—Creo que ni ella lo sabe… —responde Miriam esta vez.

—¿Y no puedes venir mañana? Se acaba de meter en la cama… Sé que estás dolido, lo entiendo, pero tampoco vas a arreglar nada hablando hoy con ella.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Echarme de casa? Si vengo mañana sabes que no querrá ni abrirme la puerta.

De pronto se oye un revuelo, unos pasos que se acercan y alguien que abre la puerta de mi habitación. Carlos está delante de mí, mirándome con el pijama de Lidia, que me queda un poco corto, y el maquillaje a medio quitar. Espero encontrarme con una mirada de rabia, de odio incluso, pero no es lo que veo. Me mira con lástima.

—Paula…

—Lo siento —respondo casi por instinto—. Lo siento mucho. Todo, de verdad.

—Lo sé. Sé que lo sientes. Que estás arrepentida.

Viendo que no lo he echado de la habitación, se atreve a cerrar la puerta. ¿Cómo es posible que me incomode estar con él a solas en una habitación, después de tanto tiempo juntos? Me quedo pensando en lo que ha dicho. Siento cómo hice las cosas, pero no me arrepiento de irme Nueva York, nunca lo he hecho. Estos meses con James han sido los mejores de toda mi vida. Eso es algo que nadie me puede arrebatar, ni siquiera él.

—¿Qué estás haciendo aquí, Paula? ¿Por qué has vuelto?

—Yo… Necesitaba poner en orden algunas cosas. —Podría contarle que pensaba que se había vuelto un psicótico y que me había puesto un detective privado. Que venía buscando un hogar que resulta que ya no encuentro. Que estoy embarazada, pero no sé por cuanto tiempo.

—Ya… ¿Y cuánto vas a quedarte?

—No lo sé. Tengo que arreglar papeles, pero si me ausento mucho puede que no recupere mi trabajo.

—¿Entonces lo de que te fuiste allí por un trabajo es verdad?

—Sí, de periodista, en un periódico latino —miento a medias.

—Bien. Es lo que querías, ¿no?

—Supongo que sí.

Carlos se acerca un poco más. Yo me siento en la cama y nos quedamos mirándonos. No sé qué es lo que está viendo él, quizás la sombra de un recuerdo. Es lo único que yo puedo ver en su rostro, el recuerdo de una vida que ya no es la mía. Hace un amago de rozarme, pero algo le pasa, que aparta la mano.

—¿Sigues con ese tío?

—No fue el motivo por el que me marché, si es lo que piensas. Me marché por mí, porque necesitaba irme.

—¿Y te ha ido mejor allí, acaso? —dice dolido.

—No me iba a ir mejor aquí. No podía casarme contigo, Carlos, lo hice mal, lo hice todo muy mal y no te lo merecías, para nada. Pero eso no significa que no fuera la elección adecuada.

—¡Coño, Paula! ¡Te asustaste! ¡Saliste corriendo sin ni siquiera dejarme intentarlo! ¿Por qué? ¿Por cuatro polvos? ¿Por un trabajo en un periodicucho?

—¡No! Salí corriendo porque me asfixiaba, Carlos, ¡me moría en vida! Y no querías darte cuenta, solo querías tu vida perfecta, la que tú tenías planeada para nosotros, sin contar conmigo. Una vida que

no era de verdad, que era solo fachada y tú también lo sabías.

—¡No digas eso! ¡No puedes quitarme eso! Es lo único que me has dejado, los recuerdos. ¿También vas a llevártelos?

Voy a contestarle, pero entonces lo noto, otra arcada. Parece que las náuseas que no he tenido este tiempo han llegado todas juntas. Tengo que salir corriendo al baño y dejarlo con la palabra en la boca. Mi cuerpo está bajo mínimos, no sé si voy a resistir más. Me limpio y pienso que no quiero volver a esa habitación, no quiero más disgustos, no quiero. No quiero enfrentarme a más cosas, no puedo. A mi mente vienen paseos por la playa con James de la mano. Solo quiero eso, estar en nuestro faro y pensar que todo esto no ha sido más que una pesadilla. ¿Aún puedo tener eso?

Carlos está al otro lado del baño, me mira y de alguna manera, sin que tenga que preguntar, algo lo lleva a sospechar la verdad. Abre mucho los ojos y aprieta las manos con fuerza.

—¿Por eso has venido? Es eso…

—No digas nada, por favor, no se lo he contado a nadie.

—Ese tío, el americano, ¿lo sabe?

—Claro que lo sabe.

—¿Y qué vais a hacer?

—No lo sé. —Carlos es la última persona del mundo con la que quiero hablar de esto.

—No quiere tenerlo, ¿es eso? Se lo ha estado pasando bien y ahora que las cosas se ponen difíciles te ha dejado tirada, y vienes en casa en busca de ayuda. Claro…

—No es así, no es tan simple.

—No lo quieres ver así, que es diferente. —No sé medir la reacción de su cara, es como si sus pensamientos fueran a mil por hora. Entonces hace algo totalmente inesperado. Se agacha, me recoge el pelo y me abraza. Yo me quedo totalmente paralizada—. Aún podemos arreglarlo, Paula. No tienes por qué tenerlo sola, yo puedo estar contigo. Me necesitas, lo sabes. Sabes que yo puedo hacerte feliz, que puedo cuidar de ti. Haremos las cosas diferentes. Piénsalo, ya no eres solo tú. Ya no puedes pensar solo en ti, como siempre.

—Pero ¿te has vuelto loco? Eso no…

—¿Y qué vas a hacer? ¿Tenerlo tú sola? Paula… —Carlos resopla —. Tener un hijo sola es muy duro. Hemos pasado muchos años juntos y nos ha ido bien, podríamos ser una familia feliz. ¿No lo ves?

—No, Carlos, no. El que no lo ve eres tú. No nos iba bien. Nunca nos fue bien. Precisamente porque no confías en que yo pueda hacer nada sola. Esto ni siquiera tiene que ver contigo y ya estás tomando

decisiones por mí.

—Estoy intentando cuidar de ti.

—No, estás intentando controlarme, otra vez. Y eso no es cuidarme. Eso no es amor, nunca lo ha sido. ¿No lo ves? ¿No ves que no es sano lo que sientes por mí? Siento mucho el daño que te he causado, pero es hora de que entiendas que lo nuestro solo era una amistad que confundimos, porque necesitábamos tener a alguien. Que nos dejamos llevar y fuimos demasiado lejos y había que ponerle fin en algún momento. Y no, no he venido a pedirte ayuda ni desde luego a pedirte que seas el padre de mi hijo, he venido a pedirte que cerremos la puerta para seguir caminando, para intentar volver a ser felices, pero separados.

Carlos se queda bloqueado. Creo que es la primera vez que le digo algo tan contundente. Ni siquiera sé dónde he encontrado las fuerzas para decírselo. Como si se hubiera tomado la metáfora en serio, cierra la puerta del baño y sale de casa de Lidia escopetado, casi perseguido por el resto. Respiro y siento que parte de la carga que llevaba encima, ha desaparecido. Un reto superado. Lidia se me acerca, estaba al otro lado de la puerta durante toda la conversación, se me queda mirando y me da un enorme abrazo, que vuelve a pillarme por sorpresa.

—Estoy orgullosa de ti, Pau.

Esa noche no damos más vueltas a todos los problemas que hay enfrente. Es obvio que se ha enterado de lo de mi embarazo, pero no me dice nada más, creo que entiende que necesito reducir el nivel de drama. Nos damos el lujo de recordar los momentos sencillos y felices del pasado. Al menos, sé que Lidia sigue siendo una de mis personas y eso, esta noche, es lo que más me reconforta.

Al día siguiente, aprovecho la mañana para ir a la embajada, pero la cosa está complicada. Eso tampoco ayuda a arreglar las cosas, de hecho, supone un impedimento más para todo. Después, voy a hacer lo que sé que debería haber hecho desde el principio. Voy a la consulta privada de un ginecólogo para salir de dudas. Para dejar de jugar yo sola al juego del elefante rosa en la habitación. Me hacen un análisis de sangre, pero también una ecografía. Entonces ocurre. Apenas es una sombra, pero ya no puedo evitarlo, es de verdad. Hay algo ahí. No es solo una imagen en mi cabeza, es una imagen real en un monitor, de la que me dan una fotografía. No sé muy bien qué sentir. Es algo entre el miedo y el amor. Solo sé que sea lo que sea, tengo encogido el corazón. Nunca pensé que si alguna vez vivía este momento lo haría sola. Que lo haría sin saber si ese bebé llegaría a nacer o no.

Salgo a la calle y me quedo sentada en un parque, con la ecografía en la mano. Pienso en llamar a James, en enviársela. Pero quizás eso solo complique más las cosas. Le escribo y le digo que lo de la embajada no ha ido bien y que me he ido al ginecólogo y que han confirmado mi embarazo. Nada más. Él me contesta preguntando si estoy bien. No sé qué decir. Me gustaría decirle lo de mi madre, porque por alguna razón es algo en lo que ahora no dejo de pensar. ¿Qué es lo que pasó? ¿Por qué nos abandonó? Si decido tener este bebé, existe esa opción. La de que uno de los dos o los dos nos arrepintamos cuando no haya marcha atrás, ¿y entonces qué? ¿Iremos a por tabaco para no volver? Esa idea me aterra. Lidia tiene razón, necesito respuestas. Así que voy en busca del metro y vuelvo a la casa de mi padre, haciendo una lista mental de preguntas infinitas e intentando controlar mis nervios, no solo por mí, sino por el bebé.

Entro inquieta en la que fue mi casa. Mi padre está solo, mi madre todavía no ha llegado y lo agradezco. Necesito un momento entre nosotros.

Nos miramos, como si todavía fuéramos capaces de decirnos todo sin palabras, como siempre hemos hecho, sin explicitar demasiado, pero ya no es suficiente.

—¿Por eso te dolió tanto que me fuera, verdad?

Mi padre suspira y se sienta en el sofá de siempre. Ni siquiera me mira fijamente.

—Siempre tuve miedo de que tuvieras más de ella que de mí.

—Lo entiendo, papá. Entiendo lo que hiciste en su momento, que querías protegerme, pero yo también estoy enfadada contigo.

—¿Conmigo? ¿Conmigo en vez de con ella?

—A ella ni siquiera la conozco. No sé ni quién es, ni dónde ha estado, ni por qué hizo lo que hizo. Pero a ti sí, y es injusto que no me hayas contado la verdad en todos estos años.

—¿De qué hubiera servido? ¿No hubieras hecho lo que has hecho si supieras que tu madre te abandonó?

—No lo sé, papá, pero tenía derecho a saberlo. Además, no te atrevas a compararme con ella. Yo no he dejado a ninguna familia atrás.

—Carlos era tu familia…

—Carlos no me hacía feliz, papá, y tú lo sabías. Si me hubiera quedado hubiera sido infeliz toda mi vida, le hubiera hecho infeliz a él.

—¿Ves? Ni siquiera te ha criado, y, sin embargo, hablas como

ella…

Entonces lo entiendo. Después de todos estos años, él no lo ha superado. Y me queda la duda de si no me contó la verdad por protegerme a mí o por protegerse a sí mismo. Está enfadado conmigo porque se identifica con Carlos, porque siente que yo también he abandonado el camino de lo correcto y que, entonces, todo lo que me ha enseñado no ha servido de nada. ¿Es eso lo que pasó con mi madre? ¿Simplemente abandonó el camino de lo correcto y ya no le dejó dar marcha atrás? Si ni siquiera mi padre me entiende y me apoya, no sé quién va a hacerlo. Y en este momento de mi vida necesito más apoyo que nunca. Antes de empezar a hacer suposiciones, suena la puerta.

Es mi padre quién abre, yo me quedo paralizada. La última vez que la vi fue algo precipitado, no pensado. Pero ahora llevo todo el camino con los nervios de saber que voy a verla. A María. He decidido pensar en ella así, como María, no como mi madre, para digerir poco a poco quién es esa persona y qué papel tiene o va a tener en mi vida. Si está aquí es porque quiere formar parte de ella, supongo, pero tengo que decidir si quiero que eso pase.

Cuando aparece en el salón me quedo muy quieta. Como si me costase hasta respirar. Nos observamos por un momento, como analizando, ahora con más calma, a la persona que tenemos enfrente. Parte de un recuerdo, parte de fotografías antiguas, que eran las personas que fuimos, pero no las que somos.

Ahora lo que tengo delante es una mujer de unos cincuenta y pocos años. Viste elegante pero jovial. Tiene el pelo teñido de caoba, corto y lleva gafas, que supongo que tienen que ver con la edad, porque no recuerdo que las tuviera. Tiene una cara agradable. En las fotos era una mujer guapa, y es obvio que con los años ha cambiado su gesto, su mirada, pero sigue siendo agradable. Intento buscar rastros de mí misma en su rostro. Tengo sus ojos, también sus labios. Lo que más me gusta de mí es de ella. Está tan nerviosa como yo, así que no tiene sentido empezar a hacer como si nada.

—He venido a escuchar tu historia, pero no prometo nada. De momento, solo necesito una explicación.

—Lo entiendo.

—Pues cuando quieras.

Me siento en el sofá, con una tila que mi padre ha tenido el detalle de preparar, en un intento absurdo de acercarse a mí, de mostrar que somos de un mismo bando, cuando ya no sé si lo somos. Me concentro en tener la mente abierta, aunque mi cuerpo permanece cerrado. He puesto una barrera entre mi padre, esa mujer

que dice ser mi madre y yo. Aun así, intento mantener la calma mientras escucho su historia.

—Empezaré por lo obvio, Paula… Antonio… bueno, tu padre y yo nos casamos muy jóvenes. Suena a cliché, pero es cierto. No es que no nos quisiéramos, en ese momento pensábamos que sí, seguramente lo hacíamos a nuestra manera. La verdad es que simplemente no nos había dado tiempo a conocernos más, a hacerlo de verdad, a ir creciendo juntos y darnos cuenta de si realmente éramos las personas idóneas el uno para el otro.

Mi padre se remueve incómodo en el sofá de al lado. Si esto no es fácil de escuchar para mí, supongo que tampoco para él. No sé cuál ha sido su relación este tiempo, si es que la ha habido. Si él la odia, si aún la quiere, si simplemente no la ha olvidado porque no la ha perdonado.

—Hace muchos años no podría haberte contado esto, porque no lo habrías entendido, pero ahora puedes ponerte o, al menos intentar hacerlo si quisieras, en mi lugar. Yo había pensado en estudiar, viajar, pero me quedé embarazada. Todo surgió como surgió y simplemente no nos planteamos otra opción, hicimos lo que había que hacer. Nuestros padres nos ayudaron para meternos en un piso y celebramos una boda discreta, solo con la familia más allegada.

Hace una parada para beber un vaso de agua que ella misma se ha ido a buscar. Yo también tomo un sorbo de mi tila. Mi padre siempre me contó que se casaron y se quedó embarazada pronto, no que se casaron porque se quedó embarazada. Solo es otra mentira, y ahora da un poco lo mismo, pero para mí cambia mucho la perspectiva de la historia. Se quedó embarazada cuando no estaba en sus planes. Justo como acabo de hacer yo. Aunque ella por entonces era aún una niña. Yo no.

—Aun así creía que era feliz, que a lo mejor no todo era como hubiera pensado, pero que podía tener una vida feliz. Sin embargo… No sé cómo explicarlo. Supongo que sencillamente no estaba preparada. Nadie se planteaba que una mujer no estuviera preparada para ser madre, se presupone que es algo natural, que siempre surge ese instinto maternal, pero…

Empieza a flaquear. Sus fuerzas y las mías. Esto está siendo muy duro. No es solo asimilar que tu madre no murió, sino enfrentar el odio irracional que supone conocer el abandono, con la comprensión inherente que se produce de mujer a mujer. Una parte de mí quiere saber su historia, comprenderla, saber la verdad y mirar hacia delante. Otra quiere mandarla a la mierda y echar a correr. En su cara y en la de mi padre, puedo ver que también hay emociones

encontradas, aunque seguramente sean diferentes a las mías.

—Cuando me quedé embarazada tuve que dejar la universidad, y me fue casi imposible encontrar un trabajo. Esas cosas pasaban, bueno, aún pasan, pero entonces era diferente. Tu padre consiguió hacer más horas extras para compensar, y pensamos que así tiraríamos, yo encargándome de ti y él trabajando por sacar la familia adelante. Como siempre había sido, como fue para mi madre. Pero yo no estaba hecha para algo así… Entiéndeme, te quería mucho, muchísimo, pero me vi allí, encerrada horas con un bebé, sola. Tu padre tenía su vida en el trabajo, sus amigos, pero yo no contaba con nadie, ni con nada. Entré en depresión. Me sentía muy superada, pero tu padre no lo entendía. No lo culpo, él también era solo un niño. Pero se enfadaba conmigo por todo y cuando intenté explicarle que quería trabajar, que yo también necesitaba salir de casa, no lo comprendió. Cada día estaba más triste, me sumí en una melancolía que no sabría describir. Estaba dividida entre el amor que te tenía, porque eras toda mi vida, y entre la sensación de estar encadenada a mi papel de madre, a esa casa, a una vida que no era la que habría querido vivir.

Mi padre explota y se levanta. Se va a la cocina mientras puedo ver su cara totalmente desencajada. Nunca lo he visto así. Mi padre es esa roca que no se deja amedrantar por ningún oleaje. Cuando se ha levantado le temblaban las manos. ¿Es necesario que pasemos por todo esto? Ella se fue y, aunque tuviera sus motivos, no sé si tiene derecho a que ambos los escuchemos. Sin embargo, no me muevo de mi asiento.

—Entonces apareció él. Lo conocí en el supermercado, ¿surrealista verdad? Pero salvo eso y llevarte al médico eran de las pocas oportunidades para relacionarme con gente. Estaba aquí por trabajo, en realidad trabajaba en una empresa de compraventa en la costa. Me enamoré locamente, como nunca lo había hecho antes. Era como volver a la vida y yo… Yo quería vivir, Paula, os quería, mucho, no os quería hacer daño, pero lo hice todo tan mal, de la peor manera posible y ya no puedo cambiarlo.

No sé cómo, pero estoy llorando. No sé si por la niña que fui y todo lo que ella se perdió de mí. Si por lo terriblemente identificada que me siento y por lo que me odio a mí misma por ello, en vez de compadecerla a ella. Si por mi padre, que estos meses solo veía en mí al reflejo de la persona que más daño le hizo. O si por ella, que es mi madre, la que me abandonó y di por muerta, pero también es una mujer de carne y hueso con sus propias razones. Y también llora, y llora mi padre tras la puerta y todo me parece un terrible desastre.

—Pudiste cambiarlo. Te fuiste, pero ¿por qué no volviste?

—Lo intenté. Pero era demasiado tarde. Tu padre te había criado y yo me había ido, no tenía derecho a volver a tu vida. Ese fue mi castigo.

—¿Sabes cuántas veces he necesitado una madre? Si al menos hubieras estado en algún momento clave de mi vida, si te hubieras ido, pero lo hubieras compensado de alguna manera…

—Lo sé, sé que me he perdido muchas cosas. Pero estoy aquí ahora. El destino me ha regalado la oportunidad de estar aquí contigo y no pienso rendirme tan fácilmente, Paula. Ahora ya no. —Mira a mi padre y diría que también hay muchos reproches en su mirada. Él la castigó sin una segunda oportunidad con él, pero tampoco conmigo. Nos castigó a las dos y eso también cambia mi visión de él.

—No puedes pedirme entrar en mi vida como si nada. Ni siquiera me conoces, y yo a ti tampoco. Solo eres un rostro vagamente familiar, un recuerdo de la infancia, nada más.

—Pero puedo ser algo más, si me dejas. No sé por qué te has ido, ni por qué has vuelto, ni por supuesto puedo aventurarme a deducir algo sobre ti o tu vida, pero nunca es tarde para tener el apoyo de una madre. Y yo ahora tengo claro que apoyarte, para mí, es lo más importante del mundo.

Le he echado en cara no estar en los momentos clave de mi vida, pero lo cierto es que ha aparecido en uno de ellos. Quizás en el momento de mi vida en el que necesite una madre más que nunca. Porque está claro que ella podría entender por lo que estoy pasando mejor que nadie más. Mejor que mi padre, que mis amigas. Pero no puedo tomar esta decisión ahora. Necesito posponerla un poco más. Porque esta conversación, más que hacerme pensar en si quiero o no a María en mi vida, me hace pensar en si quiero o no ser madre yo misma.

—Necesito tiempo. Me pediste que escuchase tu historia y lo he hecho. Ahora yo te pido tiempo para asumirla. Tienes que entender que tengo mi vida y lógicamente no eres una prioridad en la misma. Sé que tenemos que hablar de esto y lo haré cuando esté preparada para hacerlo, ¿de acuerdo?

Mi madre asiente. Sé que quiere acercarse, abrazarme, pero no estoy preparada para eso. En vez de eso, solo me tiende un papel con su número de teléfono. Para cuando lo necesite, o para cuando esté lista. Lo cojo y me levanto decidida a marcharme. Voy a la cocina a abrazar a mi padre y solo me sale susurrarle un «te quiero». No quiero irme enfadada con él, aunque se haya abierto una brecha que

no sé si vamos a poder cerrar. Él no me responde, pero me aprieta muy fuerte.

Salgo de casa de mi padre, el hogar que ya no es el mío y me voy a casa de Lidia de nuevo. Necesito hablar de todo esto con alguien o voy a volverme loca, y quizás Lidia, siempre madura y comprensiva, sea esa persona. Pero ella no está en casa, está trabajando, así que camino nerviosa por la casa. Entonces me doy cuenta, tiene sobre la mesilla el libro de James. Si ella supiera que ese hombre atractivo de la foto, que le debe parecer como alguien de otro mundo, es el padre del hijo que espera su amiga…Y es que siento eso, como si fuera la confrontación de dos mundos y no supiera como volver a juntarlos.

Estoy en donde se supone que es mi casa, con mis amigas de siempre, las que se supone que mejor me conocen y, sin embargo, hay algo de mí que me tira hacia Nueva York. Porque no siento solo la ausencia de James, sino la de la Paula que he sabido construir allí en apenas unos meses. De la gente que he conocido, de lo que he aprendido. Sé a quién recurriría si estuviera allí. Abro el móvil y mando un mensaje, sonrío cuando me responden mucho más rápido de lo que esperaba. ¿Qué hora es allí? Intento hacer el cálculo mientras abro mi pantalla de Skype y me encuentro con la cara, nunca amable, pero siempre bien recibida, de Brian.

—Estoy enfadado contigo y debes saberlo.

—Pero no te llamaba para que me dijeras eso.

—No, me llamabas para pedir consejo, pero te fuiste sin despedirte y eso no se hace.

—Tuve que irme deprisa, pero que conste que me pasé por el café a primera hora antes de irme, te pillé librando.

—¿Y vas a volver?

—Para eso te escribía…

—*I know*, por eso me estoy ahorrando las excusas malas y te estoy preguntando directamente, ¿qué ha pasado?

—Es largo de explicar.

—Eres periodista, dame un titular.

—Estoy embarazada.

—*Holy Shit!*

—Espera, que te doy la entradilla: Creo que yo sí quiero tenerlo, pero no sé si James va a estar por la labor. —Me ahorro contarle lo de mi madre resucitada, eso sería para un sumario o más bien para un reportaje aparte.

—*Fuck!*

—No lo culpo. No puedo obligarlo. Lo peor es que lo entiendo. Ni siquiera estoy enfadada con él, lo estoy conmigo —lo digo sin

pensar, pero con Brian siempre me pasa. Hablar con él es como uno de esos juegos de decir la primera palabra que te viene a la cabeza, a la que le encuentras sentido después de pronunciarla.

—Deberías estarlo.

—¿Por qué?

—Porque en vez de estar enfocando esto sobre tu persona, lo estás enfocando sobre lo que opina James. *Please!*

—Pero es que lo que opine él es importante en este momento, ¡digo yo!

—Sí y no. ¡No te das cuenta! Paula, *honey*. ¿Tengo que explicártelo todo? Fuiste a Nueva York huyendo de una vida y de un hombre que tomaba decisiones por ti, para buscar tu camino. Y sí, encontraste un amor, un amor de verdad, *ok*, y un trabajo que te llenaba, más o menos, pero no te encontraste a ti, y a lo mejor por eso sigues sin ser capaz de enfocarte en tu interior. En lo que te está pasando a ti, *inside yourself!*

—Pero…

—Pero nada. Tienes que tomar una decisión y quieres que lo haga James, que lo haga yo, que alguien venga a rescatarte de tu *fucking* torre de princesita. *Stop baby*. Esta es una decisión importante y no puedo dejarte que sigas con tus pajaritos, aterriza, tienes que empezar a tomar las riendas de tu vida ahora. *Now!* No puedes dejar que James se encargue de ti, no puedes ir de mujer ultramoderna y decidida y luego dejar que tu vida la resuelva el primer hombre del que te enamoras. James podrá quererte, apoyarte o no, decidir implicarse o no, pero de esto, *honey*, vas a tener que encargarte tú, *understand?* No puedes tomar la decisión según lo que quiera James o no. Porque lo demás que te he dicho tiene arreglo, pero esto ya no lo tendría.

—Yo… —Es demasiada información. Nunca nadie me había dicho tantas verdades a la cara. Joder. Esa mujer que ha descrito Brian ¿soy yo? Pienso que ni siquiera le he preguntado qué tal, solo lo he llamado para pedir socorro. Siempre pido socorro a los demás y suelen tenderme la mano. Por eso ahora estoy tan asustada. Porque solo depende de mí, tiene toda la razón.

—Paula, te admiro más de lo que crees. Sé perfectamente por qué el escritor ese *superhot* tuyo está loco por tus huesos. Porque ve en ti lo que vemos todos, lo que tú necesitas ver. Lo valiente y capaz que eres. Solo necesitas verlo tú también para tomar una decisión, sea la que sea. Necesitas creerte que eres capaz de tomarla sola.

—Gracias, Brian. Te quiero mucho, ¿te lo he dicho alguna vez?

—No, pero espero que me lo sigas diciendo más veces. Podrás irte

corriendo de Nueva York, pero no de mi vida, que lo sepas. Pero ahora soy yo el que tengo que dejarte. Viene mi ligue, ya te lo contaré, pero otro día mejor. *Tell me, ok baby?*

—*Ok, honey*. Diviértete.

—Todo irá bien, Paula, ya lo verás.

La pantalla se queda en negro y mi mente también. Es como si todo se apagara. James, el visado, Carlos, mi padre, mi no sé si madre, mis amigas, mi trabajo. Todo hace un fundido a negro. Solo estoy yo. Nadie más. O bueno, no es del todo así. Saco la imagen de la ecografía. Suspiro, y esta vez no me llevo una mano al vientre, sino que mezo mi tripa como si el bebé ya tuviera forma. La sensación es de absoluta paz. Sonrío. Todo lo demás es transitorio, menos importante. Las personas van y vienen de tu vida, todas. Da igual lo que las quieras o lo que ellos te quieran. La vida es así, te pone a personas en la vida y no todas van a quedarse. Salvo un hijo. Es el único vínculo que es para siempre. Todo este tiempo pensaba que no quería ser madre porque ese vínculo me asustaba sobremanera. Alguien que va a depender de ti hasta el último día de tu vida. Porque eso es algo de lo que no se puede salir corriendo. Incluso mi madre, que lo hizo, sigue estando aquí, sintiendo que ese vínculo conmigo es algo que sigue existiendo, pese a todo. Y ahora yo lo siento. Siento ese vínculo con esa imagen borrosa de la fotografía.

No tengo nada que decidir. No depende de nadie más. Es algo que ya está en mí, y solo necesitaba apagar todo lo demás para poder sentirlo. Sentir ese «algo más». Porque pensaba que no podría querer a nadie como quiero a James y que estar con él lo merecía todo. Ahora siento que este bebé lo merece aún más, decida lo que decida hacer James. Aunque, incluso, eso signifique perderlo.

Cuando Lidia llega a casa, me encuentra sentada en su sofá con una sonrisa. La sonrisa más sincera que ha reflejado nunca mi cara.

—Lidia, voy a ser mamá.

Ella me mira, deja su bolso en la mesa y me abraza de forma larga y sincera.

—Enhorabuena, cariño, vas a ser la mejor mamá del mundo, ya lo verás.

Es la primera vez, en todo este tiempo, que siento que esto es algo bueno. Que posiblemente sea la mejor noticia que he contado en mi vida.

12
No

Esa mañana despierto con un mensaje de James, pero no es para preguntarme qué tal estoy, sino para preguntarme la dirección de Lidia. Está aquí, en Madrid. Lo primero que siento es un vértigo enorme, porque yo ya he tomado mi decisión, pero no sé cómo voy a enfrentar la decisión que tome él. Lo siguiente que siento son unas ganas enormes de sumergirme en el olor de su abrazo y quedarme allí para siempre.

Lidia se va a trabajar, así que me quedo sola esperando que suene el timbre de la puerta, y marque el futuro de lo que va a ser, o no, mi vida.

Cuando por fin suena y abro nerviosa, casi temblando, la imagen de James Harper, el chico de la portada del libro que descansa en la mesita de noche, me parece irreal. No forma parte de mi mundo en Madrid y verlo allí, apoyado en el marco de la puerta de la casa de mi amiga es extraño. Es extraño porque ni siquiera estamos en mi casa, pero cuando lo miro, cuando mi mirada se fija en la suya y mi corazón y el suyo dan un vuelco al mismo tiempo, lo sé. Cualquier sitio en el que esté él al abrir la puerta, para mí es hogar.

Nos quedamos así, como tontos. Mirándonos, intentando colocar emociones, sin saber muy bien por dónde empezar. Así que hago lo mismo que hice la primera vez, lanzarme a besarlo, a sentirme viva entre sus brazos. Puede que no sea lo más adecuado, que no tenga sentido, pero nuestros cuerpos se comunican así, tocándose, sintiéndose. Hay mucho de lo que hablar, mucho que decir, pero no ahora. Ahora solo necesito hacer el amor con él, porque la última vez que hicimos el amor, ni siquiera lo hicimos juntos. Porque hacer el amor con él es la mejor forma de volver a sentirnos nosotros mismos. La puerta se cierra y yo lo llevo de la mano al cuarto de Lidia. Me desnuda despacio, con mucho cuidado y nos mordemos los hombros, el cuello, como si el devorarnos fuera una forma de llenar el vacío que nos ha concomido estos días. Somos adictos el uno al otro, a nuestro sexo, a nuestra forma única de querernos y, aunque solo hayan sido unos días, la abstinencia ha sido dura.

Pero hay algo en ese momento que hace que lejos de ser eufórico sea triste. Es como la última noche en Nueva York, cuando pensamos que era la última vez que haríamos el amor.

Cuando acabamos, me quedo recostada en su pecho, en el hueco que tiene entre los pectorales y que yo siempre he dicho que es mi hueco, mi sitio en su cuerpo y en el mundo. Él me mira embelesado, pero nervioso, acariciándome el pelo y tratándome con mucho cuidado, como si fuera a desvanecerme en cualquier momento.

—Lidia estará a punto de llegar.

—Ya… No es que quiera ser descortés, sobre todo después de haber usado su cama, pero quizás pueda conocerla luego. Ahora podemos ir a dar un paseo. Hay cosas que necesito decirte…

—Lo sé… James yo…

—No, aún no. —James sella mis labios con un beso—. Solo un poco más así, solo un poco más.

Beso el lunar que hay debajo de su ojo, acaricio su pelo castaño desaliñado y algo rizado, huelo profundamente el olor de su cuello y pienso que yo también necesito un poco más, solo un poco más.

Vamos paseando por las calles de Madrid. Recuerdo que hablamos de hacer un viaje a España. Empezar en el norte, comiendo mucho y muy rico y viendo preciosos paisajes verdes, pasando por Barcelona para ver su ambiente marítimo y cosmopolita, bajando a Andalucía, para perdernos entre casas blancas y copas de vino y acabar en Madrid, mi Madrid.

Desde que llegué, todo ha sido un cúmulo de desastres y dramas, pero ahora paseando por estas calles, a su lado, es como si todo volviera a tener sentido, como si la vida no fuera una serie de desdichas, sino un precioso regalo de nuevo. Me lo imagino, aquí a los dos, quizás viviendo una temporada, enseñándole mi mundo y que también pudiera ser el suyo. El nuestro, el de los tres. Porque ahora cuando me imagino de la mano de James ya no lo hago sola, sino que ambos sostenemos de la mano a una versión diminuta de nosotros mismos. Me vuelvo a llevar la mano a la tripa sin querer, James me mira justo en ese momento y su cara destila tristeza. La mía también.

Pero la melancolía es breve. James de pronto tiene una gran sonrisa en la cara y cuando me paro, hay algo que no logro entender. Estamos frente a mi librería favorita. En realidad, es mitad librería mitad cafetería. Está decorada con suelos antiguos de madera, y sillas y mesas de colores como sacadas de un patio, donde la gente no solo lee libros, sino que también toma dulces y té. ¿Por qué me ha traído aquí?

Me mira divertido, le encanta llevarme la delantera, saber algo que yo no sé y notar la incertidumbre y la frustración en mi cara. Es una de esas cosas que ya es «tan nuestra».

Me abre la puerta, cosa que no suele hacer nunca, y me señala una mesa vacía al fondo, que deduzco tiene reservada o algo parecido. Entro mirando de un lado para otro, buscando a Miren, mi librera favorita, que hoy no parece estar, así que simplemente me siento en la mesa, expectante. James se para a pedir un par de batidos de chocolate y vuelve ofreciéndome uno en mi lado de la mesa. Al menos se ha acordado de que ya no puedo beber vino.

—¿Qué hacemos aquí?

—Quería venir a pedirte un favor y a darte un regalo.

—Qué críptico eres.

—Siempre lo he sido. Hay cosas que no puedo cambiar.

—¿Y otras sí?

—Quizás sí.

—James yo… —Está a punto de cortarme, pero me deja acabar la frase, porque sabe que si no lo digo, que si no suelto eso que me está concomiendo por dentro, no podré estar atenta a nada más—. Quiero tenerlo. No sé si soy capaz de explicarte por qué, porque ni yo misma lo sé, pero es algo que siento, ya es parte de mí, y no puedo, no podría…

—Lo sé, Paula, lo sé. —James me coge la mano y la entrelaza entre las suyas—. Ya lo amas, es eso, ¿verdad?

—Creo que sí…

—Y no puedes renunciar a algo que amas, lo entiendo.

—¿Entonces?

—Entonces es que eres lo más bonito y a la vez lo más difícil que me ha pasado nunca. Pero yo te he dicho que hemos venido aquí para otra cosa.

—Vale… —Respiro e intento tranquilizarme. No ha salido corriendo, no ha montado una escena, ni se ha puesto a pegar patadas a las cosas. Me conoce, me conoce mejor que yo misma a veces, y ya sabía qué era lo que iba a decir. Lo esperaba. Sin embargo, yo no tengo ni idea de qué esperar ahora.

James abre su cartera de cuero y saca una bolsa. Lo miro del todo intrigada, cuando me doy cuenta de que de la bolsa saca dos libros. Uno es mi libro, el otro es el suyo. Los pone con mucho cuidado sobre la mesa, uno junto al otro y se queda mirándolos. Yo también.

—¿Y esto?

—Por eso hemos venido aquí. Había leído tu libro, lo compré en Amazon, ya lo sabes. Pero solo lo tenía en versión digital. Cuando te fuiste de casa volví a leerlo, pero tuve una sensación extraña. Necesitaba tenerlo en papel, como si al tenerlo físicamente fuera a sentirte más de verdad a través de él. Pero en Estados Unidos era

imposible encontrarlo…

—Aquí casi también, los libros que no son un gran éxito apenas están unos meses en las estanterías…

—Lo sé, pero entonces me acordé de que me habías hablado de esta librería, una, dos, o cinco mil veces. Llamé por teléfono y ¡aquí estaba!

—Es que la dueña es amiga mía, hice la presentación aquí, nos conocemos por temas de prensa y siempre cuida mucho a los autores que empiezan, ¿por eso estamos aquí?

—Claro, aunque no lo parezca a veces, suelo escuchar tus historias, incluso las que me cuentas de forma repetida. Así que al enterarme de que había ejemplares, quise venir a conseguir el mío. Vine aquí directamente desde el aeropuerto.

—Por eso tenías la mesa reservada.

—Eso es. El caso es que ya tenía el libro, pero le faltaba algo.

—¿El qué? —¿De verdad me está diciendo que se ha cruzado el Atlántico porque le gustaba más mi libro en papel? ¿De qué narices va esto?

—Tu firma. Y de ahí el favor que voy a pedirte. —James abre el libro por la primera hoja, la que está en blanco, y saca un bolígrafo —. Quiero que me dediques tu libro.

—¿De verdad es necesario esto ahora? Tenemos cosas más importantes de las que hablar, es un detalle muy bonito todo, pero yo ahora no tengo cabeza para dedicar libros…

—Suponía que me ibas a decir eso. O algo parecido. Así que por eso he traído este otro.

—Tu libro.

—No es solo mi libro. Es también un regalo. Porque me he dado cuenta de que yo tampoco te había dedicado nunca un libro. Así que a lo mejor leyendo mi dedicatoria, te inspiras para escribirme tú la tuya.

—¿Va en serio?

—En serio.

Suspiro, pero decido seguirle el juego. Asiento y entonces James recupera su sonrisa. Acerca su libro, pero no me deja cogerlo. En vez de eso, con cuidado abre él la primera hoja en blanco, que está escrita a bolígrafo de su puño y letra. Doy un sorbito a la pajita del batido y me acerco a leer.

Nunca en ninguna de mis novelas, ningún personaje tuvo tanta fuerza ni tanta belleza como tú. Nunca una mujer me hizo perder la cabeza para conseguir, precisamente, sanarme de mi locura. Nunca he querido a nadie como a ti, porque nunca ha existido nadie como

tú, y no creo que el milagro se repita. El presente contigo ha sido lo mejor de mi pasado, y no puedo sino anhelar un futuro en el que siempre estés a mi lado. Porque la vida merece ser vivida, por el simple hecho de que tú existas en ella.

Levanto la vista y no sé si son las hormonas, la emoción del momento o que son las palabras más bonitas que me han dicho, o al menos escrito, nunca pero estoy llorando. La vista se me emborrona levemente y por eso no soy capaz de ver del todo bien lo que ocurre en ese momento. James pasa la página del libro, pero hay algo raro en él. Me doy cuenta de que el libro está hueco. En medio del mismo hay un agujero, y dentro de ese agujero hay un lazo que sostiene el anillo más bonito que he visto en mi vida.

James me mira, acerca su silla a la mía, pone su boca en mi oído y susurra las palabras mágicas, solo para mí, con la voz más seductora y a la vez más bonita del mundo.

—Paula Daroca, ¿quieres casarte conmigo?

No soy capaz de contestar, no soy capaz de hablar, solo me sale echarme a sus brazos y besarlo, besarlo para que este momento sea eterno.

No puede ser más perfecto. La forma en la que me lo ha dicho, lo que me ha dicho, hasta el anillo que parece sacado de un anticuario y no de una joyería de barrio. No siento miedo ni pánico ni agobio, solo siento que se me sale el amor del pecho, en una emoción que no había experimentado hasta ahora. Nunca. Y mientras me abraza y me besa me imagino nuestra vida perfecta. Nos queremos tanto… y todo podría ser tan feliz. Podría dejarme llevar, decirle que sí y ser la mujer de James Harper, tener una familia y dejar de pensar tanto, para empezar a sentir. Solo tengo que separarme y decir una sola palabra. «Sí».

Porque sí, claro que quiero casarme con James Harper, lo quiero más que nada. Quiero una vida con él y sé que él quiere una vida conmigo. Pero eso ya no es suficiente. Porque yo quiero una familia con él y él no me ha hecho esa propuesta. Odio a mi inteligencia emocional en este momento, porque me grita que James no está haciendo esto porque quiera hacerlo, sino porque cree que es lo correcto, porque tiene miedo de perderme. La parte racional que hay en mí, la de las preguntas sin fin, toma el control, para hacer la pregunta clave, de la que ya sé la respuesta, aunque no quiera saberla.

—¿Y el bebé?

—Esta es la solución, Paula. Si nos casamos, podemos arreglar tus papeles en Estados Unidos, tendremos el bebé allí, ya nos

apañaremos…

—James, todo eso suena muy bien, de verdad, suena tan bien… Pero no me estás contestando a la pregunta.

—Tú a mí tampoco. —James se me queda mirando y suspira—. Paula, no soy una persona horrible. Nunca he querido ser padre, pero obviamente querré a nuestro hijo y seré el mejor padre que pueda ser. Supongo que al igual que te quiero a ti y ya no puedo vivir sin ti, también querré a nuestro bebé y ya no sabré vivir sin él.

—Supones…

—Paula, ¡no lo sé! No he cambiado toda mi forma de ver la vida en tres días, pero lo estoy intentando. Esto es lo correcto, es lo mejor, yo te quiero, te quiero muchísimo y si estamos juntos…

—Pero no puedes hacer esto porque sea lo correcto, James…

Solo es un gesto, ponérmelo en el dedo. Sé que me quiere, que yo lo quiero tan intensamente que duele, pero no sé si esa magia es aplicable a todo lo demás. Y menos ahora que estoy afrontando tantas verdades dolorosas. Como la de que mi madre, pese a quererme, porque supongo que me quería, se vio tan sobrepasada por algo que no deseaba desde un principio que se acabó marchando. Y todos nos odiamos por ello desde entonces, todos sufrimos desde entonces. ¿Qué pasa si James tampoco puede sacrificar su ideal de vida por nuestro bebé? No puedo obligarlo a ser padre a cambio de no perderme. No funciona así. Quizás pudiera ir bien, quizás sí, y todo podría ser fácil y bonito. Pero ¿y si no?

—Hay algo que no te he contado, algo que ha pasado estos días, y de lo que necesitaba hablar contigo más que con nadie, pero no era el momento.

—¿Qué pasa? ¿Ha pasado algo? —Veo la cara de angustia de James, a saber qué se está imaginando. Seguro que nada que se acerque a esto.

—Mi madre no está muerta.

—¿Cómo? —Desde luego que no era nada que se esperase.

—Es muy largo de explicar, pero intentaré resumirlo. Cuando llegué a Madrid, a casa de mi padre, había una mujer allí. Resulta que esa mujer es mi madre, que no murió, sino que nos abandonó, así que mi padre la hizo pasar por muerta y le prohibió acercarse a mí nunca más. Pero al irme yo a Estados Unidos, no sé aún muy bien por qué, se pusieron en contacto y así ha sido como ha reaparecido en nuestras vidas.

—*Holy Fucking Shit!* ¡Ya sabes de qué escribir tu nuevo libro! —James bromea, pero no me hace gracia, así que rápidamente corrige el tono—. Obviamente ha tenido que ser, y seguirá siendo, muy

impactante y entiendo que necesites hablar de ello. No puedo hacerme una idea de cómo debes sentirte. Pero ¿por qué me lo cuentas precisamente ahora?

—Porque viene al caso. Mi madre se quedó embarazada e hizo lo que debía hacer: casarse, tener el bebé. Pero no era lo que quería hacer y eso nos hizo a todos desgraciados para siempre. Yo sé que quiero tener este bebé, no porque deba hacerlo, sino porque necesito hacerlo. Pero tú no lo sabes James, tú estás haciendo esto como un impulso más, como haces todo…

—Pedirte que vinieras a Nueva York conmigo fue un impulso y fue lo mejor que he hecho en la vida.

—Lo sé, pero esto es diferente. Esto no es echar un polvo en un ascensor, alquilar una Vespa o coger un avión. Porque todas esas decisiones pueden arreglarse si te arrepientes, esta no. No puedes pedirme ahora que me case contigo y después arrepentirte y marcharte para no volver. Si lo haces, tiene que ser de verdad. Porque esto nos marcará para siempre y no puedes decidirlo en tres días. Tú lo has dicho, nadie cambia su forma de ver la vida en tres días.

—Tú lo has hecho.

—Pero tú no.

Se hace un silencio incómodo. Me quedo mirando el anillo dentro del libro. Es un diseño antiguo, diría que *art déco*, tiene un color plata ennegrecido, pero la piedra preciosa no ha perdido su brillo. Es muy tentador. Lo rozo, sopesando esas dos mitades que hay en mí que se debaten como nunca. Noto que James puede ver la indecisión en mi cara.

—Paula, Paula, mírame. —James empieza a ponerse nervioso —. Podemos intentarlo, ¿vale? No puedo… No puedo prometerte que cambie, pero puedo prometerte que lo voy a intentar.

—No quiero que cambies por mí James. —Me miro la tripa—. Ni puedo pedirte que cambies por él. Es lo que me pedían a mí y no era justo. Estás actuando con miedo, porque me quieres y temes perderme, pero no estás haciendo esto porque sea lo que realmente quieres… Porque de hecho es todo lo opuesto a lo que siempre has deseado. Solo quieres que todo siga siendo como antes, pero ya no puede serlo.

—Yo… Paula, yo…

Solo necesito que me diga que me equivoco. Que no es verdad, que sí que podemos ser una familia, que realmente se ha dado cuenta de que puede querernos a los dos, como yo me he dado cuenta de que ya quiero a este bebé. Que no tiene dudas de si va a arrepentirse

a la primera de cambio. Que no tiene ganas de salir huyendo, ya desde este momento. Porque si me lo dijera, me olvidaría de todo y me lo creería. Pero no lo dice. Porque no es capaz de hacerlo.

Intento contener el dolor que se me escapa en forma de quejido de entre los labios. Porque las imágenes de la vida perfecta, de los dos levantándonos por la mañana con un pequeñajo entre las sábanas, de paseos por el parque, fotos de vacaciones en la playa, asistir juntos a los estrenos de sus películas, pasear por Montauk de la mano mientras los abuelos juegan con nuestro bebé, van desapareciendo poco a poco. Todas esas imágenes que no me vinieron a la cabeza cuando me lo pidió Carlos y que me hacen pensar que, esta vez, es algo que yo también quiero de verdad. Toda la vida que me he inventado en cuanto he visto ese anillo, en cuestión de segundos, lo mismo que he tardado en imaginarla, se deshace en pedazos. Así de efímera es la felicidad.

Me levanto de la silla de golpe y salgo escopetada por la puerta. El momento más feliz de mi vida se ha convertido en el más triste. No llego muy lejos, me paro un par de portales más allá, incapaz de sacar fuerzas para que mi cuerpo me responda. Totalmente destruida en el sentido más amplio de la palabra, me siento en el suelo y empiezo a llorar como si algo se hubiera resquebrajado dentro de mí. James viene, me mira y no es capaz de hacer nada más que sentarse a mi lado, abrazarme y llorar conmigo. Ni siquiera nos damos cuenta de cuando empieza a llover. Ni siquiera de cuando para de hacerlo.

James se empeña en quedarse unos días más y se va solo a un hotel. Me insiste en que no hay que tomar decisiones drásticas. Que podemos ir viendo. Que por supuesto, si yo he decidido tenerlo, él va a figurar como padre, hacerse cargo de los gastos y todo lo que sea necesario. Que independientemente de lo que ocurra entre nosotros ahora, o del papel que vaya a desempeñar o no, él quiere seguir formando parte de nuestras vidas. Es obvio que este bebé que nos separa, también nos une.

Me ha ofrecido casarme, tener una familia, me lo ha ofrecido todo. Soy yo la que no ha querido aceptarlo. Otra lo hubiera hecho, es lo fácil. Y no es porque no esté muerta de miedo, es porque desde que siento esta pequeña vida dentro de mí, extrañamente me siento más fuerte. Más capaz de hacer cosas. Aunque sea sola.

Pero los días pasan rápido. Él tiene que volver a Estados Unidos, y lo único que sé es que no puedo irme con él. Necesitamos tiempo, los dos, para pensarlo todo con calma. Al fin y al cabo, tenemos casi

nueve meses por delante. Él ahora va a estar con la película, es lo que más quiere en el mundo, y puede ser egoísta, pero también lo sería cortar sus alas por una decisión unilateral. Yo no puedo estar sola en una casa esperando a que decida si realmente siente que puede ser el padre de mi bebé o si solo quiere ser el que pase un cheque a final de mes. Eso es demasiado duro.

Él debe marcharse, yo debo quedarme. Pero volver a casa de mi padre también se me hace un mundo. Es como volver derrotada y vencida al punto de partida. Ni siquiera le he contado todavía que estoy embarazada y aún no soy capaz de hacerlo. Por eso, por alguna razón femenina que ni siquiera yo misma logro desentrañar, el día antes de que James se vaya, quién sabe si para no volver, busco el papel donde María apuntó su número de teléfono.

Mi llamada la pilla de sorpresa. Nos reunimos las dos solas en un café y, sin saber por qué, siento la necesidad de contárselo todo. No sé si va a juzgarme ni si es una persona en la que confiarme, pero necesito desesperadamente contarle todo a alguien que al menos haga el intento de entenderme, y por su historia sé que ella va a hacerlo. Si no como madre, sí como mujer.

Se lo cuento todo, desde el principio, cuando empecé a sentirme asfixiada, la propuesta de Carlos que ni siquiera yo misma acepté, el viaje a Roma, cómo conocí a James, estos meses en Nueva York y por último la bomba: mi embarazo.

Ella me escucha tranquila, sin interrumpirme, solo asintiendo y sin dejar de mirarme, para que yo sepa que está atenta a todo lo que le cuento. Cuando acabo, termina de sorber su café y me expone una solución a mi situación actual que vuelve a parecerme una locura, pero que quizás no sea tan descabellada. Irme a vivir al mar.

13
Mar

Cuando uno brinda en Nochevieja suele pensar no solo en los momentos vividos en el año que se va, sino que también tiende a imaginar lo que será de su vida en el año siguiente. La pasada Nochevieja yo brindé pensando que este iba a ser el año más estable de mi vida. Me había ido a vivir con Carlos, empezaba en el trabajo nuevo y la perspectiva era, pues eso, tranquila. Un año en el que sosegarse, asentar la cabeza. Sin sobresaltos.

Si alguien me dice que en el verano iba a ser la segunda vez que me fuera a vivir a otra ciudad, a la aventura, con alguien a quien apenas conozco, tras mi segunda petición fallida de matrimonio, le hubiera dicho que estaba totalmente loco.

A lo mejor la loca soy yo, pero nadie puede culparme de haber perdido la cabeza. Quizás la primera vez, cuando decidí cruzar el océano siguiendo a una aventura de fin de semana, podría achacarse a mi falta de juicio, pero esta vez la persona que me acompaña de viaje es mi madre, sacada de entre los muertos. Que alguien me diga si eso es o no para perder la cabeza. Hay momentos en los que creo que estoy en una de esas películas en las que te traga la televisión y en mi caso me ha escupido en una telenovela venezolana.

La vida es así, no te pregunta qué planes tienes, ni qué es lo que quieres o pensabas hacer. Las cosas pasan, quieras o no, y lo que toca es lidiar con ellas lo mejor que puedas.

Vamos las dos montadas en un AVE, dirección a Málaga. María vive allí con su actual pareja, que no es el hombre por el que nos abandonó, al cual no ha vuelto a mencionar, sino que es alguien que conoció diez años atrás y con quién comparte su vida actualmente. Cuando, no sé por qué, la relación con ese hombre terminó, María rehízo su vida en Málaga viviendo del sector del turismo, trabajando al principio limpiando habitaciones de hotel y actualmente como gobernanta de uno. Esos tiempos en los que uno podía ir medrando y ascendiendo, opciones que los jóvenes de hoy ya no tienen. El caso es que fue precisamente en un hotel donde conoció a Julio, que era directivo de la cadena en la que ella trabajaba. Ahora, ambos viven juntos en Málaga, aunque tienen una casa en Nerja para pasar más tranquilos los fines de semana. La idea es que yo me instale en esa casa.

María se ha ofrecido a pedir una excedencia y mudarse conmigo, pero era demasiado. Estoy siendo egoísta, porque las condiciones las pongo yo. He accedido a conocerla, a que me ayude en este momento de mi vida, porque me ofrecía una salida, pero eso no significa que podamos ser madre e hija como si nada. Eso necesita tiempo. Ella vendrá a verme los fines de semana, pero yo tendré espacio para estar sola. Porque eso es lo que necesito: estar sola.

Siempre he vivido con mi padre, me enamoré pronto de Jorge, luego me refugié en Carlos y lo dejé todo por James. Mi vida ha estado marcada por los hombres que han estado en ella. Es la primera vez que tomo una decisión sin que sea en torno a un hombre, y eso para mí ya es un gran paso. A no ser que lo que viene sea un chico.

Me miro la tripa. La verdad es que había notado que había engordado un poco, pero absurda de mí pensé que era de la comida basura que comía en Nueva York. Pero cuando me fijo, el abdomen tiene una leve forma redondeada. Nada que no pudiera confundirse con un cólico de gases, las cosas como son, pero yo ya soy capaz de notar la diferencia. Soy capaz de notar también los cambios en mí y no solo los físicos. Hago cosas inconscientes. Por ejemplo, cuando el AVE se tambalea, me llevo la mano a la tripa, casi como un reflejo, para proteger a lo que haya ahí dentro. Como si ese instinto de protección ya se hubiera activado en mí.

María intenta no forzar mucho la conversación. Hablamos solo como si fuéramos dos conocidas que charlan sobre banalidades en un tren. Realmente a las personas no solo las conoces por la historia que te cuentan de sí mismas, sino también por sus opiniones de la vida, esas que surgen en las conversaciones triviales.

Una vez en Málaga nos espera Julio para llevarnos a Nerja en su coche. Es un hombre bien parecido para su edad, educado y atento, pero no me sale ser amable con él. Mi yo racional me dice que es una persona que no me conoce y que me está cediendo su casa en un momento de apuro personal, y que solo por eso debería mostrarme agradecida. Ni siquiera es el hombre por el que nos abandonó, pero no es mi padre, y la parte infantil que hay en mí se siente celosa y enrabietada.

El apartamento de María en Nerja es precioso. Es una pequeña casita cerca de la playa que se reconoce dese lejos por sus tejas color azul añil. No sé decir si es muy como ella o no, porque a efectos es una desconocida para mí. Pero es cálido, acogedor, lleno de flores y alegría. Me gusta. Es incluso demasiado grande para mí sola. Me explica cómo funciona todo y vuelve a proponerme que, si quiero,

puede quedarse conmigo los primeros días. Obviamente me vendría bien su ayuda en vez de quedarme sola en una casa desconocida, pero pensar en convivir con ella es demasiado, necesitamos conocernos más despacio. Lo entiende sin que tenga que decirlo en alto, y por eso no insiste.

Cuando se marchan, me pongo a deshacer las maletas, aunque me he traído pocas cosas. En Nueva York, aprendí que uno puede rehacerse con apenas una maleta para el fin de semana. Es increíble la de cosas que llegamos a almacenar sin sentido. Empiezo a dar vueltas por la casa, para familiarizarme con ella, pero me siento demasiado extraña. Así que antes de hacerme con la casa, decido hacerme con la ciudad. No creo que Nerja sea muy grande, pero estoy ilusionada. Siempre quise tener una casita en el mar, aunque claro, siempre pensé que viviría toda mi vida en Madrid.

Lo único que sé de Nerja es que es dónde se rodó la archiconocida serie española *Verano azul* y que tiene unas cuevas que se pueden visitar, aunque nunca he veraneado aquí. Así que hago lo que haría cualquiera en mi situación. Buscar en Google.

Acabo caminando por un largo paseo peatonal de casitas blancas, donde el olor a mar se entremezcla con el jazmín de los jardines, el incienso de las tiendas de artesanía y el olor a frito de los restaurantes. Esa calle me lleva a un entresijo de callejones, de suelos de piedra, y tiendas por doquier. Estamos a mediados de junio, pero se nota que ya hay mucho turismo de extranjeros, algunos seguramente incluso vivan aquí, aunque lo cierto es que ya hace suficiente calor como para querer escaparse a la playa. Sin embargo, más que en las playas, la mayoría está comiendo a cualquier hora en el que llaman el Balcón de Europa, una plaza que sobresale como un cabo y ofrece unas vistas increíbles del agua cristalina entre las rocas.

No puedo estar en una playa y no bañarme, así que voy a casa a por el bañador. La playa más cercana es la de Carabeillo. Hay que bajar unas largas escaleras, con un desagradable olor a alcantarillado, pero hay bastante menos gente y mucha más vegetación, por lo que las vistas desde el agua son mucho más relajantes.

Me gusta más la playa por la tarde, de hecho ni siquiera he bajado la sombrilla, solo la toalla, el protector solar y un libro. Busco un hueco, para mí sola es mucho más fácil. Me pongo a tomar en sol, casi anaranjado del atardecer. Todo va bien, hasta que decido darme un baño. Ir sola a la playa parece muy idílico, pero no es nada práctico, porque en las películas siempre queda muy bien esa chica

leyendo en plan sentirse bien consigo misma, pero en la vida real, bañarse y vigilar que no te roben queda menos bonito.

El riesgo merece la pena, porque el baño me sienta increíblemente bien. El agua es totalmente cristalina y aún está fría, pero lo justo para que resulte agradable la sensación. Inicialmente, en la zona de piedrecitas no cubre mucho, pero luego hay un salto al vacío, en el que puede verse la arena y los pececillos al fondo, aunque mis pies quedan muy lejos de tocarla. Echo la cabeza hacia atrás en el agua para hacer el muerto, y disfruto de no escuchar nada más que el sonido del agua, de la visión de mis pies en el horizonte y del vaivén reconfortante de las olas. No sé cuánto tiempo me tiro dentro del agua. Es como si me fuera lavando de todo lo malo, como si cada rato que permanezco en el agua me fuera limpiando de la angustias, del miedo y de la presión acumuladas.

Cuando salgo, me tiendo sobre la toalla para secarme con el poco sol que queda. Respiro tranquila. Me siento ligera, despreocupada de si alguien me mira, de si se me marca la tripa, de si tengo que entregar un trabajo urgente. Empiezo a disfrutar del momento de estar a solas escuchando las olas del mar, dejando que la vista se me pierda en el horizonte. Hasta que una parejita se sienta justo delante, estropeándome las vistas. Chasco la lengua asqueada, pero en vez de girar la vista hacia otro lado, me quedo mirándolos. Tendrán unos veintipocos años. Al principio, en lo que me fijo es en el tipo de ella. Está más delgada que yo y el biquini le queda mucho mejor. Luego pienso que a mí, a su edad, me quedaba igual de bien. «A su edad». Madre mía… ¿Cuándo me he hecho mayor? Después me quedo mirando como juguetean en el agua, no parece que tengan ninguna preocupación. Pasa lo típico, él le hace una aguadilla, ella se queja y él la coge de la cintura para que lo perdone con un beso. Ella se aferra a él, sube sus brazos a sus hombros y se besan más intensamente.

Me pongo triste. Nunca he sido una persona especialmente envidiosa, ni de estar demasiado pendiente de la vida de los demás o, al menos, no más de lo normal, partiendo de la base de que soy periodista y un poco cotilla por naturaleza. Pero ahora, viendo a ese par de críos besándose así, siendo felices, algo se me encoge en el corazón. Así que desvío la vista y lo que me encuentro es peor. Es una pareja, algo más mayores que yo, que juegan con un niño de unos tres añitos a coger piedras en la orilla. El padre lo persigue para que no se meta en el agua y la madre les hace fotos con el móvil mientras se ríe. Al final, el papá coge al niño en volandas y lo lleva hasta la madre. El pequeño le regala una de las piedras que ha

seleccionado en la orilla, su marido o lo que sea, le da un beso; a mí, directamente, se me parte el corazón.

No voy a llorar, aquí no, soy capaz de controlarme a mí y a mis hormonas. Pienso que no es la primera vez que hago cosas sola, siempre he sido muy independiente y además he tenido que viajar sola mucho por trabajo. Pero nunca he estado sola de verdad. Solo eran unos días, una comida, una tarde para mí. Siempre había alguien al volver a casa. Ahora en esta casa solo estoy yo, nada más que yo.

Vuelvo a casa con el ánimo cambiado y ya no soy capaz de volver a salir. Entro en modo depresión. No puedo dejar de ver las fotos de James y de mí, que guardo en el móvil como un tesoro, y que ni siquiera he podido enseñar a nadie. Ha sido lo más real que me ha pasado nunca y parece que ni siquiera ha llegado a pasar.

Al día siguiente, no me siento con ganas de bajar a la playa, así que simplemente me quedo tirada en el sofá. Las horas pasan comiendo cosas que no debería, pero que al menos no están prohibidas para las embarazadas, viendo películas románticas tontas y durmiéndome abrazada a la almohada, a la que le he tenido que poner una camiseta suya que le robé, y que aún huele a él, para poder dormir. A mitad de semana, me doy cuenta de que no puedo hacer esto durante nueve meses o acabaré enloqueciendo.

Rebusco en mi maleta. Me he comprado un par de libros sobre embarazadas, porque estoy totalmente perdida con el tema, y quizás este tiempo muerto me venga bien para ponerme al día. Pero viendo todo lo que puede pasar, todo lo que debería hacer y todo lo que no sé si estoy haciendo bien, al final solo consigo sentirme peor todavía.

Así que, al final, hago lo único que sé hacer para sentirme bien. Primero, opto por masturbarme, algo que siempre se me ha dado muy bien. Una vez más animada, me siento delante de mi ordenador y empiezo a escribir. Es la única forma de hacer catarsis que conozco. Pero no sé qué escribir. Pronto saldrá mi novela en Italia, tras meses de traducción y edición, pero aún no me siento con fuerzas para abordar una nueva novela. ¿Qué contaría? ¿Mi historia con James? Todavía no soy capaz de colocar todas las piezas de ese puzle, como para embarcarme en algo así.

Así que, simplemente, escribo lo que me sale. Reflexiones, apuntes, que por pura costumbre me salen casi en forma de artículos de opinión. Otras veces solo son ideas que necesito ver en un papel, para buscarles el lugar correcto en mi cabeza.

Entonces, mi cabeza hace un clic. Está claro que necesito algo en lo que ocupar la cabeza y, si no es una novela, quizás pueda ser un

blog. Mi propio blog en el que escribir lo que quiera sin que nadie se meta en mi trabajo, ni me lo cambie, ni me lo cuestione. Y creo que ya sé hasta como titularlo.

Cuando María llega el sábado a casa, no me encuentra en el sofá, como esperaba, sino como una loca tras la pantalla del ordenador, intentando entenderme con el WordPress y buscando cursos sobre redes sociales, *marketing online* y marca personal. No sé si ella entiende mucho de esto, pero estoy deseando hablarlo con alguien, así que en cuanto me pregunta qué estoy haciendo empiezo a parlotear como si me hubieran dado cuerda. No sabía lo duro que era pasarme días sin hablar con nadie, nada más que por WhatsApp.

—¿Qué te parece? Ya sé que es difícil ganar dinero con un blog, pero ahora mismo, seamos realistas, es difícil que me contraten en ningún sitio, estando embarazada, y si me paso meses sin escribir me desentrenaré.

—Por eso no te preocupes, puedes estar aquí todo el tiempo que necesites. Quiero que sientas que esta es tu casa.

—No es mi casa, necesito buscar mi propia casa, pero intento ser realista con mis posibilidades… Además, me ayuda a no pensar o a no pensar tanto por lo menos.

—¿Lo echas de menos?

—Claro. Y es absurdo, ¿sabes? Solo ha estado unos meses en mi vida, sé perfectamente que puedo vivir con él. Simplemente es que no quiero.

—Ya… ¿te apetece que vayamos a dar un paseo?

María me lleva por la zona más antigua de Nerja y me va haciendo un poco de guía. Después de mi primer paseo, apenas he salido de casa entre mis momentos de no querer moverme y los de no querer parar. Es agradable pasear y charlar con alguien, ver algo nuevo, respirar el aire salado del mar.

Al final, cenamos en un restaurante que hay en la zona del paseo marítimo. Es la playa de Burriana, a la que en realidad se llega andando desde la misma playa del Carabeillo. Sirven espetos de sardinas, de esos que se hacen a la brasa en barcas de madera, atravesados por un palo; ajoblanco, que es como un gazpacho hecho de almendra y ajo, pero también otros platos andaluces como tortillitas de camarones y boquerones fritos con limón. Por suerte, mi corta lectura sobre la alimentación en el embarazo ha llegado a este punto y sé que los pescados pequeños, al tener menos posibilidad de tener mercurio acumulado, están permitidos. Menos mal, porque, si no, que alguien me diga que iba a comer yo en Málaga.

María, tras haberme contado todo sobre Nerja, intenta sacar un

tema cada vez, como si tuviera pánico a que el silencio se instalase entre nosotras. Algo absurdo, teniendo en cuenta que lo tenemos todo por hablar. Y una vez más, ese impulso mío a hacer preguntas incómodas en situaciones inadecuadas, me lleva a abrir la boca sin pensar.

—No me has contado qué pasó con él.

—¿Con quién?

—Con ese hombre… El hombre por el que nos abandonaste. —El silencio por fin se ha hecho. Sé que si quiero respuestas, debería de plantear la pregunta de otra manera—. Quiero decir que sé cómo conociste a Antonio, bueno, a papá, sé por qué te fuiste, y sé cómo te buscaste la vida después de romper con él y cómo acabaste con Julio. Pero no sé nada de esa parte de tu vida.

—He creído que te sería incómodo que te hablase de él.

—Un poco sí, si te soy sincera. Pero si voy a intentar conocerte, me es difícil tener una parte tan importante de ti en blanco, ¿no crees?

—Pues ya que somos sinceras, es algo incómodo también para mí. Pero quizás sea algo bueno para las dos hablar de ello. Puede que sí… —Hace una parada para beber de su tinto de verano, mientras yo la imito con mi refresco sin burbujas light—. Fernando era un hombre de esos que llaman la atención cuando están entre mucha gente, que destacan. Haga lo que haga, vaya donde vaya. Incluso, como te dije, en un supermercado. Tenía unos ojos azules…

—Como el mar, no me digas más —saltó yo, con un tono sarcástico que no he podido evitar.

—¡Pues mira no! Eran más bien color piscina. —Me río con la ocurrencia, y entonces me concentro en intento imaginar que la historia me la está contando una nueva amiga que he conocido en la playa, no la madre que se marchó para no volver, hasta ahora—. Pero eran como una piscina azul cristalino en una tarde asfixiante de verano. Cuando los miraba no podía pensar nada más que en sumergirme en ellos, hasta ahogarme, si era necesario, y supongo que eso fue lo que pasó al final.

—No me hagas *spoilers*.

—¿Ahora se dice así? —Coge un boquerón, y yo la imito para darle tregua.

—El caso es que me enamoré como nunca lo había hecho. Quiero decir, que con Antonio era diferente. Lo quería, pero del modo que se quiere a un buen amigo fiel, que sabes que siempre estará ahí y te dejas querer, y las cosas simplemente pasaron, sin que yo realmente lo eligiera como compañero de vida. Pero con Fernando… ¿estás

segura de que quieres que siga?

—Alguna vez tendrás que contármelo.

—Teníamos, digamos, otro tipo de conexión.

—Ahí no hace falta entrar en detalles, eso ya puedo imaginarlo, o intentar no imaginarlo mejor.

—La primera vez fue algo tan inesperado que ni siquiera fui consciente de lo que había hecho. Me sentía culpable, mucho, y le dije que no volviera a acercarse. Pero al final sucumbí yo. Era algo adictivo. Duró un tiempo, mi infidelidad, pero era obvio que era una situación insostenible, para él, para mí, para tu padre… Fernando tenía que volver a Málaga por negocios y me dio un ultimátum. Así que hablé con Antonio sobre la idea del divorcio. No quiso ni oír hablar de aquello. Ya había una ley, pero era algo reciente y las personas no siempre avanzan al mismo ritmo que las leyes. No tu padre, por lo menos. Aunque creo que a él nunca se le pasó por la cabeza que fuera a marcharme, creo que realmente pensó que seguiría en casa como si no hubiera pasado nada. No tuvo en cuenta que yo no me encontraba en mi mejor momento, estaba perdida, desorientada, y al final… me marché sin sopesar realmente todos los caminos posibles y todas las consecuencias.

—Sí, eso… Eso es lo que me contaste —comento, de nuevo incómoda, sin dejar de pensar que lo que dejó atrás, fui a mí—. Lo que no sé es que pasó después.

—Pues lo que pasó fue lo típico. Las mujeres tendemos a enamorarnos de una forma malsana. Nos educan así. A ellos, desde pequeños, los educan en superarse a sí mismos, a nosotras en idealizar a una persona para calmar nuestro dilema existencial. Por eso nos cuesta tanto amar de una forma equilibrada, porque pensamos que hay que amar más al otro que a uno mismo. Un poco por esa magnífica tradición judeocristiana y tal. —Me sonríe. No hemos hablado de religión, no es un tema que haya surgido y, por lo visto, ahí piensa muy diferente a mi padre y mucho más parecido a mí.

—¿Entonces simplemente no salió bien?

—Por un tiempo sí. Me vine a Málaga con él, pensando en escapar de una vida que no quería, pero me metí en otra que tampoco era lo que yo pensaba. Quería libertad y simplemente cambié de jaula. Me volqué en quererlo, en amarlo como nunca nadie le podría amar. En hacer de él ese príncipe azul que creí que necesitaba para salvarme de mí misma. Me volqué tanto que me difuminé a mí misma, hasta un punto en el que ni siquiera él supo volver a encontrarme. Lo he pensado muchas veces, ya con otra

perspectiva, la de una mujer adulta. Fue tan sencillo como que me creí esa idea del amor romántico en el que una debe desaparecer para fundirse con el otro y convertirse en ese «nosotros». Él acabó agobiándose de ese nosotros, dijo que sentía que no estaba a la altura de mis expectativas, pero creo que al final fui yo la que no estuve a la altura de las suyas.

—Pues qué cabrón.

—Eso pensé durante mucho tiempo. Ahora ya no. No le tengo rencor, fue una lección de vida. Algo que debía aprender, aunque fuera de la peor de las maneras. El caso es que cuando intenté contactar con tu padre, ya era tarde. Te había dicho que yo estaba muerta y no había manera de volver. Consulté a muchos abogados, pero entonces las cosas eran distintas. Yo no tenía dinero ni oficio ni beneficio. Así que, simplemente, me dediqué a buscarme la vida. Málaga siempre ha sido una ciudad muy turística, así que lo más fácil fue buscar trabajo limpiando hoteles, empezar a ahorrar y pensar que algún día podría enmendar mis errores.

—Pasaron muchos años…

—Demasiados, pero todo pasa por algo. Cuando Antonio me llamó y me contó que habías repetido mi historia, que te habías marchado lejos con otro hombre, entendí que, a lo mejor, no era tarde, que aún podía ayudarte.

—Yo… te agradezco que me hayas acogido aquí. No es que eso arregle las cosas, pero puedo entender que no todo es blanco o negro. Solo necesito tiempo.

—No me refería a la casa. No pude cuidarte como madre en muchos años, poder cuidar de ti ahora no es una obligación, es un regalo. Me refería más bien a la idea de que repitieras mi historia.

—¿Tú también vas a juzgarme por abandonar a Carlos? —¡Sería lo último!

—¡No! ¡Claro que no! Lo has hecho mucho mejor que yo, eso está claro. Y también que ahora las cosas son muy distintas a entonces. No me refiero a tu exnovio, me refiero a James.

—Yo no… James fue lo mejor que me ha pasado. No es lo mismo. Sé que me cuentas esta historia pensando que lo es, pero te equivocas. Yo no conozco a ese Fernando, ni sé cómo fue todo lo que pasó entre vosotros. Pero no es lo mismo, no lo es.

—No es la misma historia y al final todas lo son. Los tiempos cambian, pero la forma de amar, tristemente no. Seguimos buscando respuestas en otra persona, en vez de buscarlas en nosotras mismas. Sé que sueno muy… a madre, y a lo mejor no tengo derecho a ejercer como tal. Tómatelo como el consejo de una amiga. Si quieres

que lo de James sea diferente, hazlo diferente.

Me quedo en silencio. No quiero verlo así, pero lo cierto es que naufragué con Carlos y usé a James de chaleco salvavidas. Pero nunca llegué a pisar tierra firme por mí misma. Solo dejé de buscar la felicidad en una persona, para buscarla desesperadamente en otra. Como hice con Jorge y Carlos. Como he hecho siempre.

—A lo mejor ya da un poco lo mismo. ¿Sabes esa idea de que si amas algo debes dejarlo libre y que si regresa a ti era tuyo y, si no, nunca lo fue? Estoy empezando a pensar que a lo mejor nunca lo fue.

—Esas son frases de carpeta de chiquilla de instituto, no intentes ponértelas como filosofía de vida.

—Pero lo siento tan lejos ahora…

—¡Es que está muy lejos! —me responde ella para intentar quitar hierro al asunto, pero al no conseguirlo me mira pensativa—. ¿Puedo preguntarte una cosa?

—Supongo que sí.

—¿Por qué le dijiste que no? Sé que no era todo lo idílico que podría ser, pero ¿por qué no probaste? No corrías los mismos riesgos que corrí yo. Quiero decir, claro que podría salir mal, todo puede salir siempre mal, pero también puede salir bien.

—No lo habría hecho. Lo sé. No puedo explicarlo, pero sé que decirle que sí, que haberme puesto ese anillo habría sido nuestra condena a muerte. Tú lo sabes, no se puede forzar a alguien a tener una vida que no quiere, a sentir algo que no siente. —María asiente en silencio. Su cara tiene un gesto realmente triste—. Pero bueno, entiendo que haya personas que crean que he perdido la cabeza al lanzarme a esto yo sola y rechazar la opción que todo el mundo tomaría.

—A lo mejor no la has perdido, a lo mejor es que ahora, simplemente, la llevas más alta. —María me sonríe, y yo le devuelvo la sonrisa. Es la primera vez que tenemos un gesto así de cómplice.

—¿Sabes? Creo que ya tengo nombre para mi blog.

—¿En serio?

—*Perdernos para encontrarnos*. ¿Qué te parece?

—Me parece que no podría ser mejor comienzo y mejor resumen.

Esa noche, al llegar a la habitación, cuando María se mete en la cama, yo vuelvo a encender el ordenador, para escribir algunas ideas y que no se me olviden:

Nos plantean la vida como una línea recta. Una evolución marcada por ciertos hitos, que se supone que todos debemos de cumplir. Desde tener unos estudios y un trabajo que se considere aceptable para la sociedad o, al menos, para la economía, hasta tener

una pareja, dentro de los cánones establecidos. Es decir, que sea una pareja tradicional, a ser posible heterosexual, y que se plantee no solo una continuidad juntos, sino también formar una familia. Eso es lo que se espera de nosotros, y lo que nosotros aprendemos a esperar de la vida.

El problema es que es imposible encontrarse a uno mismo haciendo solo lo esperado. Porque es difícil ser uno mismo cuando solo te planteas ser uno más.

No puedes saber qué quieres hacer, si te obcecas en saber qué es lo que debes hacer. No puedes saber quién eres si solo te observas a través de los ojos de los demás, a los que siempre les ocultas una parte de tu verdad.

A veces, es necesario salirse de la línea recta, hacer algo inesperado para conocerse. A veces, es necesario perdernos para encontrarnos.

Los días empiezan a pasar entre mañanas de trabajo en el blog y tardes de paseo por la playa. Ya me voy acostumbrando a bajar sola, al menos, con la excusa de despejar la mente y pensar en nuevas ideas. Incluso empiezo a conocer a la gente que baja a la playa, los vecinos del barrio, los mejores restaurantes para comer sola o las ofertas del supermercado. Es extraño lo rápido que somos capaces de crear nuevas rutinas.

Mi padre no me llama todos los días, pero sí todas las semanas. Sé que una parte de él está enfadado porque me he ido con María, pero creo que empieza a pasar página y a responsabilizarse de sus propios errores. Un día, por fin, se sinceró y me dijo que comprendía que necesitásemos una segunda oportunidad, que él no iba a interponerse más en mis decisiones. Creo que le ha costado mucho más trabajo del que me imagino llegar a decir eso. Yo también sigo algo enfadada con él, por no dejar que María pudiera volver antes a nuestras vidas, pero eso no borra todo lo que ha hecho por mí y todo lo que me ha dado estos años.

Las chicas también están más receptivas que cuando me fui a Nueva York y, por supuesto, están planificando cuadrarse para venir a pasar aquí unos días del verano. Incluso Sara. No tenemos una relación perfecta, pero nadie la tiene, y aunque no seamos unas amigas tan unidas y compenetradas como las de las series de televisión, seguimos aportándonos cosas las unas a las otras. Lidia su comprensión, Miriam su relatividad ante la vida, Sara sus pies en la tierra. Creo que yo les aporto también otro punto de vista, para ver

más allá de lo obvio. No tenemos todo en común, pero eso me lo aportan otras personas. Como Brian o como las personas que se siguen cruzando en mi camino y que lo seguirán haciendo. La vida no puede verse siempre como todo o nada. Lo único que sobra es lo tóxico y este, por suerte, no es el caso.

Es como si poco a poco fuera colocando, en lo posible, las piezas del puzle. Aunque aún no haya conseguido encajarlas todas.

Cuando María viene durante el fin de semana, todavía sin Julio, aprovecha para que vayamos las dos a visitar otros pueblos de la zona, para que pueda salir un poco. Al final, me deja también su coche viejo aquí, para que pueda moverme también por mi cuenta. La conversación va fluyendo cada vez más, aunque seguimos yendo despacio. Me cuenta cosas de su trabajo, me pregunta qué tal me adapto y, en un momento dado, se atreve a preguntarme si sé algo de James.

La respuesta es que sí. Pero no sé si son buenas noticias. Cuando volvió a Nueva York, se reunió con su agente, que le dijo que ya iban a empezar con los preparativos de la película, y que quizás era mejor que se mudase una temporada a Los Ángeles. La verdad es que unos miles de kilómetros más o menos de distancia a estas alturas no es que sean realmente relevantes, pero tengo la sensación de que si se va de nuestra casa, de nuestros recuerdos, se alejará también cada vez más de mí. Él me promete que en cuanto esté todo un poco más tranquilo vendrá a verme, a saber cómo está todo, ver dónde vivo, a conocer a María y a charlar conmigo sobre ese tema más tranquilos. Sin embargo, cuando le cuento que he ido al médico, y le hablo de mi cansancio, de las náuseas, o de cualquier cosa que tenga que ver con el embarazo, se pone serio. Yo hago como que no me doy cuenta y, simplemente, cambio de tema. Y eso no se lo cuento a María, ni a nadie. Tiempo, necesitamos tiempo.

María en lo que sí que me está ayudando mucho es con el blog. Obviamente no con la escritura, ni con los temas más técnicos, pero hace lo posible por darlo a conocer a todos sus círculos, y lo cierto es que es muy buena relaciones públicas. Tanto que me ha conseguido una entrevista en una radio de Málaga capital. Sé que hoy en día todo el mundo tiene un blog, pero también me doy cuenta de que el número de visitas va subiendo, también el de mis seguidores. A la gente le gusta lo que escribo, me hacen comentarios, comparten mis entradas y, por lo menos, me siento orgullosa de lo que hago. Es emocionante ver que mis dos proyectos crecen a buen ritmo, el personal y el profesional.

Suspiro cuando me monto en el coche. Otro de esos retos que he

tenido que aprender a superar poco a poco. Nunca me ha gustado conducir, y casi siempre dejaba que fuera Carlos el que me llevase a todas partes, o cogía el metro o el cercanías a cualquier parte. Viviendo en Nerja o te mueves en coche o no te mueves.

Paso a recoger a María, ha prometido quedarse en la cafetería que hay al lado, esperando para darme apoyo moral. Llego a la radio hecha un manejo de nervios, una chica de realización me viene a buscar y me dice que espere con ellos en la pecera, es decir, en la parte donde está la mesa de mezclas, separada por un cristal del estudio de radio. Están haciendo otra entrevista, y me fijo en que habla mucho más despacio que yo. Seguro que me embalo y al final soy incapaz de decir nada. Antes de que me dé cuenta es mi turno.

Abro la puerta insonorizada y sonrío al presentador, que me hace un gesto para que me sienta a su lado, mientras suena una canción de fondo. Antes de sentarme dejo el bolso con el móvil apagado a un lado, no sin antes sacar una botella de agua para ponerla en mi lado de la mesa. Miro el micrófono de gomaespuma, donde están colgados unos cascos y respiro hondo para calmarme.

—Paula Daroca, ¿verdad?

—Sí, sí.

—Vale, ponte los cascos, ya acaba la canción. —El presentador hace un gesto al técnico de sonido con la mano, para que baje lentamente el volumen de la música, y por fin abre nuestros micrófonos.

En cuanto comienzo a hablar, ya no puedo parar. No estoy nerviosa ni incómoda. Estoy como si hubiera llegado a casa. Acabo de enamorarme, y ha sido mutuo.

Cuando salgo del estudio y entro a la cafetería en busca de María, estoy casi temblando. Es ella la que me tiene que hacer un gesto para que la encuentre y me siente a su lado.

—¿Qué tal ha ido?

—No sé cómo explicarlo, ha sido como magia, de verdad.

—¿Nunca habías estado en la radio?

—La verdad es que no. En la universidad, haciendo prácticas y eso, pero no así.

—¿Entonces al final no era tan difícil lo de ser entrevistada?

—Pues no, de hecho algo he debido hacer bien, porque han llamado varias oyentes al programa para hacerme preguntas sobre el blog, algunas incluso eran lectoras mías y querían decirme que mis textos las habían inspirado mucho.

—¿En serio?

—Sí, el locutor estaba tan contento que me han dicho que lo

mismo me invitan más veces, que hasta podríamos hablar de hacer una posible sección en el programa con el nombre del blog para que yo hablase de uno de los temas de mis *post* y que contestase llamadas. Estoy flipando.

—¡Cuánto me alegro, hija, y cuánto te lo mereces!

—A ver, lo mismo lo ha dicho por decir.

—Piensa en positivo para que pasen cosas buenas.

—Ya veremos pero… Me ha gustado eso de responder a la gente. Cuando escribes sabes que alguien lo lee, pero nunca me habían dicho tan directamente que algo que yo he escrito o dicho ayudaba a otra persona. Es una sensación de subidón indescriptible.

—Es que ayudar a otros es también ayudarse a uno mismo.

Volvemos a sonreírnos de esa manera ya cómplice cuando hemos encontrado una de esas ideas claves en las que coincidimos. No sé si tengo ya un sentimiento hacia María como una madre, pero desde luego cada día la valoro más como mujer, sobre todo por la capacidad que tuvo de rehacerse a sí misma y la que tiene hoy para seguir aprendiendo cada día.

María tiene que irse al trabajo, pero yo me siento muy nerviosa como para volver a casa sin más. Decido hacer algo que marque más este día, el cambio que he notado hoy en ese estudio de radio. Y no se me ocurre otra cosa que pasarme por una peluquería.

Voy a cortarme el pelo. Para empezar, porque lo tengo hecho una pena de la playa y, para terminar, porque me siento diferente y, por alguna razón, quiero verme diferente.

Nunca me he sentido muy cómoda en las peluquerías. Todo el mundo habla con mucha familiaridad y yo me siento fuera de lugar. Si es gente del sur, ya para qué hablar. Pero hoy la conversación parece más un debate de filosofía, que una tertulia de Telecinco, como suele ser habitual.

—Pues yo desde que hago yoga y *mindfulness* soy otra, qué quieres que te diga.

—No sabes, yo me he comprado el libro ese del orden, de tirar todo lo que tenemos y quedarnos con pocas cosas. ¡Bueno! Medio armario he tirado. Si es que tenía ropa de antes de tener a los niños guardada que no me voy a volver a poner en la vida.

—Si eso te ha venido bien, te deberías venir a mi grupo de meditación, además te hacen un *mix* y te dan algunos consejos sobre dietas depurativas, ya sabes, despejar el cuerpo para despejar la mente —le contesta de nuevo su compañera.

—A mí todo eso me parecen gilipolleces —salta una tercera, con el pelo lleno de papel de plata—. ¿Qué hay que vivir más las cosas

sencillas, cuidarse y no estar todo el día agobiados por lo que ha sido o lo que será? ¿Para eso hace falta tanto curso y tanto libro? Al final, hacemos lo mismo, tiramos ropa vieja y consumimos libros, talleres, cursos y clases para exigirnos más mierdas a nosotras mismas. Me da que no nos estamos enterando de qué va la vaina para nada.

Yo me río divertida pensando lo sabia que es a veces la filosofía popular y buscando cómo apuntarme la idea para una de las próximas entradas de mi blog. Me parece una idea buenísima. Busco a escondidas en una de las revistas un cachito de papel en el que apuntar sin que se den cuenta, y es entonces cuando lo veo. Tengo que volver a fijarme bien en la página para cerciorarme de que no me he equivocado, pero el titular me lo confirma:

«Jennifer Cline en compañía de un nuevo amor».

Las fotos no dejan lugar a dudas, son James y Jennifer paseando por la playa de Santa Mónica, con la noria de fondo. Riéndose, muy cerca el uno del otro. Obviamente el reportaje es por Jennifer, James no es tan famoso como para llegar al papel cuché de las revistas españolas. Pero cuando leo, lo citan. El escritor James Harper, autor de la novela cuya adaptación protagonizará la actriz de moda. Pienso que solo son revistas, cotilleos y que en las imágenes tampoco los han pillado besándose o algo así. ¿Pero realmente me sorprendería si lo hubieran hecho?

Me quedo tan sumida en mis pensamientos que ni siquiera soy capaz de quejarme cuando veo que me han cortado el pelo más de lo deseado.

No me siento con ganas de pasear por Málaga, mi ánimo ha vuelto a cambiar de repente. Cojo el coche y emprendo el camino a casa con la mente un tanto abotargada. Cuando por fin veo el mar a lo lejos, en vez de sentir la sensación reconfortante que suele producirme, me da angustia, como si tuviera la sensación de volver a ahogarme. No, no puedo volver a naufragar. Ya no.

Entonces se me ocurre un lugar al que ir antes de llegar a casa.

Cojo el desvío a Torrox y conduzco hasta la pequeña playa que hay junto al faro. Es muy pequeña, pero no suele haber mucha gente, o no tanta como en otras playas. Dejo el coche en el aparcamiento que hay justo al lado y, antes de salir, me cambio de ropa. Me he acostumbrado a llevar siempre una bolsa de playa en el coche con un bikini y una toalla.

Está casi atardeciendo, pero aun así me meto directamente al agua. Y allí, dejo que las lágrimas saladas se mezclen con el agua del mar. Lloro todo lo que necesito llorar. Ya no me da vergüenza ni angustia ni miedo, simplemente lo hago cuando necesito hacerlo.

Después, más tranquila, salgo a la arena. Mi cuerpo ya ha empezado a cambiar. Tengo el pecho más hinchado, la tripa más redondeada e incluso las caderas algo más anchas. Pero eso ya tampoco me importa. Todo cambia, todo tiene tendencia a cambiar. Me quito la parte de arriba del biquini y dejo que el viento acaricie mi espalda mientras miro al mar y al horizonte.

Algo me dice que lo que viene es una niña. Aún es pronto para saberlo, pero es una especie de presentimiento. Incluso he empezado a pensar en nombres. Sé que vamos a estar bien, que sea como sea, estaremos bien. Ella y yo.

Poco a poco el sol va cayendo y el cielo se tiñe de colores naranjas y rosados. Pero todavía no quiero irme a casa.

Me quedo mirando un buen rato al faro, y dejo de sentir la ansiedad y la tristeza. Me siento serena. Sonrío.

No es la primera vez que no sé qué va a ser de mi vida, pero es la primera vez que me hace feliz no saberlo.

Epílogo

¿Cuánto vale nuestra felicidad? En el mundo actual pensamos que la felicidad es un piso grande, viajes muy caros, restaurantes de moda y ropa de marca. O al menos eso es lo que parece en Instagram. Yo la he conseguido en un trabajo que me gusta, la sensación de sentir que aporto algo a los demás y largos paseos por la playa.

Te pasas la vida ideando un plan, una estrategia para alcanzar tus objetivos. Y, al final, las cosas suceden como menos te lo esperas. Sonrío al pensar en estos últimos meses. Como esa entrevista supuso finalmente una sección en el programa, como eso llevó a que mi blog acabara siendo una sección en el periódico al que pertenecía la radio y en cómo, al final, he conseguido convertir *Perdernos para encontrarnos* en el programa estrella de la nueva temporada. Incluso me ha llamado una editorial para interesarse y hacer un libro con una recopilación de mis escritos. No es una novela, pero quizás vuelva a escribir una algún día. Solo por el placer de escribirla.

No es que me haya hecho rica, ni mucho menos, pero gano lo suficiente para pagar mi propio apartamento en Málaga. Para tener una vida. La que yo he elegido.

Sigo visitando Madrid algunos fines de semana para ver a mi padre y a mis amigas, y por supuesto pude pasar allí unos días para la boda de Sara y Ernesto. Pero me temo que en cuanto nazca la niña serán ellos los que tengan que venir a verme a mí. Por suerte, mi madre me ha podido ayudar a montar la habitación y a tener todo preparado para el gran día.

Pero aún falta un par de semanas para eso. Miro mi tripa. Es tan grande que da miedo. Me siento demasiado pesada, cansada y acalorada. Nada me sienta bien y estoy malhumorada casi todo el rato.

Pero me he empeñado en seguir trabajando mientras pueda. Me dejan prepararlo todo desde casa y desplazarme solo la hora que dura el programa. Así que, por el momento, solo puedo pensar en conseguir cerrar los temas del programa. Me paso la mañana haciendo llamadas, contestando correos y apuntando ideas. Aunque cada vez me cuesta más estar concentrada, nadie me había avisado de que el embarazo provocaba tantos despistes.

El teléfono suena y me lanzo a cogerlo, seguro que es la llamada

que había estado esperando.

—¡Hola, Pau!

—Ais, Sara, pensaba que era una llamada de trabajo. ¿Qué tal la vida de casada?

—Pues como la de antes de casarnos. Pero bien, Ernesto todavía no se ha relajado, ¡crucemos los dedos! ¿Y tú cómo vas? ¿Alguna novedad?

—No, cariño, sin novedades. No te preocupes, los médicos me han dicho que no me agobie con la fecha, que incluso es posible que se retrase. Parece que está a gustito ahí dentro.

—Bueno, pero en cuanto pase nos avisarás, ¿verdad? Me he dejado un par de días libres de las vacaciones para poder ir cuando nazca.

—Claro que sí, y te lo agradezco. ¿Y vosotros? Hay… ¿hay novedades?

—No… Todavía no.

—Es pronto, no es coser y cantar, ya lo sabes. No te obsesiones.

—Pero ¿y si no podemos, Pau?

—Pues ya buscaréis la manera. Os tenéis el uno al otro y juntos encontraréis la forma. Pero no pienses eso. Da solo tiempo al tiempo, a veces es solo cuestión de eso.

—Ya… Supongo que sí. Bueno, pero nos mantienes informadas, ¿verdad?

—Sí, de verdad que sí.

—Cuídate mucho.

—Tú también.

Cuelgo el teléfono con una sonrisa. Sara y su obsesión por el control, pero también por preocuparse siempre de los demás. Es en ese momento cuando noto algo que va mal. Un dolor en la tripa más fuerte de lo normal. Aunque quizás sea eso, precisamente lo normal. Seguro que es una de esas contracciones de Braxton Hicks de esas. O no. Esa incertidumbre todavía no la he podido controlar.

Hace tiempo habría pensado que no tendría con quién consultar estas cosas. Ahora puedo llamar a mi madre para poder ponerme neurótica con ella. Eso sí, esta vez no consigo convencerla para que no se venga a casa conmigo. La tranquilizo, no es que haya roto aguas o algo parecido. Pero las contracciones son cada vez más seguidas y, al final, decide que no viene a casa, sino que me lleva al hospital. Solo por si acaso.

Me ingresan en seguida porque ya he empezado a dilatar. Y entonces toda mi paz mental y serenidad de estos meses se va al garete. Va a pasar de verdad. Llevo meses preparándome para este

momento, he hecho todos los cursos, he leído todos los libros y escuchado todos los consejos. Pero nada te prepara para esto. No solo por el miedo, el dolor y la desesperación con el pasar de las horas. Sino por la sensación de que este es el momento en el que de verdad se va a producir un antes y un después en tu vida.

Nunca he tenido tanto miedo en toda mi vida. Y aunque mi madre está conmigo, mi padre viene de camino en el AVE e incluso las chicas empiezan a planificar el viaje, solo puedo pensar en James. Porque sé que soy capaz de hacerlo sin él. Pero una parte de mí querría que estuviera aquí. Porque aunque he sabido seguir adelante pese a la incertidumbre de su ausencia, lo que no he podido evitar es seguir echándolo de menos cada día.

Las horas pasan en una mezcla de sensaciones encontradas, que culminan en el momento en el que alguien me pone la cabeza de mi hija sobre mi pecho. Y es entonces cuando mi mundo deja de girar sobre mí misma y lo hace sobre ella, sobre Diana. Un verdadero amor a primera vista.

Abro los ojos algo abotargada. No sé cuánto tiempo he dormido, ni por qué no me ha despertado nadie para que le dé el pecho a Diana. Porque no he oído su llanto. Mi instinto maternal se dispara cuando consigo desperezarme del peso del cansancio y los analgésicos y distingo una sombra en la ventana, de espaldas a mí, que tiene a la niña en brazos. No es mi madre, ni mi padre, ni ninguna de las chicas. Es un hombre esbelto, alto y delgado que arrulla al bebé entre sus brazos. El corazón me late rápido, lo ha reconocido antes que mis ojos.

—¿James?

—Buenos días, dormilona.

—¿Qué haces aquí? —James se acerca, aun con el bebé en brazos, y me da un beso en la frente. Yo no puedo evitar quedarme con las ganas de que me lo dé en los labios—. ¿Estás aquí de verdad o es que sigo chutada?

—Tu madre me llamó cuando te pusiste de parto, pero no pude llegar antes. Lo siento. Tenía que haber llegado antes, mucho antes… —James se queda pensativo, con la niña en brazos, mirándola realmente embelesado—. Es bonita. No todos los recién nacidos lo son, ¿no? Quiero decir, que todo el mundo cuando ve un bebé dice que son bonitos, pero no es cierto, los hay terriblemente feos, todo arrugados. Pero ella es bonita, lo es de veras.

—Diana.

—¿Qué?
—Ya he elegido el nombre, se llama Diana.
—¿Cómo Wonder Woman? —Me mira con una sonrisa burlona, pero en su mirada hay tristeza—. Me hubiera gustado elegirlo contigo. Pero me gusta, suena a mujer fuerte.
—En realidad, es una tradición medieval. Las mujeres elegían ese nombre para sus hijas cuando querían que tuvieran un legado lleno de luz y de suerte.
—¿Ah sí? Yo había oído que en algunos lugares el nombre de Diana se vincula al amor verdadero.
James sonríe de nuevo, ahora con un gesto diferente. Diana despierta y entonces me la cede, para que pueda darle el pecho. Me cuesta un poco que se enganche y me pone tensa que él nos esté mirando. Pero supongo que no hay nada más natural en el mundo. James no dice nada, solo se sienta a un lado de la cama y nos observa pensativo. Eso me pone aún más nerviosa. ¿Qué se supone que debo decir en este momento, después de tanto tiempo?
—¿Qué tal va la película?
—Ya está casi lista para estrenar. Ha sido una experiencia… Curiosa.
—¿Curiosa?
—Sí, algo que quería vivir, pero… no era como me lo esperaba. No sé si repetiría.
—Pues si todo va bien, se rodarán las otras dos partes de la trilogía, ¿no?
—Puede ser, depende de cómo vaya esta en taquilla. La verdad, ahora mismo eso no me importa mucho.
—No entiendo por qué dices eso. ¿No era tu sueño? ¿No era lo que querías?
—Eso creía. A lo mejor era algo que necesitaba hacer, pero…
—Pero ¿qué? ¿Estás bien, James? —Diana me tira del pezón, y pego un respingo involuntario. James, al verlo, se acerca instintivamente más a nuestro lado.
—No, hace mucho que no. Me he sentido tan perdido, Paula, durante tantos años, que pensé que los libros, las películas, Hollywood, todo eso era el lugar al que necesitaba ir.
—¿Y…? —James me mira, acaricia mi cara con su dedo pulgar. Después acaricia la de Diana en un gesto que, aunque no lo quiera reconocer, no solo me enternece, sino que me da esperanza.
—Estuve leyendo tu blog, ¿sabes? No solo alguna entrada. Me lo leí entero. Valdría para hacer un libro.
—Pues lo cierto es que me lo han ofrecido.

—¿En serio? —La sonrisa le llega a los ojos por primera vez desde que ha venido—. Sí, claro que sí. No me extraña nada en realidad. Me ha gustado mucho. Me he dado cuenta de que me pasé meses intentando darte lecciones, pero soy yo el que aún tengo mucho que aprender de ti.

—Cuando nos conocimos yo también estaba muy perdida James. Tan perdida, que no supe hacer nada más que seguir perdiéndome en ti.

—Ya lo sé, pero has sabido encontrarte. Te quiero aún más que antes por eso.

Se hace un silencio, en el que nos quedamos mirándonos. Hacía mucho que no decía esas dos palabras mágicas: «Te quiero». Pero no sé si ahora tienen o no el mismo significado. Ni para él ni para mí. Pero no digo nada, solo dejo que siga hablando.

—Sé que han pasado muchas cosas entre nosotros. Que no lo he hecho tan bien como se esperaba. Que he tardado mucho tiempo en darme cuenta de las cosas que eran obvias. Llevo meses queriendo venir aquí, poder hablarlo todo de verdad, pero no sabía cómo… No si sabía si…

—James… ya estuvimos en este punto. No quiero volver allí, duele, duele mucho. Te fuiste y ya no volviste, y yo he asumido que…

—No, espera. Cuando vine aquí, venía pensando cómo decirte que sigo pensando que eres la mujer que quiero y que más he querido nunca. Lo mismo que te dije antes de marcharme. Pero lo que no sabía es que al llegar, ya no sería cierto. —Se me corta la respiración por un momento. Hace tiempo que renuncié a la idea de que James volviera, pero una parte de mí siempre ha guardado secretamente esa esperanza —. Ahora mismo, tengo la sensación de que hay otra mujer a la que voy a querer tanto o más que a ti.

Entonces me doy cuenta, James está mirando a la niña. La mira como yo la miro. La mira como si ya la quisiera y no fuera a ser capaz de dejar de quererla nunca.

—Quizás… no hace falta que esté tan presente en el resto de películas, además pasará tiempo hasta que decidan rodar la siguiente. Tengo muy claro que Los Ángeles no es mi lugar, llevo mucho tiempo deseando volver a casa. Y he pensado que a lo mejor, no sé, podríamos reconvertir tu cuarto.

—James, deja de ser críptico, ¿qué me estás queriendo decir?

—Que os vengáis conmigo a casa.

Sonrío, y lo hago con la misma dosis de tristeza y de ternura. Él aún no ha entendido nada.

—No puedes venir aquí y pedirme que vuelva a dejar todo por ti. Ahora tengo una vida aquí, ¿sabes? No voy a volver a abandonarla. Ni por ti ni por nadie. Ya no.

—Lo sé, lo sé. Tienes razón, lo siento. No me salen bien las palabras. —James se pone nervioso, mientras yo sigo insistiendo en que Diana siga comiendo—. Yo no necesito estar en Nueva York para escribir. Puedo estar en cualquier parte para hacerlo. Puedo estar aquí. Solo necesito un ordenador.

—¿Y es eso lo que quieres?

—Quiero estar contigo, Paula. Quiero estar con vosotras. Todos estos meses en Los Ángeles, no lo sé, ha sido como irreal, como un sueño surrealista y extraño. No me he sentido siquiera yo mismo. No tan yo como lo era cuando estaba contigo. Ni tan vivo como me siento ahora mismo mirando a Diana, a nuestra hija, en tus brazos.

—James yo… —Y una parte de la antigua Paula quiere echarse en sus brazos, volver a disolverse en ese otro ser que tanto sigue amando. Pero yo ya no soy esa Paula—. No es tan fácil. No puedes irte y volver como si nada.

—Paula, ¿aún me quieres?

—¿Y qué cambia eso?

—¿Me quieres?

—Te quiero, mucho, muchísimo. Pero ya no te necesito. Ni quiero que tú me necesites a mí.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Que hagas lo que tengas que hacer en Nueva York, que yo haga lo que tenga que hacer aquí y que estemos juntos, cuando estarlo, no suponga perdernos el uno al otro.

—Paula… Los dos nos perdimos hace tiempo, pero creo que por fin nos hemos encontrado.

Ya no me dice nada más, solo me da un beso, esta vez en la boca, uno de esos que saben a hogar. Entonces lo veo. Ha traído algo, un regalo para Diana.

Es una lámpara con forma de faro.

Agradecimientos

Se dice que una novela es como un parto, y este embarazo ha sido un poco más largo, más de dos años desde que comencé a escribir las primeras líneas. Desde entonces han pasado muchas cosas, y han sido muchas las personas que han enriquecido esta historia, en la que hay mucha ficción y fantasía, pero sobre todo una realidad: ser capaz de encontrarse a una misma en un momento en el que te sientes perdida por no hacer las cosas como las hace todo el mundo. Pero al final todo lo bueno llega.

Gracias a mi compañera de letras, Sara Brun, por ser también compañera en la desesperación, cuando todo parecía un desastre, pero también en las ganas de luchar por las historias que merece la pena contar.

Gracias al director de cine Miguel Ángel Lamata, por creer en mí cuando yo ya no lo hacía, y por poner un poco de orden en las escenas de mi vida y un toque de humor en nuestras comidas, siempre a cambio de un buen libro.

Gracias a Juanjo Boya, de Oh Books!, por seguir peleando por convertir en libros las historias que revolotean por mi cabeza. Qué suerte cruzarme en tu camino hace ya un lustro.

Gracias a Ediciones Kiwi no solo por publicar este libro, sino por honrarme con algo tan bonito como un premio. Gracias a *Yo leo RA*, y a la mujer fantástica que hay detrás. Qué grande eres Merche.

Gracias a mis compañeros de aquel zulo gris y triste, porque pese a no ser el mejor lugar para trabajar, fueron la razón por la que conseguir echar unas risas cada día. Sarandonga.

Gracias a mis amigas, a todas, porque si no he sabido elegir dama de honor, no podría elegir tampoco solo a una de vosotras para nombraros. Puede que los años nos cambien, pero siempre aprendo y consigo ser mejor persona gracias al rayo de luz que me aportáis cada una de vosotras.

Gracias a mi familia, a la que se viene a cada presentación de mis libros, me abraza cuando estoy nerviosa, y me dedica siempre palabras bonitas, de esas que hacen que valga la pena haber escrito un libro, tras cada lectura.

Gracias a las lectoras que he ido conociendo estos años, las que se han molestado no solo en leerme, sino en buscarme, escribirme y decirme lo que han significado para ellas mis historias. Un libro no

es solo el que escribe un autor o autora, sino el que viven después cada una de las personas que lo hacen suyo.

Y gracias al escritor David Corvillo, mi compañero de vida, mi James Harper hecho realidad. Mi vida. Gracias por enseñarme que el amor no era solo el de las novelas románticas, sino algo mucho más grande por lo que siempre vale la pena seguir remando, lo que nos impide naufragar cuando tenemos ganas de dejar de nadar. Gracias por luchar siempre por mí, y por no dejar que me rinda, ni contigo, ni con mis sueños. Te diría una y mil veces sí.